CLARICE LISPECTOR

Felicidad clandestina

Silencio

Lectulandia

Estos relatos esbozan el recorrido crudo y perturbador de la mirada de una mujer sobre la realidad que la circunda, una mirada que se detiene con una sinceridad descarnada, casi dolorosa, en los espacios y sentimientos que tantas veces se desdibujan —eso, si aparecen— en la literatura.

La patética sensualidad de una anciana; los recuerdos de infancia, revividos con una intensidad cegadora —hasta el extremo de que la propia autora suspende uno de los relatos para afirmar: «Ah, se está poniendo difícil escribir»—; la amistad, Las relaciones familiares; el irreversible paso del tiempo; las anécdotas de la vida cotidiana en las que no se suele detener la literatura que trata sobre la vida cotidiana… todos los textos, breves, intensos, respiran la inmediatez de lo sentido a flor de piel, el aire inquietante de lo que está escrito desde una proximidad abrumadora, envolvente, que desnuda al lector ante el desvelamiento de una mirada que surge de la lucidez interior, esa lucidez que, en ocasiones, bordea la confesión.

«Al llegar a casa no empecé a leer. Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que se llama felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si ya lo presintiera. ¡Cuánto me demoré! Vivía en el aire… Había en mí orgullo y temor. Yo era una reina delicada».

Clarice Lispector

Felicidad clandestina, Silencio

ePub r1.0
Titivillus 22.05.2020

Título original: *Felicidade clandestina y Onde estivestes de noite*
Clarice Lispector, 1971
Traducción: Marcelo Cohen y Cristina Peri Rossi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Introducción

Felicidad clandestina

- Felicidad clandestina
- Una amistad sincera
- Miopía progresiva
- Restos del carnaval
- El gran paseo
- Come, hijo mío
- Perdonando
- Tentación
- El huevo y la gallina
- Cien años de perdón
- La legión extranjera
- Los obedientes
- El reparto de los panes
- Una esperanza
- Macacos
- Las desdichas de Sofía
- La criada
- El mensaje
- Niño dibujando a pluma
- Una historia de tan grande amor
- Las aguas del mundo
- La quinta historia
- Encarnación involuntaria
- Dos historias a mi manera
- El primer beso

Silencio

- La búsqueda de la dignidad
- La partida del tren
- Seco estudio del caballos
- Donde estuviste de noche
- La relación de la cosa
- El manifiesto de la ciudad

Las astucias de doña Frozina
Es allí a donde voy
El muerto en el mar de Urca
Silencio
Desvanecimiento
Una tarde plena
Un caso complicado
Tanta mansedumbre
Las aguas del mar
Tempestad de almas
Vida al natural
Sobre la autora

Notas

Clarice Lispector

Felicidad clandestina

Silencio

Prólogo de Elena Losada Soler

CLARICE LISPECTOR: LA MIRADA Y EL SILENCIO

La literatura brasileña, poderosa, riquísima y siempre en transformación, recibió en 1943 una sorpresa: *Cerca del corazón salvaje*, la primera novela de Clarice Lispector, cuya obra posterior —y de manera muy especial sus cuentos y narraciones breves— trastocó todos los estereotipos, líneas y tradiciones y se confirmó como una de las voces más originales y densas de los últimos cuarenta años.

La literatura moderna en Brasil arranca de la Semana de Arte Moderno de São Paulo que en 1922 abrió las puertas a los movimientos de una vanguardia que no fue mimética de la europea sino que debía ser, como ellos decían, «antropófaga», es decir, una vanguardia que quería devorar ritualmente los movimientos europeos para interiorizarlos y mezclarlos con lo más profundamente autóctono del país. Esta tendencia a potenciar lo diferencialmente brasileño se extendió al amplísimo abanico de la narrativa regionalista y al realismo social de los años treinta. Ambas corrientes se desarrollaron con un claro predominio del tema sobre la forma, valorizando con las técnicas realistas los diversos registros del habla cotidiana. En esta línea pueden encuadrarse los grandes nombres de la literatura brasileña de la época: José Lins do Regó, Graciliano Ramos y Jorge Amado, entre otros. En casi todos los casos —con la notable excepción de Rachel de Queiroz— se trata de una narrativa masculina y tropical en la que el clima, la naturaleza excesiva, las relaciones sociales en las fábricas y las plantaciones, el mosaico étnico y cultural de Brasil se constituyen en motivos esenciales.

Entre 1943 y 1946, sin embargo, se rompe esta tendencia. En 1946 aparece *Sagarana*, de João Guimarães Rosa, una colección de cuentos que preludia brillantemente una de las obras más importantes de la literatura del siglo XX: *Gran Sertón: Veredas* (1956), actualización de la narrativa regionalista a través de la invención de un nuevo lenguaje. De nuevo la forma

era fundamental para hacer que el texto no sea una mera copia de la realidad sino una nueva realidad transubstanciada por la palabra. Pero ya tres años antes una jovencísima Clarice Lispector había publicado *Cerca del corazón salvaje*, una novela insólita desde su título, tomado del *Retrato de un artista adolescente* de Joyce. Era un texto insólito porque era una novela psicológica, femenina y urbana, construida sobre el monólogo interior y de la que había prácticamente desaparecido la trama.

Ya desde su primera novela Clarice Lispector marcaba así lo que iba a ser el territorio de su originalidad en ese mundo masculino, rural y de naturaleza desmesurada dominada por un sol de justicia. Ella aportaría percepciones, no hechos, una mirada de mujer, una mirada urbana y una mirada contemporánea, o quizá mejor sin tiempo, puesta bajo el signo de la luna, elemento constante de su mundo literario. Una mirada de mujer, quizá también una escritura de mujer. Los personajes femeninos constituyen abrumadora mayoría en su obra. Mujeres lunares, intuitivas, a las que permite hablar de su propio cuerpo, no como objeto para otro, sino como fisiología y fuente de vida, como muestra Angela Pralini en el cuento «La partida del tren».

Clarice Lispector hincó en el mundo su mirada de mujer inteligente —ésta es una precisión necesaria— capaz de captar las mínimas sensaciones, los mínimos detalles y de saber que nada, por pequeño o banal que parezca, carece de importancia. El mundo de lo cotidiano, de lo sin historia, que ha sido durante siglos el mundo de la mujer, puede proporcionar innumerables sorpresas, basta con saber mirar y entender esos signos de una realidad subyacente. Las mujeres de Clarice pueden hablar en tono mayor, alcanzar el fondo de todos los pozos, pero van a la compra, componen fruteros, llaman al fontanero y dominan también todos los resortes del tono menor. Porque la vida está llena de banalidad trascendente. En la obra de Clarice Lispector la conciencia desdichada aflora en sus personajes a partir de un incidente anodino. A partir de entonces el que ha sido iluminado vivirá su drama existencial. El instante actúa como desencadenante del descubrimiento del absurdo. Lo cotidiano se transforma así en la puerta del misterio.

La introspección a partir de la conciencia de la propia soledad es otra constante de su literatura. La conciencia humana —conciencia de infelicidad — encontrará su contrapunto en la sólida plenitud de los objetos y de los animales. La importancia de unos y otros es muy grande; objetos que transforman la visión del mundo, como el reloj de «La relación de la cosa», y que son amados, como afirma Clarice en «Tempestad de almas», «en la

medida en que ellos no me aman». Pero sobre todo animales, lo «neutro vivo», la cucaracha de *La pasión según G. H.* y, como veremos más adelante, las innumerables gallinas (animal omnipresente en la obra de Ctarice), caballos, insectos y pollitos que pueblan sus cuentos. Pero la obra de Clarice Lispector, con la excepción de su primera novela, no es —o no lo es únicamente— literatura psicológica: «La "psicología" nunca me ha interesado. La mirada psicológica me impacientaba y me impacienta, es un instrumento que sólo traspasa», dijo en una ocasión. Con el tiempo se producirá un cambio fundamental: el salto de lo psicológico a lo metafísico, del análisis del mecanismo mental —tarea de relojero— al análisis de la razón metafísica de la existencia de ese yo.

Este análisis es, a su vez, inseparable de la preocupación por el lenguaje, tal vez el tema más constante de la obra de Clarice Lispector y que relaciona a la escritora brasileña de manera sustancial con su propio siglo, ya que si algo caracteriza al pensamiento del siglo XX es la constante reflexión sobre el lenguaje. Escribir es para ella una forma de salvación y también una condena. Porque escribir es peligroso, es entrar en contacto con otra realidad y ser su vehículo —recordemos los «caballos de los dioses», los posesos de las reuniones de macumba—: «Tengo miedo de escribir, es tan peligroso. Quien lo ha intentado, lo sabe. Peligro de revolver en lo oculto —y el mundo no va a la deriva, está oculto en sus raíces sumergidas en las profundidades del mar —. Para escribir tengo que colocarme en el vacío». Colocarse en el vacío a partir de la intuición. El mundo no puede abarcarse sólo con la inteligencia y con la cultura. Hay un firme rechazo del intelectualismo en Clarice —«Tú, en el fondo de tu intelectualismo, no vales la vida de un perro», leemos en «La partida del tren»— que conduce a la reivindicación de la intuición, no tanto sentimental sino cósmica. Escribir no es un proceso intelectual para Clarice Lispector aunque el resultado sea una prosa altamente intelectualizada.

Y siempre la lucha entre la necesidad de expresión y la tentación del silencio, tan fuerte en todas sus obras. Sabemos muy bien que la mística es inefable, pero también el lenguaje, después de un cierto límite, entra en el reino de lo sin nombre. La escritura intenta retener lo fugitivo, fijar lo inaprensible. Para ello es imprescindible un rigor extremo: «Y si tengo que usar palabras, tienen que tener un sentido casi corpóreo (…) palabras hechas de los instantes-ya (…) Quiero como poder coger con la mano la palabra». El lenguaje de Clarice Lispector es así el lenguaje de la palabra rigurosa, —«compases y agudos ángulos de estrecho enigmático triángulo»—, porque debe traducir con un medio limitado algo que es mucho más grande que el

lenguaje. Debe traducir el misterio y lo que carece de nombre, debe expresar con términos racionales lo que la mirada percibió más allá, debe ser capaz de fijar el instante y el acto ínfimo que, como la observación de un huevo en «El huevo y la gallina» o el robo de una rosa en «Cien años de perdón», transforman el mundo. Lo cotidiano se hace símbolo visionario, llave de otra realidad.

Es preciso, pues, crear una escritura que pueda fundir en palabras la iluminación del instante, una escritura fragmentaria, en que ninguna metáfora-cliché puede sobrevivir, porque sólo la imagen inédita, la asociación más insólita, la palabra que ha sido vaciada de todo su sentido anterior, de su servidumbre de la realidad aparente, puede alcanzar la consagración del instante. Pero no es posible inventar lo que no existe. El trabajo debe ser hecho con el lenguaje que tenemos, Clarice Lispector no crea palabras nuevas, retuerce las ya existentes hasta el límite de sus posibilidades. «Hay muchas cosas por decir que no sé cómo decir. Faltan las palabras. Pero me niego a inventar otras nuevas: las que existen deben decir lo que se consigue decir y lo que está prohibido».

Este debate sobre los límites de la palabra evoluciona en las últimas obras de Clarice Lispector (*La hora de la estrella* y *Un soplo de vida —Pulsaciones* —) hacia un debate sobre el fracaso del lenguaje. En *Aprendizaje*, novela de 1969, aún leemos una consideración optimista: «Nosotros los que escribimos, apresamos en la palabra humana, escrita o hablada, un gran misterio que no quiero revelar con mi raciocinio porque es frío». En 1977, el año de su muerte, escribe en *Un soplo de vida*: «Yo quisiera escribir un libro ¿pero dónde están las palabras? Se han agotado los significados. Como sordos y mudos nos comunicamos con las manos». Y en *La hora de la estrella* —también 1977— el pesimismo es aún mayor: «Estoy absolutamente cansado de la literatura; sólo la mudez me hace compañía. Si todavía escribo, es porque no tengo nada más que hacer en el mundo mientras espero la muerte. La búsqueda de la palabra en la oscuridad». Donde la palabra no llega está el silencio, ese silencio tema capital de Clarice, que resuena en todos sus cuentos como un personaje más, como una elipsis constante de algo que no podemos asir. El silencio es el misterio puro que el hombre habita lleno de miedo, intentando llenarlo con ruidos para no tener que oír el propio yo. Pero hay quien, como Clarice, ama ese silencio como una religión. Hay unas páginas prodigiosas sobre el silencio en la novela *Aprendizaje* o *El libro de los placeres*. Esas mismas páginas levemente transformadas (éste es un proceso frecuente en la escritura de Clarice[1]) son el cuento titulado

«Silencio»: «(…) Se puede pensar rápidamente en el día que pasó. O en los amigos que pasaron y para siempre se perdieron, pero es inútil huir: el silencio está ahí. Aún el sufrimiento peor, el de la amistad perdida, es sólo fuga. Pues si al principio el silencio parece aguardar una respuesta —cómo ardemos por ser llamados a responder—, pronto se descubre que de ti nada exige, quizás tan sólo tu silencio. (…)».

Pero ¿quién fue esta mujer que sostuvo tan dura lucha con las palabras? Clarice Lispector, hija de judíos rusos, nació en Tchetchelnik (Ucrania), en 1925 —o quizás en 1920, a Clarice le gustaba jugar al misterio— cuando sus padres ya habían decidido emigrar. Con dos meses llegó a Alagoas y jamás admitió otra patria que Brasil. Poco tiempo después la familia se trasladó a Recife y a partir de 1937 siguió estudiando en Río. En 1943, durante sus estudios de derecho, se casó con el diplomático Maury Gurgel Valente, tuvo dos hijos y se separó en 1959. Entre 1944 y 1960 vivió largas temporadas en el extranjero, Nápoles, Berna y EE. UU. Durante toda su vida mantuvo su contacto con la prensa iniciado en 1941 en la Agencia Nacional. Un cáncer terminó con su vida en 1977.

¿Cómo era Clarice Lispector?, «una mujer tímida y altiva, más solitaria que independiente» afirma Benedito Nunes. En todo caso una mujer que no vivió en ninguna torre de marfil ni perdió nunca contacto con la realidad. Olga Borellí recoge el siguiente programa de vida de Clarice: «Nací para amar a los demás, nací para escribir y para criar a mis hijos. Amar a los demás es tan vasto que incluye incluso perdón para mí misma, con lo que sobra. Amar a los demás es la única salvación individual que conozco: nadie estará perdido si da amor y a veces recibe amor a cambio». Posiblemente ahí esté el núcleo, aunque una inteligencia pudorosa pudo frenar la exteriorización de esos sentimientos. Sin embargo yo iría a buscar a Clarice Lispector en la plegaria de Lori, la protagonista de *Aprendizaje*: «Alivia mi alma, haz que sienta que Tu mano está cogida de la mía, haz que sienta que la muerte no existe porque ya estamos en verdad en la eternidad, haz que sienta que amar no es morir, que la entrega de sí mismo no significa la muerte, haz que sienta una alegría modesta y diaria, haz que no te indague demasiado, porque la respuesta sería tan misteriosa como la pregunta (…), bendíceme para que viva con alegría el pan que como, el sueño que duermo, haz que tenga caridad hacia mí misma pues si no, no podré sentir que Dios me amó, haz que pierda el pudor de desear que en la hora de mi muerte haya una mano humana para apretar la mía (…)», La imagen de las manos cogidas es también un tema recurrente de Clarice. Ella lo llamó «el gesto de lo humano», el único

consuelo contra el dolor y la muerte, como leemos en «La partida del tren»: «Sostén mi mano, Eduardo, para no tener miedo de morir».

Los cuentos que componen este volumen proceden de dos libros: *Felicidad clandestina* (1971) y *Silencio (Onde estivestes de noite* es el título original, de 1974). El cuento es el vehículo perfecto para la escritura de Clarice Lispector. La intensidad y condensación narrativa y estilística que el género requiere son perfectos para esta prosa rigurosa, tensa, hecha de la fijación de instantes. Clarice puede hacernos intuir el abismo en cinco páginas, no necesita más.

Niños y viejos (o mejor niñas y viejas) son personajes —protagonistas— constantes de estos cuentos. Niñas extrañas, de mirada obsesiva y perturbadora, como la pequeña de «La legión extranjera»; niños filósofos como el de «Miopía progresiva»; niñas lectoras, como la protagonista —tan autobiográfica— de «Felicidad clandestina», que encuentran en los libros una realidad más interesante y que por ella conocerán la agonía del deseo y afrontarán la crueldad de sus iguales, esa terrible crueldad de los niños, y su humillación; niñas cómplices como las ladronas de rosas de «Cien años de perdón»; niñas peligrosas porque con su mirar desnudan a los adultos, hacen patentes sus cobardías y sus renuncias. Clarice, para quien la mirada es el gesto esencial, construye sobre este tema un cuento prodigioso, «Las desdichas de Sofía». Los niños miran a los adultos y los entienden mucho mejor de lo que ellos creen —a veces demasiado bien— pero la mirada al contrario se llena de duda. Cuando los adultos miran a los niños —«Niño dibujado a pluma», «Come, hijo mío»— encuentran el misterio. En todos los casos niños solos, únicos, obsesivos, niños vueltos hacia dentro o en constante indagación sobre el exterior. Los niños, como los viejos —a unos el velo de la civilización aún no los ha cegado, a los otros la vejez y la senilidad se lo retiran— están más cerca de la verdad, de la esencia neutra de la vida que tanto obsesionó a Clarice. Por eso se produce el inmediato reconocimiento, la instantánea sintonía entre la niña de «Tentación» y el *basset* rubio.

Y junto a los cuentos de niños, principalmente procedentes de *Felicidad clandestina*, los terribles cuentos de viejos que abundan en *Silencio*. Aquí no hay fluctuación de sexo. Las protagonistas de estas historias de soledad son siempre mujeres. Para Clarice —que no aceptó fácilmente su propia madurez — la vejez es incomunicación: «Se llega a un cierto punto y lo que fue no importa. Comienza una nueva raza. Una vieja no puede comunicarse», leemos en «La partida del tren». Como los niños, viven en un mundo distinto, o quizá sean los adultos quienes los sitúan aparte hasta generar en ellos un verdadero

sentimiento de culpabilidad, «A fin de cuentas, no tengo la culpa de ser vieja», afirma doña María Rita Alvarenga Chagas Souza Meló ante el desinterés de su joven compañera de viaje en entablar conversación con ella.

Los cuentos «La búsqueda de la dignidad» y «La partida del tren» están íntimamente relacionados entre sí —Clarice juega incluso a la autocita— a través de esas dos ancianas desorientadas, perdidas en un mundo que no comprenden. La señora —viuda— de Jorge B. Xavier perdida en el estadio de Maracaná, donde no sabe cómo ha entrado cuando en realidad iba a oír una conferencia, es como un pájaro asustado que ha entrado en una habitación y luego no sabe salir de ella. La vida se convierte entonces en un laberinto y una única pregunta la atormenta: «¿No habría puerta de salida?». La señora de Jorge B. Xavier no entiende las indicaciones que le dan y el drama se hace dolorosamente personal: «Sólo para ella se había vuelto imposible hallar la salida». De regreso a casa el cuento cambia. La anciana perdida y humillada en Maracaná se sentirá también perdida y humillada en su propio ambiente por motivos distintos. Inmersa en una sociedad que obliga a los viejos —y mucho más a las viejas— a avergonzarse de su instinto sexual y a renunciar a él deberá enfrentarse a solas a la falacia del tabú. Pocos textos más duros que este final de «La búsqueda de la dignidad» donde la vieja señora confiesa a gritos su pasión por Roberto Carlos: «¿Por qué las otras viejas nunca le habían avisado de que eso podía ocurrir hasta el fin? En los hombres viejos, había visto miradas lúbricas. Pero en las viejas no. Fuera de estación. Y ella vivía como si todavía fuera alguien, ella, que no era nadie».

No ser nadie. En el limbo social se pierde la identidad. Todos los viejos, como todos los niños, se parecen. La dama de «La partida del tren» opone su vejez a la juventud de Angela Pralini y para ésta será el espejo futuro, desencadenante de sus reflexiones. De este modo, en terrible soledad a dos, harán su viaje. Pero mientras Angela reflexiona sobre su relación amorosa y confiesa su miedo a la vejez y a la muerte, doña Rita se aferra al poder del dinero para seguir siendo ella, para no disolverse en esa nada colectiva: «Soy vieja pero soy rica, más rica que todos aquí en el vagón. Soy rica, soy rica (…) no soy una vieja cualquiera».

Frente a estas dos viejas tensas, conscientes de la humillación a que son sometidas, encontramos a Margarita, la anciana loca de «El gran paseo». Margarita —que dice llamarse «Mocinha»— ha traspuesto ya el umbral. Loca mansa, no siente la humillación, el desamor, su falta de lugar en el mundo. En la más absoluta soledad, pobre de solemnidad, mendiga recogida por dudosa caridad en una casa «normal» de Botafogo, es feliz porque ya no «está», «es»,

ha vuelto a lo esencial. Trasladada de casa en casa cuando su presencia se convierte en una molestia, abandonada en una carretera, cree que va a dar un paseo y es feliz. Morirá plácidamente, sin un reproche, feliz porque en el último momento ha conseguido recuperar del vacío de su memoria el nombre de sus hijos muertos. Sin embargo no hay nada de sentimental o de folletinesco en este cuento que tanto se prestaría a ello. El lenguaje acerado de Clarice neutraliza, y paradójicamente acentúa, lo dramático de la situación. Todo el mundo de Clarice Lispector es deliberadamente frío y, como el hielo, quema.

Con los niños y los viejos los animales son los grandes protagonistas de estos cuentos. Sin embargo ninguno es un «cuento de animales». Nada hay en ellos de los resabios fabulísticos o de la ternura disneyana que suele impregnar el género. Los animales de Clarice —gallinas, pollitos, monos, caballos, siempre domésticos y habituales— son la última esencia de la vida, el fondo de todo humano, su espejo y su temor. Anónimos, es decir no individuos sino especie, los animales son lo *neutro vivo*. En contacto con ellos, incluso con esas cucarachas —grandes cucarachas tropicales— que tanto abundan en su obra y que a veces como en *La pasión según G. H.* (quizá la obra capital de Clarice Lispector) desencadenan verdaderas tormentas existenciales, el hombre se enfrenta a un yo más profundo que el que puede tratar la psicología convencional. Cuentos como «La quinta historia», «Seco estudio de caballos», «Una esperanza», «Macacos», «La legión extranjera», son representativos de esta concepción de lo natural.

«Una historia de tan grande amor», donde la niña come con respeto ritual de caníbal la carne de su gallina favorita, va un punto más allá y entronca con la «comunión» de *La pasión según G. H.* Devoramos aquello que amamos para poseerlo, para integrarlo en nuestro yo, el lenguaje amoroso está lleno de metáforas caníbales. Pero también lo hacemos para reintegrarnos en lo «neutro vivo», para volver a nuestro origen. A veces este contacto nos conduce a las fronteras de lo horrible, de lo repugnante, para que olvidemos nuestra asepsia. Debemos pisar una rata muerta, como la protagonista de «Perdonando a Dios», para ascender, como los místicos, a la comprensión del mundo: «¿Cómo puedo amar la grandeza del mundo si no puedo amar el tamaño de mi naturaleza?».

Señalemos, para terminar, un último tema capital en estos cuentos: la soledad. Casi todos los personajes son seres solitarios, generalmente sin nombre. Niños, viejos y adultos no son diferentes en eso. Porque no se «está» solo, se «es» solo. Las reflexiones sobre la soledad son constantes en las

novelas de Clarice, y también en los cuentos. Las palabras tienen un límite, más allá de él la comunicación se hace imposible, pero sin la palabra ¿qué nos queda?, nos queda la mirada, pero la mirada es una cuerda lanzada hacia el vacío, puede no haber nadie para recogerla, o puede haber sólo otra cuerda. La soledad a uno de «Tempestad de almas» o de «Silencio» es terrible porque «nosotros no fuimos hechos sino para el pequeño silencio», pero todavía es más terrible la soledad a dos de «Los obedientes» —fracaso del amor— y de «Desvanecimiento» —fracaso de la amistad.

El «hecho inicial» —siempre hay uno para Clarice— de «Los obedientes» es que «un hombre y una mujer estaban casados», pero este hombre y esta mujer no componen una situación a dos, no tienen nada que contarse. De vez en cuando uno u otro «tocan la realidad», más ella que él, porque tiene más tiempo libre. Cuando la iluminación de la realidad sea demasiado fuerte se producirá el fin. El «hecho inicial» de «Desvanecimiento» es el absoluto deseo —el acto de voluntad— de dos jóvenes para ser amigos. Pero esta voluntad no basta para conjurar la unicidad del hombre: «A veces uno telefoneaba, nos encontrábamos y no teníamos nada que decirnos». Esta amistad tan querida va transformándose poco a poco en una sociedad de favores mutuos hasta llegar a la separación final, conscientes de la esencial soledad humana.

Es posible que el cuento sea la forma literaria propia del siglo XX como la novela lo fue del XIX. Todo en él se ajusta a la dinámica de nuestra época. Desde hace años se habla de la crisis de la novela, de la necesidad de encontrar un nuevo lenguaje narrativo acorde con los tiempos. Ese lenguaje ya existe, es el del cuento, y en él Clarice Lispector fue maestra indiscutible. Deseo que queden tan fascinados por el extraño mundo de Clarice como yo lo hice.

ELENA LOSADA SOLER

Felicidad clandestina

Traducción de Marcelo Cohen

Felicidad clandestina

Ella era gorda, baja, pecosa y de pelo excesivamente crespo, medio amarillento. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos chatas. Como si no fuese suficiente, por encima del pecho se llenaba de caramelos los dos bolsillos de la blusa. Pero poseía lo que a cualquier niña devoradora de historias le habría gustado tener: un padre dueño de una librería.

No lo aprovechaba mucho. Y nosotras todavía menos: incluso para los cumpleaños, en vez de un librito barato por lo menos, nos entregaba una postal de la tienda del padre. Encima siempre era algún paisaje de Recife, la ciudad donde vivíamos, con sus puentes más que vistos. Detrás escribía con letra elaboradísima palabras como «fecha natalicia» y «recuerdos».

Pero qué talento tenía para la crueldad. Mientras haciendo barullo chupaba caramelos, toda ella era pura venganza. Cómo nos debía de odiar esa niña a nosotras, que éramos imperdonablemente monas, delgadas, altas, de cabello libre. Conmigo ejerció su sadismo con una serena ferocidad. En mi ansiedad por leer, yo no me daba cuenta de las humillaciones que me imponía: seguía pidiéndole prestados los libros que a ella no le interesaban.

Hasta que le llegó el día magno de empezar a infligirme una tortura china. Como al pasar, me informó que tenía *El reinado de Naricita*, de Monteiro Lobato.

Era un libro gordo, válgame Dios, era un libro para quedarse a vivir con él, para comer, para dormir con él. Y totalmente por encima de mis posibilidades. Me dijo que si al día siguiente pasaba por la casa de ella me lo prestaría.

Hasta el día siguiente, de la alegría, yo estuve transformada en la misma esperanza: no vivía, flotaba lentamente en un mar suave, las olas me transportaban de un lado a otro.

Literalmente corriendo, al día siguiente fui a su casa. No vivía en un apartamento, como yo, sino en una casa. No me hizo pasar. Con la mirada fija en la mía, me dijo que le había prestado el libro a otra niña y que volviera a buscarlo al día siguiente. Boquiabierta, yo me fui despacio, pero al poco rato la esperanza había vuelto a apoderarse de mí por completo y ya caminaba por la calle a saltos, que era mi manera extraña de caminar por las calles de Recife. Esa vez no me caí: me guiaba la promesa del libro, llegaría el día

siguiente, los siguientes serían después mi vida entera, me esperaba el amor por el mundo, y no me caí una sola vez.

Pero las cosas no fueron tan sencillas. El plan secreto de la hija del dueño de la librería era sereno y diabólico. Al día siguiente allí estaba yo en la puerta de su casa, con una sonrisa y el corazón palpitante. Todo para oír la tranquila respuesta: que el libro no se hallaba aún en su poder, que volviese al día siguiente. Poco me imaginaba yo que más tarde, en el curso de la vida, el drama del «día siguiente» iba a repetirse para mi corazón palpitante otras veces como aquélla.

Y así seguimos. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Ella sabía que, mientras la hiel no se escurriese por completo de su cuerpo gordo, sería un tiempo indefinido. Yo había empezado a sospechar, es algo que sospecho a veces, que me había elegido para que sufriera. Pero incluso sospechándolo, a veces lo acepto, como si el que me quiere hacer sufrir necesitara desesperadamente que yo sufra.

¿Cuánto tiempo? Yo iba a su casa todos los días, sin faltar ni uno. A veces ella decía: «Pues el libro estuvo conmigo ayer por la tarde, pero como tú no has venido hasta esta mañana se lo presté a otra niña». Y yo, que no era propensa a las ojeras, sentía cómo las ojeras se ahondaban bajo mis ojos sorprendidos.

Hasta que un día, cuando yo estaba en la puerta de la casa de ella oyendo silenciosa, humildemente, su negativa, apareció la madre. Debía de extrañarle la presencia muda y cotidiana de esa niña en la puerta de su casa. Nos pidió explicaciones a las dos. Hubo una confusión silenciosa, entrecortada de palabras poco aclaratorias. A la señora le resultaba cada vez más extraño el hecho de no entender. Hasta que, madre buena, entendió al fin. Se volvió hacia la hija y con enorme sorpresa exclamó: «¡Pero si ese libro no ha salido nunca de casa y tú ni siquiera querías leerlo!».

Y lo peor para la mujer no era el descubrimiento de lo que pasaba. Debía de ser el horrorizado descubrimiento de la hija que tenía. Nos espiaba en silencio: la potencia de perversidad de su hija desconocida, la niña rubia de pie ante la puerta, exhausta, al viento de las calles de Recife. Fue entonces cuando, recobrándose al fin, firme y serena le ordenó a su hija: «Vas a prestar ahora mismo ese libro». Y a mí: «Y tú te quedas con el libro todo el tiempo que quieras. ¿Entendido?». Eso era más valioso que si me hubiesen regalado el libro: «el tiempo que quieras» es todo lo que una persona, grande o pequeña, puede tener la osadía de querer.

¿Cómo contar lo que siguió? Yo estaba atontada y fue así como recibí el libro en la mano. Creo que no dije nada. Cogí el libro. No, no partí saltando como siempre. Me fui caminando muy despacio. Sé que sostenía el grueso libro con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Poco importa también cuánto tardé en llegar a casa. Tenía el pecho caliente, el corazón pensativo.

Al llegar a casa no empecé a leer. Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que era la felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si ya lo presintiera. ¡Cuánto me demoré! Vivía en el aire… Había en mí orgullo y pudor. Yo era una reina delicada.

A veces me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo.

Ya no era una niña con un libro: era una mujer con su amante.

Una amistad sincera

No es que fuésemos amigos desde hacía mucho. Sólo nos conocíamos desde el último año de la escuela. Hacía tanto tiempo que necesitábamos un amigo, que no había nada que no nos confiáramos el uno al otro. Llegamos a un punto de la amistad en que no podíamos guardarnos siquiera un pensamiento: en seguida uno telefoneaba al otro para acordar un encuentro inmediato. Después de la conversación nos sentíamos tan contentos como si nos hubiésemos presentado a nosotros mismos. Ese estado de comunicación continua llegó a tal grado de exaltación que, el día en que no había nada que confiar, buscábamos con cierta pena un motivo. Sólo que debía tratarse de un motivo grave, pues uno cualquiera no habría podido albergar la vehemencia de una sinceridad experimentada por primera vez.

Ya en aquella época aparecieron entre nosotros los primeros síntomas de perturbación. A veces uno de los dos telefoneaba, nos encontrábamos y no teníamos nada que decirnos. Éramos muy jóvenes y no sabíamos permanecer callados. Al principio, cuando empezó a faltar tema, probamos hacer comentarios sobre la gente. Pero sabíamos de sobra que ya estábamos adulterando el núcleo de la amistad. Intentar hablar de nuestras respectivas novias también era inconcebible, porque los hombres no hablaban de sus amores. Probamos a quedarnos en silencio, pero no bien nos separábamos nos invadía la inquietud.

Al regresar de esos encuentros mi soledad era grande y árida. Llegué a leer libros nada más que para poder comentarlos. Pero una amistad sincera exigía la sinceridad más pura. De tanto buscarla yo empezaba a sentirme vacío. Los encuentros eran cada vez más decepcionantes. Mi sincera pobreza se revelaba al poco rato. También él, lo sabía, había llegado al punto muerto de sí mismo.

Fue entonces cuando, habiéndose trasladado mi familia a São Paulo, y viviendo él sólo porque la suya era de Piauí, lo invité a vivir en nuestro apartamento, que había quedado a mi cuidado. Qué alborozo del alma. Radiantes, ordenábamos libros y discos, preparábamos un ambiente perfecto para la amistad. Una vez dispuesto todo, allí nos vimos dentro de la casa, de brazos caídos, llenos tan sólo de amistad.

Teníamos tantos deseos de salvar al otro. La amistad es materia de salvación.

Pero ya habían sido tratados todos los problemas, estudiadas todas las posibilidades. No teníamos más que aquello que con tanta sed habíamos buscado hasta entonces y al fin habíamos encontrado: una amistad sincera. Única forma, lo sabíamos, y con cuánta amargura, de salir de la soledad que un espíritu siente en el cuerpo. Pero qué sintética se nos revelaba la amistad. Como si quisiéramos esparcir en un largo discurso una evidencia que una sola palabra agotaría. Nuestra amistad era tan insoluble como la suma de dos números: es inútil pretender que la certeza de que tres y dos son cinco dure más que un instante.

Intentamos organizar algunas juergas en el apartamento, pero no sólo protestaron los vecinos sino que no avanzamos nada.

Si al menos hubiésemos podido hacernos favores mutuos. Pero ni había oportunidad para ello ni creíamos en las pruebas de una amistad que no las necesitaba. Lo máximo que podíamos hacer era lo que hacíamos: saber que éramos amigos. Lo cual no bastaba para llenar los días, sobre todo los de las largas vacaciones.

A esas vacaciones se remonta el comienzo de la verdadera pena.

Él, a quien yo no podía dar sino mi sinceridad, él se fue convirtiendo en una acusación de mi pobreza. La soledad de cada uno al lado del otro, oyendo música o leyendo, era para colmo mucho mayor que cuando vivíamos solos. Y, más que mayor, incómoda. No había paz. Después, cuando cada uno se iba para su cuarto, con alivio ni nos mirábamos.

Es cierto que en el curso de las cosas se produjo una pausa, una tregua que nos dio más esperanzas que las que cabía tener. Fue cuando a mi amigo le surgió un pequeño pleito con el ayuntamiento. No es que fuera grave, pero nosotros lo volvimos grave para usarlo mejor. Porque entonces ya habíamos caído en la facilidad de hacernos favores. Recorrí entusiasmado despachos de conocidos de mi familia, moviendo influencias para mi amigo. Y cuando empezó la etapa de sellar papeles, corrí por toda la ciudad: puedo decir a conciencia que no hubo firma reconocida que no pasase por mi mano.

En esa época nos encontrábamos en casa de noche, exhaustos y animados: nos contábamos las hazañas del día y planeábamos los próximos ataques. No profundizábamos demasiado en lo que estaba ocurriendo, bastaba que todo aquello llevase la impronta de la amistad. Me pareció comprender por qué se hacen regalos los novios, por qué el marido se empeña en brindar comodidades a la mujer y ésta en prepararle afanosamente la comida, por qué la madre exagera en los cuidados al hijo. Fue en aquel período, por otra parte,

cuando le regalé un pequeño broche de oro a la que hoy es mi mujer. Sólo mucho después comprendería que estar también es dar.

Concluido el pleito con el ayuntamiento —dicho sea de paso, con victoria nuestra—, seguimos uno junto al otro sin encontrar la palabra que entregaría el alma. ¿Qué entregaría el alma? Pero, a fin de cuentas, ¿quién quiere entregar el alma? Vaya, vaya.

¿Qué era lo que queríamos, en definitiva? Nada. Estábamos fatigados, desilusionados.

Con el pretexto de las vacaciones con mi familia nos separamos. Además, él también se iba a Piauí. Un conmovido apretón de manos fue nuestra despedida en el aeropuerto. Sabíamos que nunca volveríamos a vernos, salvo por casualidad. Más aún: que no queríamos volver a vernos. Y sabíamos también que éramos amigos. Amigos sinceros.

Miopía progresiva

No sabía si era inteligente. Ser inteligente o no era algo que dependía de la inestabilidad de los otros. A veces, lo que decía despertaba en los adultos, de repente, una mirada satisfecha y astuta. Satisfecha, debido a que guardaban en secreto el hecho de hallarlo inteligente y no querían corroerlo; astuta, porque informaba más acerca de él mismo que de lo que había dicho. Así pues, cuando lo consideraban inteligente tenía al mismo tiempo la sensación inquietante de la inconsciencia: algo se le había escapado. También se le escapaba la clave de su inteligencia. Porque a veces, tratando de imitarse a sí mismo, decía cosas que invariablemente volvían a provocar un rápido movimiento en el tablero de damas, pues era ésa la impresión de mecanismo automático que le producían los miembros de su familia: al decir él algo inteligente, cada adulto miraría con rapidez al otro con una sonrisa claramente suprimida en los labios, una sonrisa apenas indicada en los ojos —«cómo sonreiríamos ahora si no fuésemos buenos educadores»— y, como en una cuadrilla de baile de una película del lejano oeste, de alguna manera todos habrían cambiado de lugar y de pareja. En suma, ellos, los miembros de su familia, se entendían: y se entendían a costa de él. Pero salvo cuando se entendían a costa de él, se desentendían permanentemente, aunque como otra forma de bailar en cuadrilla: incluso cuando se desentendían, a él le daba la impresión de que estaban sometidos a las reglas de un juego, como si hubiesen acordado desentenderse.

A veces, entonces, intentaba reproducir las frases de éxito, las que habían provocado movimiento en el tablero de damas. No lo hacía exactamente para repetir el éxito anterior, ni exactamente para provocar el movimiento mudo de la familia. Sino como un intento de apropiarse de la clave de su «inteligencia». Sin embargo, la tentativa de descubrir leyes y causas fallaba. Y al repetir una frase de éxito era recibido por la distracción de los otros. Con los ojos pestañeando de curiosidad, en el comienzo de su miopía, se preguntaba por qué una vez había conseguido mover a la familia y otra no. ¿Sería juzgada su inteligencia por la falta de disciplina ajena?

Más tarde, cuando sustituyó la inestabilidad de los otros por la propia, entró en un estado de inestabilidad consciente. Hombre ya, mantuvo el hábito de pestañear de golpe ante el pensamiento propio al tiempo que fruncía la nariz, o desviaba los ojos, expresando con esa mueca un intento de

reemplazar el juicio ajeno por el propio, en un esfuerzo por profundizar en su perplejidad. Pero era un niño con capacidad de estática: siempre pudo mantener la perplejidad en su condición de perplejidad, sin dejar que se transformara en otro sentimiento.

Que no tenía en su poder la clave de sí mismo fue algo que el niño al menos se acostumbró a saber, y hacía guiños que, al fruncirle la nariz, le desviaban los ojos. Y que la clave no la tenía nadie, eso lo fue adivinando poco después sin desilusión alguna, a medida que su tranquila miopía iba exigiendo gafas cada vez más gruesas.

Por extraño que pareciera, fue justamente gracias a ese estado de incertidumbre permanente, y gracias a la aceptación prematura de que nadie tenía la clave, que creció normalmente, viviendo en una serena curiosidad. Paciente y curioso. Un poco nervioso, decían, refiriéndose al tic de los ojos. Pero «nervioso» era el nombre que la familia daba a la inestabilidad de juicio de la propia familia. Otros nombres que la inestabilidad de los adultos le daba eran los de «dócil» y «educado». De ese modo daban un nombre no a lo que él era, sino a la variable necesidad de los momentos.

De vez en cuando, en medio de la extraordinaria calma de sus ojos, ocurría dentro de él algo brillante y un poco convulsivo, como una inspiración.

Así fue, por ejemplo, cuando le dijeron que en el plazo de una semana iría a pasar un día entero a la casa de una prima. La prima era casada, no tenía hijos y adoraba a los niños. El «día entero» incluía almuerzo, merienda, cena y vuelta a casa a la hora casi de irse a dormir, Y en cuanto a la prima, la prima significaba amor extra, con sus inesperados privilegios y su incalculable diligencia; todo lo cual daría margen a que pedidos extraordinarios fueran atendidos. En su casa, todo aquello que él era tendría valor garantizado durante un día entero. El amor, más fácilmente estable allí en el espacio de un día, no daría ocasión a las inestabilidades del juicio: durante todo un día el juzgado sería el propio niño.

La semana que precedió al «día entero» la empezó intentando decidir si sería o no natural con la prima. Trataba de decidir si nada más entrar diría alguna cosa inteligente, con el resultado de que lo juzgaran inteligente durante todo el día. O si después de entrar haría algo que a ella le pareciese «de buena educación», con lo cual a lo largo del día entero lo consideraría «educado». El hecho de tener la posibilidad de elegir lo que sería, y por primera vez durante un día completo, le hacía enderezar los ojos a cada instante.

Poco a poco, en el curso de la semana previa, el círculo de posibilidades se fue ampliando. Y con la capacidad que tenía para soportar la confusión —en lo relativo a la confusión era minucioso y sereno—, acabó por descubrir que hasta podría decidirse arbitrariamente por ser durante todo un día un payaso, por ejemplo. O que, de resolverlo así, podría pasar el día de un modo muy triste. Lo que lo tranquilizaba era saber que la prima, con su amor sin hijos y, sobre todo, con su falta de práctica para tratar con niños, aceptaría juzgarlo según la forma que decidiera él. Otra cosa que lo ayudaba era saber que nada de lo que pudiese ser durante ese día iba a alterarlo de veras. Pues, prematuramente —se trataba de un niño precoz—, era superior a la inestabilidad ajena y a la propia. De algún modo se alzaba por encima de su miopía y de la de los demás. Lo cual le proporcionaba una gran libertad. A veces tan sólo la libertad de un tranquilo descreimiento. Incluso después de haberse hecho hombre, con gafas espesísimas, no llegó nunca a tomar conciencia de la suerte de superioridad que tenía sobre sí mismo.

La semana previa a la visita a la prima fue de continua expectativa. A veces el estómago, aprensivo, se le encogía: y era que en aquella casa sin niños se encontraría a merced del amor no selectivo de una mujer. El «amor no selectivo» representaba una estabilidad amenazadora: sería permanente, y a buen seguro desembocaría en un modo único de juzgar, y eso era la estabilidad. La estabilidad, ya entonces, era para él un peligro: si en el primer paso de la estabilidad los otros cometían un error, el error se volvía permanente, sin la ventaja de la inestabilidad, que es la de una posible corrección.

Otra cosa que le preocupaba de antemano era lo que haría en la casa de la prima durante todo el día, aparte de comer y ser amado. Bueno, siempre estaba la solución de ir de vez en cuando al lavabo, lo que haría que el tiempo pasase más de prisa. Pero, dada su experiencia en lo de ser amado, le preocupaba de antemano que la prima, una extraña para él, pudiese encarar su idas al lavabo con infinito cariño. De un modo general el mecanismo de su vida solía tornarse objeto de ternura. Bueno, también era cierto que, respecto de lo de ir al lavabo, la solución podía consistir en no ir al lavabo ni una vez. Pero no sólo se trataba de que eso sería irrealizable, sino también de que él no quería que lo juzgasen como «un niño que no va al lavabo»; pues tampoco en ello había ventaja alguna. En la no ida al lavabo, la prima, estabilizada por el permanente deseo de tener hijos, vería una falsa señal de gran amor.

No puede decirse que durante la semana anterior al «día entero» sufriese con las propias tergiversaciones. Pues el paso que muchos no llegan a dar

nunca, él ya lo había dado: había aceptado la incertidumbre, y lidiaba con sus componentes con la concentración de quien examina algo a través de las lentes de un microscopio.

A medida que en el curso de la semana se sucedían, las inspiraciones ligeramente convulsivas iban cambiando de nivel. Abandonó el problema de decidir qué elementos proporcionaría a la prima para que ella, a su vez, le diese provisoriamente la certeza de «quién era». Abandonó esas reflexiones y pasó al deseo de resolver de antemano sobre el perfume de la casa de la prima, sobre el tamaño del panecillo donde jugaría, sobre los cajones que abriría apenas ella no mirase. Y por fin entró en el campo de la prima propiamente dicha. ¿Cómo debía encarar el amor que la prima le tenía?

Pero entretanto estaba omitiendo un detalle: la prima tenía un diente de oro, del lado izquierdo.

Y fue aquello —al entrar por fin en la casa de la prima—, fue aquello lo que en un solo instante desequilibró toda la construcción anticipada.

El resto del día se hubiera podido calificar de «horrible», de haber tenido el niño la costumbre de considerar las cosas en términos de lo horrible o lo no horrible. O hubiera podido calificarse de «deslumbrante», de haber sido él de los que esperan que las cosas lo sean o no.

Estuvo el diente de oro, con el cual no había contado. Sin embargo, dada la seguridad que encontraba en la idea de una imprevisibilidad permanente, tanto que hasta usaba gafas, no se sintió inseguro por el hecho de haber descubierto, al comienzo mismo, algo con lo que no había contado.

Acto seguido, la sorpresa del amor de la prima. Y es que el amor de la prima, al contrario de lo que había imaginado, no empezó por ser evidente. Lo recibió con una naturalidad que al principio lo ofendió, pero después no lo ofendió más. Luego dijo que mientras ella ordenaba la casa él podía ir jugando. Lo que inesperadamente dio al niño todo un día vacío y lleno de sol.

En cierto momento, mientras se limpiaba las gafas, intentó, si bien un poco reticente, dar el golpe de inteligencia e hizo una observación sobre las plantas del patio. Porque cuando hacía una observación en voz alta lo juzgaban muy observador. Pero la fría observación sobre las plantas obtuvo por toda respuesta un «fíjate tú» dicho entre escobazos. Entonces fue al lavabo, donde resolvió que, ya que todo había fallado, jugaría a «no ser juzgado»: por un día entero no sería nada, simplemente no sería. Y con un bofetón de libertad abrió la puerta.

Pero a medida que el sol subía empezó a hacerse sentir la delicada presión del amor de la prima. Y cuando quiso darse cuenta ya era un amado. A la hora

del almuerzo la comida fue un puro amor equivocado y estable: bajo la tierna mirada de la prima él se adaptó con curiosidad al extraño sabor de la comida aquélla, culpa tal vez de una marca de aceite distinta, se adaptó al amor de una mujer, amor nuevo que no se parecía al amor de otros adultos: era un amor que pedía realización, pues a la prima le faltaba la gravidez, que es en sí un amor materno realizado. Era un amor que, *a posteriori*, reclamaba la concepción. En fin, el amor imposible.

Todo el día el amor exigiendo un pasado que redimiese el presente y el futuro. Todo el día, sin una palabra, ella exigiendo de él que hubiese nacido en su vientre. Nada más que eso quería de él la prima. Lo que quería del niño de gafas era no ser ella una mujer sin hijos. Aquel día, pues, él conoció una de las formas extrañas de la estabilidad: la estabilidad del deseo irrealizable. La estabilidad del ideal intangible. Él, que era un ser consagrado a la moderación, se sintió por primera vez atraído por lo inmoderado: una atracción por el extremo imposible. En una palabra, por lo imposible. Y por primera vez sintió, en consecuencia, amor por la pasión.

Y fue como si se le curase la miopía y viese el mundo claramente. Fue la visión más simple y profunda que hubiera tenido del universo donde había vivido y viviría. No una visión de pensamiento. Era como si se hubiese quitado las gafas y fuese la propia miopía lo que le permitía avizorar. Acaso fuera a partir de entonces cuando adquirió un hábito para el resto de su vida: cada vez que la confusión aumentaba y veía poco, con el pretexto de limpiarlas se quitaba las gafas y, sin ellas, escrutaba al interlocutor con una reverberante fijeza de ciego.

Restos del carnaval

No, no del último carnaval. Pero éste, no sé por qué, me transportó a mi infancia y a los miércoles de ceniza en las calles muertas donde revoloteaban despojos de serpentinas y confeti. Una que otra beata, la cabeza cubierta por un velo, iba a la iglesia atravesando la calle tan extremadamente vacía que sigue al carnaval. Hasta que llegase el próximo año. Y cuando se acercaba la fiesta, ¿cómo explicar la agitación íntima que me invadía? Como si al fin el mundo, de capullo que era, se abriese en gran rosa escarlata. Como si las calles y las plazas de Recife explicasen al fin para qué las habían construido. Como si voces humanas cantasen al fin la capacidad de placer que se mantenía secreta en mí. El carnaval era mío, mío.

En su realidad, mientras tanto, yo poco participaba. Nunca había ido a un baile infantil, nunca me habían disfrazado. En compensación me dejaban quedar hasta las once de la noche en la puerta, al pie de la escalera del edificio donde vivíamos, mirando ávidamente cómo se divertían los demás. Dos cosas preciosas conseguía yo entonces, y las economizaba con avaricia para que me durasen los tres días: un pulverizador de perfume y una bolsa de confeti. Ah, se está poniendo difícil escribir. Porque siento cómo se me va a ensombrecer el corazón al constatar que, aun incorporándome tan poco a la alegría, tan sedienta estaba yo que en un abrir y cerrar de ojos me transformaba en una niña feliz.

¿Y las máscaras? Tenía miedo, pero era un miedo vital y necesario porque coincidía con la sospecha más profunda de que también el rostro humano era una especie de máscara. Si un enmascarado hablaba conmigo en la puerta al pie de la escalera, de pronto yo entraba en el contacto indispensable con mi mundo interior, que no estaba hecho de duendes y príncipes encantados sino de personas con su propio misterio. Hasta el miedo que me daban los enmascarados era, pues, esencial para mí.

No me disfrazaban: en medio de las preocupaciones por la enfermedad de mi madre, a nadie en la casa se le pasaba por la cabeza el carnaval de la pequeña. Pero yo le pedía a una de mis hermanas que me rizara esos cabellos lacios que tanto disgusto me causaban, y al menos durante tres días al año podía jactarme de tener cabellos rizados. En esos tres días, además, mi hermana complacía mi intenso sueño de ser muchacha —yo apenas podía con las ganas de salir de una infancia vulnerable— y me pintaba la boca de

bermellón muy fuerte, pasándome carmín también por las mejillas. Entonces me sentía bonita y femenina, escapaba de la niñez.

Pero hubo un carnaval diferente a los otros. Tan milagroso que yo no lograba creer que me fuese dado tanto; yo, que ya había aprendido a pedir poco. Ocurrió que la madre de una amiga mía había resuelto disfrazar a la hija, y en el figurín el nombre del disfraz era *Rosa*, Por lo tanto, había comprado hojas y hojas de papel *crêpe* de color rosa, con las cuales, supongo, pretendía imitar los pétalos de una flor. Boquiabierta, yo veía cómo el disfraz iba cobrando forma y creándose poco a poco. Aunque el papel *crêpe* no se pareciese ni de lejos a los pétalos, yo pensaba seriamente que era uno de los disfraces más bonitos que había visto jamás.

Fue entonces cuando, por simple casualidad, sucedió lo inesperado: sobró papel *crêpe*, y mucho. Y la madre de mi amiga —respondiendo tal vez a mi muda llamada, a mi muda envidia desesperada, o por pura bondad, ya que sobraba papel— decidió hacer para mí también un disfraz de *rosa* con el material sobrante. Aquel carnaval, pues, yo iba a conseguir por primera vez en la vida lo que siempre había querido; ser otra que yo misma.

Ya los preparativos me atontaban de felicidad. Nunca me había sentido tan ocupada: minuciosamente calculábamos todo con mi amiga, debajo del disfraz nos pondríamos combinación de manera que, si llovía y el disfraz llegaba a derretirse, por lo menos quedaríamos vestidas hasta cierto punto. (Ante la sola idea de que una lluvia repentina nos dejase, con nuestros pudores femeninos de ocho años, en combinación en plena calle, nos moríamos de vergüenza; pero no: ¡Dios iba a ayudarnos! ¡No llovería!). En cuanto al hecho de que mi disfraz sólo existiera gracias a las sobras de otro, tragué con algún dolor mi orgullo, que siempre había sido feroz, y acepté humildemente lo que el destino me daba de limosna.

Pero ¿por qué justamente aquel carnaval, el único de disfraz, tuvo que ser tan melancólico? El domingo me enrulé el pelo a la mañana temprano para que a la tarde los rizos estuvieran firmes. Pero tal era la ansiedad que los minutos no pasaban. ¡Al fin, al fin! Llegaron las tres de la tarde: con cuidado, para no rasgar el papel, me vestí de *rosa*.

Muchas cosas peores que me pasaron ya las he perdonado. Ésta, sin embargo, no puedo entenderla ni siquiera hoy: ¿es irracional el juego de dados de un destino? Es despiadado. Cuando ya estaba vestida de papel *crêpe* todo armado, todavía con los rulos puestos y sin carmín ni pintura, de pronto la salud de mi madre empeoró mucho, en casa se produjo un alboroto repentino y me mandaron en seguida a comprar una medicina a la farmacia.

Yo fui corriendo vestida de rosa —pero el rostro no llevaba aún la máscara de muchacha que debía cubrir la expuesta vida infantil—, fui corriendo, corriendo, perpleja, atónita, entre serpentinas, confeti y gritos de carnaval. La alegría de los otros me aterrorizaba.

Cuando horas después en casa se calmó la atmósfera, mi hermana me pintó y me peinó. Pero algo había muerto en mí. Y, como en las historias que había leído, donde las hadas encantaban y desencantaban a las personas, a mí me habían desencantado: ya no era una *rosa*, había vuelto a ser una simple niña. Bajé a la calle; de pie allí no era una flor sino un pensativo payaso de labios encarnados. A veces, en mi hambre de sentir el éxtasis, empezaba a ponerme alegre, pero con remordimiento me acordaba del grave estado de mi madre y volvía a morirme.

Sólo horas después llegó la salvación. Y si me apresuré a aferrarme a ella fue por lo mucho que necesitaba salvarme. Un chico de unos doce años, que para mí ya era un muchacho, ese chico muy guapo se paró frente a mí y con una mezcla de cariño, grosería, burla y sensualidad me cubrió el pelo, ya lacio, de confeti: por un instante permanecimos enfrentados, sonriendo, sin hablar. Y entonces yo, mujercita de ocho años, consideré durante el resto de la noche que al fin alguien me había reconocido: era, sí, una rosa.

El gran paseo

Era una viejecita reseca que, dulce y obstinada, no parecía comprender que estaba sola en el mundo. Los ojos le lagrimeaban siempre, las manos reposaban sobre el vestido negro y opaco, viejo documento de su vida. En la tela ya endurecida se encontraban pequeñas costras de pan pegadas por la baba, que ahora volvía a surgirle en recuerdo de la cuna. Allí estaba la mancha amarillenta de un huevo que había comido dos semanas atrás. Y las marcas de los lugares donde había dormido.

Siempre encontraba donde dormir, casa de uno, casa de otro. Cuando le preguntaban el nombre, con una voz purificada por la franqueza y los larguísimos años de buena educación, decía:

—Mocinha[2].

La gente sonreía. Contenta por el interés despertado, ella explicaba:

—El nombre es Margarita.

El cuerpo era pequeño, oscuro, aunque antes hubiese sido alto y claro. Había tenido padre, madre, marido, dos hijos. Poco a poco todos habían muerto. Sólo ella quedaba ahora, con los ojos sucios y expectantes, casi cubiertos por un tenue terciopelo blanco. Cuando le daban alguna limosna no le daban mucho, porque era pequeña y no precisaba comer tanto. Cuando le daban una cama para dormir se la daban angosta y dura, porque poco a poco Margarita había ido perdiendo volumen. Ella tampoco agradecía mucho: sonreía y balanceaba la cabeza.

Ahora dormía, no se sabía ya por qué razón, en la habitación del fondo de una casa grande, en una calle ancha y llena de árboles de Botafogo. A la familia, Mocinha le parecía graciosa, pero la mayor parte del tiempo se olvidaba de ella. Es que también se trataba de una vieja misteriosa. Se levantaba temprano, hacía su cama de enanos y salía disparada como si la casa se estuviese incendiando. Nadie sabía adonde iba. Un día una de las chicas de la casa le preguntó qué andaba haciendo. Ella respondió, con una sonrisa amable:

—Paseando.

Les hizo gracia que una vieja que vivía de la caridad fuese a pasear. Pero era cierto. Mocinha había nacido en el Marañón, donde había vivido siempre. Había llegado a Río mucho tiempo atrás, con una señora muy buena que pretendía internarla en un asilo, pero después no había podido hacerlo: la

señora se había ido de viaje a Minas y a Mocinha le había dado algo de dinero para que se las arreglara en Río. Y la vieja paseaba para conocer la ciudad. Por lo demás, bastaba que una persona se sentara en un parque para que viera Río de Janeiro.

Así transcurría su vida sin sobresaltos, cuando un día la familia de la casa de Botafogo se sorprendió de haberla tenido tanto tiempo en casa, y pensó que aquello era demasiado. En cierto modo tenían razón. Allí todos estaban muy ocupados, de vez en cuando surgían casamientos, fiestas, noviazgos, visitas. Y cuando, atareados, pasaban por delante de la vieja, se quedaban perplejos como si los hubiesen interrumpido abordándolos con una palmadita en el hombro: «¡Mira!». Una de las muchachas, en especial, sentía un malestar irritado, la vieja la enervaba sin motivo. Sobre todo su permanente sonrisa, por mucho que la muchacha comprendiese que era una sonrisa inofensiva. Tal vez por falta de tiempo, nadie habló de la cuestión. Pero no bien alguien propuso mandarla a vivir a Petrópolis, a la casa de la cuñada alemana, hubo una adhesión más fervorosa que la que suele provocar una vieja.

Cuando más tarde el hijo de la casa fue a pasar un fin de semana a Petrópolis con la novia y las dos hermanas, se llevó en el coche a la vieja. ¿Por qué no durmió Mocinha la noche anterior? Ante la idea de un viaje, el corazón, todo seco y desacompasado, se desenmohecía en el cuerpo endurecido, como si Mocinha hubiese tragado una píldora grande sin agua. En ciertos momentos no podía ni respirar. Se pasó la noche hablando, a veces en voz alta. De pronto la excitación del paseo prometido y el cambio de vida le aclaraban las ideas. Se acordó de cosas que días antes hubiese jurado que no habían existido. Empezando por el hijo atropellado, muerto en el Marañón debajo de un tranvía. (Si hubiera vivido en el tráfico de Río de Janeiro habría muerto atropellado allí). Se acordó del cabello del hijo, de su ropa. Se acordó de la taza que María Rosa había roto y de cómo ella le había gritado a María Rosa. No cabía duda de que si hubiese sabido que la hija iba a morir de parto no habría querido gritarle. Y se acordó del marido. Recordaba al marido en mangas de camisa. Pero no era posible, estaba segura de que él iba a la repartición con uniforme de portero y a las fiestas con abrigo, para no hablar de que no hubiera podido ir a los entierros del hijo y la hija en mangas de camisa. La búsqueda del abrigo del marido cansó aún más a la vieja, que daba vueltas en la cama con ligereza. De repente descubrió que la cama era dura.

—Qué cama más dura —dijo bien alto en plena noche.

Ocurría que se había sensibilizado entera. Ahora reclamaban atención partes del cuerpo de las cuales hacía largo tiempo que no tenía conciencia. Y de pronto, ¡qué hambre feroz! Alucinada, se levantó, abrió el hatillo y sacó el pedazo de pan con mantequilla reseca que secretamente había guardado dos días atrás. Comió el pan como un ratón, arañándose hasta la sangre los lugares de la boca donde no había más que encía. Y a medida que comía se iba reanimando más. Si bien fugazmente, consiguió tener la visión del marido despidiéndose para ir al trabajo. Sólo cuando el recuerdo se hubo desvanecido comprendió que había olvidado fijarse si él estaba o no en mangas de camisa. Volvió a echarse, rascándose toda, febril. El resto de la noche lo pasó en ese juego de ver por un instante para después no poder ver más. Se durmió de madrugada.

Y por primera vez fue necesario despertarla. Antes de que amaneciera la chica fue a llamarla, con un pañuelo atado a la cabeza y una maleta en la mano. Inesperadamente, Mocinha perdió unos instantes en peinarse el cabello. Las manos trémulas aferraban el peine quebrado. Se peinaba, se peinaba. Nunca había sido mujer de ir de paseo sin haberse peinado bien.

Cuando por fin se acercó al automóvil, el joven y las chicas se asombraron de su aire alegre y sus pasos rápidos.

—¡Pero si está más fuerte que yo! —bromeó el muchacho.

Una de las chicas de la casa comentó:

—Y yo que le tenía pena.

Mocinha se sentó al lado de la ventanilla, un poco apretada por las dos hermanas que iban en el mismo asiento. No decía nada; sonreía. Pero cuando el automóvil arrancó por primera vez, lanzándola hacia atrás, sintió un dolor en el pecho. No era sólo de alegría, era un desgarramiento. El muchacho volvió la cabeza:

—¡No se vaya a marear, abuela!

Las chicas rieron, sobre todo la que iba sentada delante, la que de vez en cuando recostaba la cabeza en el hombro del muchacho. Por cortesía la vieja quiso contestar, pero no pudo. Quiso sonreír; no lo consiguió. Los miró a todos con ojos lagrimeantes, cosa que los otros sabían que no significaba que llorase. Algo que había en su rostro ensombreció un poco la alegría de la chica de la casa y le dio un aire obstinado.

El viaje fue muy bonito.

Las chicas estaban contentas. Ahora Mocinha ya había empezado a sonreír. Y aunque el corazón le palpitaba mucho, todo iba mejor. Pasaron por

un cementerio, pasaron por un almacén, por un árbol, por dos mujeres, por dos soldados, ¡por un gato!, por letras; y todo se lo tragaba la velocidad.

Cuando Mocinha se despertó ya no sabía dónde estaba. La carretera ya había amanecido del todo; era estrecha y peligrosa. A la vieja le ardía la boca; las manos y los pies, helados, se le alejaban del cuerpo. Las chicas hablaban, y la de delante había apoyado la cabeza en el hombro del muchacho. Los paquetes se caían continuamente.

Entonces a Mocinha empezó a trabajarle la cabeza. El marido se le apareció con abrigo: ¡Lo encontré, lo encontré! El abrigo había estado todo el tiempo colgado en el armario. Se acordó del nombre de la amiga de María Rosa, aquella que vivía enfrente: Elvira; y hasta de que la madre de Elvira era coja. Los recuerdos llegaban casi a arrancarle exclamaciones. Entonces movía despacio los labios y decía unas palabras en voz baja.

Las muchachas hablaban.

—¡Pues muchas gracias! ¡Un regalo así no lo quiero!

Entonces fue cuando Mocinha empezó a no entender realmente. ¿Qué hacía ella en el coche? ¿Cómo había conocido a su marido, y dónde? ¿Cómo era que la madre de María Rosa y Rafael, su propia madre, estaba en un automóvil con aquella gente? Al poco rato se acostumbró de nuevo.

El joven les dijo a las hermanas:

—Me parece que será mejor no pararnos delante. Ella baja del coche, le enseñamos dónde es, entra sólita y entrega el mensaje de que va a quedarse.

Una de las chicas de la casa pareció perturbada; temía que el hermano, con una incomprensión típica de hombre, pudiese hablar de más delante de la novia. Ellos ya no visitaban al hermano de Petrópolis, y mucho menos a la cuñada.

—Bien, pues —lo interrumpió a tiempo, antes de que se le soltase la lengua—. Mire, Mocinha, usted entra por ese callejón y no hay manera de equivocarse: es la casa de ladrillos rojos. Va y pregunta por Arnaldo, mi hermano, ¿me entiende? Arnaldo. Le dice que allá en nuestra casa no se puede quedar más, le dice que en la casa de Arnaldo hay lugar y que usted podría cuidar un poco al pequeño, me entiende…

Mocinha bajó del automóvil y por un tiempo estuvo de pie, pero yendo aún sobre ruedas y aturdida. El viento fresco le agitaba entre las piernas la falda larga.

Arnaldo no estaba. Mocinha entró en una sala donde la dueña de casa, con un pañuelo para el polvo atado a la cabeza, bebía café. Un niño rubio —seguramente el que Mocinha tenía que cuidar— estaba sentado ante un plato

de tomates y cebollas que comía soñoliento, mientras las piernas blancas y rubicundas se balanceaban bajo la mesa. La alemana le llenó el plato de gachas de avena, le arrojó sobre la mesa unas tostadas con mantequilla. Las moscas zumbaban. Mocinha estaba flaca. Si hubiese bebido un poco de café caliente tal vez se le habría ido el frío del cuerpo.

La mujer alemana la examinaba de vez en cuando en silencio: no se había creído la historia de la recomendación de la cuñada, aunque de los «de allá» se podía esperar cualquier cosa. Pero quizá la vieja le hubiese oído la dirección a alguien, hasta podía haber sido en un tranvía, a veces pasaban cosas así, bastaba leer el periódico. Mejor sería no dejarla sola en la sala, con el armario lleno de porcelana nueva.

—Antes hay que tomar el café —le dijo—. Cuando llegue mi esposo veremos qué se puede hacer.

Mocinha no entendió muy bien por qué la mujer hablaba como una gringa. Pero entendió que tenía que seguir sentada. El aroma del café le daba ganas, y un vértigo que oscurecía toda la sala. Secos, los labios le ardían, y el corazón palpitaba independiente. Café, café, miraba ella sonriendo y lagrimeando. A sus pies, rezongando, el cachorro se mordía la pata. La criada, también medio gringa, alta, de cuello muy fino y pechos grandes, trajo un plato de queso blanco y blando. Sin una palabra, la madre esparció bastante queso sobre una rebanada de pan tostado y la empujó hacia su hijo. El niño se la comió toda y, con la barriga hinchada, tomó un palillo y se levantó.

—Cien cruzeiros, mamá.

—No. ¿Para qué?

—Chocolate.

—No: mañana, que es domingo.

Una tenue luz iluminó a Mocinha. ¿Domingo? ¿Qué hacía ella en esa casa en vísperas de un domingo? Nunca habría podido decirlo. Pero bien que le hubiera gustado ocuparse de aquel niño. Siempre le habían gustado las criaturas rubias. Todos los niños rubios se parecían al Niño Jesús. ¿Qué estaba haciendo en aquella casa? La mandaban sin rumbo de aquí para allá, pero ya iban a ver, ella lo contaría todo. Perezosa, sonrió: no contaría nada, porque lo único que quería era café.

La dueña de casa gritó hacia dentro y la criada indiferente trajo un plato hondo lleno de boniatos. Los gringos comían mucho por la mañana, eso Mocinha ya lo había visto en el Marañón. La dueña de la casa, con su aire de no hacer bromas, porque en Petrópolis el gringo era tan serio como en el Marañón, la dueña de la casa tomó una cucharada de queso blanco, lo trituró

con el tenedor y lo mezcló con el boniato. Para ser sincera, buena porquería de gringo. Luego se puso a comer absorta, con el mismo aire de fastidio que tienen los gringos del Marañón. Mocinha miraba. El cachorro les gruñía a las pulgas.

Al fin Arnaldo apareció en pleno sol, cuando la cristalería brillaba. Él no era rubio. Habló con la mujer en voz baja, y una vez armada la confabulación, firme y curioso, informó a Mocinha:

—No, no puede ser. Aquí no tenemos sitio.

Y como la vieja no contestaba y seguía sonriendo, habló más fuerte:

—No tengo lugar, ¿me oye?

Pero Mocinha seguía sentada. Arnaldo ensayó un gesto. Miró a las dos mujeres sentadas en la sala y percibió vagamente lo cómico del contraste. La esposa, espigada y rojiza; y más adelante la vieja mustia y oscura, con una sucesión de pieles secas colgadas de los hombros. La maliciosa sonrisa de la vieja lo impacientó:

—Y ahora estoy muy ocupado. Le doy dinero y usted se me toma el tren para Río, ¿de acuerdo? Vuelve a casa de mi madre, llega y le dice: la casa de Arnaldo no es un asilo, ¿vale? Aquí no tengo lugar. Eso le dice: ¡la casa de Arnaldo no es un asilo, vale!

Mocinha tomó el dinero y se dirigió hacia la puerta. Cuando Arnaldo iba a sentarse a comer, Mocinha volvió a entrar.

—Muchas gracias. Que Dios lo ayude.

En la calle pensó de nuevo en María Rosa, Rafael, el marido. No sentía la menor nostalgia. Pero se acordaba. Fue hacia la carretera, alejándose cada vez más de la estación. Sonrió como si estuviese pidiéndole una moneda a alguien: en vez de volver en seguida iba a pasear antes un poco. Pasó un hombre. Entonces se iluminó algo muy curioso y sin ningún interés: los hombres, cuando ella todavía era mujer. No conseguía hacerse una imagen precisa de las figuras de los hombres, pero se vio a sí misma con blusas claras y pelo largo. Volvió la sed, quemándole la garganta. El sol ardía, chispeaba en cada guijarro blanco. La carretera de Petrópolis era muy bonita.

En la fuente de piedra negra y mojada, en plena carretera, una negra descalza llenaba de agua una lata.

Mocinha se paró a espiar. Después vio que la negra juntaba las manos en forma de concha para beber.

Cuando la carretera volvió a estar vacía, Mocinha dio un paso adelante como si saliese de un escondrijo y sigilosamente se acercó a la fuente. Los

hilos de agua, heladísimos, le resbalaron por dentro de las mangas hasta los codos; pequeñas gotas le brillaban suspendidas en el pelo.

Saciada, asustada, siguió paseando con los ojos más abiertos, atenta a las violentas vueltas que el agua le daba en el estómago, despertando pequeños reflejos como luces en el resto del cuerpo.

La carretera subía mucho. La carretera era mucho más bonita que Río de Janeiro, y subía mucho. Mocinha se sentó en una piedra que había al lado de un árbol para poder apreciar. El cielo estaba altísimo, sin una sola nube. Y tenía muchos pajaritos que volaban desde el abismo hacia la carretera. La carretera blanca de sol se extendía sobre un abismo verde. Entonces, como estaba muy cansada, la vieja apoyó la cabeza en el tronco del árbol y murió.

Come, hijo mío

El mundo parece plano, pero yo sé que no lo es. ¿Sabes por qué parece plano? Porque siempre que la gente mira, el cielo está encima, nunca está debajo, nunca al lado. Yo sé que el mundo es redondo porque me lo han dicho, pero parecer, sólo parecería redondo si a veces la gente mirara y el cielo estuviera debajo. Yo sé que es redondo, pero para mí es plano, pero Ronaldo solamente sabe que es redondo, a él no le parece plano.

—…

—Porque yo he estado en muchos países y he visto que en Estados Unidos el cielo también está encima, por eso a mí el mundo me parecía todo recto. Pero Ronaldo nunca ha salido de Brasil y puede pensar que únicamente aquí está encima el cielo, que en otros lugares el mundo no es plano, que sólo es plano en Brasil, que en otros lugares que él no conoce se va redondeando. Cuando a él le dicen una cosa le basta con creérsela, no necesita que nada le parezca. ¿Tú prefieres un plato hondo o un plato plano, mamá?

—Plano…

—Yo también. En el hondo parece que quepa más, pero sólo cabe para abajo, en cambio en el plano cabe para los lados y uno ve en seguida todo lo que tiene. ¿Verdad que el pepino parece *inreal*?

—Irreal.

—¿Por qué?

—Se dice así.

—No, digo por qué a ti también te parece que el pepino es *inreal*. A mí también me lo parece. Uno mira un poco y ve que del otro lado está lleno siempre del mismo dibujo, que da frío en la boca, que cuando lo mastica hace un ruido de vidrio. ¿Tú no crees que el pepino parece inventado?

—Sí.

—¿Y las judías con arroz dónde se inventaron?

—Aquí.

—¿O donde los árabes, igual que dice Pedrinho de otra cosa?

—Aquí.

—En la heladería Gatao los helados son buenos porque tienen el sabor igual al color. ¿Para ti la carne tiene sabor de carne?

—A veces.

—¡No te creo! Sólo para ver: ¡¿de carne colgada del gancho?!

—No.

—Ni tampoco de la carne que uno dice. No tiene sabor de cuando tú dices que la carne tiene vitaminas.

—Habla menos y come.

—Pero tú no me miras con esa cara para que coma, me miras porque te gusto mucho. ¿Tengo razón o no?

—Tienes razón. Come, Paulinho.

—Tú sólo piensas en eso. Me pongo a hablar mucho para que no pienses sólo en la comida y tú vas y sigues.

Perdonando

Iba andando por la avenida Copacabana y miraba distraída los edificios, la franja del mar, las personas, sin pensar en nada. No me había dado cuenta aún de que en realidad no estaba distraída, de que era un momento de atención sin esfuerzo, de que yo era una cosa muy rara: era libre. Veía todo, y sin motivo. Sólo poco a poco empecé a advertir que estaba percibiendo las cosas. Entonces mi libertad, sin dejar de ser libertad, se intensificó un poco más. No se trataba de un tour de *propiétaire*, nada de aquello era mío ni yo lo deseaba. Pero creo que me sentía satisfecha con lo que veía.

Entonces tuve una sensación de la que no había oído hablar nunca. Por puro cariño me sentí madre de Dios, que era la tierra, el mundo. Por puro cariño, así de simple, sin prepotencia ni gloria alguna, sin el menor sentimiento de superioridad o igualdad, yo era por cariño la madre de lo que existe. Supe también que si lo que yo sentía «hubiese sido cierto» —y no posiblemente una equivocación del sentimiento—, Dios se habría dejado querer sin ningún orgullo, sin ninguna pequeñez y sin ningún compromiso conmigo. Le habría parecido aceptable la intimidad con que yo le daba el cariño. Para mí el sentimiento era nuevo, pero muy real, y no se había presentado antes porque no había sido posible. Sé que se ama lo que Dios es. Con amor grave, con amor solemne, con respeto, miedo, reverencia. Pero nunca me habían hablado de sentir por Él un cariño maternal. Y así como mi cariño por un hijo no lo reduce, incluso lo agranda, ser madre del mundo no hacía mi amor menos libre.

Y fue entonces cuando casi pisé una enorme rata muerta. En menos de un segundo estaba erizada por el terror de vivir, en menos de un segundo estallaba entera de pánico y controlaba como podía mi grito más profundo. Corriendo casi de miedo, ciega entre la gente, acabé en la otra manzana aferrada a un poste, cerrando violentamente los ojos, que no querían ver más. Pero la imagen se filtraba por los párpados: una gran rata rubia, de enorme cola, con las patas aplastadas, y muerta, quieta, rubia. Tengo un miedo desmesurado a las ratas.

Toda estremecida, logré seguir viviendo. Seguí andando, perpleja, con la boca infantilizada por la sorpresa. Intenté cortar la conexión entre los dos hechos: lo que había sentido minutos antes y la rata. Pero era inútil. Los vinculaba por lo menos la contigüidad. Ilógicamente, ambos hechos tenían un

nexo. Me horrorizaba que una rata hubiese sido mi contrapunto. Y de pronto me invadió la rebeldía: ¿entonces yo no podía entregarme desprevenida al amor? ¿Qué quería Dios hacerme recordar? No soy de esas personas que necesitan que les recuerden que dentro de todo está la sangre. No sólo no olvido la sangre de dentro sino que la admito y la quiero, demasiado soy la sangre como para olvidar la sangre, y para mí la palabra espiritual no tiene sentido, y tampoco la palabra terrena tiene sentido. No hacía falta arrojarme una rata a la cara desnuda. No en ese instante. Bien se podría haber tenido en cuenta el pavor que me alucina y persigue desde pequeña, las ratas ya se habían reído de mí, en el pasado del mundo las ratas ya me habían devorado con impaciencia y con rabia. Pero ¿entonces era así? ¿Yo andando por el mundo sin pedir nada, sin necesitar nada, amando con puro amor inocente, y Dios que me enseña su rata? La grosería de Dios me hería y me insultaba. Dios era un bruto. Mientras caminaba con el corazón cerrado, sentía una decepción tan inconsolable como sólo había sentido cuando niña. Seguí caminando, trataba de olvidar. Pero sólo se me ocurría vengarme. Pero ¿qué venganza podría tomarme yo contra un Dios todopoderoso, que hasta con una rata aplastada podía aplastarme? La mía era una vulnerabilidad de criatura sola. En mi deseo de venganza no podía siquiera enfrentarme con Él porque no tenía ni idea de dónde estaba. ¿Cuál sería la cosa en dónde Él ya no estaba que yo, mirándola con rabia, fuese capaz de ver? ¿La rata? ¿Aquella ventana? ¿Las piedras del suelo? Era en mí en donde Él ya no estaba. Era en mí en donde ya no lo veía.

Entonces se me ocurrió la venganza de los débiles. ¿Ah, sí? Pues entonces, en vez de guardarme el secreto, lo contaré. Sé que entrar en la intimidad de Alguien y después contar los secretos es innoble, pero yo voy a contar —no cuentes, aunque sólo sea por cariño no cuentes, guárdate para ti sola las miserias de Dios—, sí, voy a contar, voy a difundir lo que me pasó, esta vez no va a quedar así, voy a contar lo que Él hizo, voy a arruinarle la reputación.

… pero a lo mejor fue porque el mundo mismo es rata, y para la rata había pensado yo que también estaba preparada. Porque me imaginaba más fuerte. Porque hacía del amor un cálculo matemático equivocado: pensaba que, sumando las comprensiones, amaba. No sabía que es sumando las incomprensiones como se ama verdaderamente. Porque sólo por haber sentido cariño pensé que amar era fácil. Y porque rechacé el amor solemne, sin comprender que la solemnidad ritualiza la incomprensión y la transforma en ofrenda. Y también porque siempre, siempre, he sido muy peleadora, mi

modo es pelearme. Y porque siempre intento llegar a mi modo. Y porque todavía no sé ceder. Y porque en el fondo quiero amar lo que yo amaría, no lo que es. Y porque todavía no soy yo misma, y por lo tanto el castigo es amar un mundo que no es él mismo. Y también porque me ofendo sin razón. Y porque acaso necesito que me hablen con brutalidad, pues soy muy testaruda. Y porque soy muy posesiva, y entonces empecé a preguntarme si no quería también la rata para mí. Y porque sólo podré ser la madre de las cosas cuando sea capaz de agarrar una rata con la mano. Sé que nunca seré capaz de agarrar una rata sin morir de mi peor muerte. Use yo entonces el magníficat que se entona a ciegas sobre aquello que no se conoce ni se ve, Y use yo el formalismo que me aparta. Porque el formalismo no ha herido mi simplicidad sino mi orgullo, pues es por orgullo de haber nacido que me siento tan íntima del mundo, pero de este mundo que ya extraje de mí con un grito mudo. Porque la rata existe tanto como yo, y quizá ni yo ni la rata seamos para ser vistas por nosotras mismas, quizá la distancia nos iguale. Quizás antes que nada yo tenga que aceptar esta naturaleza mía de querer la muerte de una rata. Quizá me crea harto delicada sólo porque no cometí mis crímenes. Sólo porque contuve mis crímenes creo que mi amor es inocente. Quizá no pueda mirar la rata mientras no pueda mirar sin lividez esta alma mía apenas contenida. Quizá tenga que llamar «mundo» a esta forma mía de ser un poco de todo. ¿Cómo puedo amar la grandeza del mundo si no puedo amar el tamaño de mi naturaleza? Mientras imagine que «Dios» es bueno por el solo hecho de que yo soy mala, no estaré amando nada: apenas será una forma de acusarme. Yo, que sin siquiera haberme recorrido toda ya elegí amar a mi contrario, y a mi contrario quiero llamarlo Dios. Yo, que jamás me habituaré a mí misma, pretendía que el mundo no me escandalizase. Porque yo, que de mí sólo obtuve no someterme a mí misma, pues soy mucho más inexorable que yo, pretendía recompensarme de mí misma con una tierra menos violenta que yo. Porque mientras ame a un Dios únicamente porque no me quiero a mí, seré un dado marcado y el juego de mi vida mayor no podrá realizarse. Mientras yo invente a Dios, Él no existirá.

Tentación

Tenía hipo. Y como si la claridad de las dos de la tarde no fuera suficiente, era pelirroja.

En la calle vacía las piedras vibraban de calor; la cabeza de la niña refulgía. Sentada en los escalones de su casa, ella aguantaba. En la calle, nadie; apenas una persona esperando inútilmente en la parada del autobús. Y como si su mirada sumisa e impaciente no bastara, el hipo la interrumpía una y otra vez, estremeciendo el mentón que, adaptado, se apoyaba en la mano. ¿Qué hacer con una niña pelirroja que tiene hipo? Nos miramos sin palabras, desaliento contra desaliento. En la calle desierta, ni rastro del autobús. En una tierra de morenos, ser pelirrojo es una rebelión involuntaria. ¿Qué importaba si en un día futuro su marca iba a hacerle erguir, insolente, la cabeza de mujer? Mientras tanto estaba sentada en un escalón ardiente de la puerta, a las dos de la tarde. Lo que la salvaba era un viejo bolso de señora con el asa partida. Lo sostenía con un amor conyugal ya acostumbrado, apretándolo contra las rodillas.

Entonces se acercó la otra mitad suya de este mundo, un hermano en Grajaú. La posibilidad de comunicación surgió en el ángulo caliente de la esquina, acompañando a una señora y encarnada en un perro. Era un *basset* lindo y miserable, dulce bajo su fatalidad. Era un *basset* rubio.

Allí venía trotando, al frente de la dueña, arrastrando su largura. Desprevenido, acostumbrado, cachorro.

La niña abrió los ojos azorados. Suavemente discreto, el cachorro se paró delante de ella. Le vibraba la lengua. Los dos se miraban.

Entre tantos seres preparados para hacerse dueños de otro ser, allí estaba la niña que había venido al mundo para tener aquel cachorro. Él gruñía suavemente, sin latir. Ella lo miraba por entre el pelo, obstinada, seria. ¿Cuánto tiempo iba pasando? Un gran hipo desafinado la sacudió. Él no tembló siquiera. También ella pasó por alto el hipo y siguió clavándole los ojos.

El pelo de los dos era corto, rojizo.

¿Qué fue lo que se dijeron? No se sabe. Sólo se sabe que se comunicaron rápidamente, pues no había tiempo. También se sabe que, sin hablar, se imploraban. Se imploraban con urgencia, absortos, sorprendidos.

En medio de tanta imposibilidad vaga y tanto sol, para la criatura roja allí estaba la solución. Y en medio de tantas calles para ser trotadas, de tantos perros más grandes, de tantos desagües secos, allí había una niña que parecía carne de su carne rubia. Se miraban profundos, rendidos, ausentes de Grajaú. Pero un instante más y el sueño suspendido se quebraría cediendo acaso a la gravedad con que se imploraban.

Pero ambos estaban comprometidos.

Ella con su infancia imposible, centro de la inocencia que sólo se abriría cuando fuese una mujer. Él, con su naturaleza aprisionada.

La mujer esperaba impaciente bajo el toldo. Al final el *basset* rubio despegó de la niña y, sonámbulo, se alejó. Ella se quedó asustada, con el conocimiento en las manos, en una mudez que ni el padre ni la madre comprenderían. Lo acompañó con los ojos negros que apenas creían, doblada sobre el bolso y las rodillas, hasta verlo doblar la esquina.

Pero él fue más fuerte que ella. Ni una sola vez volvió la mirada.

El huevo y la gallina

De mañana en la cocina veo el huevo sobre la mesa.

Miro el huevo con una sola mirada. Inmediatamente advierto que no se puede estar viendo un huevo. Ver un huevo no se mantiene nunca en el presente: no bien veo un huevo, el verlo ya se vuelve haber visto un huevo hace tres milenios… En el instante mismo de ser el huevo, es el recuerdo de un huevo… Sólo ve el huevo quien ya lo había visto… Cuando se ve el huevo, ya es demasiado tarde: huevo visto, huevo perdido… Mirada corta e indivisible; si es que hay pensamiento; pero no lo hay; hay huevo… Mirar es el instrumento necesario que, una vez usado, tiraré. Me quedaré con el huevo… El huevo no tiene un sí mismo. Individualmente no existe.

Ver el huevo es imposible: así como hay sonidos supersónicos, el huevo es supervisible. Nadie es capaz de ver el huevo. ¿Ven el huevo los perros? Sólo las máquinas ven el huevo. La grúa ve el huevo… Cuando yo era anciana se me posó un huevo en el hombro… El amor por el huevo tampoco se siente. El amor por el huevo es supersensible. Uno no sabe que ama al huevo… Cuando yo era anciana fui depositaria del huevo y caminé sin hacer ruido para no perturbar el silencio del huevo. Cuando morí, me quitaron el huevo con cuidado. Aún estaba vivo… Sólo aquel que viera el mundo vería el huevo. Como el mundo, el huevo es obvio.

El huevo ya no existe. Como la luz de la estrella muerta, el huevo propiamente dicho ya no existe… Eres perfecto, huevo. Eres blanco… A ti dedico el comienzo. A ti dedico la primera vez.

Al huevo dedico la nación china.

El huevo es una cosa suspendida. Nunca se posó. Cuando se posa, no es él quien se ha posado. Es una cosa que hay debajo del huevo… Miro el huevo de la cocina con atención superficial para no romperlo. Aplico el mayor cuidado en no entenderlo. Dado que entenderlo es imposible, sé que si yo entendiese sería porque estaría equivocada. Entender es la prueba del error. Entenderlo es una manera de verlo… Jamás pensar en el huevo es una manera de haberlo visto… ¿Será que sé sobre el huevo? Es casi cierto que sé. Así: existo, luego sé… Lo que realmente importa es lo que no sé del huevo. Lo que no sé del huevo me da el huevo propiamente dicho… La luna está habitada por huevos.

El huevo es una exteriorización. Tener una cáscara es entregarse… El huevo desnuda la cocina. Hace de mesa un plano inclinado. El huevo expone… Quien se sumerge en un huevo, quien ve más que la superficie del huevo, pretende otra cosa: tiene hambre.

El huevo es el alma de la gallina. La gallina torpe. El huevo seguro. La gallina asustada. El huevo seguro. Como un proyectil detenido. Pues huevo es huevo en el espacio. Es huevo sobre azul… Te amo, huevo. Te amo como una cosa ama a otra sin siquiera saberlo… No lo toco. Lo que ve el huevo es el aura de mis dedos. No lo toco… Pero dedicarme a la visión del huevo significaría morir la vida mundana, y yo necesito la yema y la clara… El huevo me ve. ¿Me idealiza el huevo? ¿Me medita el huevo? No, el huevo apenas me ve. Está exento de la comprensión que hiere… El huevo nunca luchó. Es un don… El huevo es invisible al ojo desnudo. De huevo en huevo se llega a Dios, que es invisible al ojo desnudo… Tal vez el huevo haya sido un triángulo que de tanto rodar en el espacio se fue volviendo ovalado… ¿El huevo es básicamente un jarro? ¿Habrá sido el primer jarro moldeado por los etruscos? No. El huevo es originario de Macedonia. Allí fue calculado, fruto de la más penosa espontaneidad. En las arenas de Macedonia lo dibujó un hombre con un palo en la mano. Y después lo borró con el pie desnudo.

El huevo es cosa que ha de cuidarse. Por eso la gallina es el disfraz del huevo. La gallina existe para que el huevo atraviese los tiempos. Para eso está la madre… El huevo vive huyendo porque siempre se adelanta a su época… Por el momento el huevo siempre será revolucionario… Vive dentro de la gallina para que no lo llamen blanco. El huevo es realmente blanco. Pero no se le puede llamar blanco. No porque eso le haga mal, sino porque los que llaman blanco, ésos mueren para la vida. Llamar blanco a lo que es blanco puede destruir a la humanidad. Una vez un hombre fue acusado de ser lo que era, y lo llamaron Aquel Hombre. No mentían: lo era. Pero aún hoy no nos hemos recuperado, unos después de otros. Ley general para seguir vivos: se puede decir «una cara bonita», pero el que diga «una cara», muere; por haber agotado el asunto.

Con el tiempo, el huevo se transformó en huevo de gallina. No lo es. Adaptado, sin embargo, le usa el apellido… Se debe decir «el huevo de la gallina». Si sólo se dijera «el huevo», el asunto se agotaría y el mundo quedaría desnudo… En relación con el huevo, el peligro es que se descubra lo que se podría denominar belleza, es decir, su veracidad. La veracidad del huevo no es verosímil. Si lo descubriesen, tal vez quisieran obligarlo a volverse rectangular. El peligro no es para el huevo: él no se volvería

rectangular. (Nuestra garantía consiste en que no puede; no puede, ésa es la gran fuerza del huevo: su grandiosidad viene de la grandeza de no poder, que se irradia como un no querer). Pero aquel que luchase por volverlo rectangular estaría perdiendo la propia vida. El huevo nos pone, por lo tanto, en peligro. Nuestra ventaja radica en que el huevo es invisible. Y en cuanto a los iniciados, los iniciados disfrazan el huevo.

En cuanto al cuerpo de la gallina, el cuerpo de la gallina es la mejor prueba de que el huevo no existe. Basta mirar a la gallina para que se haga obvio que la existencia del huevo es imposible.

¿Y la gallina? El huevo es el gran sacrificio de la gallina. El huevo es la cruz que la gallina soporta en la vida. El huevo es el sueño intangible de la gallina. La gallina ama al huevo. Si supiese que lleva el huevo en sí misma, ¿se salvaría? Si supiese que lleva el huevo en sí misma, perdería el estado de gallina. Ser una gallina es la supervivencia de la gallina. Sobrevivir es la salvación. Pues parece que no hay vivir.

Vivir lleva a la muerte. Lo que hace la gallina, entonces, es estar sobreviviendo permanentemente. Se denomina sobrevivir a mantener la lucha contra la vida, que es mortal. Eso es ser una gallina. La gallina tiene un aire forzado.

Es necesario que la gallina no sepa que tiene un huevo. De lo contrario se salvaría como gallina, lo cual tampoco está garantizado, pero perdiendo el huevo. Así que no lo sabe. La gallina existe para que el huevo la use.

Ella estaba únicamente para que esto se cumpliese, pero le gustó. De ahí proviene la desorientación de la gallina: el gusto no formaba parte del nacer. El gusto de estar vivo duele… En cuanto a quién vino antes, fue el huevo el que encontró a la gallina. A la gallina ni siquiera la llamaron. La gallina es directamente una elegida… La gallina vive como en un sueño. No tiene sentido de la realidad. Todo el susto de la gallina se debe a que siempre le están interrumpiendo los devaneos. La gallina es un gran sueño… La gallina sufre de un mal desconocido. El mal desconocido de la gallina es el huevo. No se sabe explicar: «Sé que el error está dentro de mí», llama error a su vida, «ya no sé lo que siento», etc.

«Etc., etc., etc.» es lo que la gallina cacarea todo el día. La gallina tiene mucha vida interior. A decir verdad, la gallina no tiene realmente más que vida interior. Lo que nosotros llamamos «gallina» es la visión de su vida interior. La vida interior de la gallina consiste en comportarse todo el día como si entendiese. A la menor amenaza se echa a gritar escandalosamente,

hecha una loca. Y todo para que el huevo no se rompa dentro de ella. Un huevo que se rompe dentro de la gallina parece sangre.

La gallina mira el horizonte. Como si de la línea del horizonte estuviese llegando un huevo. Además de ser un medio de transporte para el huevo, la gallina es tonta, desocupada y miope. ¿Cómo iba a poder entenderse la gallina si es la contradicción del huevo? El huevo sigue siendo el mismo que surgió en Macedonia. La gallina es siempre la tragedia más moderna. Siempre está inútilmente al día. Y la siguen redibujando. La forma más adecuada para una gallina no se ha encontrado aún. No bien mi vecino atiende el teléfono, vuelve a dibujar la gallina con un lápiz distraído. Pero para la gallina no hay solución: está en su condición no servirse a sí misma. Siendo, sin embargo, su destino más importante que ella, y siendo su destino el huevo, su vida personal no nos interesa.

Dentro de sí la gallina no reconoce el huevo, pero tampoco lo reconoce fuera de sí. Cuando la gallina ve el huevo piensa que está lidiando con algo imposible. Y con el corazón palpitando, con el corazón palpitando mucho, no lo reconoce.

De repente miro el huevo en la cocina y sólo veo en él comida. No lo reconozco, y mi corazón palpita. Se está produciendo en mí la metamorfosis: empiezo a no poder divisar más el huevo. Fuera de cada huevo particular, fuera de cada huevo que se come, el huevo no existe. Ya no consigo creer en un huevo. Cada vez tengo menos fuerzas para creer, me muero, adiós, he mirado en exceso un huevo y el huevo me fue adormeciendo.

La gallina que no quería sacrificar la vida. La que optó por el deseo de ser «feliz». La que no se percataba de que, si se hubiese pasado la vida dibujando el huevo dentro de sí como en una iluminación, habría sido útil. La que no sabía perderse a sí misma. La que pensó que tenía plumas de gallina para cubrirse porque su piel era preciosa, sin comprender que las plumas estaban exclusivamente para suavizar el trabajo de cargar con el huevo, pues al huevo el sufrimiento intenso podía perjudicarlo. La que pensó que el placer era un don, sin darse cuenta de que servía para que ella se distrajese mientras se hacía el huevo. La que ignoraba que «yo» no es más que una de las palabras que se dibujan mientras se habla por teléfono, mero intento de encontrar una forma más adecuada. La que creyó que «yo» significa tener un sí mismo. Resultan perjudiciales para el huevo aquellas gallinas que son un «yo» sin tregua. En ellas el «yo» es tan constante que ya no pueden pronunciar la palabra «huevo». Pero a lo mejor era precisamente eso lo que el huevo

necesitaba. Porque si ellas no estuviesen tan distraídas, si prestasen atención a la gran vida que se les va haciendo dentro, perturbarían al huevo.

Empecé a hablar de la gallina y ya hace rato que no estoy hablando de la gallina. Pero sigo hablando del huevo.

Y he aquí que no entiendo el huevo. Sólo entiendo el huevo roto: lo rompo en la sartén. Es de esta forma indirecta que me ofrendo a la existencia del huevo: el sacrificio consiste en reducirme a mi vida personal. De mi placer y de mi dolor hice mi destino disimulado. Y, para quien ya ha visto el huevo, tener solamente la vida propia es un sacrificio. Como el de quienes, en el convento, barren el suelo y lavan la ropa sirviendo sin la gloria de una función mayor, mi trabajo consiste en vivir mis placeres y mis dolores. Es preciso que tenga la modestia de vivir.

Tomo un huevo más en la cocina, le rompo la cáscara y la forma. Y a partir de este instante exacto nunca ha existido un huevo. Es absolutamente indispensable que yo sea una ocupada y una distraída. Soy indispensablemente uno de los que reniegan. Formo parte de la masonería de los que una vez vieron el huevo pero reniegan de él como un modo de protegerlo. Somos aquellos que se abstienen de destruir, y en ello se consumen. A veces, agentes disfrazados y esparcidos por las funciones menos reveladoras, a veces nos reconocemos. Ante cierta forma de mirar, ante una manera de dar la mano, nos reconocemos y damos a esto el nombre de amor. Y entonces no es necesario el disfraz: aunque no se hable, tampoco se miente, aunque no se diga la verdad, ya no hace falta disimular. Hay amor cuando es dado participar un poco más. Pocos quieren el amor, porque el amor es la gran desilusión de todo lo demás. Y pocos soportan perder todas las demás ilusiones. Están los que se ofrecen como voluntarios para el amor, pensando que el amor les enriquecerá la vida personal. Al contrario: en el fondo, el amor es la pobreza. El amor es no tener. El amor es incluso la desilusión de lo que se pensaba que era el amor. Y no es un premio, por eso no envanece, el amor no es un premio, es una condición concedida exclusivamente a quienes, sin él, corromperían al huevo con el dolor personal. Lo cual no hace del amor una excepción honrosa; exactamente, se le concede a los malos agentes, esos que lo dificultarían todo si no se les permitiese adivinar vagamente.

A todos los agentes se les dan muchas ventajas para que el huevo se haga. No es cuestión de tenerse envidia, pues incluso ciertas condiciones peores que las de los demás no son sino las condiciones ideales para el huevo. En cuanto al placer de los agentes, también lo reciben sin orgullo.

Viven todos los placeres austeramente: éste es incluso nuestro sacrificio para que el huevo se haga. Hasta se nos ha impuesto ya una naturaleza totalmente adecuada al mucho placer. Lo cual ayuda. Al menos vuelve el placer menos penoso.

Hay casos de agentes que se suicidan: las poquísimas instrucciones recibidas les resultan insuficientes y se sienten faltos de apoyo. Hubo el caso del agente que reveló públicamente que lo era porque el hecho de no ser comprendido le resultaba intolerable, y ya no soportaba la falta del respeto ajeno: murió atropellado cuando salía de un restaurante. Hubo otro que ni siquiera necesitó ser eliminado: se consumió lentamente en la rebeldía; la rebeldía le vino cuando descubrió que las dos o tres instrucciones recibidas no incluían explicación alguna. Hubo otro que también fue eliminado, porque consideraba que «debe decirse valerosamente la verdad» y en primer lugar se puso a buscarla; se dijo de él que había muerto en nombre de la verdad, pero lo cierto es que no hacía sino obstaculizar la verdad con su inocencia; su aparente coraje era estupidez, y era ingenuo ese deseo suyo de lealtad, no comprendía que ser leal no es limpio, que ser leal significa ser desleal con el resto. Tales casos extremos de muerte no se producen por crueldad. Existen porque hay un trabajo, cósmico digamos, que debe realizarse, y desafortunadamente es imposible tener en cuenta los casos individuales. Para los que sucumben y se vuelven individuales existen las instituciones, la caridad, la comprensión que no discrimina motivos, la vida humana en definitiva.

Los huevos estallan en la sartén y, sumergida en el sueño, preparo el desayuno. Sin ningún sentido de la realidad, les grito a los niños, que brotan de diversas camas, arrastran sillas y comen, y el trabajo del día amanecido comienza, gritado y reído y masticado, clara y yema, alegría entre peleas, día que es nuestra sal como nosotros somos la sal del día, vivir es extremadamente tolerable, vivir ocupa y distrae, vivir hace reír.

Y me hace sonreír en mi misterio. Mi misterio consiste en que apenas soy un medio, y no un fin, se me ha dado la más maliciosa de las libertades: no soy boba y me aprovecho. Incluso hago un mal a los otros, que francamente… El falso empleo que me dieron para disfrazar mi función, pues el falso empleo lo aprovecho y lo convierto en el verdadero; hasta el dinero que me dan como jornal para facilitarme la vida de manera que el huevo se haga, ese dinero he llegado a usarlo para otros fines, desvío de fondos, en los últimos tiempos he comprado acciones de la empresa Brahma y ahora soy rica, A todo esto aún lo llamo tener la necesaria modestia de vivir. Y también el tiempo que me

dieron, y que nos dan únicamente para que en el ocio honrado se haga el huevo, pues ese tiempo lo he empleado en placeres ilícitos y penas ilícitas, olvidándome por completo del huevo. En esto consiste mi simplicidad.

¿O en realidad es esto lo que ellos quieren que me ocurra, precisamente para que el huevo se realice? ¿Soy libre o me mandan? Pues vengo notando que todos mis errores se aprovechan. Mi rebeldía radica en que para ellos no soy nada, soy tan sólo preciosa: me cuidan segundo a segundo con la más absoluta falta de amor; soy tan sólo preciosa. Con el dinero que me dan, últimamente me dedico a beber. ¿Abuso de confianza? Pero es que nadie sabe cómo se siente por dentro aquél cuyo empleo consiste en fingir que está traicionando, y termina por creer en su propia traición. Cuyo empleo consiste en olvidar diariamente. Aquel de quien se exige la aparente deshonra. Ni siquiera mi espejo refleja ya un rostro que sea mío. O soy un agente, o es la traición misma.

Pero duermo el sueño de los justos porque sé que mi vida fútil no perturba la marcha del gran tiempo. Al contrario: parece que se exige de mí que sea extremadamente fútil, y que se exige incluso que duerma como un justo. Ellos me necesitan ocupada y distraída, no importa cómo. Pues con mi atención equivocada y mi grave estupidez podría perturbar lo que por mediación mía se está haciendo. Es que yo misma, yo propiamente dicha, no he servido realmente más que para perturbar. Lo cual me sugiere que acaso soy un agente, y la idea de que mi destino me sobrepasa; esto al menos ellos tuvieron que dejármelo adivinar, yo era de esos que hacen mal el trabajo si no entrevén al menos un poco; me hicieron olvidar lo que me habían dejado entrever, pero conservo vagamente la noción de que mi destino me sobrepasa y soy un instrumento del trabajo de ellos. Pero, de cualquier modo, no hubiera podido ser otra cosa que instrumento, pues el trabajo no habría podido ser mío realmente. Ya tuve la experiencia de establecerme por cuenta propia y no resultó: aún hoy me sigue temblando la mano. De insistir un poco más habría perdido la salud. A partir de entonces, a partir de esa experiencia frustrada, he intentado razonar de este modo: que ya se me otorgó mucho, que ellos ya me concedieron todo lo que se puede conceder; y que otros agentes muy superiores a mí también trabajaron para lo que ignoraban. Y con las mismas y poquísimas instrucciones. Ya me fue otorgado mucho; esto, por ejemplo: de vez en cuando, con el corazón latiendo de privilegio, ¡sé al menos que no estoy reconociendo! ¡Con el corazón palpitante de emoción, al menos no comprendo! Con el corazón palpitante de confianza, al menos no sé.

Pero ¿y el huevo? He aquí uno de los subterfugios de ellos: mientras hablaba del huevo me estaba olvidando del huevo. «Habla, habla», me instruyeron ellos. Y el huevo queda enteramente protegido por tal cantidad de palabras. Habla mucho, es una de las instrucciones; estoy tan cansada.

Por devoción al huevo, lo he olvidado. El olvido necesario. El olvido interesado. Pues el huevo es esquivo. Enfrentado con una adoración posesiva podría retraerse y no volver nunca más. Pero si una lo olvidara.

Si yo hiciera el sacrificio de vivir solamente mi vida y olvidarlo. Si el huevo fuese imposible. Entonces —libre, delicado, sin ningún mensaje para mí—, acaso una vez aún se desplazaría por el espacio hasta esta ventana que desde siempre he dejado abierta. Y de madrugada entraría en nuestro edificio. Sereno hasta la cocina. Iluminándola con mi palidez.

Cien años de perdón

Quien nunca haya robado no me va a entender. Y si alguien no ha robado nunca rosas, ése jamás va a poder entenderme. Yo, de pequeña, robaba rosas.

En Recife había innumerables calles, las calles de los ricos, flanqueadas de palacetes que se alzaban en medio de grandes jardines. Una amiguita y yo jugábamos mucho a decidir a quién pertenecían los palacetes. «Aquel blanco es mío». «No, ya te he dicho que los blancos son míos». A veces pasábamos largo rato, la cara apretada contra las rejas, mirando.

Empezó así. En uno de los juegos de «aquella casa es mía» nos paramos delante de una que parecía un pequeño castillo. Al fondo se veía el inmenso pomar. Y al frente, en cuadros bien ajardinados, estaban plantadas las flores.

Bien, pero aislada en su cuadro había una rosa apenas entreabierta de color rosa vivo. Me quedé embobada, contemplando con admiración aquella rosa altanera que ni mujer hecha era todavía. Y entonces sucedió: desde lo más hondo del corazón yo quise esa rosa para mí. Quería, ah, cómo quería. Y no había modo de obtenerla. Si el jardinero hubiese estado por ahí, le habría pedido la rosa, incluso sabiendo que iba a expulsarnos como se expulsa a los negritos. No había jardinero a la vista, ni uno. Y las ventanas, a causa del sol, estaban con los postigos cerrados. Era una calle por donde no pasaban autobuses y raramente aparecía un coche. Entre mi silencio y el silencio de la rosa se hallaba mi deseo de poseerla como cosa solamente mía. Quería tenerla en la mano. Quería olería hasta sentir la vista oscura de tanto aturdimiento de perfume.

Entonces no pude más. El plan se formó en mí en un instante, lleno de pasión. Pero, como buena realizadora que era, razoné fríamente con mi amiguita explicándole qué papel le correspondería: vigilar las ventanas de la casa o la aproximación siempre posible del jardinero, vigilar a los raros transeúntes de la calle. Hecho esto, entreabrí lentamente el portón de rejas un poco herrumbradas, calculando de antemano el leve chirrido. Sólo lo entreabrí lo bastante para que pudiese pasar mi flaco cuerpo de niña. Y, paso a paso, avancé por los guijarros que rodeaban los parterres. Cuando llegué a la rosa había pasado un siglo de corazón latiente.

Heme por fin delante de ella. Me detengo un instante, con peligro, porque de cerca es todavía más bella. Finalmente empiezo a quebrar el tallo, arañándome los dedos con las espinas y chupándome la sangre de los dedos.

Y de repente… Hela aquí toda en mi mano. La carrera de vuelta también tenía que ser silenciosa. Por el portón que había dejado entreabierto pasé sosteniendo la rosa. Y entonces, pálidas las dos, yo y la rosa, corremos literalmente para casa.

¿Y qué hacía yo con la rosa? Hacía esto: la rosa era mía.

La llevé a casa, la puse en un vaso de agua donde reinó soberana, con sus pétalos gruesos y aterciopelados de varios matices de rosaté. En el centro, el color se concentraba más y el corazón parecía casi rojo.

Fue tan bueno.

Fue tan bueno que simplemente me puse a robar rosas. El proceso era siempre el mismo: la niña vigilando, yo entrando, yo rompiendo el tallo y huyendo con la rosa en la mano. Siempre con el corazón palpitante y siempre con aquella gloria que nadie me quitaba.

También robaba pitangas. Había una iglesia presbiteriana cerca de casa, rodeada por un seto alto y tan denso que impedía ver la iglesia. Fuera de una punta del tejado, nunca llegué a verla. El seto era de pitangueira. Pero las pitangas son frutas que se esconden: yo no veía ninguna. Entonces, mirando antes a los lados para asegurarme de que no venía nadie, metía la mano por entre las rejas, la hundía en el seto y empezaba a tantear hasta que mis dedos sentían la humedad de la frutita. Muchas veces, con la prisa, aplastaba una pitanga demasiado madura con los dedos, que quedaban como ensangrentados. Arrancaba varias y me las iba comiendo allí mismo, y algunas muy verdes las tiraba.

Nunca lo supo nadie. No me arrepiento: ladrón de rosas y de pitangas tiene cien años de perdón. Las pitangas, por ejemplo, piden ellas mismas que las arranquen, en vez de madurar y morir, vírgenes, en la rama.

La legión extranjera

Si me preguntasen sobre Ofelia y sus padres, con el decoro de la honestidad contestaría: apenas los conocí. Delante del mismo juez al cual contestaría: apenas me conozco; y a la cara de cada jurado diría con la mirada limpia de quien se ha hipnotizado para la obediencia: apenas la conozco. Pero a veces despierto del sueño y me vuelvo con docilidad hacia el delicado abismo del desorden.

Intento hablar de esa familia que desapareció hace años sin dejar rastro en mí, y de la que sólo me ha quedado una imagen nublada por la distancia. La inesperada aceptación de saber la provocó hoy el hecho de que en casa apareciera un político. Fue traído por una mano que quería darse el gusto de regalarme algo nacido, Cuando lo sacó de su encierro, la gracia del pollito nos pilló *in fraganti*. Mañana es Navidad, pero el momento de silencio que yo espero todo el año llegó un día antes de que naciera Cristo. Una cosa que pía por sí misma despierta la suavísima curiosidad que junto a un pesebre es adoración. Bueno, dijo mi marido, ¿y esto qué es? Se sentía demasiado grande. Sucios, con la boca abierta, los niños se acercaron. Yo, un poco osada, me sentí feliz. El pollito piaba. Pero la Navidad es mañana, dijo tímido el hijo mayor. Sonreíamos desamparados, curiosos.

Pero los sentimientos son agua de un instante. Poco después —así como el agua es otra cuando el sol la deja muy ligera, y otra cuando se encrespa intentando morder una piedra, y otra todavía en el pie que se sumerge—, poco después ya casi no teníamos en la cara iluminación ni aura. Estábamos, alrededor del pollito afligido, buenos y ansiosos. A mi marido la bondad lo pone áspero y severo, cosa a la cual ya nos hemos acostumbrado; se crucifica un poco. En los niños, que son más graves, la bondad es un ardor. A mí la bondad me intimida. Al poco rato el agua misma era otra, y mirábamos con disgusto, enredados en la falta de habilidad de ser buenos. Y, transformada el agua, poco a poco nos ganaba el rostro la responsabilidad de una aspiración, y el corazón un amor que ya no era libre. También nos entorpecía el miedo que el pollito tenía de nosotros; allí estábamos, y ninguno merecía presentarse ante el pollito; con cada piar nos reducía a no hacer nada. La constancia de su pavor nos acusaba de una alegría liviana que a esas alturas ni alegría era, era incomodidad. Había pasado el instante del pollito y él, cada vez más perentorio, nos expulsaba sin soltarnos. Nosotros, los adultos, ya habíamos

encerrado el sentimiento. Pero en los niños había una indignación silenciosa, y su acusación era que no hacíamos nada por el pollito o por la humanidad. A nosotros, padre y madre, el piar cada vez más ininterrumpido ya nos había llevado a una resignación constreñida: así es como son las cosas. Sólo que a los niños nunca se lo habíamos contado, nos daba vergüenza; y postergábamos indefinidamente el momento de llamarlos y decirles con claridad que las cosas son así. Se hacía cada vez más difícil, crecía el silencio, y ellos empujaban un poco el afán con que, a cambio, queríamos darles amor. Si nunca habíamos conversado sobre las cosas, en aquel instante mucho más tuvimos que esconder de ellos la sonrisa que acabó apareciéndonos con el desesperado piar del pico aquel, una sonrisa como si nos correspondiese bendecir el hecho de que las cosas eran así, y hubiésemos acabado de bendecirlas.

El pollito piaba. Sobre la mesa barnizada no se atrevía a dar un paso, a hacer un movimiento, piaba para dentro. Yo no sabía siquiera cómo cabía tanto terror en algo que sólo era plumas. ¿Plumas cubriendo qué? ¿Media docena de huesos flacos que se habían reunido para qué? Para el piar de un terror. En silencio, por respeto a la imposibilidad de comprendernos, por respeto a la rebelión de los niños contra nosotros, en silencio mirábamos sin mucha paciencia. Era imposible acercarle la palabra tranquilizadora que le hiciese no tener miedo, consolar a la cosa que por haber nacido se asustaba. ¿Cómo prometerle la costumbre? Padre y madre sabíamos cuán breve sería la vida del pollito. También él lo sabía, a la manera en que saben las cosas vivas: a través del miedo profundo.

Y entretanto, el pollito lleno de gracia, cosa breve y amarilla. Yo quería que también él sintiese la gracia de su vida, así como a nosotros nos había sido reclamada; él, que era la alegría de los otros y no de sí mismo. Que sintiese que era gratuito, ni siquiera necesario —uno de los pollitos tiene que ser inútil—; que, nacido solamente para gloria de Dios, fuese la alegría de los hombres. Pero desear que el pollito fuera feliz tan sólo porque lo amábamos, era amar nuestro amor. También sabía yo que sólo la madre decide el nacimiento, y que nuestro amor era el de quien se complace en amar: me agitaba en la gracia del don de amar, campanas, campanas repicaban porque sabía adorar. Pero, cosa de terror, no de belleza, el pollito temblaba.

El niño mayor no aguantó más.

—¿Quieres ser su madre?

Sobresaltada, dije que sí. Yo era la enviada ante aquella cosa que no comprendía mi lenguaje: amaba sin ser amada. La misión podía fracasar, y los

ojos de cuatro niños aguardaban mi primer gesto de amor eficaz con la intransigencia de la esperanza. Retrocedí un poco, sonriendo solitaria, miré a mi familia, quería que sonriesen. Un hombre y cuatro niños me escrutaban, incrédulos y confiados. Yo era la mujer de la casa, el granero. No entendí a qué se debía la impasibilidad de los cinco. Cuántas veces había debido yo de fallar para que, en mi hora de timidez, ellos estuviesen observándome. Procuré aislarme del desafío de los cinco hombres para esperar yo también algo de mí y recordar cómo era el amor. Abrí la boca, estaba por decirles la verdad: no sé cómo es.

Pero si de noche viniese a mí una mujer. Si llevara al hijo en el regazo. Y dijese: «cura a mi hijo». Yo diría: «¿cómo se hace?». Ella respondería: «cura a mi hijo». Yo diría: «tampoco sé». Entonces —porque no sé hacer nada y porque no me acuerdo de nada y porque es de noche—, entonces extiendo la mano y salvo a una criatura. Porque es de noche, porque estoy sola en la noche de otra persona, porque este silencio es muy grande para mí, porque tengo dos manos para sacrificar la mejor de ellas y porque no me queda otra alternativa.

Entonces extendí la mano y cogí el pollito.

Fue en ese instante cuando volví a ver a Ofelia. Y en ese instante recordé que había sido el testimonio de una niña.

Más tarde recordé que la vecina, madre de Ofelia, era trigueña como una hindú. Tenía ojeras violáceas que la embellecían mucho y le daban un aire fatigado que obligaba a los hombres a mirarla por segunda vez. Un día, en el banco del parque, mientras los niños jugaban, ella me había dicho con aquella cabeza obstinada del que mira el desierto: «Siempre he querido hacer un curso de decoración de pasteles». Me acordé de que el marido —trigueño también, como si se hubiesen elegido por la sequedad del color— quería ascender en la vida a través de los negocios de su ramo: gerente de hoteles, o incluso dueño, nunca lo supe bien. Lo cual le daba una dura cortesía. Cuando el ascensor nos obligaba a un contacto más prolongado, él aceptaba el intercambio de palabras con un tono de arrogancia que conservaba de luchas mayores. En el momento en que llegábamos al décimo piso, la humildad a la que me había constreñido su frialdad ya lo había amansado un poco; puede que llegase a su casa menos rígido. En cuanto a la madre de Ofelia, temía que a fuerza de vivir en el mismo piso se produjese una intimidad y, sin saber que yo también me resguardaba, procuraba evitarme. La única intimidad había

sido la del banco del parque, donde, con ojeras y boca fina, ella había hablado de decorar pasteles. Yo no había sabido qué replicar y había terminado diciendo, para que ella se diese cuenta de que la apreciaba, que el curso de los pasteles me gustaría. Aquel único momento mutuo nos había apartado más aún, por recelo de un abuso de comprensión. La madre de Ofelia había llegado incluso a ser grosera en el ascensor: al día siguiente yo iba con uno de mis hijos de la mano, el ascensor bajaba despacio y, oprimida por el silencio que a la otra la fortificaba, había dicho en un tono de complacencia que al instante me había repugnado a mí misma:

—Vamos a la casa de su abuelo.

Y ella, para mi asombro:

—No he preguntado nada, nunca me meto en la vida de los vecinos.

—Ya —había dicho yo en voz baja.

Lo cual, allí en el ascensor, me había hecho pensar que yo estaba pagando por haber sido su confidente de un minuto en el banco del parque. Lo cual, a su vez, me había hecho pensar que tal vez ella creyese haberme confiado más de lo que me había confiado en realidad. Lo cual, a su vez, me había hecho pensar si en verdad no me había dicho más de lo que ambas habíamos advertido. Mientras el ascensor seguía bajando y deteniéndose, yo había ido reconstruyendo la actitud de ella en el banco del parque, insistente y soñadora; y había mirado la altanera belleza de la madre de Ofelia con ojos nuevos: «No le contaré a nadie que quieres decorar pasteles», había pensado mirándola rápidamente.

El padre agresivo, la madre protegiéndose. Familia soberbia. Me trataban como si yo ya viviese en su futuro hotel y los ofendiese con el pago que exigían. Sobre todo, me trataban como si ni yo creyese ni ellos pudiesen demostrar quiénes eran. ¿Y quiénes eran ellos?, me preguntaba a veces. ¿Por qué la bofetada que llevaban impresa en el rostro, por qué la dinastía exiliada? Y a tal punto no me perdonaban, que yo actuaba como una no perdonada: si los encontraba en la calle, fuera del sector al que se me circunscribía, me sobresaltaba, sorprendida en delito: retrocedía para que pasaran, les hacía lugar; tos tres, trigueños y bien vestidos, pasaban como si fueran a misa, aquella familia que vivía bajo el signo de un orgullo o de un martirio oculto, amoratados como flores de la pasión. Familia antigua, aquélla.

Pero el contacto se hizo a través de la hija. Era una niña hermosísima, con largos bucles duros, Ofelia, con ojeras iguales a las de la madre, las mismas encías un poco violetas, la misma boca fina del que se ha cortado. Pero ésta,

con la boca, hablaba. Dio por aparecer en casa. Tocaba el timbre, yo abría la mirilla, no veía nada, oía una voz decidida:

—Soy yo, Ofelia María dos Santos Aguiar.

Desanimada, yo abría la puerta. Ofelia entraba. La visita era para mí, en aquella época mis dos hijos eran demasiado pequeños para la pausada sabiduría de ella. Yo era mayor y estaba ocupada; pero la visita era para mí: como una atención por completo interior, como si para todo hubiese un tiempo, se alzaba con cuidado la falda de volantes, se sentaba, arreglaba los volantes y sólo entonces me miraba. Yo, que en aquel entonces estaba copiando el archivo de la oficina, yo trabajaba y oía. Ofelia, por su parte, daba consejos. Sobre cada cosa tenía formada una opinión. En su opinión, todo lo que yo hacía estaba un poco equivocado. Decía «en mi opinión» con tono resentido, como si yo hubiese tenido que pedirle consejos; y como yo no se los pedía, ella los daba. Con sus ocho años altivos y bien vividos, decía que en su opinión yo no criaba bien a los niños; pues a los niños, si uno les da la mano, se le suben a la cabeza. El plátano no se mezcla con la leche. Mata. Pero claro está que puede usted hacer lo que quiera; cada cual sabe lo suyo. Ya no era hora de andar en bata; su madre se cambiaba de ropa no bien se levantaba de la cama, pero cada cual acaba por llevar la vida que quiere. Si yo le explicaba que era porque todavía no había tomado el baño, Ofelia se quedaba quieta, mirándome atenta. Con cierta suavidad, entonces, con cierta paciencia, añadía que ya no era hora de andar sin haberse bañado. Nunca me dejaba la última palabra. Qué última palabra hubiera podido pronunciar yo cuando ella me decía: la empanada de verduras nunca lleva tapa. Una tarde, en una panadería, me encontré inesperadamente frente a la inútil verdad: allí estaba una hilera de empanadas de verdura sin tapa. «Yo se lo dije», la oí como si estuviese a mi lado. Con sus bucles y volantes, con su delicadeza firme, era una visita que llega con la sala aún desordenada. Lo importante era que también decía muchas tonterías, lo que, en mi desaliento, me hacía sonreír desesperada.

La peor parte de la visita era la del silencio. Yo alzaba los ojos de la máquina y no podía saber cuánto hacía que Ofelia me miraba en silencio. ¿Qué puede atraerle de mí a esta niña?, me exasperaba. Una vez, después de uno de sus largos silencios, me dijo tranquilamente: «Usted es rara». Y yo, alcanzada en pleno rostro sin protección —justamente en el rostro, que por ser nuestro revés es tan sensible—, yo, alcanzada de pleno, pensé con rabia: «Pues ya verás que es justamente esa rareza lo que tú estás buscando». Ella,

que estaba totalmente protegida, y tenía una madre protegida, y un padre protegido.

Yo, pues, prefería con todo el consejo y la crítica. Ya menos tolerable era su costumbre de usar la expresión *por lo tanto*, con la cual unía las frases en una concatenación infalible. Me dijo que yo había comprado demasiada verdura en el mercado, por lo tanto no me iba a caber en la nevera y, por lo tanto, se estropearía antes de que fuese de nuevo al mercado.

Días más tarde yo miraba la verdura estropeada. Por lo tanto, sí. Otra vez vio mi verdura esparcida por la mesa de la cocina, ya que disimuladamente yo había obedecido. Ofelia miró, miró. Parecía dispuesta a no decir nada. Yo esperaba de pie, agresiva, muda. Sin ningún énfasis, Ofelia dijo:

—Es poco hasta el próximo día de mercado.

La verdura se acabó a mitad de semana. ¿Cómo puede saberlo?, me preguntaba yo, curiosa. La respuesta, quizá, sería «por lo tanto». ¿Por qué yo nunca, nunca sabía? ¿Por qué ella sabía tanto, por qué la tierra le era tan familiar, y yo no tenía protección? ¿Por lo tanto? Por lo tanto.

Una vez Ofelia se equivocó. La geografía —dijo sentada frente a mí, con los dedos cruzados sobre la falda— es una forma de estudiar. No llegaba a ser un error, era más bien un ligero estrabismo del pensamiento; pero para mí tuvo la gracia de una caída y, antes de que pasara el momento, le dije por dentro: «así es como se hace, ¡eso mismo!, ve así, despacio, y un día te será más fácil o más difícil, pero es así, ve equivocándote, bien, bien despacio».

Una mañana, en medio de su charla, me advirtió, autoritaria: «Voy a casa a ver una cosa pero vuelvo en seguida». Yo arriesgué: «Si estás muy ocupada no hace falta que vuelvas». Ofelia me miró muda, inquisitiva. «Conozco una niña muy antipática», pensé bien claro para que me viese toda la frase expuesta en la cara. Ella aguantó la mirada. La mirada donde —con sorpresa y desolación— vi fidelidad, paciente confianza en mí y el silencio de quien no ha hablado nunca. ¿Cuándo le había arrojado yo un hueso para que ella me siguiera muda el resto de su vida? Aparté los ojos. Ella, tranquila, suspiró. Y todavía con mayor decisión, dijo: «En seguida vuelvo». ¿Qué es lo que quiere?, me agité yo. ¿Por qué atraigo a personas a las que ni siquiera gusto?

Una vez, mientras Ofelia estaba sentada, tocaron el timbre. Fui a abrir y me encontré con la madre. Llegaba protectora, exigente.

—¿Por casualidad Ofelia María está aquí?

—Sí —me excusé, como si la hubiese raptado.

—No vuelvas a hacer esto —le dijo ella a Ofelia en un tono que se dirigía a mí; después me miró y, súbitamente ofendida, agregó—: Disculpe la

molestia.

—No se preocupe, es una niña tan inteligente.

La madre me miró con ligera sorpresa, pero le pasó la sospecha por los ojos. Y en esos ojos leí: «¿qué pretende usted de ella?».

—Ya le he prohibido a Ofelia que venga a molestarla —dijo ahora con abierta desconfianza.

Y agarrando con firmeza la mano de la niña, pareció defenderla de mí. Con una sensación de decadencia, sin hacer ruido, espié por la mirilla abierta: allá iban las dos por el pasillo que llevaba a su apartamento, la madre abrigando a la hija con murmullos de reprensión amorosa, la hija impasible, temblorosos los bucles y los volantes. Al cerrar la mirilla me di cuenta de que todavía no me había cambiado de ropa y, por lo tanto, así me había visto la madre que se cambiaba al levantarse. Con alguna desenvoltura pensé: «bien, ahora que la madre me desprecia, me he librado de que la niña vuelva».

Pero volvía, vaya. A aquella criatura yo le resultaba demasiado atractiva. Tenía suficientes defectos como para que me diera consejos, era buen terreno para el despliegue de su severidad, me había convertido en el feudo de mi esclava: sí, ella volvía, se levantaba los volantes, se sentaba.

Por aquella época, faltando poco para la Pascua, el mercado estaba lleno de pollitos, y yo traje uno para los niños. Jugamos, y después el pollito se quedó en la cocina y los niños salieron a la calle. Más tarde llegó Ofelia de visita. Yo escribía a máquina, de vez en cuando asentía distraídamente. La voz siempre igual de la mocosa, voz de quien habla de memoria, me atontaba un poco, se filtraba por entre las palabras escritas; ella decía, decía.

Fue entonces cuando me pareció que todo se había parado. Echando en falta el suplicio, la miré brumosamente. Ofelia tenía la cabeza muy erguida, con los bucles totalmente inmóviles.

—Qué es eso —dijo.

—Eso, ¿qué?

—¡Eso! —dijo, inflexible.

—¿Eso?

Habríamos quedado atrapadas para siempre en un círculo de «¿eso?» y «¡eso!» de no haber sido por la fuerza excepcional de aquella criatura que, sin una palabra, con la sola autoridad extrema de su mirada, me obligó a oír lo que ella oía. En el silencio de la atención a que me obligaba, oí por fin el piar del pollito en la cocina.

—Es el pollito.

—¿El pollito? —dijo, de lo más desconfiada.

—He comprado un pollito —contesté, resignada.

—¡Un pollito! —repitió como si la hubiese insultado.

—Un pollito.

Y allí nos habríamos quedado. De no ser por algo que vi y que antes no había visto nunca.

¿Qué era? Pero, fuera lo que fuese, ya no estaba. Un pollito había chispeado por un segundo en sus ojos y en ellos se había hundido para no haber existido nunca. Y se había hecho la sombra. Una sombra profunda que cubría la tierra. A partir del instante en que su boca estremecida pensara casi, involuntariamente, «yo también quiero», a partir de ese instante, la oscuridad se había adensado en el fondo de los ojos en un deseo retráctil que, de haber sido tocado, más se hubiera cerrado como hoja de adormidera. Y que retrocedía ante lo imposible que, aproximándose tentador, había llegado a ser casi suyo: la oscuridad de los ojos titubeó como un oro. Entonces le atravesó el rostro una astucia; si yo no hubiera estado allí, por astucia ella habría robado cualquier cosa. En los ojos, que pestañearon por el impulso de la disimulada sagacidad, la gran tendencia a la rapiña. Me miró rápidamente, y era envidia, tú lo tienes todo, y censura, porque no somos la misma y yo tendré un pollito, y codicia: me quería para ella. Despacio me fui reclinando en el respaldo de la silla, a mí su envidia me desnudaba la pobreza y a ella la dejaba pensativa; lo quería todo. Una vez hubo pasado el estremecimiento de la codicia, la oscuridad de los ojos lo delató todo: no era solamente a un rostro sin protección a lo que yo la exponía, ahora la había expuesto a lo mejor del mundo: a un pollito. Sin verme, sus ojos calientes se mantenían fijos en mí en una intensa abstracción que se ponía en contacto íntimo con mi intimidad. Estaba ocurriendo algo que yo no lograba entender a ojo desnudo. Y de nuevo volvió el deseo. Esta vez los ojos se angustiaron como si nada pudiesen hacer con el resto del cuerpo que, independiente, se desprendía. Y se ensancharon más aún, sorprendidos por el esfuerzo físico de la descomposición que tenía lugar dentro de ella. La boca delicada se tornó un poco infantil, de un violeta magullado. Miró el techo; las ojeras le daban un aire de martirio supremo. Sin moverme, yo la observaba. Yo conocía los altos índices de mortalidad infantil. La gran pregunta de ella me envolvía: «¿vale la pena?». «No lo sé —le dijo mi inquietud cada vez mayor—, pero es así». Allí, de frente a mi silencio, ella se entregaba al proceso y, si me hacía la gran pregunta, tenía que quedarse sin respuesta. Tenía que entregarse; a cambio de nada. Tenía que ser. Y a cambio de nada. Remisa, se aferraba a sí misma. Yo sabía que somos aquello que ha de suceder. A ella, yo sólo podía servirle de silencio. Y,

deslumbrada de desentendimiento, oía latir dentro de mí un corazón que no era el mío. Ante mis ojos fascinados, ante mí como un ectoplasma, ella se estaba transformando en una niña.

No sin dolor. En silencio, yo veía el dolor de su alegría difícil. El cólico lento de un caracol. Despacio, ella se pasó la lengua por los labios finos. («Ayúdame», dijo su cuerpo en una bipartición penosa. «Te estoy ayudando», respondió mi inmovilidad). La lenta agonía. Toda ella se iba hinchando, se deformaba con lentitud. Por momentos los ojos, con una avidez de huevo, se volvían puras pestañas. Y la boca de un hambre trémula. Casi sonrió entonces, como si tendida en una mesa de operaciones hubiese dicho que no dolía tanto. No me perdía de vista: había huellas de pasos que no advertía, alguien había andado ya por allí, y ella adivinaba que yo había andado mucho. Más y más se deformaba, casi idéntica a sí misma. «¿Me arriesgo? ¿Me dejo sentir?», se preguntaba en silencio. «Sí», se respondió por mí.

Y mi primer sí me embriagó. «Sí —le repitió mi silencio al suyo—, sí». Tal como en el instante del nacimiento de mi hijo yo le había dicho: «sí». Tenía la audacia de decirle a Ofelia que sí, yo que sabía que también de niña se muere sin siquiera advertirlo. «Sí», repetí embriagada, porque el mayor peligro no existe: cuando una se va, se va toda junta, tú misma no dejarás de estar nunca; esto, esto lo llevarás contigo para lo que sea.

La agonía del nacimiento. Hasta ese momento yo nunca había visto el coraje. El coraje de ser el otro que se es, y de nacer de parto propio, y de abandonar el antiguo cuerpo en el suelo. Y sin haberle respondido que valía la pena. «Yo», intentaba decir su cuerpo mojado por las aguas. Nupcias consigo misma.

Con cautela a causa de lo que le pasaba, Ofelia preguntó despacio:

—¿Es un pollito?

No la miré.

—Sí, es un pollito.

Desde la cocina llegaban las débiles piadas. Permanecimos en silencio como si hubiese nacido Jesús. Ofelia respiraba, respiraba.

—¿Un polluelo? —certificó, vacilante.

—Sí, un polluelo —dije yo, guiándola con cuidado hacia la vida.

—Ah, un polluelo —dijo, meditabunda.

—Un polluelo —dije yo sin violentarla.

Hacía ya unos minutos que me encontraba frente a una niña. Se había cumplido la metamorfosis.

—Está en la cocina.

—¿En la cocina? —repitió, haciéndose la desentendida.

—En la cocina —repetí yo, autoritaria por primera vez sin agregar nada más.

—Ah, en la cocina —dijo Ofelia de lo más hipócrita, y se puso a mirar el techo.

Pero sufría. Con alguna vergüenza comprendí al fin que me estaba vengando. La otra fingía, disimulaba, miraba el techo. La boca, las ojeras.

—Puedes ir a la cocina a jugar con el pollito.

—¿Yo? —preguntó haciéndose la boba.

—Sólo si quieres.

Sé que debería haberla mandado, para no exponerla a la humillación de querer tanto. Sé que no debería haberle permitido elegir, para que así tuviera la excusa de haberse visto obligada a obedecer. Pero en aquel momento no era por afán de venganza por lo que yo le imponía el tormento de la libertad. Era porque aquel paso, también aquel paso, debía darlo ella sola. Sola y entonces. Era ella quien tenía que ir hacia la montaña. ¿Por qué —me confundía—, por qué intento insuflar mi vida en su boca violeta? ¿Por qué le estoy prestando mi aliento? ¿Cómo me atrevo a respirar dentro de ella si yo misma…? ¿Sólo para que camine le estoy dando pasos dolorosos? ¿Le insuflo mi vida sólo para que un día, exhausta, se sienta como si la montaña hubiese ido a su encuentro?

¿Tenía yo derecho? Pero no había elección. Era una emergencia, como si los labios de la niña se estuviesen amoratando cada vez más.

—Ve a ver el pollito sólo si quieres —repetí entonces con la dureza extrema del que salva.

Permanecimos enfrentadas, diferentes, cuerpo separado de cuerpo; lo único que nos unía era la hostilidad. Yo me mantenía seca e inerte en la silla para que la niña se hiciese dolor dentro de otro ser, firme para que ella luchase dentro de mí; tanto más fuerte cuanto más Ofelia necesitase odiarme y necesitase que yo resistiera el sufrimiento de su odio. No puedo vivir esto por ti, le dije en mi frialdad. Su lucha se me hacía cada vez más próxima e interior, como si aquel individuo que había nacido extraordinariamente dotado de fuerza estuviese bebiendo de mi flaqueza. Al usarme, ella me lastimaba con su fuerza; me arañaba al intentar agarrarse a mis paredes lisas. Al final la voz le sonó con rabia lenta y baja:

—Pues voy a la cocina a ver el pollito.

—Sí, ve —dije yo despacio.

Se retiró pausadamente, procurando mantener la dignidad de la espalda.

Volvió en seguida; estaba asombrada sin pudor, mostraba el pollito en la mano con una perplejidad que desde los ojos me interrogaba entera:

—¡Es un polluelo! —dijo.

Miró la mano extendida, me miró a mí, miró de nuevo la mano, y de pronto se llenó de unos nervios y una preocupación que automáticamente me envolvieron en nervios y preocupación.

—¡Pero si es un polluelo! —dijo, y de inmediato la censura le atravesó los ojos como si yo no le hubiese dicho quién piaba.

Reí. Ultrajada, Ofelia me miró. Y de repente…, de repente se echó a reír. Entonces reímos las dos, un poco agudas.

Después de haber reído, Ofelia puso el pollito en el suelo para que caminase. Si él corría, ella le iba detrás, parecía darle autonomía sólo para echarlo de menos; pero si él se encogía, se apresuraba a protegerlo, dolorida de tenerlo bajo su dominio, «pobrecillo, es mío»; y cuando lo sostenía, era con mano torcida por la delicadeza: era el amor, sí, el tortuoso amor. «Es muy pequeño; por lo tanto, lo que precisa es mucho cuidado, no hay que hacerle mimos porque eso tiene sus peligros; no deje que lo cojan de cualquier manera, usted haga lo que quiera, pero el trigo es demasiado grande para su piquito abierto; porque es muy blandito, pobre, tan crío, por lo tanto no debe usted permitir que sus hijos le hagan mimos; sólo yo sé qué cariños le gustan; por cualquier motivo resbala, por lo tanto el suelo de la cocina no es lugar para el polluelo».

Hacía mucho que yo intentaba volver a escribir a máquina, procurando recuperar el tiempo perdido, y Ofelia seguía entreteniéndome, y poco a poco iba hablando sólo para el pollito y amando de amor. Por primera vez me había soltado, ya no era yo. La miré, toda dorada como estaba, y el pollito todo de oro, y los dos zumbaban como rueca y huso. Por fin, también, mi libertad, y sin ruptura; adiós, y yo sonreía de nostalgia.

Mucho después me di cuenta de que era conmigo con quien hablaba Ofelia.

—Me parece… Me parece que lo voy a dejar en la cocina.

—Pues ve.

No vi cuándo se fue, no vi cuándo volvió. En algún momento, por casualidad y distraída, noté que había pasado mucho tiempo en silencio. La miré un instante. Estaba sentada con los dedos cruzados sobre el regazo. Sin saber exactamente por qué, volví a mirarla.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí…?

—¿Quieres ir al lavabo?

—¿Yo…?

Me di por vencida, volví a la máquina. Un poco después oí la voz:

—Voy a tener que irme a casa.

—De acuerdo.

—Si usted me deja.

La miré sorprendida.

—Pues si tú quieres…

—Entonces… —dijo—, entonces me voy.

Caminó despacio, cerró la puerta sin ruido. Yo me quedé mirando la puerta cerrada. «Qué rara eres», pensé. Volví al trabajo.

Pero no conseguía pasar a la frase siguiente. «Bueno —pensé mirando el reloj—, ¿y ahora qué?». Estuve interrogándome sin placer, buscando en mí misma lo que podía interrumpirme. Cuando ya iba a desistir, volví a ver un rostro extremadamente quieto: Ofelia. Algo menos que una idea me pasó entonces por la cabeza y, ante lo inesperado, ésta se inclinó para oír mejor lo que sentía. Empujé lentamente la máquina. Reacia, por el camino fui apartando despacio las sillas. Hasta detenerme en la puerta de la cocina. El pollito estaba muerto en el suelo. «¡Ofelia!», llamé a la niña en un rapto.

Veía el suelo a una distancia infinita. «Ofelia. —Traté inútilmente de salvar la distancia hasta el corazón de la niña callada—. ¡Oh, no tengas tanto miedo! ¡A veces una mata por amor, pero te juro que un día lo olvida! ¡Te lo juro! Oye, una no sabe amar bien», repetí como si pudiese alcanzarla antes de que, desistiendo de servir a lo verdadero, ella decidiese servir altivamente a la nada. Yo, que me había olvidado de avisarle que sin el miedo existía el mundo. Pero te juro que así es como se respira. Estaba muy cansada, me senté en el banco de la cocina.

Donde también estoy ahora, amasando despacio el pastel para mañana. Sentada, como si me hubiese pasado todos estos años esperando pacientemente en la cocina. Debajo de la mesa se estremece el pollito de hoy. El amarillo es el mismo, el pico es el mismo. Tal como se nos ha prometido en Pascua, regresa en diciembre. La que no regresó fue Ofelia: ella creció. Se marchó a ser la princesa hindú que su tribu esperaba en el desierto.

Los obedientes

Se trata de una situación simple, un hecho para contar y olvidar.

Pero si alguien comete la imprudencia de detenerse en él un instante más de lo que debe, un pie se le hunde dentro y queda comprometido. Desde ese instante en que también nosotros nos arriesgamos, ya no se trata de un hecho a contar, empiezan a faltar las palabras capaces de no traicionarlo. A esas alturas, demasiado hundidos, el hecho ha dejado de ser un hecho para convertirse apenas en su difusa repercusión. Que, de verse demasiado retrasada, acaba por explotar un día como en esta tarde de domingo, cuando hace semanas que no llueve y cuando, como hoy, la belleza reseca persiste, no obstante, como belleza. Frente a la cual asumo una gravedad como la que se asume frente a un túmulo. A estas alturas, ¿por dónde anda el hecho inicial? Se ha convertido en la tarde esta. Sin saber cómo lidiar con ella, dudo entre ser agresiva o replegarme, un poco herida. El hecho inicial está suspendido en la soleada polvareda de este domingo… Hasta que suena el teléfono y, agradecida, voy de un salto a lamer la mano de quien me ama y me libera.

Cronológicamente, la situación era como sigue: un hombre y una mujer estaban casados.

Con sólo constatar este hecho hundí el pie. Me vi obligada a pensar en algo. Aun si no hubiese dicho nada más, y hubiese cerrado la historia con esta constatación, ya me habría comprometido con los pensamientos más irreconocibles. Ya sería como si hubiese visto, trazo negro sobre fondo blanco, a un hombre y una mujer. Y en ese fondo blanco fijaría los ojos con bastante por ver, pues toda palabra tiene una sombra.

Aquel hombre y aquella mujer empezaron —sin propósito alguno de ir demasiado lejos, y llevados por no se sabe qué necesidad que tiene la gente—, empezaron a intentar vivir más intensamente. ¿La búsqueda del destino que nos precede? ¿Y al cual el instinto quiere llevarnos? ¡¿El instinto?!

A su vez, en una especie de verificación constante del debe y el haber, el intento de vivir más intensamente los condujo a tratar de sopesar qué era importante y qué no. Esto lo hacían a su modo: sin habilidad ni experiencia, con modestia. Tanteaban. Debido a un vicio descubierto por ambos demasiado tarde en la vida, continuamente cada cual intentaba diferenciar por su lado lo que era esencial de lo que no lo era, si bien ellos nunca hubieran usado la palabra esencial, que no pertenecía a su ambiente. Pero el vago

esfuerzo casi obligado que hacían no los llevaba a ninguna parte: diariamente la trama se les escapaba. Sólo mirando para el día anterior, por ejemplo, les daba la impresión —de algún modo y, por decir así, contra su voluntad, y por lo tanto sin mérito—, la impresión de haber vivido. Pero entonces era de noche, se ponían las pantuflas y era de noche.

Para la pareja todo esto no llegaba a formar una situación. Quiero decir, algo que cada uno pudiera incluso contarse a sí mismo a la hora en que cada uno se volvía para un lado en la cama y, por un segundo antes de dormirse, permanecía con los ojos abiertos. Y las personas necesitan tanto contarse las historias de sí mismas. Ellos no tenían qué contarse. Con un suspiro de satisfacción, cerraban los ojos y dormían agitados. Y cuando hacían el balance de sus vidas, ni siquiera podían incluir el intento de vivir más intensamente y descontarlo, como en una declaración de renta. Balance que poco a poco empezaban a hacer con mayor frecuencia, incluso sin el bagaje técnico de una terminología adecuada a los pensamientos. Si se trataba de una situación, no se trataba de una situación de la cual vivir ostensiblemente.

Pero no sólo así eran las cosas. En realidad, también estaban tranquilos porque «no conducir», «no inventar», «no equivocarse» era para ellos mucho más que un hábito, una cuestión de honra tácitamente asumida. Ellos nunca se acordarían de desobedecer.

Tenían la compenetración altiva proporcionada por la noble conciencia de ser dos personas entre millones iguales. «Ser un igual» era el papel que les había cabido, y la tarea que se les había asignado. Condecorados, graves, los dos respondían grata y cívicamente a la confianza que los iguales les habían dispensado. Pertenecían a una casta. El papel que cumplían, con cierta emoción y con dignidad, era el de personas anónimas, el de hijos de Dios, como en un club de personas.

Debido quizás al mero paso insistente del tiempo todo esto había empezado, no obstante, a tornarse diario, diario, diario. A veces sofocante. (Tanto el hombre como la mujer ya habían entrado en la edad crítica). Abrían las ventanas y decían que hacía mucho calor. Si bien no vivían propiamente en el tedio, era como si nunca les enviasen noticias. El tedio, con todo, formaba parte de una vida de sentimientos honestos.

Pero, en fin, como todo esto no les resultaba comprensible, y se encontraba muchos peldaños por encima de ellos, y si se hubiese expresado en palabras no lo habrían reconocido, todo aquello, reunido y considerado ya como pretérito, se parecía a la vida irremediable. A la cual ellos se sometían con un silencio de multitud y con el aire un poco dolido que tienen los

hombres de buena voluntad. Se parecía a la vida irremediable para la cual nos quiere Dios.

Vida irremediable, pero no concreta. En realidad, era una vida de sueño. A veces, cuando hablaban de alguien excéntrico, decían con la benevolencia que exhibe una clase hacia otra: «Ah, ése lleva una vida de poeta». Acaso podría decirse, aprovechando las pocas palabras que conocía la pareja, podría decirse que ambos llevaban, salvo por la extravagancia, que ambos llevaban una vida de mal poeta: una vida de sueño.

No, no es verdad. No era una vida de sueño, pues el sueño no los había orientado jamás. Pero era una vida de irrealidad. Aunque hubiese momentos en que, por un motivo u otro, se sumergieran en la realidad. Y entonces les parecía haber tocado un fondo más allá del cual no podía ir nadie.

Por ejemplo, cuando el marido volvía a casa más temprano que de costumbre y la mujer aún no había regresado de hacer una compra o una visita. En esas ocasiones, para el marido se interrumpía una corriente. Se sentaba con cuidado a leer el periódico, en un silencio tan callado que hasta un muerto puesto al lado suyo lo habría roto. Con severa honestidad fingía prestar al periódico una atención minuciosa, los oídos atentos. Era en tales momentos cuando, con pies sorprendidos, el marido tocaba fondo. No hubiera podido permanecer mucho tiempo así sin riesgo de ahogarse, pues tocar fondo significa también tener agua encima de la cabeza. Así eran sus momentos concretos. Lo que hacía que él, lógico y concreto, se zafara en seguida. Se zafaba en seguida, si bien curiosamente a disgusto; pues la ausencia de la esposa era tal promesa de placer peligroso, que experimentaba lo que debía de ser la desobediencia. Se zafaba a disgusto pero sin discutir, obedeciendo a lo que se esperaba de él. No era un desertor que fuese a traicionar la confianza de los demás. Además, si la realidad era eso, no había cómo vivir en ella o de ella.

La esposa tocaba la realidad con mayor frecuencia, porque tenía más tiempo libre y menos a lo que pudiese llamar hechos, como también menos compañeros de trabajo, autobuses llenos y palabras administrativas. Se sentaba a zurcir la ropa y la realidad iba viniendo poco a poco. Era intolerable mientras duraba la sensación de estar sentada zurciendo ropa. El modo súbito en que el punto caía sobre la i, esa manera de caber algo enteramente en lo que existía, de quedar todo tan nítidamente en ello mismo, le parecía intolerable. Pero una vez que había pasado, era como si la esposa hubiese bebido de un futuro posible. Poco a poco, el futuro de la mujer pasó a convertirse en algo que ella traía al presente, algo meditativo y secreto.

Era sorprendente, por ejemplo, cómo no les tocaban a los dos la política, los cambios de gobierno, la evolución en general, por mucho que a veces, como todo el mundo, hablaran de esas cosas. En realidad, eran personas tan reservadas que se habrían sorprendido, halagadas, si alguien les hubiera dicho que eran reservadas. Nunca se les habría ocurrido que podían ser tal cosa. Tal vez habrían entendido más si les hubiesen dicho: «Ustedes simbolizan nuestra reserva militar». Después de que sucediera todo, algunos conocidos suyos dijeron: eran buena gente. Y no había nada más que decir, porque lo eran.

No había nada más que decir. Les faltaba el peso de un error grave, que tantas veces es lo que por azar abre una puerta. Cierta vez se habían tomado algo muy en serio. Eran obedientes.

Tampoco por simple sumisión: como en un soneto, era una obediencia por amor a la simetría. La simetría era para ellos el arte posible.

Cómo fue que cada uno llegó a la conclusión de que solo, sin el otro, viviría más, sería camino largo de reconstruir y trabajo inútil, pues varios ya habían llegado al mismo punto partiendo de otros lugares.

La esposa, bajo una fantasía continua, no sólo llegó temerariamente a aquella conclusión sino que la vida, por obra de ella, se le volvió más alargada y perpleja, más rica y hasta supersticiosa. Cada cosa parecía el signo de otra cosa, todo era simbólico, e incluso un poco espiritista dentro de lo que permitía el catolicismo. No sólo se dedicó temerariamente a aquello, sino que —incitada por el solo hecho de ser mujer— empezó a pensar que otro hombre la salvaría. Lo cual no alcanzaba a ser absurdo. Ella sabía que no lo era. Tener razón a medias la dejaba confundida, la sumía en la meditación.

El marido, influido por el ambiente de afligida masculinidad que lo rodeaba, y por su propia condición, tímida pero efectiva, dio en pensar que muchas aventuras amorosas serían la vida.

Soñadoramente, empezaron a sufrir soñadoramente, soportar era heroico. Callando ambos lo que cada uno había vislumbrado, discrepando respecto de la hora más conveniente para cenar, sirviendo cada uno de sacrificio para el otro: el amor es sacrificio.

Así llegamos al día en que, tragada desde hacía mucho por el sueño, la mujer, al morder una manzana, sintió que se le rompía un diente delantero. Con la manzana en la mano todavía, mirándose desde demasiado cerca en el espejo del cuarto de baño —y perdiendo así la perspectiva por completo—, vio una cara pálida, de mediana edad, con un diente roto, y sus propios ojos. Habiendo tocado fondo, y con el agua ya al cuello, con cincuenta y tantos años, sin dejar una nota, en vez de ir al dentista se tiró por la ventana del

apartamento; una persona por la cual se podría sentir tanta gratitud, reserva militar y sustento de nuestra obediencia.

En cuanto a él, una vez seco el lecho del río y sin agua que lo ahogase, caminaba por el fondo sin mirar hacia abajo, rápido como si usase bastón. Inesperadamente seco el lecho del río, andaba perplejo y sin peligro por el fondo con la jovialidad de quien más adelante caerá de bruces.

El reparto de los panes

Era sábado y estábamos invitados al almuerzo de agradecimiento. Pero a cada uno de nosotros le gustaba demasiado el sábado para gastarlo con quien no queríamos. Cada cual había sido feliz alguna vez y conservaba la marca del deseo. Yo, yo lo quería todo. Y allí estábamos, presos, como si nuestro tren hubiese descarrilado y nos viésemos obligados a pasar la noche entre desconocidos. Allí nadie me quería, yo no quería a nadie. En cuanto a mi sábado —que al otro lado de la ventana se balanceaba entre acacias y sombras—, prefería, en vez de malgastarlo, encerrarlo fuertemente en la mano, donde lo estrujaba como si fuese un pañuelo. A la espera de la comida, bebíamos sin placer, a la salud del resentimiento: mañana ya sería domingo. No es contigo con quien quiero estar, decía nuestra mirada sin humedad, y soplábamos despacio el humo del cigarrillo seco. La avaricia de no repartir el sábado iba royendo y avanzando poco a poco como herrumbre, hasta llegar al punto en que cualquier alegría era un insulto a la alegría mayor.

Sólo la dueña de casa parecía no economizar el sábado para utilizarlo un jueves a la noche. Ella, sin embargo, cuyo corazón ya había conocido otros sábados. ¿Cómo había podido olvidar que siempre se desea más? Ni siquiera se impacientaba con el grupo heterogéneo, soñador y resignado que en su casa no hacía sino esperar como si esperase la partida del primer tren, cualquiera con tal de no quedarse en aquella estación vacía, con tal de no tener que estar refrenando el caballo que, con el corazón palpitante, se iría detrás de otros, de otros caballos.

Al fin pasamos a la sala para un almuerzo que no tenía la bendición del hambre. Y entonces fue cuando, sorprendidos, nos encontramos con la mesa. No podía ser para nosotros…

Era una mesa para hombres de buena voluntad. ¿Quién sería el invitado que realmente esperaban y no había acudido? Sin embargo, éramos nosotros. ¿De modo que aquella mujer daba lo mejor sin importarle a quién? Y lavaba contenta los pies del primer forastero. Avergonzados, mirábamos.

Habían cubierto la mesa con una solemne abundancia. Sobre el mantel blanco se amontonaban espigas de trigo. Y manzanas rojas, enormes zanahorias amarillas, redondos tomates de piel a punto de estallar, calabazas de un verde líquido, piñas malignas en su salvajismo, naranjas anaranjadas y serenas, machuchas erizadas como puercoespines, pepinos que se cerraban

duramente sobre la propia carne acuosa, pimientos huecos y rojizos que hacían arder los ojos; todo enmarañado en barbas y más barbas húmedas de maíz, pelirrojas como las de junto a una boca. Y los granos de uva. Las uvas negras más violetas, que apenas podían esperar el instante de ser aplastadas. Y sin importarles por quién. Los tomates eran redondos para nadie; para el aire redondo. El sábado era de quien fuese. Y la naranja endulzaría la lengua del que llegase primero. Junto al plato de cada mal invitado, la mujer que lavaba los pies de los forasteros había puesto —aun sin habernos elegido, aun sin amarnos— un ramo de trigo o un manojo de rábanos ardientes o una roja tajada de sandía de alegres semillas. Todo cortado por la acidez española que se adivinaba en los limones verdes. En las jarras estaba la leche, como si hubiese atravesado con las cabras el desierto de los peñascos. Un vino casi negro de tan macerado se estremecía en vasijas de barro. Todo ante nosotros. Todo limpio del retorcido deseo humano. Todo tal como es, no como quisiéramos. Existiendo, nada más, y todo. Tal como existe en el campo. Tal como las montañas. Tal como los hombres y las mujeres, y no como nosotros, los ávidos. Tal como un sábado. Tal como simplemente existe. Existe.

En nombre de nada, era hora de comer. En nombre de nadie, estaba bien. Sin sueño alguno. Y nosotros poco a poco a la par del día, poco a poco anonimizados, creciendo, mayores, a la altura de la vida posible. Entonces, como campesinos hidalgos, aceptamos la mesa.

No era un holocausto: todo aquello quería ser comido tanto como queríamos nosotros comerlo. Sin guardarme nada para el día siguiente, allí mismo ofrecí lo que sentía a aquello que me hacía sentir. Era un vivir que yo no había pagado de antemano con el sufrimiento de la espera, hambre que nace cuando la boca ya está cerca de la comida. Porque ahora teníamos hambre, hambre entera que cobijaba el todo y las migajas. El que bebía vino se apoderaba con los ojos de la leche. El que bebía leche lentamente sentía con los ojos el vino que bebía otro. Allá fuera, Dios en las acacias. Que existían. Comíamos. Como quien da de beber al caballo. Se distribuyó la carne trinchada. La cordialidad era ruda y rural. Nadie habló mal de nadie porque nadie habló bien de nadie. Era reunión de cosecha, y se hizo una tregua. Comíamos. Como una horda de seres vivos, cubríamos gradualmente la tierra. Ocupados como el que labra la existencia, y planta, y recoge, y mata, y vive, y muere, y come. Comí con la honestidad del que no engaña a lo que come: comí la comida aquella y no su nombre. Nunca fue Dios tan tomado sólo por lo que es. Ruda, feliz, austera, la comida decía: come, come y reparte. Todo aquello me pertenecía, la mesa era la de mi padre. Comí sin

ternura, comí sin la pasión de la piedad. Y sin ofrecerme a la esperanza. Comí sin ninguna nostalgia. Y bien valía yo aquella comida. Porque no siempre puedo ser la guardiana de mi hermano, y ya no puedo ser mi propia guardiana, ah, ya no me quiero. Y no quiero dar forma a la vida porque la existencia ya existe. Existe como un suelo por donde todos nosotros avanzábamos. Sin una palabra de amor. Sin una palabra. Pero tu placer entiende el mío. Somos fuertes y comemos. Pan y amor entre desconocidos.

Una esperanza

En casa se ha posado una esperanza. No la clásica, la que tantas veces se revela ilusoria, por mucho que así nos sostenga siempre. Sino la otra, bien concreta y verde: el insecto.

Hubo un grito sofocado de uno de mis hijos:

—¡Una esperanza! ¡Y justo encima de tu silla!

Emoción de él, además, que unía las dos esperanzas en una sola, ya tiene edad para eso. Antes, mi asombro: la esperanza es algo secreto y suele posarse directamente en mí, sin que nadie lo sepa, y no en una pared encima de mi cabeza. Pequeño desorden: pero era indudable, allí estaba, y más flaca y verde no podía ser.

—Pero si casi no tiene cuerpo —me quejé.

—Sólo tiene alma —explicó mi hijo; y como los hijos son para nosotros una sorpresa, descubrí sorprendida que hablaba de las dos esperanzas.

Por entre los cuadros de la pared, ella caminaba despacio sobre las hilachas de las largas patas. Tres veces, obstinada, intentó salir entre dos cuadros; tres veces tuvo que desandar el camino. Le costaba aprender.

—Es tontita —comentó el niño.

—De eso yo sé bastante —respondí, un poco trágica.

—Ahora busca otro camino. Mira cómo duda.

—Ya lo sé, así es.

—Parece que las esperanzas no tienen ojos, mamá. Se guían con las antenas.

—Lo sé —continué yó, cada vez más desdichada.

Nos quedamos mirando no sé cuánto tiempo. Vigilándola como en Grecia o Roma se vigilaba el fuego del hogar para que no se apagase.

—Ha olvidado cómo se vuela, mamá, y cree que sólo puede andar así, despacio.

Andaba realmente despacio; ¿estaría herida, tal vez? Ah, no; si hubiese sido así, de un modo u otro perdería sangre, conmigo siempre ha sido así.

Fue entonces cuando, presintiendo el mundo comible, de detrás de un cuadro salió una araña. Más que una araña, parecía «la» araña. Caminando por su tela invisible, parecía trasladarse blandamente por el aire. Quería la esperanza. ¡Pero nosotros también la queríamos, vaya! Dios mío, la queríamos y no para comérnosla. Mi hijo fue a buscar la escoba. Yo, sincera,

confundida, sin saber si no había llegado la segura hora de perder la esperanza, dije:

—Es que no se matan las arañas. Me han dicho que trae mala suerte…

—¡Pero ésta va a matar la esperanza! —respondió mi hijo con ferocidad.

—Tengo que hablar con la empleada para que limpie detrás de los cuadros —dije, sintiendo la frase descolocada y oyendo el cansancio cierto que había en mi voz. Después fantaseé un poco sobre cómo sería de lacónica y misteriosa con la empleada; tan sólo le diría: haga usted el favor de facilitar el camino de la esperanza.

Muerta la araña, el niño inventó un juego de palabras con nuestra esperanza y el insecto. Mi otro hijo, que estaba mirando la televisión, lo oyó y se echó a reír de placer. No había duda: en casa se había posado la esperanza en cuerpo y alma.

Pero qué bonito es el insecto: se posa más de lo que vive, es un esqueletito verde y tiene una forma tan delicada que explica por qué yo, que tengo la costumbre de agarrar las cosas, nunca he intentado agarrarla.

Por otra parte, una vez, ahora lo recuerdo, se me posó en el brazo una esperanza mucho más pequeña que ésta. De tan leve que era no sentí nada, sólo visualmente me di cuenta de su presencia. Permanecí absorta en la delicadeza. Sin mover el brazo, pensé: «¿Y ahora? ¿Qué debo hacer?». En realidad, no hice nada. Me quedé extremadamente quieta, como si me hubiese brotado una flor. Después ya no recuerdo lo que pasó. Y creo que no pasó nada.

Macacos

La primera vez que tuvimos en casa un mico fue cerca de Año Nuevo. Estábamos sin agua y sin empleada, había que hacer cola para la carne y el calor había estallado; y entonces, muda de perplejidad, vi entrar el regalo en casa, ya comiéndose un plátano, ya examinándolo todo con gran rapidez y un largo rabo. Parecía más bien un macaco no crecido aún, tenía unas potencialidades tremendas. Trepaba por la ropa colgada de la soga, y desde arriba lanzaba gritos de marinero, y tiraba cáscaras de plátano donde fuese. Y yo exhausta. Cuando me olvidaba y, distraída, entraba en el patio de servicio, el gran sobresalto: allí estaba aquel hombre alegre. Mi hijo menor sabía que me desharía del gorila mucho antes de saberlo yo: «Y si te prometo que un día el mono va a enfermarse y morir, ¿lo dejarás quedarse? ¿Y si supieras que de todos modos un día se va a caer por la ventana y va a morir allá abajo?». Mis sentimientos desviaban la mirada. La feliz e inmunda inconsciencia del gran mono pequeño me hacía responsable de su destino, ya que él mismo no aceptaba culpas. Una amiga entendió de qué amargura estaba hecha mi aceptación, de qué crímenes se alimentaba mi aire soñador, y rudamente me salvó: muchachos de la favela aparecieron con un rumor feliz, se llevaron al hombre que reía y, en el desvitalizado Año Nuevo, conseguí al menos tener una casa sin mono.

Un año después acababa de recibir una alegría cuando en Copacabana vi la aglomeración. Un hombre vendía monitos. Pensé en los niños, en las alegrías gratuitas que me daban, nada relacionadas con las preocupaciones también gratuitas que me daban, e imaginé una cadena de la alegría: «Aquel que reciba ésta, que la pase a otro», y éste a otro más, como el siseo en un rastro de pólvora. Y allí mismo compré a la que se llamaría *Lisette*.

Cabía casi en la mano. Tenía falda, pendientes, collar y pulsera de bahiana. Y un aire de inmigrante que desembarca llevando aún el traje típico de su tierra. De inmigrante eran también los ojos redondos.

En cuanto a ella, era una mujer en miniatura. Estuvo con nosotros tres días. Era tan delicada de huesos. Tenía una dulzura tan extremada. Más que sus ojos, era su mirada lo redondo. A cada movimiento se le agitaban los pendientes; la falda siempre arreglada, el collar rojo brillante. Dormía mucho, pero para comer era sobria y cansada. Sus raros cariños no eran sino leves mordidas que no dejaban marca.

Al tercer día estábamos en el patio de servicio admirando a *Lisette* y el modo en que era nuestra. «Un poco demasiado suave», pensé yo con nostalgia del gorila. Y de repente mi corazón respondió con mucha dureza: «Pero si esto no es dulzura. Esto es muerte». La sequedad del mensaje me dejó paralizada. Después les dije a los niños: «*Lisette* se está muriendo». Al mirarla comprendí hasta qué grado del amor habíamos llegado. Envolví a *Lisette* en una servilleta, fui con los niños hasta el servicio de urgencias, donde el médico no pudo atendernos porque estaba operando a un cachorro. Otro taxi —Lisette se cree que está paseando, mamá—, otro hospital. Allí le dieron oxígeno.

Y con el soplo de vida se reveló súbitamente una *Lisette* que desconocíamos. De ojos mucho menos redondos, más secretos, más risueños, y con una cierta altivez irónica en el rostro burdo y prognato; un poco más de oxígeno y le entraron tales ganas de hablar que mal parecía una mona; pero lo era, y tenía mucho que contar. No obstante, en seguida volvía a sucumbir, exhausta. Más oxígeno, y esta vez una inyección de suero a cuya aguja reaccionó con un golpecito colérico de pulsera que tintinea. El enfermero sonrió: «*Lisette*, cariño mío, ¡cálmate!».

El diagnóstico: no viviría a menos que tuviese oxígeno a mano, y aun así era improbable: «No hay que comprar monos en la calle —me censuró el enfermero meneando la cabeza—. A veces ya vienen enfermos». No, había que comprar monas determinadas, conocer el origen, exigir por lo menos cinco años de garantía de amor, saber lo que Había hecho y deshecho como si una fuese a casarse. Consulté un instante con los niños. Y dije al enfermero: «*Lisette* le ha gustado a usted mucho. Pues si la deja pasar unos días al lado del oxígeno, en cuanto se cure es suya». Pero él cavilaba. «¡*Lisette* es muy guapa!», imploré. «Es linda, sí —aceptó él, pensativo. Después dejó escapar un suspiro y dijo—: Si curo a Lisette, será suya». Nos fuimos con la servilleta vacía.

Al día siguiente telefonearon y yo avisé a los niños que *Lisette* había muerto. El menor me preguntó: «¿Crees que habrá muerto con los pendientes puestos?». Le contesté que sí. Una semana más tarde el mayor me dijo: «¡Cómo te pareces a *Lisette*!». «A mí tú también me gustas», le respondí.

Las desdichas de Sofía

Cualquiera que hubiese sido su anterior trabajo, lo había abandonado, había cambiado de profesión y, pesadamente, había empezado a enseñar en la escuela primaria: eso era todo lo que sabíamos de él.

El profesor era gordo, grande y silencioso, de hombros contraídos. En vez de un nudo en la garganta, tenía los hombros contraídos. Usaba una chaqueta demasiado corta, gafas sin montura, con un hilo de oro montado sobre la nariz gruesa y romana. A mí me atraía. No era amor, me atraía su silencio y la controlada impaciencia que aplicaba al enseñarnos y que, ofendida, yo había llegado a adivinar. Empecé a comportarme mal en el aula. Hablaba en voz muy alta, discutía con los compañeros, interrumpía la lección con chistecillos, hasta que él, rojo, decía:

—Cállese o la echo de la clase.

Herida, triunfante, yo lo desafiaba respondiendo: «¡Pues écheme!». Él no me echaba, porque hubiera sido como obedecerme. Pero yo lo exasperaba tanto que se me había vuelto doloroso ser el objeto del odio de un hombre al cual en cierta forma amaba. No lo amaba como la mujer que alguna vez sería, lo amaba como una criatura que torpemente intenta proteger a un adulto, con la cólera del que, sin haber sido cobarde aún, ve un hombre tan fuerte con los hombros tan encorvados. Me irritaba. De noche, antes de dormirme, él me irritaba. Yo tenía poco más de nueve años, edad dura como el tallo sin romper de una begonia. Lo aguijoneaba, y cuando conseguía exasperarlo sentía en la boca, con la gloria del martirio, la acidez insoportable que suelta la begonia triturada entre los dientes; y, exultante, me mordía las uñas. Por la mañana, al atravesar el portón de la escuela, pura como iba con mi café con leche y la cara lavada, me turbaba encontrarme en carne y hueso con el hombre que, antes de dormir, me había hecho fantasear durante un abismal minuto. En superficie de tiempo había sido apenas un minuto, pero en profundidad eran viejos siglos de oscurísima dulzura. Por la mañana —como si no hubiese contado con la existencia real de quien me desencadenaba negros sueños de amor—, por la mañana, delante del hombretón con su chaqueta, de la turbación yo era arrojada a la vergüenza, a la perplejidad y a la aterradora esperanza. La esperanza era mi mayor pecado.

Cada día se renovaba la lucha mezquina que yo había emprendido por la salvación de aquel hombre. Yo le deseaba el bien y él respondía odiándome.

Golpeada, yo me convertía en demonio y tormento suyo, en símbolo del infierno que para él debía de ser dar clases a aquel risueño grupo de desentendidos. No dejarlo en paz se había vuelto un placer a esas alturas terrible. El juego, como siempre, me fascinaba. Sin saber que estaba obedeciendo a viejas tradiciones, pero con esa sabiduría que los malos poseen ya en la cuna —los malos que se comen las uñas de espanto—, sin saber que obedecía a una de las cosas que ocurren en el mundo, yo era la prostituta; él era el santo. No, tal vez no fuera así. Las palabras me anteceden y me sobrepasan, me tientan y me modifican, y si no tengo cuidado se habrá hecho demasiado tarde: las cosas habrán sido dichas sin que las haya dicho yo. O, por lo menos, no era sólo eso. Mi embarazo proviene de que un tapiz consta de tantos hilos que no puedo resignarme a seguir uno solo; mi enredo proviene de que una historia está hecha de muchas historias. Y no todas puedo contarlas; una palabra más verdadera podría, de eco en eco, provocar un alud en mis más altos glaciares. Así pues, no hablaré más del torbellino que había en mí mientras fantaseaba antes de dormirme. De lo contrario, yo misma acabaría por pensar que era solamente aquella blanda vorágine lo que me impelía hacia él, olvidando mi desesperada abnegación. Me había convertido en su seductora, deber que nadie me había impuesto. Era de lamentarse que la tarea de salvarlo de la tentación hubiese caído en mis manos equivocadas, pues de todos los adultos y los niños de aquella época yo era probablemente la menos indicada. Como decía nuestra empleada, «no es ésa flor para oler». Pero era como si, sola con un alpinista paralizado por el pánico del precipicio, no pudiese sino intentar ayudarlo a bajar. El maestro tenía la mala suerte de que hubiese sido justo la más imprudente la que había quedado a solas con él en sus yermos. Por más peligroso que fuese el lado donde yo estaba, me veía obligada a arrastrarlo hacia él porque el suyo era mortal. Era lo que hacía, tal como una criatura inoportuna tira de una persona mayor por los faldones de la chaqueta. Él no miraba hacia atrás, no me preguntaba qué quería, y se libraba de mí con una sacudida. Yo seguía tirándole de la chaqueta, la insistencia era mi único instrumento. Y de todo aquello él sólo advertía que yo le estaba rompiendo los bolsillos. Es verdad que ni siquiera yo misma sabía qué estaba haciendo, mi vida con el maestro era invisible. Pero presentía que mi papel era ruin y peligroso: me impelía a la voracidad por una vida real que se retrasaba mientras, más que torpe, me regodeaba en romperle los bolsillos. Sólo Dios me perdonaría, porque sólo Él sabía de qué me había hecho y para qué. Yo me dejaba, pues, ser materia de Él. Ser materia de Dios era mi única bondad. Y el manantial de un naciente

misticismo. Un misticismo no de Él sino de su materia, de la vida cruda y llena de placeres: yo era una devota. Aceptaba la vastedad de lo que desconocía y a ella me entregaba entera, con secretos de confesonario. ¿Sería acaso para las oscuridades de la ignorancia por lo que seducía al maestro? Y con el ardor de una monja en la celda. Monja alegre y monstruosa, ay de mí. Y ni siquiera de eso podía vanagloriarme: todos en la clase éramos igualmente monstruosos y suaves, ávida materia de Dios.

Pero si sus gruesos hombros contraídos y su chaquetita ajustada me conmovían, mis carcajadas sólo lograban que él, fingiendo con dificultad olvidarme, más se contrayese de tanto autocontrolarse. La antipatía que aquel hombre sentía por mí era tan fuerte que yo misma me detestaba. Hasta que las risas fueron sustituyendo definitivamente a la imposible delicadeza.

Aprender, no aprendía en aquellas clases. El juego de hacerlo desgraciado me había poseído en exceso. Soportando con desenvuelta amargura mis piernas largas y los zapatos siempre torcidos, humillada por no ser una flor y, sobre todo, torturada por una infancia enorme que temía no acabase nunca, más infeliz lo hacía y agitaba con altivez mi única riqueza: los cabellos lacios que, esperaba, un día la permanente embellecería y, a cuenta del futuro, ya me ejercitaba en sacudir. Estudiar, yo no estudiaba, confiaba en mi vagancia siempre afortunada, algo que el maestro tomaba como una provocación más de niña odiosa. En eso no tenía razón. La verdad es que no me sobraba tiempo para estudiar. Las alegrías me tenían ocupada, ponerme contenta me demandaba días y días; estaban los libros de historia que leía mordiéndome de pasión las uñas hasta la carne, en medio de mis primeros éxtasis de tristeza, refinamiento que ya había descubierto; estaban los niños que había elegido pero no me habían elegido a mí, perdía horas de sufrimiento porque eran intangibles, y más horas de sufrimiento en aceptarlos con ternura, pues el hombre era mi rey de la Creación; estaba la esperanzada amenaza del pecado, en cuya espera me ocupaba con miedo; por no decir que estaba permanentemente ocupada en querer o no querer ser lo que era, no me decidía por cuál de mí, era toda yo la que no podía decidirse; el hecho de haber nacido estaba lleno de errores a corregir. No, no era para irritar al profesor por lo que no estudiaba; apenas tenía tiempo para crecer. Cosa que hacía en todas direcciones, con una falta de gracia que más parecía el resultado de un error de cálculo: las piernas no combinaban con los ojos, y la boca era emocionada mientras las manos se desgajaban sucias; con tanta prisa, crecía sin saber para dónde. El hecho de que un retrato de aquella época haya revelado, por el contrario, a una niña bien plantada, suave y salvaje, con ojos pensativos bajo

el flequillo pesado, no me desmiente; pues ese retrato real sólo revela a una fantasmagórica desconocida que yo no comprendería ni aunque fuese su madre. Sólo mucho más tarde, habiéndome organizado por fin en cuerpo y sintiéndome fundamentalmente más aplomada, pude aventurarme a estudiar un poco; antes, sin embargo, no podía arriesgarme a aprender, no me quería interrumpir; trataba con cuidado intuitivo aquello que yo era, puesto que no sabía lo que era, y vanidosamente cultivaba la integridad de la ignorancia. Fue una lástima que el maestro no llegase a ver aquello en que me convertí cuatro años más tarde: a los trece años, con las manos limpias, recién bañada, toda compuesta y bonita, me habría visto como una tarjeta de Navidad en el balcón de un apartamento. Pero en vez de él pasó por debajo un ex amiguito mío, y gritó mi nombre sin advertir que ya no era una chiquilla sino una joven digna cuyo nombre no podía vociferarse por las aceras de una ciudad. «¿Qué pasa?», le pregunté al intruso con la mayor frialdad. Entonces, como respuesta gritada, recibí la noticia de que el maestro había muerto aquella mañana. Y blanca, con los ojos muy abiertos, yo miraba la calle vertiginosa que se extendía a mis pies. Con la compostura quebrada como la de una muñeca rota.

Volviendo a cuatro años antes. Fue acaso por todo lo que he referido, mezclado y en conjunto, por lo que escribí la redacción que nos pidió el maestro, punto de desenlace de esta historia y comienzo de otras. O fue tan sólo por prisa de terminar el deber de cualquier forma para irme a jugar al parque.

—Voy a contar una historia —dijo él— y ustedes harán una redacción. Pero usando sus propias palabras. Los que acaben no tienen que esperar a que suene la campana: pueden salir al patio.

He aquí lo que contó: Un hombre muy pobre había soñado que descubría un tesoro y se volvía muy rico; al despertar, había preparado su hato y partido en busca del tesoro; había recorrido el mundo entero sin encontrarlo; cansado, había vuelto a su casita pobre, muy pobre; y como no tenía nada que comer, había empezado a cultivar su pobre huerto; tanto plantó, tanto cosechó, tanto empezó a vender, que terminó siendo muy rico.

Escuché con actitud de desprecio, jugando ostensiblemente con el lápiz, como si quisiera dejar claro que sabía bien guién era él y que sus historias no me embaucaban. Él había contado sin mirarme una sola vez. Y es que en mi manera torpe de amarlo y mi placer de perseguirlo yo lo acosaba también con la mirada: a todo lo que decía él, contestaba con una simple mirada directa que nadie en su sano juicio hubiese podido recriminarme. Era una mirada que

yo volvía límpida y angelical, muy abierta, como la de la candidez que contempla el crimen. Y siempre conseguía el mismo resultado: perturbado, él eludía mis ojos y empezaba a tartamudear. Lo cual me llenaba de un poder endemoniado. Y de piedad. Lo cual, a su vez, me irritaba. Me irritaba que él obligase a una niña asquerosa a comprender a un hombre.

Eran casi las diez de la mañana, pronto sonaría la campana del recreo. Aquel colegio mío, arrendado dentro de uno de los parques de la ciudad, tenía el mayor campo de recreo que he visto. Para mí era tan hermoso como lo hubiera sido para una ardilla o un caballo. Tenía árboles dispersos, largas subidas y bajadas y hierba extensa. No se acababa nunca. Todo allí era lejos y grande, hecho para largas piernas de niña, con lugar para pilas de ladrillo y madera de origen ignorado, para matas de agrias begonias que nos comíamos, para el sol y la sombra donde las abejas producían miel. Allí cabía un aire libre inmenso. Y todo había sido vivido por nosotros: ya habíamos rodado por cada declive, cuchicheando intensamente detrás de cada pila de ladrillos, comido varias clases de flores, y en todos los troncos habíamos grabado fechas a cuchillo, dulces malas palabras y corazones traspasados por flechas; niños y niñas fabricaban allí su miel.

Yo estaba llegando al final de la redacción y el perfume de las sombras escondidas ya me llamaba. Me apresuré. Como sólo sabía «usar mis propias palabras», escribir era sencillo. Me empujaba además el deseo de ser la primera en atravesar el aula —el maestro había acabado por aislarme en cuarentena en el último banco— y entregarle la redacción con insolencia para demostrarle mi rapidez, cualidad que se me antojaba esencial para la vida y que, estaba segura, el maestro no podía sino admirar.

Le entregué la libreta y él la recibió sin siquiera mirarme. Ofendida, sin que mi velocidad hubiese recibido un elogio, salí corriendo al gran parque.

La historia que había transcrito en mis propias palabras era igual a la que había contado él. Sólo que por entonces yo estaba empezando a «extraer la moraleja de las historias», lo cual, si al principio me santificaba, más adelante amenazaría con sofocarme de rigidez. Con alguna coquetería, pues, había alargado las últimas frases. Frases que horas más tarde leería una y otra vez, para ver qué había en ellas de tan poderoso como para haber provocado finalmente al hombre de una manera que yo misma no había conseguido hasta entonces. Lo que el maestro había querido dejar implícito en su historia era, probablemente, que el trabajo arduo es la única forma de amasar una fortuna. Yo, sin embargo, llegaba con ligereza a la enseñanza opuesta: algo sobre el tesoro que se disfraza, que está donde uno menos lo espera, que sólo consiste

en el hecho de descubrir, creo que hablé de huertos sucios con tesoros. Ya no me acuerdo, no sé si fue eso exactamente. No consigo imaginar con qué palabras de niña expuse uno de esos sentimientos simples que se vuelven complicados. Supongo que, contrariando arbitrariamente el sentido real de la historia, de algún modo ya me prometía por escrito que el ocio, más que el trabajo, me proporcionaría las grandes recompensas gratuitas, las únicas a que yo aspiraba. También es posible que ya en aquella época el tema de mi vida fuese la esperanza irrazonable, y que ya hubiese surgido mi gran obstinación: hubiera sido capaz de dar todo a cambio de nada, pero quería que a cambio de nada me fuese dado todo. Al contrario que el trabajador de la historia, en la redacción yo me sacudía de los hombros todos los deberes y salía libre y pobre, y con un tesoro en la mano.

Fui al campo de recreo, donde estuve sola con el inútil premio de haber sido la primera, arañando la tierra, esperando con impaciencia a los niños que poco a poco empezaron a salir del aula.

En medio de los violentos juegos decidí buscar no recuerdo qué en la cartera, para mostrárselo al cuidador del parque, que era amigo y protector mío. Completamente mojada de sudor, roja de una incontenible felicidad que de haber estado en casa me habría valido unos sopapos, volé hasta el aula y la atravesé corriendo, tan desbocada que no vi que el maestro estaba hojeando las libretas apiladas en la mesa. Sólo cuando ya tenía en la mano lo que había ido a buscar, y había echado de nuevo a correr, tropezó mi mirada con la del hombre.

Solo en el sillón, me miraba.

Era la primera vez que estábamos a solas frente a frente. Él me miraba. De tan lentos, mis pasos casi se apagaron.

Por primera vez estaba sola con él, sin el murmurante apoyo de la clase, sin la admiración que despertaba mi audacia. Intenté sonreír, sintiendo que me subía la sangre a la cara. Él me miraba. La mirada era como una pata tierna y pesada sobre mi cuerpo. Pero si bien era tierna, la pata me paralizaba entera como la de un gato que sin prisa sujeta al ratón por la cola. La gota de sudor fue resbalando por la nariz y la boca, dividiéndome la sonrisa por el medio. Eso, nada más: sin expresión en los ojos, él me miraba. Empecé a bordear la pared con la mirada gacha, aferrándome entera a mi sonrisa, único vestigio de un rostro que ya había perdido su contorno. Nunca me había dado cuenta de lo larga que era el aula; sólo ahora, al recorrerla con el paso lento del miedo, veía su tamaño real. La falta de tiempo tampoco me había permitido advertir hasta entonces cómo eran de austeras y altas las paredes; y duras: yo sentía la

dureza de la pared en la palma de la mano. Sumida en una pesadilla de la cual sonreír formaba parte, apenas creía que pudiese alcanzar el vano de la puerta, desde donde correría, ¡ah, cómo correría!, a refugiarme entre mis iguales, los niños. Además de concentrarse en la sonrisa, mi minucioso celo consistía en no hacer ruido con los pies, para adherirme así a la naturaleza íntima de un peligro del cual desconocía todo lo demás. Fue en un sobresalto que de pronto me atisbé como en un espejo: una cosa húmeda avanzando lentamente de puntillas, pegada a la pared, con una sonrisa cada vez más intensa. Mi sonrisa había cristalizado el aula en silencio, e incluso los ruidos que llegaban desde fuera resbalaban por el exterior. Por fin alcancé la puerta, y el imprudente corazón se puso a latir demasiado fuerte, con riesgo de despertar al gigantesco mundo dormido.

Entonces oí el nombre.

Clavada de golpe al suelo, con la boca seca, allí me quedé de espaldas a él sin valor para volverme. La brisa que entraba por la puerta acabó por secarme el sudor. Me giré despacio, conteniendo en los puños cerrados la urgencia de correr.

Al sonido de mi nombre el aula se deshipnotizó.

Y muy lentamente fui viendo al maestro completo. Lentamente fui viendo que el maestro era muy grande y muy feo, y que era el hombre de mi vida. Un miedo nuevo y enorme. Pequeña, sonámbula, sola frente a aquel hasta quien me había conducido mi fatal libertad. Mi sonrisa, todo lo que había quedado del rostro, se desvaneció también. Yo no era sino dos pies endurecidos en el suelo y un corazón que de tan vacío parecía morirse de sed. Allí me quedé, fuera del alcance del hombre. Sí, mi corazón se moría de sed. Mi corazón se moría de sed.

Sereno, como a punto de matar fríamente, él dijo:

—Acércate…

¿Cómo se vengaba un hombre?

Me iba a devolver en pleno rostro la pelota del mundo, que yo misma le había arrojado sin por ello haber llegado a conocerla. Me iba a devolver una realidad que no habría existido si yo no la hubiese adivinado temerariamente, dándole así la vida. ¿Hasta qué punto aquel hombre, montaña de tristeza compacta, era también una montaña de furia? Pero era demasiado tarde para mi pasado. Un arrepentimiento estoico me sostuvo la cabeza erguida. Por primera vez la ignorancia, que hasta entonces había sido mi mayor guía, me dejaba desamparada. Mi padre estaba trabajando, mi madre había muerto tres meses atrás. Lo único mío era yo.

—Toma tu cuaderno —añadió él.

La sorpresa me hizo mirarlo repentinamente. ¡¿Entonces no era más que eso?! El inesperado alivio resultó casi más chocante que el susto anterior. Avancé un paso. Tartamudeante, estiré la mano.

Pero el profesor permaneció inmóvil y no me entregó el cuaderno.

Para súbita tortura mía, sin apartar la vista de mí, se fue quitando lentamente las gafas. Y me contempló con unos ojos desnudos que tenían muchas pestañas. Yo nunca había visto sus ojos, que con las innumerables pestañas parecían dos dulces cucarachas. Él me miraba. Y yo no supe cómo existir frente a un hombre. Disimulé mirando el techo, el suelo, las paredes, y seguía con la mano extendida porque ignoraba cómo recogerla. Él me miraba manso, curioso, con los ojos despeinados como si acabase de levantarse. ¿Iría a aplastarme de un manotazo inesperado? ¿O a exigir que le pidiese perdón de rodillas? Mi hilo de esperanza radicaba en que no supiese lo que yo había hecho, así como no lo sabía yo misma, en realidad no lo había sabido nunca.

—¿Cómo se te ha ocurrido la idea del tesoro que se disfraza?

—¿Qué tesoro? —murmuré aturdida.

Nos miramos en silencio.

—¡Ah, el tesoro! —me precipité de golpe sin entender aún, ansiosa de admitir cualquier falta, implorándole que el castigo sólo consistiese en sufrir la culpa para siempre, que mi condena fuese la tortura eterna, no aquella vida desconocida.

—El tesoro que está escondido donde uno menos lo espera. Que sólo consiste en descubrir. ¿Quién te ha dicho eso?

«Este hombre se ha vuelto loco —pensé—; porque ¿qué tenía que ver el tesoro con todo aquello?». Atónita, sin comprender y avanzando de imprevisto en imprevisto, presentí no obstante un terreno menos peligroso. En mis correrías había aprendido a levantarme de las caídas, cojeando incluso, y me recobré en seguida: «¡Fue la redacción del tesoro! ¡Entonces ha de haber sido en eso en lo que me equivoqué!». Débil, y sin embargo afirmándome con cuidado en la nueva y escurridiza seguridad, entretanto ya me había recobrado lo bastante de mi caída para poder agitar, en una imitación de arrogancia antigua, la futura cabellera ondulada.

—Pues nadie —respondí cojeando—. Me lo he inventado yo —dije, temblorosa pero volviendo ya a relucir.

Si el hecho de tener al fin algo concreto con lo cual lidiar me había aliviado, entretanto comenzaba a percatarme de algo mucho peor. La súbita falta de cólera en él. Intrigada, lo miré de soslayo. Y en seguida con

muchísima desconfianza. Su falta de cólera había empezado a amedrentarme, contenía amenazas nuevas que yo no comprendía. Esos ojos que se mantenían fijos en mí, y sin furia… Perpleja, y sin recibir nada a cambio, perdía a mi enemigo y apoyo. Lo miré sorprendida. ¿Qué quería de mí? Me estaba coaccionando. Y su mirada sin cólera importunaba más que la brutalidad que yo había temido. Fue invadiéndome un miedo pequeño, completamente frío y sudoroso. Despacio, para que él no lo advirtiera, retrocedí hasta que la espalda encontró la pared, y luego la cabeza se echó atrás hasta que ya no pudo más. Desde aquella pared a la cual me había adherido entera, lo miré furtivamente.

Y se me llenó el estómago de un agua nauseabunda.

No sé cómo contarlo.

Yo era una niña muy curiosa y, en mi palidez, vi. Erizada, a punto de vomitar, hoy mismo sigo, sin embargo, sin saber qué fue exactamente lo que vi. Pero sé que vi. Vi tan profundamente como se ve en una boca, de golpe veía el abismo del mundo. Lo que veía era anónimo como un vientre abierto para una operación de intestinos. Vi una cosa que se hacía en el rostro de él —el malestar ya petrificado subía con esfuerzo hasta la piel, veía la máscara jadeando pesadamente y rompiendo una costra—, pero esa cosa, que se desarraigaba en una muda catástrofe, esa cosa seguía pareciéndose tan poco a una sonrisa como si lo que intentaba sonreír fuese un hígado o un pez, no lo sé. Lo que vi lo vi tan de cerca que no sé qué vi. Como si mi ojo curioso se hubiese colado por el agujero de la cerradura y con un susto se hubiese encontrado con otro ojo curioso que lo espiaba. Vi el interior de un ojo. Que era tan incomprensible como un ojo. Un ojo abierto con su gelatina móvil. Con sus lágrimas orgánicas. El ojo llora por sí mismo. El ojo ríe por sí mismo. Hasta que el esfuerzo del hombre se fue completando y, muy atento, en una fácil victoria, mostró —perla arrancada del vientre abierto— que estaba sonriendo. Vi un hombre con las entrañas sonrientes. Vi la extrema aprensión de equivocarme, la aplicación de alumno lento, una torpeza como la de quien repentinamente se vuelve zurdo. Sin comprender, yo sabía que de pronto se me pedía que recibiese la ofrenda de él y de su vientre abierto, y que recibiese su peso de hombre. Mi espalda forzó desesperadamente la pared, retrocedí; era demasiado temprano para ver tanto. Era demasiado temprano para que yo viese cómo nace la vida. El nacimiento de la vida era mucho más sangriento que la muerte. La muerte es ininterrumpida. Pero ver cómo la materia inerte trata de incorporarse lentamente como un gran muerto-vivo… Ver la esperanza me aterrorizaba, ver la vida me revolvía el estómago. Estaban exigiendo demasiado de mi valor sólo porque yo era valerosa,

exigían demasiado de mi fuerza sólo porque era fuerte. «Pero ¿y yo? —grité diez años después por motivos de amor perdido—. ¿Quién vendrá alguna vez hasta mi flaqueza?». Lo miraba sorprendida, y nunca supe lo que vi, aquello que había visto era capaz de dejar ciego al curioso.

Entonces él, usando por primera vez la sonrisa que había aprendido, dijo:

—Tu redacción sobre el tesoro es preciosa. El tesoro que sólo consiste en descubrir. Tú… —Y por el momento no continuó. Me escrutó, suave, indiscreto, tan íntimo como si fuera mi corazón—. Eres una niña muy graciosa —concluyó.

Fue la primera vergüenza auténtica de mi vida. Bajé los ojos, incapaz de sostener la mirada indefensa de aquel hombre a quien había engañado.

Sí, mi impresión era que pese a la cólera él había confiado en mí de algún modo, y que yo lo había engañado con el cuento del tesoro. En aquella época yo creía que todo lo que una inventa es mentira, y sólo la atormentada conciencia del pecado me redimía del vicio. Bajé los ojos con vergüenza. Prefería la cólera anterior, que me había ayudado a luchar contra mí misma, porque coronaba todos mis métodos con el fracaso y acaso terminase por corregirme un día: lo que no deseaba era aquel agradecimiento que no sólo era, por lo inmerecida, mi peor condena, sino que venía a fortalecer la vida errada que yo tanto temía, el equivocado vivir que me atraía tanto. Claro que quise avisarle de que un tesoro no se encuentra así como así. Pero al mirarlo me desanimé; me faltaba coraje para desilusionarlo. Me había acostumbrado ya a proteger la alegría de los demás, por ejemplo la de mi padre, que era más desprevenido que yo. ¡Pero qué difícil me fue tragar a palo seco esa alegría que tan irresponsablemente había producido! Él parecía un mendigo que agradecía un plato de comida sin darse cuenta de que le habían dado carne en mal estado. Me estaba subiendo la sangre a la cara, tan caliente ahora que creí tener los ojos inyectados, en tanto que él, probablemente engañado una vez más, debía de pensar que me había ruborizado por el elogio. Aquella noche todo iba a transformarse en un irreprimible acceso de vómito que mantendría encendidas todas las luces de mi casa.

—Tú —repitió entonces lentamente, como si poco a poco, hechizado, estuviese admitiendo lo que por casualidad le había venido a la boca—, tú eres una niña muy graciosa, ¿sabes? Estás un poquito chiflada… —dijo usando otra vez la sonrisa, como un niño que duerme con zapatos nuevos.

Ni siquiera sabía que la sonrisa lo afeaba. Confiado, me permitía ver la fealdad, que era su parte más inocente.

Tuve que tragar como podía la ofensa que me hacía al creer en mí, tuve que tragar la piedad por él, la vergüenza de mí. «¡Tonto —me hubiese gustado poder gritarle—, esa historia del tesoro disfrazado es un invento, sólo es cosa de niña!». Yo tenía mucha conciencia de ser una mocosa, lo cual explicaba todos mis defectos, y había puesto una enorme fe en el hecho de que un día crecería; y aquel hombre mayor se había dejado engañar por una chiquilla desvergonzada. Así me mataba por primera vez la fe en los adultos: conque también él, un hombre, cree en las grandes mentiras…

Y de repente, con el corazón palpitando de desilusión, ya no pude soportar un instante más; sin haber cogido el cuaderno corrí hacia el parque, tapándome la boca con la mano como si me hubiesen partido los dientes. Horrorizada, con la mano en la boca, corría, para no detenerme nunca, la oración más profunda no es la que pide, la oración más profunda es la que no pide más, corría, corría muy asustada.

En medio de mi impureza había depositado la esperanza de redención de los adultos. La necesidad de creer en mi bondad futura me había llevado a venerar a los adultos, a quienes había moldeado a mi imagen, pero a una imagen mía purificada al fin por la penitencia del crecimiento, librada al fin del alma sucia de la niña. Y todo aquello lo destruía ahora el maestro, destruía mi amor por él y por mí. Sería imposible salvarme: aquel hombre también era yo. Un ídolo amargo que había caído ingenuamente en los trucos de una mocosa confundida y sin candidez, y se había dejado guiar con docilidad por mi diabólica inocencia… Apretándome la boca con la mano, yo corría por el polvo del parque.

Cuando al fin me di cuenta de que estaba lejos de la órbita del maestro, sofrené agotada la carrera y, casi a punto de caer, apoyé todo mi peso contra el tronco de un árbol respirando fuerte, respirando. Allí permanecí anhelante, con los ojos cerrados, sintiendo la polvorienta amargura del tronco en la boca, pasando los dedos una y otra vez por el duro tatuaje de un corazón con una flecha. Y de repente, apretando los ojos cerrados, gemí al comprender un poco más: ¿habría querido él decir que… que yo era un tesoro disfrazado? El tesoro que está donde una menos lo espera… Oh, no, no, pobrecillo de él, pobre de aquel rey de la Creación, tanto había necesitado… ¿Qué, qué había necesitado?… Que hasta yo me había convertido en un tesoro.

Aún tenía dentro de mí mucha más carrera; obligué a la garganta seca a recuperar el aliento y, empujando con rabia el tronco del árbol, me eché de nuevo a correr rumbo al fin del mundo.

Pero no había divisado aún el sombreado límite del parque cuando mis pasos se fueron haciendo más lentos, excesivamente fatigados. No podía más. Quizá fuera por cansancio, pero sucumbía. Los pasos eran cada vez más lentos y lento se mecía el follaje de los árboles. Eran pasos un poco deslumbrados. Vacilante, fui parándome, los árboles giraban altos. Y era que una extraña dulzura me fatigaba el corazón. Intimidada, vacilaba. Estaba sola en la hierba, sin ningún apoyo, la mano en el pecho cansado como la de una virgen visitada. E inclinando de cansancio, en aquella suavidad primera, una cabeza humilde que acaso desde muy lejos pareciese de mujer. Las copas de los árboles se balanceaban hacia delante y hacia atrás. «Tú eres una niña muy graciosa, estás un poquito chiflada», había dicho él. Era como un amor.

No, no era graciosa. Sin siquiera saberlo, era muy seria. No, no estaba chiflada, la realidad era mi destino y aquello que en mí enloquecía a los demás. Y, por Dios, no era un tesoro. Pero si ya antes había descubierto en mí todo el veneno ávido con que se nace y con el cual se roe la vida, sólo en aquel instante de miel y de flores estaba descubriendo de qué manera curaba yo: al que me amara, al que sufriera por mí, por ello mismo lo habría curado. Yo era la oscura ignorancia con sus hambres y risas, con las pequeñas muertes alimentando la vida inevitable. ¿Qué iba a hacerle? Sabía que yo era inevitable. Y aunque fuese mala, era todo lo que el maestro tenía en aquel momento. Una vez por lo menos él tendría que amar, y no a alguien sino a través de alguien. Yo me había limitado a estar allí. Claro que ésta había sido su única ventaja: no teniéndome sino a mí, obligado a iniciarse en lo más ruin, el maestro había comenzado por lo que muy pocos llegaban a alcanzar. Querer lo limpio habría sido demasiado fácil; inalcanzable para el amor era lo feo, amar lo impuro era nuestra más profunda nostalgia. A través de mí, difícil de amar como era, con gran caridad por sí mismo, él había recibido aquello de lo cual estamos hechos. ¿Entendía yo todo esto? No. Y no sé bien lo que llegué a entender. Pero así como, con aterrada fascinación, por un momento había visto el mundo en el maestro —y ni siquiera hoy sé lo que vi, sólo sé que vi, en un segundo y para siempre—, así nos había entendido, y nunca iba a saber lo que había entendido. Nunca sabré lo que entiendo. Fuera lo que fuese aquello que entendí en el parque, fue entendido, en un golpe de dulzura, por mi ignorancia. Ignorancia que allí, de pie —en una soledad indolora no menor que la de los árboles—, yo recuperaba entera: la ignorancia y su incomprensible verdad. Allí estaba yo, niña demasiado experta, y he aquí que todo lo que en mí era malo servía a Dios y a los hombres. Todo lo que en mí había de malo era mi tesoro.

Sí, como una virgen visitada. Porque me había permitido hacerle sonreír por fin, por eso él me había visitado. Él acababa de transformarme en algo más que el rey de la Creación: había hecho de mí la mujer del rey de la Creación. Precisamente a mí, tan llena de garras y sueños, me había tocado arrancarle del corazón la flecha espinosa. De golpe quedaba explicado por qué había nacido yo con mano dura, y por qué había nacido sin asco para el dolor. ¿Para qué tienes esas uñas tan largas? Para arañarte hasta la muerte y arrancarte las espinas mortales, responde el lobo del hombre. ¿Para qué tienes esa cruel boca de hambre? Para morderte y soplar a fin de no dolerte demasiado, amor mío; soy el lobo inevitable porque me fue dada la vida. ¿Para qué tienes esas manos que queman y aferran? Para quedarnos tomados de las manos, pues necesito tanto, tanto, tanto, aullaron los lobos e, intimidados, se miraron las garras antes de acurrucarse uno contra otro para amar y dormir.

… Y así fue como en el gran parque del colegio empecé a aprender lentamente a ser amada, soportando el sacrificio de no merecerlo, nada más que para suavizar el dolor de quien no ama. No, éste fue apenas uno de los motivos. Pero es que los otros pertenecen a historias diferentes. En algunas fue de mi corazón de donde otras garras plenas de duro amor arrancaron la flecha espinosa, y sin sentir asco de mi grito.

La criada

Se llamaba Eremita. Tenía diecinueve años. Rostro seguro de sí, algunas espinas. ¿Dónde estaba su belleza? Había belleza en ese cuerpo que no era bello ni feo, en ese rostro cuyo signo de vida era una dulzura ansiosa de dulzuras mayores.

No sé si belleza. Posiblemente no la había, por mucho que los rasgos indecisos atrayesen como atrae el agua. Había, sí, sustancia viva, uñas, carne, dientes, mezcla de resistencias y flaquezas, constituyendo una presencia vaga que no obstante se concretaba de inmediato, en una cabeza interrogativa y ya servicial, no bien se pronunciaba un nombre: Eremita. Los ojos castaños eran intraducibies, faltos de correspondencia con el conjunto del rostro. Tan independientes como si hubiesen sido plantados en la carne de un brazo y desde allí nos miraran, húmedos, abiertos.

A veces contestaba con mala educación de verdadera criada. Explicó que había sido así desde pequeña. Sin que fuese un rasgo de carácter. Pues en su espíritu no había ningún endurecimiento, ninguna ley perceptible. «Tuve miedo», decía con naturalidad. «Me entró un hambre…», decía y, no se sabe por qué, lo que decía era incontestable. «Él me respeta mucho», decía del novio y, pese a la expresión obsecuente y convencional, la persona que oía entraba en un mundo delicado de insectos y aves donde el respeto mutuo era general. «Me da vergüenza», decía, y enredada en sus propias sombras mostraba la sonrisa. Si el hambre era de pan —que comía de prisa, como si fueran a quitárselo—, el miedo era de los truenos, la vergüenza era de hablar. Era gentil, honrada. «Dios me libre, ¿no?», decía ausente.

Porque tenía sus ausencias. La cara se perdía en una tristeza impersonal y sin arrugas. Una tristeza más antigua que su espíritu. Los ojos se tornaban vacíos; diría que incluso un poco ásperos. El que estaba al lado de ella sufría y no podía hacer nada. Unicamente esperar.

Pues en algo estaba absorta, la misteriosa criatura. En aquellos momentos nadie se hubiese atrevido a tocarla. Una debía esperar, un poco grave, con el corazón encogido y velándola. Nada era posible hacer por ella sino esperar a que pasara el peligro. Hasta que en un movimiento sin prisas, casi un suspiro, se levantaba como un cabrito recién nacido que se asentase en sus patas. Había regresado del descanso en la tristeza.

Regresaba, no se podría decir que más rica, pero sí más segura después de haber bebido en vaya a saberse qué fuente. Lo que se sabe es que la fuente debía de ser pura y antigua. Sí, había en ella profundidad. Pero nadie habría encontrado nada si hubiese bajado a esas profundidades; nada salvo la profundidad misma, como en lo oscuro se encuentra oscuridad. Es posible que alguien, de haberse adentrado más, tras muchas leguas por las tinieblas hubiese encontrado el indicio de un camino, guiado tal vez por un batir de alas, por el rastro de algún insecto. Y, de repente, el bosque.

Ah, entonces el misterio debía de ser ése: ella había descubierto un atajo para llegar al bosque. Seguro que era allí adonde iba durante sus ausencias. Para regresar con ojos llenos de blandura e ignorancia, ojos completos. Ignorancia tan vasta que en ella podía caber y perderse toda la sabiduría del mundo.

Así era Eremita. La que hubiese subido a la superficie con todo lo hallado en el bosque habría sido quemada en la hoguera. Y lo que había visto —las raíces que había mordido, las espinas que la habían hecho sangrar, las aguas en donde se había mojado los pies, la oscuridad y la luz que la habían envuelto no lo contaba—, porque no sabía: había captado todo en una sola mirada, demasiado rápido para que fuese algo más que un misterio.

Cuando emergía, pues, era una criada. A quien continuamente apartaban de la oscuridad de su atajo para encargarle tareas menores, lavar ropa, fregar el suelo, servir a unos y otros.

Pero ¿servía realmente? Pues si alguien hubiese prestado atención habría visto que ella lavaba ropa al sol, que fregaba el suelo mojado por la lluvia, que tendía sábanas al viento. Se las arreglaba para servir mucho más remotamente a otros dioses. Siempre con la entereza de espíritu que había traído del bosque. Sin un pensamiento: nada más que un cuerpo moviéndose con calma, rostro pleno de una esperanza suave que nadie da y nadie arrebata.

La única huella del peligro que había atravesado era su fugitiva manera de comer pan. Por lo demás, era serena. Incluso cuando agarraba el dinero que la patrona había olvidado sobre la mesa, incluso cuando con discreto embrujo le llevaba al novio cosas de la despensa. A robar poca poca también había aprendido en sus bosques.

El mensaje

Al principio, cuando la chica dijo que sentía angustia, el muchacho se sorprendió tanto que, ruborizado, cambió rápidamente de tema para ocultar que el corazón se le había acelerado.

Pero ya hacía mucho tiempo —desde que era joven— que audazmente había abandonado la infantil simpleza de hablar de los acontecimientos en términos de «coincidencia». O mejor: habiendo evolucionado mucho, y no creyendo más en ella, consideraba que la expresión «coincidencia» sólo era otro juego de palabras y un engaño renovado.

Así pues, tragaba emocionalmente la involuntaria alegría provocada por la coincidencia de veras asombrosa de que también él sintiese angustia, se vio hablando con ella en su propia angustia; ¡y precisamente con una chica, él, que del corazón de la mujer sólo había recibido los besos de la madre!

Se vio hablando con ella, escondiendo con sequedad el encanto de poder hablar al fin sobre cosas que importaban realmente; ¡y precisamente con una chica! También conversaban sobre libros, apenas podían esconder la urgencia por actualizar todo aquello de lo que no habían hablado nunca. Pero incluso así había entre los dos palabras que nunca se pronunciaban. En este caso no porque la expresión fuese más que nada una trampa de la cual disponen *los otros* para engañar a los jóvenes. Sino por vergüenza. Porque él no tenía el coraje de decirlo todo ni siquiera siendo ella, por sentir angustia, una persona de confianza. Ni como misión lo diría, aun cuando aquella expresión tan perfecta que, por así decir, había criado le ardiese en la boca, ansiosa de ser dicha.

Naturalmente, el hecho de que ella también sufriera había facilitado el modo de tratar con la chica, al conferirle un carácter masculino. Empezó a tratarla como a un camarada.

Ella misma se dio también a ostentar la propia angustia con aureolada modestia, como si fuese un nuevo sexo. Híbridos —sin haber elegido todavía un modo personal de caminar, sin haber elegido una caligrafía definitiva, cada día copiaban los apuntes de clase con una letra diferente—, se buscaban, disimulando torpemente la gravedad. Una que otra vez él seguía sintiendo la incrédula aceptación de la coincidencia: ¡original como era, haber encontrado alguien que hablaba el mismo idioma! En seguida se entendieron. Bastaba que ella, como haciendo una seña, dijera: «Ayer pasé una mala tarde», para

que con austeridad él supiese que sufrían lo mismo. Había entre ambos tristeza, orgullo y audacia.

Hasta que también la palabra angustia empezó a secarse, revelando cómo mentía el lenguaje hablado. (Los dos querían llegar a escribir). La palabra angustia fue adoptando aquel tono que usaban *los otros* y se convirtió en motivo de leve hostilidad entre ambos. Cuando él sufría, le parecía de mal gusto que ella hablara de angustia. «Yo esa palabra ya la he superado»; siempre lo *superaba* todo antes que ella, pero sólo después de que la chica lo hubiese alcanzado.

Y poco a poco ella se cansó de ser la única mujer angustiada a los ojos de él. Pese a que le confería un carácter intelectual, también estaba alerta a esa clase de equívocos. Pues por encima de todo ambos querían ser *auténticos*. Ella, por ejemplo, rechazaba las mentiras incluso a su favor, quería *la verdad* por horrible que fuese. Más aún: a veces era mejor que fuese «por horrible que fuese». Sobre todo, ya había empezado a no sentir placer en que la condecoraran con el título de hombre a la menor señal que presentaba de ser una persona. Al tiempo que la halagaba, aquello la ofendía un poco: era como si él se sorprendiese de verla capaz, justamente porque no la creía capaz. Claro que, si no tenían cuidado, el hecho de que ella fuera mujer podía aflorar de repente. Tenían cuidado.

Pero, como es natural, estaba la confusión, la falta de posibilidad de explicarse, y eso significaba tiempo que iba pasando. Meses incluso.

Y pese a que la hostilidad entre ambos se hacía gradualmente más intensa, como dos manos que están cerca y no se toman, no podían evitar buscarse. Y esto porque, si por boca de *los otros* oírse llamar jóvenes era una injuria, entre ambos «ser joven» era el secreto mutuo y la misma desgracia irremediable. No podían dejar de buscarse porque, si bien hostiles —con el repudio que sienten los seres de distinto sexo cuando no se desean—, creían en la sinceridad que tenía cada uno *versus* la gran mentira ajena. El ofendido corazón de ambos no perdonaba la mentira ajena. Eran sinceros. Y, para no ser mezquinos, pasaban por alto el hecho de tener mucha facilidad para mentir, como si sólo importase realmente la sinceridad de la imaginación. Así habían seguido buscándose, vagamente orgullosos de ser diferentes a *los otros*, tan diferentes que ni siquiera se amaban. Esos *otros* que no hacían más que vivir. Vagamente conscientes de que en su relación había algo de falso. Como si fuesen homosexuales de sexo opuesto, imposibilitados de unir las dos desgracias en una sola. Solamente estaban de acuerdo en el único punto que los unía: el error que había en el mundo y la tácita certeza de que, si no lo

salvaban, serían unos traidores. En cuanto al amor, estaba claro que no se amaban. Ella hasta le había hablado de la pasión que recientemente había sentido por un profesor. Había llegado a decirle —ya que para él era como un hombre—, había llegado incluso a decirle, con una frialdad que inesperadamente se había roto en horribles latidos, que, si quería tener la cabeza libre para pensar, un chico estaba obligado a resolver «ciertos problemas». Ella tenía dieciséis años y él diecisiete. Que él, con severidad, resolvía de vez en cuando ciertos problemas no lo sabía ni su padre.

El caso es que, habiéndose encontrado una vez en la parte secreta de ellos mismos, habían desembocado en la tentación y la esperanza de llegar un día a lo máximo. ¿Qué máximo?

¿Qué era, finalmente, lo que querían? No lo sabían, y se usaban como quien se agarra a las rocas menores hasta poder alcanzar sólo la mayor, la difícil e imposible; se usaban para ejercitarse en la iniciación; se usaban impacientes, ejercitando el uno con el otro la forma de agitar las alas para poder al fin, solo cada uno y libre, emprender el gran vuelo solitario que también significaría el adiós mutuo. ¿Eso era? Se necesitaban temporalmente e, irritado cada uno por la torpeza del otro, se acusaban de no tener experiencia. En cada encuentro hablaban como dos desilusionados en una cama. ¿Qué era, al fin, lo que querían? Querían aprender. ¿Aprender qué? Eran unos torpes. Oh, no hubiesen podido decir que eran desgraciados sin sentir vergüenza, pues sabían que mucha gente pasaba hambre; ellos comían con hambre y con vergüenza. ¿Desgraciados? ¿Cómo? Si en realidad tocaban, sin ningún motivo, tal grado de felicidad que era como si el mundo se sacudiese y del inmenso árbol cayeran mil frutos. ¿Desgraciados? Si eran cuerpos con sangre como una flor al sol. ¿Cómo? Si se apoyaban para siempre en las propias piernas débiles, perturbados, libres, milagrosamente de pie, las piernas de ella depiladas, las de él indecisas pero terminadas en zapatos del número cuarenta y cuatro. ¿Cómo podían seres semejantes sentirse desgraciados?

Eran muy desgraciados. Se buscaban, cansados, expectantes, forzando el regreso de aquella comunicación inicial que no se había repetido nunca, y sin siquiera amarse. El ideal los sofocaba, inútil pasaba el tiempo, la urgencia los llamaba; no sabían para qué estaban caminando ni qué camino los invocaba. Cada uno pedía mucho del otro, pero es que ambos tenían la misma carencia y nunca habrían buscado un compañero más viejo que les enseñase, porque no eran tan locos como para entregarse por nada al mundo hecho.

Una forma posible de encontrar aún la salvación hubiese sido lo que ellos nunca habrían llamado *poesía*. Por cierto, ¿qué sería la poesía, esa palabra inquietante? ¿Sería encontrarse por casualidad cuando sobre la ciudad se derramaba una lluvia repentina? ¿O tal vez, mientras tomaban un refresco, mirar al mismo tiempo la cara de una mujer que pasaba por la calle? ¿O incluso encontrarse por casualidad en la vieja noche de luna y viento? Pero ambos habían nacido con la palabra poesía ya publicada con la mayor impudicia en los suplementos dominicales de los periódicos. Poesía era la palabra de los más viejos. Y la desconfianza de ambos era enorme, como de animales. A los que el instinto avisa que un día serán cazados. A ellos ya los habían engañado mucho como para que ahora creyesen. Y para cazarlos hubiese hecho falta una enorme cautela, mucho olfato y mucha labia, y un cariño más cauteloso aún —un cariño que no los ofendiera— a fin de pillarlos desprevenidos y capturarlos en la red. Y, con mayor cautela todavía, para que no despertaran, llevarlos astutamente al mundo de los viciosos, para el mundo ya criado; pues tal era el papel de los adultos y los espías. Tan largamente habían sido engañados que, orgullosos de la propia amargura, sentían repugnancia por las palabras, sobre todo cuando una palabra —poesía, por ejemplo— era tan hábil que expresaba casi, y por ello mismo acababa mostrando lo poco que expresaba. En realidad, los dos sentían repugnancia por la mayoría de las palabras, lo cual no les facilitaba precisamente la comunicación, pues todavía no habían inventado palabras mejores: obstinados rivales, se lo pasaban desentendiéndose. ¿Poesía? Ah, cómo la detestaban. Tanto como al sexo. Les parecía además que los *otros* querían capturarlos no para el sexo sino para la *normalidad*. Eran temerosos, científicos, estaban exhaustos de experiencia. De la palabra experiencia, sí, hablaban sin pudor y sin explicarla: la propia expresión iba variando continuamente de significado. A veces experiencia, por otra parte, se confundía con *mensaje*. Usaban ambas palabras sin profundizar mucho en el sentido.

Por lo demás, en nada profundizaban, como si no hubiese tiempo, como si existiesen demasiadas cosas sobre las cuales cambiar ideas. Sin darse cuenta de que no cambiaban ninguna idea.

Bien, pero no era sólo eso, ni con tanta simplicidad. No era sólo eso. En el ínterin el tiempo iba pasando, confuso, vasto, entrecortado, y el corazón del tiempo era el sobresalto, y estaba aquel odio contra el mundo del cual nadie les diría que era amor desesperado y piedad, y había en ellos una escéptica sabiduría de viejos chinos, sabiduría que de pronto podía romperse revelando dos caras consternadas porque no sabían sentarse con naturalidad en una

heladería: entonces todo se rompía, denunciando de repente a dos impostores. Iba pasando el tiempo, no se cambiaba ninguna idea y nunca, nunca se comprendían a la perfección como la primera vez, cuando ella había dicho que sentía *angustia* y, por milagro, él también había dicho que sentía, y se había sellado entre los dos el pacto horrible. Y nunca, nunca sucedía algo que rematase al fin la ceguera con que extendían las manos, y los dejase preparados para ese destino que esperaba impaciente, y los hiciese decirse adiós para siempre.

Quizás estuviesen tan preparados para soltarse uno de otro como una gota de agua a punto de caer, y para poder separarse sólo esperaran algo que simbolizase la plenitud de la *angustia*. Quizá, maduros como una gota de agua, hayan provocado el acontecimiento del que hablaré.

El vago acontecimiento en torno a la casa vieja sólo ocurrió porque ellos estaban preparados. Se trataba de una casa vieja y vacía. Pero ellos llevaban una vida pobre y ansiosa, como si no fuesen a envejecer nunca, como si jamás fuera a sucederles nada; y entonces la casa se convirtió en acontecimiento. Habían vuelto de la última clase del período escolar. Habían bajado del autobús e iban andando. Como siempre, caminaban entre de prisa y tranquilos, y de pronto despacio, sin acertar jamás con el paso, preocupados por la presencia del otro. Para ambos era un día *malo*, víspera de vacaciones. La última clase los dejaba sin futuro y sin amarras, cada uno despreciando lo que en las respectivas casas las familias les aseguraban en forma de futuro, amor e incomprensión. Sin día siguiente y sin amarras, estaban peor que nunca, mudos, con los ojos abiertos.

Aquella tarde la muchacha iba con los dientes apretados, mirando todo con rencor o con ardor, como si en el viento, en el polvo y en la propia pobreza extrema del alma buscase un motivo más para la cólera.

Y él, en una calle cuyo nombre ambos desconocían, él poco tenía del hombre de la Creación. El día estaba pálido, y el chico más pálido aún, involuntariamente joven, al viento, obligado a vivir. Se sentía sin embargo suave e indeciso, como si cualquier dolor sólo sirviese para volverlo aún más joven, al contrario que ella, que se encontraba agresiva. Por ser informes todo les era posible, incluso a veces permutaban cualidades: ella se volvía como un hombre y él adquiría una casi despreciable dulzura de mujer. Varias veces él había estado por despedirse pero, vago y vacío como se sentía, no habría sabido qué hacer cuando llegase a la casa, como si el fin de las clases hubiera cortado el último vínculo. Continuaba, pues, mudo, andando detrás de ella con la docilidad del desamparo. Sólo lo mantenía un séptimo sentido de

atención al mundo, atándolo al día siguiente con una oscura promesa. No, no eran exactamente neuróticos esos dos, y parece —pese a lo que en momentos de hostilidad mal contenida pensaban vengativamente uno de otro— que el psicoanálisis no les hubiera resuelto la cuestión por completo. O tal vez sí.

Era una de las calles que desembocan frente al cementerio Sao João Batista, con polvo seco, piedras sueltas y negros parados a la puerta de los bares.

Caminaban los dos por la acera agujereada que de tan angosta apenas los contenía. Ella hizo un movimiento; él pensó que iba a cruzar la calle y dio un paso para seguirla; ella se volvió sin saber de qué lado lo tenía; él retrocedió, buscándola. En el mínimo instante en que, inquietos, se buscaron, ambos dieron al mismo tiempo la espalda a los autobuses y quedaron de pie ante la casa, con la búsqueda todavía en el rostro.

Acaso todo se debiera a que tenían la búsqueda en el rostro. O al hecho de que la casa se hallase directamente sobre la acera y tan «cerca». Apretados como estaban en la acera angosta, entre el movimiento amenazador de los autobuses y la inmovilidad absolutamente serena de la casa, ellos apenas tenían espacio para mirarla. No, no era culpa de un bombardeo; pero era una casa rota, como dirían los niños. Era grande, ancha y alta como las casas de dos plantas del Río antiguo. Una gran casa enraizada.

Con un interrogante mucho mayor que la pregunta que tenían en el rostro, ellos se habían vuelto desprevenidamente al mismo tiempo, y la casa estaba tan cerca como si, sacándola de la nada, les hubieran arrojado súbitamente una pared. Detrás de ellos los autobuses, frente a la casa; no había manera de no estar allí. Si retrocedían los atropellarían los autobuses, si avanzaban chocarían con la casa monstruosa. Los habían capturado.

La casa era alta y, cerca de ella como estaban, no podían mirarla sin levantar la cabeza infantilmente, lo cual los volvió de pronto muy pequeños y transformó la casa en mansión. Era como si nada hubiera estado jamás tan cerca de ellos. La casa debía de haber tenido un color. Pero cualquiera que hubiese sido el color primitivo de las ventanas, ahora eran viejas y sólidas. Empequeñecidos, abrieron los ojos atónitos: era una casa *angustiada*.

La casa era la angustia y la calma. Como no lo había sido palabra alguna. Era una construcción que a los dos niños les pesaba en el pecho. Una casa de dos plantas como quien se lleva la mano a la garganta. ¿Quién, quién la habría construido levantando piedra a piedra aquella fealdad, aquella catedral de miedo solidificado? ¿O era el tiempo, que se había colado en unas paredes sencillas hasta darles un aspecto de estrangulamiento, un silencio de ahorcado

tranquilo? La casa era fuerte como un *boxeur* sin cuello. Y la angustia radicaba en que tenía la cabeza directamente unida a los hombros. Ellos miraban la casa como niños frente a una escalinata.

Por fin habían alcanzado inesperadamente la meta y estaban ante la esfinge. Boquiabiertos frente a la verdad, en la extrema unión del miedo y el respeto y la palidez. La angustia desnuda había dado un salto para plantarse delante de ellos, ni siquiera familiar como la palabra que empleaban por costumbre. Nada más que una cosa pesada, tosca, sin cuello, nada más que potencia antigua.

«Yo soy al fin lo que buscabais», dijo la casa grande.

«Y lo más gracioso es que no tengo ningún secreto», dijo también la casa grande.

La chica miraba adormilada. En cuanto al muchacho, su séptimo sentido se había enganchado en la parte más interna de la construcción y sentía en la punta del hilo un ínfimo estremecimiento de respuesta. Casi no se movía, temeroso de espantar a su propia atención. La chica se había anclado en el asombro, con miedo de abandonarlo rumbo al terror de un descubrimiento. Bastaría que hablasen para que la casa se desmoronara. El silencio de ambos la mantenía intacta. Pero si antes los habían obligado a mirarla, ahora, aunque les hubiesen avisado que tenían vía libre para huir, allí habrían permanecido presos de la fascinación y del horror. Contemplando aquella cosa alzada antes de que ellos nacieran, secular y ya vaciada de sentido, surgida del pasado. ¡¿Y el futuro, entonces?! ¡Oh, Dios, danos nuestro futuro! La casa sin ojos, con la potencia de un ciego. Y si tenía ojos, eran redondos, vacíos ojos de estatua. Oh, Dios, no nos dejes ser hijos de este pasado vacío, entréganos al futuro. Ellos querían ser hijos. Pero no de aquella endurecida carcasa fatal; no comprendían el pasado: oh, líbranos del pasado, déjanos cumplir nuestro duro deber. Pues no era la libertad lo que las dos criaturas deseaban, sino que las convenciesen, las subyugasen y las condujesen; pero eso tenía que hacerlo algo más poderoso que el poder que les latía en el pecho.

La muchacha apartó repentinamente la mirada, ¡qué infeliz soy, qué infeliz he sido siempre, se han acabado las clases, se ha acabado todo! Porque en su avidez era desagradecida con una infancia que probablemente había sido alegre. La muchacha apartó súbitamente la mirada con una especie de gruñido.

En cuanto al muchacho, rápidamente perdía pie en la vaguedad como si se hubiese quedado sin un pensamiento. Esto también se debía a la luz de la tarde: era una luz lívida y sin hora. El rostro del muchacho estaba verdoso y

sereno, y ahora no tenía ninguna ayuda de las palabras de *los otros*: exactamente lo que, con temeridad, había esperado conseguir algún día. Sólo que no había contado con la miseria que hay en la imposibilidad de expresarse.

Verdes y con náusea, no habrían sabido expresarse. La casa simbolizaba algo que jamás podrían alcanzar, ni siquiera con una vida entera dedicada a la búsqueda de la expresión. Buscar la expresión, por mucho que fuera durante toda una vida, sería en sí una diversión, amarga y perpleja pero diversión al fin, y una divergencia que poco a poco los apartaría de la peligrosa verdad; y los salvaría. Justamente a ellos que, en la desesperada astucia de sobrevivir, ya se habían inventado un futuro: ambos iban a ser escritores, y con una determinación tan obstinada como si expresar el alma acabase por suprimirla. Y aun cuando no la suprimiese, sería una manera de saber que sólo se miente en la soledad del propio corazón.

Mientras que con la casa del pasado no podrían jugar. Ahora, tanto más pequeños que ella, les parecía que apenas habían jugado a ser jóvenes y doloridos y a dar el *mensaje*. Ahora, atónitos, tenían al fin lo que habían pedido peligrosa e imprudentemente: eran dos jóvenes realmente perdidos. Como hubieran dicho los mayores, «tenían su merecido». Y eran tan culpables como los niños culpables, tan culpables como inocentes son los criminales. ¡Ah, si todavía hubiesen podido apaciguar el mundo exacerbado por ellos, asegurándole: «Sólo estábamos jugando, ¡somos dos impostores!». Pero ya era tarde. «Ríndete sin condiciones y hazte parte de mí, que soy el pasado», les decía la vida futura. Y, por Dios, ¿en nombre de qué podría exigirles alguien que tuviesen esperanza de que el futuro les pertenecería? ¿Quién, quién se habría interesado en desvelarles el misterio, y sin mentir? ¿Había por casualidad alguien que trabajara en ese sentido? Enmudecidos como estaban, esta vez no se les ocurría acusar a la sociedad.

La chica había vuelto súbitamente la cara con un gruñido, una especie de hipo o de tos.

«Bien de mujer es llorar en un momento así», pensó él desde lo hondo de su perdición, ignorando qué quería decir con «un momento así». Pero fue aquélla la primera solidez que encontró. Agarrándose a la primera tabla, pudo volver a la superficie tambaleándose, como siempre antes que la chica. Volvió antes que ella, y vio una casa en pie con un cartel de SE ALQUILA. Oyó un autobús a su espalda, vio una casa vacía, y a su lado una chica que, con una cara enfermiza, trataba de ocultarla del hombre ya despierto: por algún motivo, ella trataba de ocultar la cara.

Vacilante aún, él esperó que se recompusiera. Esperó vacilante, sí, pero hombre. Flaco e irremediablemente muchacho, sí, pero hombre. Un cuerpo de hombre era la solidez que siempre lo recuperaba. De vez en cuando, si lo necesitaba mucho, se volvía hombre. Entonces, con mano incierta, encendió sin naturalidad un cigarrillo como si, siendo *los otros*, se valiese de los gestos que la masonería de los hombres le prestaba como apoyo y camino. ¿Y ella?

Pero la chica salió de todo aquello pintada con lápiz de labios, con el colorete medio manchado y adornada con un collar azul. Plumas que un momento antes habían formado parte de una situación y de un futuro; ahora, sin embargo, era como si no se hubiese lavado la cara antes de dormir y se despertara con las impúdicas marcas de una orgía anterior. Pues ella, de vez en cuando, era una mujer.

Con un cinismo reconfortante el muchacho la miró curioso. Y vio que ella no pasaba de ser una chica.

—Me quedo por aquí —dijo entonces despidiéndose con altivez, él que ni siquiera tenía hora fija para volver a casa y sentía en el bolsillo la llave de la puerta.

Se despidieron y se dieron la mano —ellos que nunca se daban la mano porque era convencional—, pues ella, con la torpeza de tener senos y un collar en tan mal momento, ella había tendido lúgubremente la suya. El contacto de las dos manos que se palpaban sin amor turbó al muchacho como una operación vergonzosa: se ruborizó. Y ella, con lápiz de labios y colorete, procuró disimular la propia desnudez adornada. Ella no era nada, y se alejó como si la siguiesen mil ojos, esquiva en la humildad de tener una condición.

Viéndola alejarse, él la examinó incrédulo, con un divertido interés: «¿Será posible que una mujer sepa realmente lo que es la angustia?». Y la duda lo hizo sentirse muy fuerte, «No, realmente es para otra cosa para lo que sirven las mujeres, eso no se puede negar». Y lo que él necesitaba era un amigo. Sí, un amigo leal. Entonces se sintió limpísimo y sincero, sin nada que esconder, leal como un hombre. De cualquier temblor de tierra él salía hacia delante con un movimiento libre, con la misma orgullosa inconsecuencia que hace relinchar al caballo. Mientras que ella había salido pegada a la pared como una intrusa, madre ya casi de los dos hijos que tendría, con el cuerpo presintiendo la sumisión, el cuerpo sagrado e impuro que cargar. El muchacho la miró, sorprendido de haberse dejado engañar por ella tanto tiempo, y sonrió casi; casi sacudió las alas que acababan de crecerle. Soy hombre, le dijo el sexo en oscura victoria. De cada lucha o descanso emergía más hombre, ser hombre se alimentaba incluso de ese viento que ahora arrastraba polvo por las

calles del cementerio de Sao João Batista. El mismo viento polvoriento que al otro ser, el femenino, lo hacía encogerse herido como si ningún abrigo fuese a protegerle nunca la desnudez; ese viento de las calles.

El muchacho la vio alejarse, acompañándola con unos ojos pornográficos y curiosos que no se perdieron un solo detalle de la chica. La chica que de pronto echó a correr desesperadamente para no perder el autobús…

En un sobresalto, fascinado, el muchacho la vio correr como una loca para no perder el autobús, intrigado la vio subir como un mono de falda corta. El falso cigarrillo se le cayó de la mano…

Algo incómodo lo había desequilibrado. ¿Qué era? Se estaba apoderando de él una gran desconfianza. Pero ¿qué era? Urgentemente, inquietamente: ¿qué era? Había visto a la chica correr con agilidad por más que llevase, bien lo adivinaba él, el corazón triste. Y la había visto, llena de impotente amor por la humanidad, subir al autobús como un mono; y después la había visto sentarse inmóvil y compuesta, arreglándose la blusa mientras esperaba que el autobús arrancase… ¿Sería eso? Pero ¿qué podría haber en eso que lo llenara de desconfiada atención? Tal vez el hecho de que ella hubiese corrido en vano, pues el autobús no iba a partir aún y entonces había tiempo… No había hecho falta que ella corriera… Pero ¿qué había en todo aquello que lo hacía alzar las orejas en escucha angustiada, con la sordera del que jamás oirá la explicación?

Acababa de convertirse en un hombre. Pero no había asumido aún su nacimiento cuando ya estaba asumiendo también aquel peso en el pecho; no había asumido aún su gloria cuando una experiencia insondable le marcaba la primera arruga. Ignorante, inquieto, acababa apenas de asumir la virilidad cuando ya le nacía un hambre nueva y ávida, algo tan doloroso como un hombre que no llora nunca. ¿Estaría sintiendo el primer miedo de que algo fuese imposible? La chica era un cero en el autobús parado y, no obstante, ahora que era un hombre, el muchacho necesitaba inclinarse hacia aquella nada, hacia aquella chica. Y ni siquiera inclinarse de igual a igual, ni siquiera inclinarse para conceder… No: atascado en su reino de hombre, la necesitaba a ella. ¿Para qué? ¿Para acordarse de una cláusula? ¿Para que ella o cualquier otra le impidiese ir demasiado lejos y perderse? ¿Para que de un sobresalto él sintiera, como estaba sintiendo, que existía la posibilidad de equivocarse? La necesitaba con hambre para no olvidar que estaban hechos de la misma carne, esa carne pobre de la cual, al subir al autobús como un mono, ella parecía haber recorrido un trecho fatal. «¡Pero bueno! ¿Qué diablos me está pasando?», se asustó.

Nada. Nada, y no hay por qué exagerar, apenas había sido un instante de flaqueza y vacilación, nada más, no había ningún peligro.

Apenas un instante de flaqueza y vacilación. Pero dentro de aquel sistema de duro juicio final, que no permitía un segundo de incredulidad pues de lo contrario el ideal se derrumbaba, miró aturdido la calle: todo estaba ahora arruinado y seco como si él tuviera la boca llena de polvo. Ahora y solo al fin, estaba indefenso a merced de la apremiante mentira con que *los otros* intentaban enseñarle a ser hombre. Pero ¿y el mensaje? El mensaje, disgregado en el polvo que el viento arrastraba hacia las alcantarillas. «Mamá», dijo.

Niño dibujado a pluma

¿Cómo llegar alguna vez a conocer al niño? Para conocerlo tengo que esperar a que se deteriore; sólo entonces estará a mi alcance. Helo allí, un punto en el infinito. Nadie conocerá su hoy. Ni siquiera él mismo. En cuanto a mí, miro, y es inútil: no consigo comprender algo que sólo es actual, totalmente actual. Lo que conozco de él es la situación: el niño es aquél a quien acaban de nacerle los primeros dientes y es el mismo que será médico o carpintero. Mientras tanto, allí está él sentado en el suelo, con una realidad que he de llamar vegetativa para poder entenderla. Treinta mil niños sentados en el suelo, ¿tendrían la posibilidad de construir otro mundo, que tuviese en cuenta la memoria de la actualidad absoluta a la cual ya pertenecemos? La unión haría la fuerza. Allí está sentado, empezando todo de nuevo pero para su propia defensa futura, sin ninguna posibilidad verdadera de empezar realmente.

No sé cómo dibujar al niño. Sé que es imposible dibujarlo a carbón, pues hasta la pluma mancha el papel más allá de la finísima línea de actualidad extrema en que él vive. Un día lo domesticaremos hasta hacerlo humano, y entonces podremos dibujarlo. Pues eso hemos hecho con nosotros mismos y con Dios. El propio niño contribuirá a su domesticación; es voluntarioso y coopera. Coopera sin saber que la ayuda que le pedimos está destinada a su autosacrificio. En los últimos tiempos incluso se ha entrenado mucho. Y así seguirá progresando hasta que, poco a poco —por la bondad necesaria mediante la que nos salvamos—, haya pasado del tiempo actual al tiempo cotidiano, de la meditación a la expresión, de la existencia a la vida.

Realizando el gran sacrificio de no ser un loco. No soy loco por solidaridad con los millares de nosotros que, para construir lo posible, también han sacrificado esa verdad que sería la locura.

Pero entretanto helo allí sentado en el suelo, inmerso en un profundo vacío.

Desde la cocina la madre se tranquiliza: ¿sigues allí quietecito? Convocado al trabajo, el niño se levanta con dificultad. Se tambalea sobre las piernas, con toda la atención vuelta hacia dentro: su equilibrio entero es interno. Conseguido esto, observa lo que el acto de levantarse ha provocado. Pues el incorporarse ha tenido consecuencias y más consecuencias: el suelo se mueve incierto, una silla lo supera, la pared lo delimita. En la pared está el

retrato de *El Niño*. Es difícil mirar ese retrato alto sin apoyarse en un mueble, para eso todavía no se ha entrenado. Pero he aquí que su propia dificultad le sirve de apoyo: lo que le mantiene de pie es justamente la atención que pone en el retrato alto, mirar para arriba le sirve de grúa. Pero comete un error: parpadea. Pestañear lo desliga por una fracción de segundo del retrato que lo estaba sustentando. Se deshace el equilibrio: en un único gesto total, el niño cae sentado. De la boca entreabierta por el esfuerzo de vida escapa una baba clara que chorrea hasta el suelo. Mira el charco muy de cerca, como si fuera una hormiga. El brazo se alza, avanza en arduo mecanismo de etapas. Y de golpe, como para aferrar un inefable, con inesperada violencia aplasta la baba con la palma de la mano. Parpadea, espera. Finalmente, pasado el tiempo necesario de espera de las cosas, aparta cuidadosamente la mano y examina en el parqué el fruto del experimento. El suelo está vacío. En una nueva y brusca etapa se mira la mano: el chorro de baba está colgado de la palma. Ahora también de esto sabe. Entonces, con los ojos bien abiertos, lame la baba que pertenece al niño. Piensa en voz alta: niño.

—¿A quién llamas? —pregunta la madre desde la cocina.

Con esfuerzo y gentileza él mira la sala, busca a quien la madre dice que está llamando, se gira y cae hacia atrás. Mientras llora, ve la sala distorsionada y refractada por las lágrimas, el volumen blanco crece y se le acerca —¡mamá!—, lo absorbe con brazos fuertes, y he aquí que el niño está de pronto muy alto en el aire, muy en lo caliente y lo bueno. Ahora el techo está más cerca; la mesa, debajo. Y, como no puede más de cansancio, empieza a desviar las pupilas hasta que las va hundiendo bajo la línea del horizonte de los ojos. Los cierra sobre la última imagen, los barrotes de la cama. Se adormece agotado y sereno.

El agua se ha secado en la boca. La mosca aletea en el cristal. El sueño del niño está surcado de claridad y calor, el sueño vibra en el aire. Hasta que, en repentina pesadilla, sobreviene una de las palabras que ha aprendido: se estremece violentamente, abre los ojos. Y para su terror no ve más que esto: el vacío caliente y claro del aire, sin madre. Lo que piensa se propaga en llanto por toda la casa. Mientras llora va reconociéndose, transformándose en el que la madre reconocerá. Casi desfallece de tanto sollozar, tiene que transformarse urgentemente en algo que pueda ser visto y oído porque si no se quedará solo, tiene que volverse comprensible porque si no nadie lo comprenderá, si no nadie se acercará a su silencio, si no dice y cuenta nadie lo reconoce, haré todo lo necesario para ser de los otros y que los otros sean míos, me alzaré por encima de mi felicidad real, que sólo me procuraría

abandono, y seré popular, regateo para que me amen, es totalmente mágico esto de llorar para recibir a cambio: mamá.

Hasta que el ruido familiar entra por la puerta y el niño, mudo de interés por lo que es capaz de provocar el poder de un niño, para de llorar: mamá. Es mamá, no se ha muerto. Y su seguridad consiste en saber que tiene un mundo para traicionar y vender, y que lo venderá.

Es mamá, sí, mamá, con un pañal en la mano. No bien ve el pañal, él se echa a llorar de nuevo.

—¡Pero si estás todo mojado!

La noticia lo sorprende, se renueva la curiosidad, pero ahora es una curiosidad cómoda y garantizada. Mira con ceguera la humedad propia, en una segunda etapa mira a la madre. Pero de pronto se estira y escucha con todo el cuerpo, el corazón latiendo pesado en la barriga: ¡Babáu!, reconoce de golpe con un grito de victoria y de terror. ¡El niño acaba de reconocer!

—¡Claro que sí! —dice orgullosa la madre—. Claro que sí, amor mío, es el babáu que ha pasado por la calle, le contaré a papá que ya lo has aprendido. Y vaya si no se dice así: ¡babáu, amor mío! —dice la madre moviéndolo de arriba abajo y después de abajo arriba, levantándolo por las piernas, echándolo hacia atrás, volviendo a levantarlo.

En todas las posiciones el niño conserva los ojos bien abiertos. Secos como el pañal limpio.

Una historia de tan grande amor

Érase una vez una niña que observaba tanto a las gallinas que les conocía el alma y las ansiedades íntimas. La gallina es ansiosa, en tanto que el gallo tiene una angustia casi humana: carece de un amor verdadero por su harén, y encima tiene que vigilar toda la noche para no perderse la primera de las más remotas claridades y cantar con la mayor sonoridad posible. Tal es su deber y su arte. Pero volviendo a las gallinas, la niña tenía dos sólo de ella. Una se llamaba *Pedrina* y la otra *Petronilha*.

Cuando a la niña le parecía que una de las gallinas estaba enferma del hígado, le olía debajo de las alas, con una sencillez de enfermera, lo que consideraba que era el máximo síntoma de enfermedad, pues el olor de gallina viva no es cosa de broma. Entonces le pedía una medicina a su tía. Y la tía: «Tú no estás mala del hígado». Entonces, aprovechando la intimidad que tenía con aquella tía preferida, la niña le explicó para quién era la medicina. Le pareció de buen juicio dársela tanto a *Pedrina* como a *Petronilha* para evitar contagios misteriosos. Pero era casi inútil darles la medicina porque *Pedrina* y *Petronilha* seguían pasándose el día picoteando el suelo y comiendo porquerías que les hacían daño al hígado. Y el olor debajo de las alas era justamente por la enfermedad. No se le ocurrió ponerles desodorante porque en Minas Gerais, donde vivía el grupo, los desodorantes no se usaban, como no se usaban prendas íntimas de nilón y sí de cambray. La tía seguía dándole la medicina, un líquido que la niña sospechaba que no era sino agua con un chorro de café; y luego venía el infierno de tratar de abrir el pico de las gallinas para administrarles lo que las curaría de ser gallinas. La niña no había comprendido aún que no puede curarse a los hombres de ser hombres ni a las gallinas de ser gallinas; tanto el hombre como las gallinas tienen miserias y grandezas (la de la gallina consiste en poner perfectamente un huevo blanco) inherentes a sus respectivas especies. La niña vivía en el campo y no tenía cerca una farmacia donde consultar.

Otro infierno de dificultad era cuando la niña encontraba a *Pedrina* y *Petronilha* flacas bajo las plumas erizadas pese a que se habían pasado el día comiendo. La niña no entendía que engordarlas significaba precipitarles un destino en la mesa. Y reanudaba el trabajo más difícil: abrirles el pico. La niña se convirtió en una gran conocedora intuitiva de las gallinas de aquel inmenso huerto de Minas Gerais. Y cuando se hizo mayor le sorprendió

enterarse de que, en el argot de los rufianes, el término *gallina* tenía otra acepción. Sin notar la cómica seriedad que cobraba la cuestión, dijo:

—¡Pero si es el gallo, que es un nervioso, el que quiere! ¡Ellas no lo hacen demasiado! ¡Y es tan rápido que apenas se ve! ¡Es el gallo el que trata de amar a una sola y no lo consigue!

Un día la familia decidió llevar a la niña a pasar el día a la casa de un pariente que vivía muy lejos. Y cuando regresó ya no existía aquella que en vida se había llamado *Petronilha*. La tía le dio la noticia:

—Nos hemos comido a *Petronilha*.

La niña era una criatura con gran capacidad de amar: las gallinas no corresponden al amor que se les da, y sin embargo la niña seguía amándolas sin esperar reciprocidad alguna. Cuando supo lo que le había pasado a *Petronilha* odió a todos los que vivían en la casa, menos a su madre, a quien comer gallina no le gustaba, y a los empleados, que habían comido carne de vaca o de buey. Al padre, a duras penas podía mirarlo: era a él a quien más le gustaba comer gallina. La madre se dio cuenta de todo y le explicó:

—Cuando comemos animales, los animales se vuelven más parecidos a nosotros, porque están dentro nuestro. De esta casa sólo somos nosotras dos las que no tenemos dentro a *Petronilha*. Es una pena.

Pedrina, secretamente preferida de la niña, murió de simple muerte muerta, pues siempre había sido un ente frágil. La niña, al ver a *Pedrina* temblando en el corral candente de sol, la envolvió en un paño oscuro y, una vez bien abrigadita, la colocó encima de uno de esos grandes hornos de ladrillos que hay en las granjas de Minas Gerais. Todos le advirtieron que estaba acelerando la muerte de Pedrina, pero la niña era obstinada y sin hacer caso puso a Pedrina sobre los ladrillos calientes. Sólo al día siguiente, cuando Pedrina amaneció dura de tan muerta, la niña se convenció, entre lágrimas interminables, de que había apresurado la muerte del ser querido.

Ya un poco mayorcita, la niña tuvo una gallina llamada *Eponina*.

El amor por *Eponina*: esta vez era un amor más realista, nada romántico; era el amor de aquel que ya ha sufrido por amor. Y cuando a *Eponina* le llegó el día de ser comida, la niña ni siquiera supo cómo llegó a comprender que ése era el destino final de quien nacía gallina. Las gallinas parecían tener una suerte de presciencia de su destino y no aprendían a amar a sus dueños ni al gallo. Las gallinas están solas en el mundo.

Pero la niña no olvidó lo que su madre le había dicho respecto de comer animales queridos: comió más de *Eponina* que todo el resto de la familia, comió sin hambre pero con un placer casi físico, porque ahora sabía que de

aquel modo *Eponina* se incorporaría a ella y sería más suya que en vida. Habían guisado a *Eponina* a la salsa parda. De forma que la niña, en un ritual pagano que se le había transmitido cuerpo a cuerpo a través de los siglos, le comió la carne y le bebió la sangre. Durante la comida tuvo celos de los que también se estaban comiendo a *Eponina*. La niña era un ser hecho para amar, hasta que se hizo muchacha y aparecieron los hombres.

Las aguas del mundo

Allí está él, el mar, la más ininteligible de las existencias no humanas. Y aquí está, de pie en la playa, la mujer, el más ininteligible de los seres vivos, Desde que un día se hizo la pregunta sobre sí mismo, el ser humano se convirtió en el más ininteligible de los seres vivos. Ella y el mar.

Sus misterios sólo podrían encontrarse si uno se entregara al otro: la entrega de dos mundos incognoscibles hecha con la confianza con que se entregarían dos comprensiones.

Ella mira el mar, es lo que puede hacer. Él sólo está delimitado por la línea del horizonte, es decir, por la incapacidad humana que a ella le impide ver la curvatura de la tierra.

Son las seis de la mañana. Sólo un perro libre titubea en la playa, un perro negro. ¿Por qué son tan libres los perros? Porque es el misterio vivo que no se indaga. La mujer titubea porque va a entrar.

El cuerpo se le consuela con su propia exigüidad en relación con la vastedad del mar, porque es la exigüidad del cuerpo la que le permite conservarse tibio, y es esa exigüidad la que lo hace pobre y libre de la gente, con una parte de libertad de perro en la arena. Este cuerpo entrará en el frío ilimitado que ruge sin rabia en el silencio de las seis horas. La mujer no lo sabe: pero está realizando un acto de coraje. Vacía la playa a estas horas de la mañana, le falta el ejemplo de otros humanos que transforman la entrada al mar en simple, liviano juego de vida. Está sola. El mar salado no está solo porque es salado y grande, y esto es una realización. A esta hora ella se conoce menos todavía de lo que conoce al mar. Su coraje consiste en continuar aunque no se conozca. Es fatal no conocerse, y no conocerse exige coraje.

Va entrando. El agua salada está tan fría que ritualmente le eriza las piernas. Pero una alegría fatal —la alegría es una fatalidad— ya la ha invadido, si bien ni siquiera sonríe. Al contrario, está muy seria. El olor es como el de una marejada vertiginosa que la despierta de sus más adormecidos sueños seculares. Y ahora ella está alerta, aun sin pensar, como está alerta sin pensar el cazador. La mujer es ahora compacta y leve y aguda, y se abre camino en la gelidez que, líquida, se le opone y sin embargo la deja entrar, igual que en el amor, donde la resistencia puede ser un pedido.

La lentitud del camino aumenta su coraje secreto. Y de repente se deja cubrir por la primera ola. La sal, el yodo, el líquido todo, la enceguecen por un instante, chorreando, de pie y sorprendida, fertilizada.

Ahora el frío se vuelve glacial. Avanzando, ella parte el mar por la mitad. Ya no le hace falta el coraje, ahora está inmersa, antigua, en el ritual. Hunde la cabeza en el brillo del mar y se echa atrás una cabellera que, al salir, chorrea sobre los ojos salados y ardientes. Pausada, la mano juega con el agua; los cabellos, al sol, ya están casi endurecidos de sal. Con el cuenco de las manos hace lo que siempre ha hecho en el mar, y con la arrogancia de los que nunca darán explicaciones ni siquiera a sí mismos: con el cuenco de las manos lleno de agua, bebe a tragos grandes, buenos.

Y era eso lo que estaba echando de menos: el mar por dentro como el líquido espeso de un hombre. Ahora está completamente igual a sí misma. La garganta alimentada se encoge por la sal, los ojos enrojecen por la sal secada al sol, las olas suaves la golpean y se van porque ella es una muralla compacta.

Vuelve a zambullirse, de nuevo bebe agua, ahora sin voracidad pues no necesita más. Es la amante que sabe que volverá a tenerlo todo. El sol se abre más y, al secarla, le da escalofríos; ella se zambulle de nuevo: se siente cada vez menos ávida y menos afilada. Ahora sabe lo que quiere. Quiere quedarse parada en el mar. Y entonces así se queda. Como contra los costados de un navío, el agua golpea, se aleja, golpea. La mujer no recibe mensajes. No le hace falta la comunicación.

Después vuelve a la playa caminando dentro del agua. No camina sobre las aguas —ah, nunca haría eso cuando hace ya milenios que alguien caminó sobre las aguas—, pero esto no puede quitárselo nadie: caminar dentro del agua. A veces el mar le opone resistencia y la empuja con fuerza hacia atrás, pero entonces la proa de la mujer se vuelve un poco más dura y más áspera y sigue avanzando.

Y ahora pisa la arena. Sabe que brilla de agua, de sal y de sol. Aunque dentro de unos minutos lo olvide, nunca podrá perder todo esto. Y de algún modo oscuro sabe que sus cabellos chorreantes son de náufrago. Porque sabe… sabe que ha sorteado un peligro. Un peligro tan antiguo como el ser humano.

La quinta historia

Esta historia podría llamarse «Las estatuas». Otro nombre posible sería «El asesinato». Y también «Cómo matar cucarachas». Haré entonces al menos tres historias, porque ninguna de ellas desmiente a las otras. Y aunque hubiese una sola, serían mil y una si mil y una noches me diesen.

La primera, «Cómo matar cucarachas», comienza así: Me quejé de las cucarachas. Una señora me oyó quejarme. Me dio una receta para matarlas. Que mezclase azúcar, harina y yeso en partes iguales. La harina y el azúcar las atraerían. El yeso se les endurecería por dentro. Así lo hice. Murieron.

La otra historia es propiamente la primera y se llama «El asesinato». Empieza diciendo que yo me quejaba de las cucarachas. Una señora me oyó. Sigue una receta. Y entonces entra el asesinato. La verdad es que yo sólo me había quejado en abstracto de las cucarachas, que ni siquiera eran mías: pertenecían a la planta baja y subían a nuestro hogar escalando las cañerías del edificio. Sólo en el momento de preparar la mezcla se hicieron mías también. En nuestro nombre, entonces, me puse a medir y pesar ingredientes con una concentración algo más intensa. Un vago rencor se apoderó de mí, una sensación de ultraje. De día las cucarachas eran invisibles y nadie hubiera creído que un mar secreto corroía la tranquilidad de la casa. Pero si ellas, como los males secretos, dormían de día, allí estaba yo para prepararles el veneno nocturno. Meticulosa, ardiente, yo aprestaba el elixir de la larga muerte. Me guiaban un miedo excitado y mi propio secreto vil. Ahora, gélidamente, sólo quería una cosa: matar cada cucaracha que existiera. Las cucarachas suben por las cañerías mientras la gente, cansada, sueña. Y he aquí que la mezcla estaba lista, blanquísima. Como si lo destinara a cucarachas astutas como yo, esparcí el polvo hábilmente hasta que pareció ser parte de la naturaleza. Desde mi cama, en el silencio del apartamento, me las imaginaba subiendo una a una hasta el patio de servicio, donde la oscuridad dormía y sólo un mantel velaba en la cuerda de la ropa. Ya era de madrugada. Atravesé la cocina. Allí estaban ellas en el suelo del patio, duras, grandes. Durante la noche yo había matado. En nombre de nosotros, amanecía. En el morro cantó un gallo.

La tercera historia, que comienza ahora, es la de «Las estatuas». Comienza diciendo que yo me quejaba de las cucarachas. A continuación viene la misma señora. Así sigue hasta que me despierto de madrugada,

todavía soñolienta, y atravieso la cocina. Más soñoliento que yo está el patio en su perspectiva de ladrillos. Y en la penumbra de la aurora, un violeta que todo lo distancia, distingo a mis pies sombras y blancuras: decenas de estatuas rígidas se desparraman. Las cucarachas que se han endurecido desde dentro hacia fuera. Algunas vientre arriba; otras en medio de un gesto que jamás se completará. En la boca de algunas hay un poco de comida blanca. Soy la primera testigo del alba en Pompeya. Sé cómo ha sido la última noche, sé de la orgía en la oscuridad. En algunas el gesto se habrá ido endureciendo tan lentamente como en un proceso vital y ellas, con movimientos cada vez más penosos, habrán intensificado ávidamente las alegrías de la noche, intentando huir de dentro de sí mismas. Hasta volverse de piedra, en estupor de inocencia y con una mirada de tan tan afligida censura. Otras —asaltadas súbitamente por la propia médula, ¡y sin haber tenido siquiera la intuición de un molde interno que se petrificaba!—, otras se cristalizan de repente, tal como se corta una palabra al borde de la boca: yo ce… Ellas que, usando en vano el nombre del amor, cantaban en la noche de verano. Mientras que esa de allí, la de la antena marrón manchada de blanco, habrá adivinado demasiado tarde que se estaba momificando por no haber sabido usar las cosas con la gracia gratuita de la vanidad: «Es que he mirado demasiado dentro de…»; desde mi fría altura de persona contemplo la destrucción de un mundo. Amanece. Una que otra antena de cucaracha muerta se agita, seca, con la brisa. Desde la historia anterior canta el gallo. La cuarta narración inaugura una nueva era en el hogar. Empieza como ya se sabe: Me quejé de las cucarachas. Sigue hasta el momento en que veo los monumentos de yeso. Muertas, sí. Pero miro las cañerías, por donde esta misma noche, en fila india, se renovará una población lenta y viva. ¿Habré de renovar entonces el azúcar letal todas las noches? Como quien ya no duerme sin la avidez de un rito. ¿Y todas las madrugadas caminaré sonámbula hasta el patio, llevada por el vicio de encontrar las estatuas que mi noche sudada ha erigido? Ante la visión de aquella doble vida de hechicera me estremecí de placer vil. Y me estremecí también ante la advertencia del yeso que se seca: el vicio de vivir que haría estallar mi molde interno. Áspero instante de elección entre dos caminos que, pensaba yo, se dicen adiós; y segura de que cualquier elección sería la del sacrificio: o yo o mi alma. Elegí. Y hoy, secretamente, llevo en el corazón una placa de virtud: «Esta casa ha sido desinfectada».

La quinta historia se llama «Leibniz y la trascendencia del amor en la Polinesia». Comienza así: Me quejé de las cucarachas.

Encarnación involuntaria

A veces, cuando veo a una persona que no había visto antes y tengo tiempo para observarla, me encarno en ella y así doy un gran paso para conocerla. Y esta intrusión en una persona, quienquiera que sea, nunca termina en su autoacusación: al encarnarme en ella, comprendo sus razones y la perdono. Debo prestar atención para no encarnarme en una vida peligrosa y atractiva, que precisamente por esto me quite las ganas de regresar a mí misma.

Un día, en el avión… «¡Oh, Dios mío —imploré—, esto no, no quiero ser esa misionera!».

Pero era inútil. Sabía que, por haber estado tres horas en presencia de ella, yo iba a ser misionera durante varios días. La delgadez y la delicadeza extremadamente corteses de la misionera ya se habían apoderado de mí. Con curiosidad, algún deslumbramiento y cansancio previo sucumbo a la vida que experimentaré durante algunos días. Y, desde el punto de vista práctico, con alguna aprensión: en este momento ando demasiado ocupada con mis deberes y placeres para poder cargar el peso de una existencia que no conozco, pero cuya tensión evangélica empiezo a sentir. Ya en el avión advierto que he empezado a caminar con un paso de santa laica: entonces comprendo cómo es de paciente la misionera, cómo se apaga con este paso que apenas quiere tocar el suelo, como si pisar con más fuerza pudiese perjudicar a los demás. Ahora soy pálida, no me pinto los labios, tengo la cara fina y llevo esa suerte de sombrero de las misioneras.

Cuando baje a tierra tendré ya, probablemente, ese aire de sufrimiento-superado-por-la-paz-de-tener-una-misión. Y mi rostro llevará impresa la dulzura de la esperanza moral. Porque sobre todo me he vuelto totalmente moral. Mientras que al subir al avión era muy saludablemente amoral. ¡Era, no: soy!, me grito rebelándome contra los preconceptos de misionera. Es inútil: toda mi fuerza está siendo empleada en la obtención de un ser frágil. Finjo leer una revista, mientras ella lee la Biblia.

Vamos a hacer una breve escala. El asistente distribuye chicles. Y no bien el joven se acerca, ella enrojece.

En tierra soy una misionera al viento del aeropuerto; me sujeto las imaginarias faldas largas y grisáceas contra la impudicia del viento. Entiendo, entiendo. Ah, cómo los entiendo, a ella y a su pudor de existir cuando está

fuera de las horas en que cumple su misión. Al igual que la misionerita, acuso las faldas cortas de las mujeres, tentación de los hombres. Y, cuando no entiendo, dejo de hacerlo con el mismo fanatismo depurado de esa mujer pálida que enrojece fácilmente al acercarse el joven, quien nos avisa que hemos de continuar viaje.

Ya sé que dentro de unos días lograré reanudar integralmente mi propia vida. Que, quién sabe, tal vez sólo haya sido en el momento de nacer, y por lo demás haya estado hecha de reencarnaciones. Pero no: soy una persona. Y cuando se apodera de mí el fantasma de mí misma, la alegría es tal, tan grande la fiesta, que por así decir lloramos una sobre el hombro de la otra. Después nos enjugamos las lágrimas, el fantasma se incorpora plenamente a mí y con cierta altivez salimos al mundo exterior.

Una vez, también durante un viaje, encontré una prostituta perfumadísima que fumaba entrecerrando los ojos, mientras éstos miraban fijamente a un hombre que estaba por caer hipnotizado. Para comprender mejor, inmediatamente me puse a fumar con los ojos entrecerrados, mirando al único hombre que había al alcance de mi intencionada visión. Pero el hombre gordo que yo miraba para experimentar el alma de la prostituta, el gordo estaba enfrascado en el *New York Times*. Y mi perfume era demasiado discreto. Salió todo mal.

Dos historias a mi manera

Una vez que no tenía nada que hacer hice, para divertirme, una especie de *ejercicio de escribir*. Y me divertí. Tomé como tema una doble historia de Marcel Aymé. Hoy he encontrado el ejercicio, y es así:

Buena historia de vino es la del hombre a quien el vino no le gustaba, y Félicien Guérillot, precisamente dueño de viñedos, era su nombre (inventados los nombres, el del hombre y el de la historia, por Marcel Aymé, y tan bien inventados que sólo la verdad les faltaba para ser verdaderos).

Habría vivido Félicien —si hubiese vivido— en Arbois, tierra de Francia, y casado con mujer que no era ni más bonita ni mejor hecha que lo necesario para la tranquilidad de un hombre honrado. Era de buena familia, pese a que no le gustaba el vino. Y sin embargo, sus viñas, por ser, eran las mejores del lugar. Ningún vino le gustaba, y en vano se habría afanado aquel que hubiese querido librarlo de la maldición de no amar la excelencia de lo excelente. Puesto que, aun en la sed, que es la hora de aceptar el vino, el mejor trago le sabía a cosa mala. Leontina, la esposa que no era ni mucho ni poco, ocultaba ante él la vergüenza de todos.

La historia, ahora reescrita enteramente por mí, continuaría muy bien (y aún mejor si su núcleo nos perteneciera, dadas las buenas ideas que tengo acerca de cómo concluirla). Parece sin embargo que Marcel Aymé, que la había comenzado, en este punto de la descripción del hombre que no amaba el vino se enfadó con la historia misma. E intervino en persona para decir: Pero de pronto esta historia me fastidia. Y para huir de ella, como el que bebe vino para olvidar, he aquí que el autor se pone a hablar de todo lo que podría inventar respecto de Félicien, pero que no inventará porque no quiere. Y mucho lo lamenta, pues hasta llegaría a hacer que Félicien fingiese temblores alcohólicos para ocultar ante los demás la falta de temblores. Buen autor, este Marcel Aymé. Tan bueno que ocupa varias páginas en lo que inventaría de haber sido Félicien una persona que le interesase. La verdad es que Aymé, mientras va contando lo que inventaría, aprovecha para contar de todos modos; sólo que nosotros sabemos que no es así, pues lo que sería no vale hasta que no es inventado.

Y es al llegar a este punto cuando Aymé pasa a otra historia. No queriendo saber más de la historia del vino triste, se traslada a París, donde toma a un hombre llamado Duvilé.

Y en París es al contrario: a Etienne Duvilé le gustaba el vino, pero no tenía. La botella es cara, y Etienne es funcionario del Estado. Bien que le gustaría corromperse, pero la ocasión de vender o traicionar al Estado no se presenta todos los días. La ocasión de todos los días era una casa llena de hijos, y un suegro que vivía comiendo sin parar. La familia soñando con la mesa llena, y Duvilé con el vino.

Y resulta que un día Etienne sueña realmente, con lo cual queremos decir que esta vez soñaba mientras dormía. Pero justo ahora que deberíamos contar el sueño —puesto que Marcel Aymé lo hace ampliamente—, es cuando a nosotros *ça vraiment* nos fastidia. Escamoteamos lo que el autor quiso narrar, tal como a nosotros nos escamoteó el autor lo que de Félicien queríamos oír.

Sólo diremos aquí que, tras el sueño de un sábado por la noche, a Duvilé le empeoró mucho la sed. Y el odio hacia el suegro parecía una sed más. Y tanto se fue complicando todo, siempre con la causa de la originaria falta de vino, que por causa de la sed casi mata al padre de su esposa, de la cual Aymé no explica si era o no bien plantada, por lo visto ni sí ni no, sólo el vino importa en la historia. De soñar dormido pasó a soñar despierto, que ya es enfermedad. Y quería Duvilé beberse el mundo entero, y en la comisaría manifestó el deseo de beberse al comisario.

Hasta hoy permanece Duvilé en el asilo de alienados, y no se ve que le llegue la hora de salir, pues los médicos, no entendiéndole el espíritu, lo someten a cura de excelente agua mineral, que sacia las sedes pequeñas pero no la grande.

Mientras tanto Aymé, tal vez invadido él mismo de sed y de piedad, espera que la familia de Duvilé lo envíe a la buena tierra de Arbois, donde aquel primer hombre, Félicien Guérillot, después de aventuras que merecerían ser contadas, le ha tomado gusto al vino. Y como no nos dicen de qué modo, aquí nos plantamos nosotros también, con dos historias no muy bien contadas, ni por Aymé ni por nosotros, que de querer el vino poco se ha de hablar, y mucho en cambio del vino.

El primer beso

Más que conversar, aquellos dos susurraban: hacía poco que el romance había empezado y andaban tontos, era el amor. Amor con lo que trae aparejado: celos.

—Está bien, te creo que soy tu primera novia, me pone contenta. Pero dime la verdad: ¿nunca antes habías besado a una mujer?

—Sí, ya había besado a una mujer.

—¿Quién era? —preguntó ella dolorida.

Toscamente él intentó contárselo, pero no sabía cómo.

El autobús de excursión subía lentamente por la sierra. Él, uno de los muchachos en medio de la muchachada bulliciosa, dejaba que la brisa fresca le diese en la cara y se le hundiera en el pelo con dedos largos, finos y sin peso como los de una madre. Qué bueno era quedarse a veces quieto, sin pensar casi, sólo sintiendo. Concentrarse en sentir era difícil en medio de la barahúnda de los compañeros.

Y hasta la sed había empezado: jugar con el grupo, hablar a voz en cuello, más fuerte que el ruido del motor, reír, gritar, pensar, sentir… ¡Caray! Cómo se secaba la garganta.

Y ni sombra de agua. La cuestión era juntar saliva, y eso fue lo que hizo. Después de juntarla en la boca ardiente la tragaba despacio, y luego una vez más, y otra.

Era tibia, sin embargo, la saliva, y no quitaba la sed. Una sed enorme, más grande que él mismo, que ahora le invadía todo el cuerpo.

La brisa fina, antes tan buena, al sol del mediodía se había tornado ahora árida y caliente, y al entrarle por la nariz le secaba todavía más la poca saliva que había juntado pacientemente.

¿Y si se tapase la nariz y respirase un poco menos de aquel viento del desierto? Probó un momento, pero se ahogaba en seguida. La cuestión era esperar, esperar. Tal vez minutos apenas, tal vez horas, mientras que la sed que él tenía era de años.

No sabía cómo ni por qué, pero ahora se sentía más cerca del agua, la presentía más próxima, y los ojos se le iban más allá de la ventana recorriendo la carretera, penetrando entre los arbustos, explorando, olfateando.

El instinto animal que lo habitaba no se había equivocado: tras una inesperada curva de la carretera, entre arbustos, estaba… la fuente de donde

brotaba un hilillo del agua soñada.

El autobús se detuvo, todos tenían sed, pero él consiguió llegar primero a la fuente de piedra, antes que nadie.

Cerrando los ojos entreabrió los labios y ferozmente los acercó al orificio de donde chorreaba el agua. El primer sorbo fresco bajó, deslizándose por el pecho hasta el estómago.

Era la vida que volvía, y con ella se encharcó todo el interior arenoso hasta saciarse. Ahora podía abrir los ojos.

Los abrió, y muy cerca de su cara vio dos ojos de estatua que lo miraban fijamente, y vio que era la estatua de una mujer, y que era de la boca de la mujer de donde el agua salía. Se acordó de que al primer sorbo había sentido realmente un contacto gélido en los labios, más frío que el agua.

Y entonces supo que había acercado la boca a la boca de la mujer de la estatua de piedra. La vida había chorreado de aquella boca, de una boca hacia otra.

Intuitivamente, confuso en su inocencia, se sintió intrigado: pero si no es de la mujer de quien sale el líquido vivificante, el líquido germinador de la vida… Miró la estatua desnuda.

La había besado.

Lo invadió un temblor que desde fuera no se veía y que, empezando muy adentro, se apoderó de todo el cuerpo y convirtió el rostro en brasa viva.

Dio un paso hacia atrás o hacia delante, ya no sabía qué estaba haciendo. Perturbado, atónito, se dio cuenta de que una parte de su cuerpo, antes siempre serena, estaba ahora en una tensión agresiva, y eso no le había ocurrido nunca.

Dulcemente agresivo, se hallaba de pie, solo en medio de los demás, con el corazón latiendo pausada, profundamente, sintiendo cómo se transformaba el mundo. La vida era totalmente nueva, era otra, descubierta en un sobresalto. Estaba perplejo, en un equilibrio frágil.

Hasta que, surgiendo de lo más hondo del ser, de una fuente oculta en él chorreó la verdad. Que en seguida lo llenó de miedo y también de un orgullo que no había sentido nunca. Se había…

Se había hecho hombre.

SILENCIO

Traducción de Cristina Peri Rossi

La búsqueda de la dignidad

La señora de Jorge B. Xavier simplemente no sabía decir cómo había entrado. Por la puerta principal no fue. Le parecía que vagamente soñadora había entrado por una especie de estrecha abertura en medio de los escombros de la construcción en obras, como si hubiera entrado de soslayo por un agujero hecho sólo para ella. El hecho es que cuando se dio cuenta, ya estaba dentro.

Y cuando se dio cuenta, advirtió que estaba muy muy adentro. Caminaba interminablemente por los subterráneos del estadio de Maracaná, o por lo menos le parecían cavernas estrechas que daban a salas cerradas y, cuando se abrían, las salas sólo tenían una ventana que daba al estadio. Éste, a aquella hora oscuramente despierto, reverberaba al extremo sol de un calor inusitado para aquel día de pleno invierno.

Entonces siguió por un corredor sombrío. Éste la llevó igualmente a otro más sombrío. Le pareció que el techo de los subterráneos era bajo.

Y hete aquí que este corredor la llevó a otro que la llevó a su vez a otro.

Dobló el corredor desierto. Y entonces cayó en otra esquina. Que la llevó a otro corredor que desembocó en otra esquina.

Entonces continuó automáticamente entrando en corredores que siempre daban a otros corredores. ¿Dónde estaría la sala principal? Pues con ésta encontraría a las personas con quienes fijara la cita. La conferencia quizás ya habría comenzado. Iba a perderla, justamente ella que se esforzaba en no perder nada de *cultural* porque así se mantenía joven por dentro, ya que por fuera nadie adivinaba que tenía casi setenta años, todos le daban unos cincuenta y siete.

Pero ahora, perdida en los meandros internos y oscuros de Maracaná, ya arrastraba pies pesados de vieja.

Fue entonces cuando súbitamente encontró en un corredor a un hombre surgido de la nada y le preguntó por la conferencia que el hombre dijo ignorar. Pero ese hombre pidió información a un segundo hombre que también surgió repentinamente al doblar el corredor.

Entonces este segundo hombre informó que había visto cerca de los asientos de la derecha, en pleno estadio abierto, a «dos damas y un caballero, una de rojo». La señora Xavier dudaba de que esas personas fueran al grupo con el que ella debía encontrarse antes de la conferencia, y en realidad, ya

había olvidado el motivo por el cual caminaba sin parar. De cualquier modo siguió al hombre rumbo al estadio, donde se detuvo ofuscada en el espacio hueco de luz ancha y mudez abierta, el estadio desnudo desventrado, sin balón ni fútbol. Además, sin gente. Había una multitud que existía por el vacío de su ausencia absoluta.

¿Las dos damas y el caballero ya habrían desaparecido por algún corredor?

Entonces, el hombre dijo con un desafío exagerado:

—Pues voy a buscarlas para usted y encontraré a esas personas de cualquier manera, no pueden haber desaparecido en el aire.

Y, en efecto, ambos las vieron de muy lejos. Pero un segundo después volvieron a desaparecer. Parecía un juego infantil donde carcajadas amordazadas reían de la señora de Jorge B. Xavier.

Entonces entró con el hombre en otros corredores. Hasta que el hombre también desapareció en una esquina.

La señora desistió ya de la conferencia que en el fondo poco le importaba. Lo que quería era salir de aquella maraña de caminos sin fin. ¿No habría puerta de salida? Entonces sintió como si estuviera dentro de un ascensor averiado entre un piso y otro. ¿No habría puerta de salida?

Fue entonces cuando súbitamente se acordó de las palabras informativas de la amiga, por teléfono: «Queda más o menos cerca del estadio de Maracaná». Frente a ese recuerdo comprendió su engaño de persona tonta y distraída que sólo escucha las cosas por la mitad, y la otra queda sumergida. La señora Xavier era muy distraída. Entonces, pues, no era en Maracaná el encuentro, era cerca de allí. Entretanto, su pequeño destino la tenía perdida en el laberinto.

Sí, entonces la lucha recomenzó peor todavía: quería salir por fuerza de allí y no sabía cómo ni por dónde.

Y de nuevo apareció en el corredor aquel hombre que buscaba a las personas y que otra vez le aseguró que las encontraría porque no podían haber desaparecido en el aire. Él dijo:

—¡La gente no puede desaparecer en el aire!

La señora informó:

—No hay necesidad de que se incomode buscando, ¿sabe? Gracias, igual. Porque el lugar donde debo encontrar a esa gente no es Maracaná.

El hombre dejó de andar inmediatamente y la miró, perplejo:

—Entonces, ¿qué está usted haciendo por aquí?

Ella quiso explicar que su vida era así mismo, pero ni siquiera sabía qué quería decir con «así mismo», ni con «su vida», de modo que nada respondió. El hombre insistió en la pregunta, entre desconfiado y cauteloso: ¿qué estaba haciendo allí? Nada, respondió sólo con el pensamiento la mujer, ya a punto de caer de cansancio. Pero no le respondió, le dejó creer que estaba loca. Además, ella nunca se explicaba. Sabía que el hombre la creía loca —y quizá lo fuera—, pues sentía aquella cosa que ella llamaba «aquello» por vergüenza. Aunque también tenía la llamada salud mental tan buena que sólo podía compararla con su salud física. Salud física ahora destrozada, pues arrastraba los pies de muchos años de camino por el laberinto. Su vía crucis. Estaba vestida de lana muy gruesa y sofocada y sudada con el inesperado calor de un auge de verano, ese día de verano que era un vicio de invierno. Le dolían las piernas, le dolían con el peso de la vieja cruz. Ya estaba resignada de algún modo a no salir nunca del Maracaná y a morir allí con el corazón exangüe.

Entonces, como siempre, sólo después de desistir de las cosas deseadas, éstas ocurrían. Lo que se le ocurrió de repente fue una idea: «Soy una vieja loca». ¿Por qué en vez de continuar preguntando por las personas que no estaban allí, no buscaba al hombre y le preguntaba cómo se salía de los corredores? Porque lo que quería era sólo salir y no encontrarse con nadie.

Encontró finalmente al hombre, al doblar una esquina. Y le habló con la voz un poco trémula y ronca por el cansancio y el miedo de que la esperanza fuera vana. El hombre, desconfiado, estuvo de acuerdo en que ella se fuera a su casa y le dijo, con cuidado:

—Parece que usted no está muy bien de la cabeza, quizás sea el calor extremo. Dicho esto, el hombre simplemente entró con ella en el primer corredor y en la esquina aparecieron dos largos portones abiertos. ¿Sólo eso? ¿Era tan fácil?

Tan fácil.

Entonces ella pensó que sólo para ella se había vuelto imposible hallar la salida. La señora Xavier estaba un poco asustada y al mismo tiempo, acostumbrada. En cierto sentido, cada uno tenía su propio camino a recorrer interminablemente, formando esto parte del destino, en el que ella no sabía si creía o no.

Pasó un taxi. Lo mandó detenerse y dijo, controlando la voz que estaba cada vez más vieja y cansada:

—Oiga, no sé bien la dirección, la olvidé. Pero sé que la casa queda en una calle (sólo recuerdo que se llama «Guzmán») y que hace esquina con una calle que si no me equivoco se llama Coronel no sé qué.

El conductor fue paciente como con una niña:

—Pues entonces no se preocupe, vamos a buscar tranquilamente una calle que tenga Guzmán en el medio y Coronel en el fin —dijo, volviéndose hacia atrás con una sonrisa y guiñándole un ojo de complicidad que parecía indecente. Partieron con una sacudida que le estremeció las entrañas.

Entonces, súbitamente, reconoció a las personas que buscaba y que se encontraban en la acera de enfrente, junto a una casa grande. Era como si la finalidad fuese llegar y no escuchar la conferencia que a esa hora estaba olvidada, pues la señora Xavier había olvidado su objetivo. Y no sabía por qué había caminado tanto. Estaba cansada más allá de sus fuerzas y quiso irse, la conferencia era una pesadilla. Entonces le pidió a una mujer importante y vagamente conocida que tenía auto con chófer que la llevara a su casa porque no se sentía bien con aquel calor tan raro. El chófer llegaría dentro de una hora. Entonces se sentó en una silla que había en el corredor, se sentó muy tiesa con su cinturón apretado, lejos de la cultura que se desarrollaba enfrente, en la sala cerrada. De la cual no salía sonido alguno. Poco le importaba la cultura. Allí estaba, en los laberintos de sesenta segundos y de sesenta minutos que la conducirían a una hora.

Entonces la mujer importante vino y le dijo: que el auto estaba en la puerta, pero que le informaba que, como el chófer había avisado que iba a tardar mucho, en vista de que la señora no lo estaba pasando bien, paró al primer taxi que vio. ¿Por qué ella no había tenido la idea de llamar un taxi, en lugar de estar dispuesta a someterse a los meandros del tiempo de espera? Entonces, la señora de Jorge B. Xavier se lo agradeció con extrema delicadeza. Ella siempre era muy delicada y educada. Ya en el taxi, dijo:

—Leblon, por favor.

Tenía la cabeza hueca, le parecía que su cabeza estaba en ayunas.

Al poco notó que andaban y andaban pero que otra vez terminaban por regresar a una misma plaza. ¿Por qué no salían de allí? ¿Otra vez no había camino de salida? El conductor acabó confesando que no conocía la zona sur, que sólo trabajaba en la zona norte. Y ella no sabía cómo enseñarle el camino. Cada vez le pesaba más la cruz de los años y la nueva falta de salida sólo renovaba la magia negra de los corredores de Maracaná. ¡No había modo de librarse de esa plaza! Entonces el chófer le dijo que tomara otro taxi, y hasta llegó a hacerle una señal a otro que pasó a su lado. Ella se lo agradeció comedidamente, era ceremoniosa con la gente, aun con los conocidos. Era muy gentil. En el nuevo taxi, dijo tímidamente:

—Si no le incomoda, vamos a Leblon.

Y simplemente salieron enseguida de la plaza y entraron en nuevas calles.

Fue al abrir con la llave la puerta del apartamento cuando tuvo el deseo, ganas, mentalmente y con la imaginación, de sollozar en voz alta. Pero no era persona de sollozar ni de protestar. De paso avisó a la criada de que no iba a atender el teléfono. Fue directamente a su habitación, se quitó toda la ropa, tragó una pastilla sin agua y esperó que diera resultado.

Mientras tanto, fumaba. Se acordó de que era el mes de agosto y pensó que agosto daba mala suerte. Pero septiembre llegaría un día como puerta de salida. Y septiembre era por algún motivo el mes de mayo: un mes más leve y más transparente. Pensando en eso, la somnolencia finalmente llegó y se adormeció.

Cuando despertó, horas después, vio que llovía una lluvia fina y helada, hacía un frío de lámina de cuchillo. Desnuda en la cama se congelaba. Le pareció muy curiosa la idea de una vieja desnuda. Se acordó de que había planeado la compra de un chal de lana. Miró el reloj: todavía podía encontrar la tienda abierta. Cogió un taxi y dijo:

—Ipanema, por favor.

El hombre le dijo:

—¿Cómo? ¿Al Jardín Botánico?

—Ipanema, por favor —repitió ella, bastante sorprendida.

Era el absurdo del desencuentro total: ¿qué había en común entre las palabras *Ipanema* y *Jardín Botánico*? Pero otra vez pensó vagamente que «su vida era así».

Hizo la compra rápidamente y se vio en la calle oscura sin tener nada que hacer. Pues el señor Jorge B. Xavier había viajado a São Paulo el día anterior y sólo volvería al día siguiente.

Entonces, otra vez en la casa, entre tomar una nueva píldora para dormir o hacer alguna otra cosa, optó por la segunda hipótesis, pues se acordó de que ahora podría volver a buscar la letra de cambio perdida. Lo poco que entendía era que aquel papel representaba dinero. Hacía dos días que la buscaba minuciosamente por toda la casa, y hasta por la cocina, pero en vano. Ahora se le ocurrió: ¿y por qué no debajo de la cama? Quizás. Entonces se arrodilló en el suelo. Pero después se cansó de estar sólo apoyada en las rodillas y se apoyó también en las dos manos.

Entonces advirtió que estaba a cuatro patas.

Permaneció un tiempo así, quizá meditando, quizá no. Quién sabe, es posible que la señora Xavier estuviera cansada de ser un ente humano. Era una perra de cuatro patas. Sin ninguna nobleza. Perdida la altivez última. A

cuatro patas, un poco pensativa, tal vez. Pero debajo de la cama sólo había polvo.

Se levantó con bastante esfuerzo, con las articulaciones desencajadas y vio que no tenía más remedio que considerar con realismo —y era un esfuerzo penoso ver la realidad—, considerar con realismo que la letra estaba perdida y que seguir buscándola sería no salir de Maracaná.

Y como siempre, cuando había desistido de buscar, al abrir un cajón de sábanas para sacar una encontró la letra de cambio.

Entonces, cansada por el esfuerzo de haber estado a cuatro patas, se sentó en la cama y comenzó sin darse cuenta a llorar mansamente. Aquel llanto parecía una letanía árabe. Hacía treinta años que no lloraba, pero ahora estaba muy cansada. Si aquello era llanto. No lo era. Era otra cosa. Finalmente se sonó la nariz. Entonces pensó lo siguiente: «que ella forzaría el “destino” y tendría un destino mayor. Con la fuerza de la voluntad se consigue todo», pensó sin la menor convicción. Y eso de estar presa de un destino le ocurría porque ya había empezado a pensar sin querer en «aquello».

Pero sucedió entonces que la mujer también pensó lo siguiente: «era demasiado tarde para tener un destino». Pensó que bien podría hacer cualquier tipo de cambio con otro ser. Entonces se dio cuenta de que no había con quién cambiarse: que fuese quien fuese, ella era ella y no podía transformarse en otra única. Cada uno era único. La señora de Jorge B. Xavier también.

Pero todo todo lo que le ocurría era todavía preferible a sentir «aquello». Y aquello vino con sus largos corredores sin salida. «Aquello», ahora sin ningún pudor, era el hambre dolorosa de sus entrañas, la necesidad de ser poseída por el inalcanzable ídolo de la televisión. No se perdía un solo programa suyo. Entonces, ya que no podía evitar pensar en él, la cosa era entregarse y recordar el rostro aniñado de Roberto Carlos, mi amor.

Fue a lavarse las manos sucias de polvo y se miró en el espejo del lavabo. Entonces, la señora Xavier pensó: «Si lo deseo mucho, pero mucho, él será mío por lo menos una noche». Creía vagamente en la fuerza de voluntad. De nuevo se enamoró, con el deseo retorcido y estrangulado.

Pero ¿quién sabe? Si desistiera de Roberto Carlos, entonces las cosas entre él y ella ocurrirían. La señora Xavier meditó un poco sobre el asunto. Entonces, expertamente, fingió que desistía de Roberto Carlos. Pero bien sabía que el abandono mágico sólo daba resultado positivo cuando era real, no un truco cómodo de conseguir algo. La realidad exigía mucho de ella. Examinóse en el espejo para ver si el rostro se volvía bestial bajo la influencia

de sus sentimientos. Pero era un rostro quieto que ya hacía mucho tiempo había dejado de representar lo que sentía. Además, su rostro nunca expresaba más que buena educación. Y ahora era sólo la máscara de una mujer de setenta años. Entonces, su cara levemente maquillada le pareció la de un payaso. La mujer forzó una sonrisa desganada para ver si mejoraba. No mejoró.

Por fuera —vio en el espejo— ella era una cosa seca como un higo seco. Pero por dentro no estaba seca. Parecía, por dentro, una encía húmeda, blanda como una encía desdentada.

Entonces buscó un pensamiento que la espiritualizara o que la secara de una vez. Pero nunca fue espiritual. Y a causa de Roberto Carlos ella estaba envuelta en las tinieblas de la materia, donde era profundamente anónima.

De pie en la bañera era tan anónima como una gallina.

En una fracción de fugitivo segundo casi inconsciente vislumbró que todas las personas son anónimas. Porque nadie es el otro y el otro no conoce al otro. Entonces, entonces cada uno es anónimo. Y ahora estaba enredada en aquel pozo hondo y mortal, en la revolución del cuerpo. Cuerpo cuyo fondo no se veía y que era la oscuridad de las tinieblas malignas de sus instintos vivos como lagartos y ratones. Y todo fuera de época, fruto fuera de estación. ¿Por qué las otras viejas nunca le habían avisado de que eso podía ocurrir hasta el fin? En los hombres viejos, había visto miradas lúbricas. Pero en las viejas no. Fuera de estación. Y ella vivía como si todavía fuera alguien, ella, que no era nadie.

La señora de Jorge B. Xavier era nadie.

Entonces quiso tener sentimientos bonitos y románticos en relación a la delicadeza del rostro de Roberto Carlos. Pero no lo consiguió: la delicadeza de él sólo la llevaba a un corredor oscuro de sensualidad. Y la condena era la lascivia. Era hambre baja: ella quería comerse la boca de Roberto Carlos. No era romántica, ella era grosera en materia de amor. Allí en la bañera, frente al espejo del lavabo.

Con su edad indeleblemente marcada.

Sin siquiera un pensamiento sublime que le sirviera de lema o que ennobleciera su existencia.

Entonces empezó a deshacer el rodete de los cabellos y a peinarlos lentamente. Necesitaban un nuevo tinte, las raíces blancas ya asomaban. Enseguida, pensó lo siguiente: «en mi vida nunca hubo un clímax como en las historias que se leen. El clímax era Roberto Carlos». Meditativa, concluyó

que iba a morir secretamente, así como secretamente había vivido. Pero también sabía que toda muerte es secreta.

Desde el fondo de su futura muerte imaginó ver en el espejo la figura deseada de Roberto Carlos, con aquellos suaves cabellos rizados que tenía. Allí estaba, presa del deseo fuera de estación, igual que el día de verano en pleno invierno. Presa de los enmarañados corredores de Maracaná. Presa del secreto mortal de las viejas. Sólo que ella no estaba habituada a tener casi setenta años, le faltaba práctica y no tenía la menor experiencia.

Entonces dijo en voz alta y sin testigos:

—Robertito Carlitos.

Y agregó: «Mi amor». Oyó su voz con extrañeza como si estuviera por primera vez haciendo, sin ningún pudor o sentimiento de culpa, la confesión que sin embargo debería ser vergonzosa. Pensó que posiblemente Robertito no iba a aceptar su amor porque ella tenía conciencia de que este amor era ridículo, melosamente voluptuoso y dulzón. Y Roberto Carlos parecía tan casto, tan asexuado.

Sus labios levemente pintados, ¿serían todavía besables? ¿O acaso era enojoso besar boca de vieja? Examinó bien de cerca e inexpresivamente sus propios labios. Y todavía inexpresivamente cantó en voz baja el estribillo de la canción más famosa de Roberto Carlos: «Quiero que usted me caliente este invierno y que todo lo demás se vaya al infierno».

Fue entonces que la señora de Jorge B. Xavier bruscamente se dobló sobre la pila como si fuera a vomitar las vísceras e interrumpió su vida con una mudez hecha pedazos: ¡tiene! ¡que! ¡haber! ¡una! ¡puerta! ¡de saliiiiiiiiiida!

La partida del tren

La partida era en la Central con su reloj enorme, el más grande del mundo. Marcaba las seis de la mañana. Angela Pralini pagó el taxi y cogió su pequeña valija. Doña María Rita Alvarenga Chagas Souza Meló descendió del Opel de la hija y se encaminaron hacia las vías. La vieja iba bien vestida y con joyas. De las arrugas que la ocultaban salía la forma pura de una nariz perdida en la edad, y de una boca que en otros tiempos debía de haber sido llena y sensible. Pero qué importa. Se llega a un cierto punto y lo que fue no importa. Comienza una nueva raza. Una vieja no puede comunicarse. Recibió el beso helado que su hija le dio antes de que el tren partiera. Antes la ayudó a subir al vagón. Aunque en éste no había un centro, ella se colocó de lado. Cuando la locomotora se puso en movimiento, se sorprendió un poco: no esperaba que el tren siguiera en esa dirección y se encontró sentada de espaldas al camino.

Angela Pralini advirtió el movimiento y preguntó:

—¿Quiere cambiar de lugar conmigo?

Doña María lo rechazó con delicadeza, dijo que no, muchas gracias, a ella le daba lo mismo. Pero parecía haberse perturbado. Se pasó la mano sobre el camafeo afiligranado de oro, pinchado en el pecho, paseó la mano por el broche, la quitó, la llevó hasta el sombrero de fieltro con una rosa de paño, la retiró. Seca. ¿Ofendida? Al final, le preguntó a Ángela Pralini:

—¿Es por mí que desea cambiar de lugar?

Angela Pralini dijo que no, se sorprendió, la vieja se sorprendió por el mismo motivo: no se reciben atenciones de una viejita. Ella sonrió un poco demasiado y los labios cubiertos de talco se partieron en surcos secos: estaba encantada. Y un poco agitada:

—Qué amabilidad la suya —le dijo—, qué gentileza.

Hubo un movimiento de perturbación porque Angela Pralini rió también, y la vieja continuaba riendo, mostrando una dentadura bien arenada. Dio discretamente un tirón al cinturón que la apretaba demasiado.

—Qué amable —repitió.

Se recompuso un tanto deprisa, cruzó las manos sobre el bolso que contenía todo lo que se podía imaginar. «Las arrugas, mientras reía, habían tomado un sentido», pensó Angela. Ahora eran otra vez incomprensibles, superpuestas en un rostro otra vez inmodelable. Pero Angela le quitaba la

tranquilidad. Ya conocía a muchas jóvenes nerviosas que se decían: si me río un poco lo arruino todo, va a ser ridículo, tengo que parar, y era imposible. La situación era muy triste. Con inmensa piedad, Angela vio la cruel verruga en la mandíbula, verruga de la cual salía un pelo negro y tieso.

Pero Angela le quitaba la tranquilidad. Se daba cuenta de que sonreiría en cualquier momento: Angela la ponía en ascuas. Ahora era una de esas viejitas que parecen pensar que están siempre atrasadas, que se pasaron de hora. No se contuvo un segundo más, se irguió y espió por su ventana, como si fuera imposible mantenerse sentada.

—¿Quiere levantar el cristal? —le dijo un chico que oía a Haendel en una radio a pilas.

—¡Ah! —exclamó ella, aterrorizada.

«¡Oh, no!», pensó Angela, se estaba arruinando todo, el chico no debía haber dicho eso, era demasiado, no había que tocarla otra vez. Porque la vieja, casi a punto de perder la actitud de la que vivía, casi a punto de perder cierta amargura, temblaba como música de clave entre la sonrisa y el extremo encanto.

—No, no, no —dijo ella con falsa autoridad—, de ningún modo, gracias, sólo quería mirar.

Sentóse inmediatamente como si la delicadeza del chico y de la muchacha la vigilaran. La vieja, antes de subir al tren, se persignó con tres cruces en el corazón, besando discretamente las puntas de los dedos. Llevaba un vestido oscuro con cuello de encaje verdadero y un camafeo de oro puro. En la oscura mano izquierda las dos alianzas gruesas de viuda, gruesas como ya no se hacían. Del otro vagón se oía a un grupo de *bandeirantes*[3] que cantaban *Brasil* agudamente. Felizmente, era en el otro vagón. La música de la radio del chico se entrecruzaba con la música de otro, que estaba escuchando a Edith Piaf cantando *J'attendrai*.

Fue entonces cuando el tren de pronto dio una sacudida y las ruedas se pusieron en movimiento. Comenzó la partida. La vieja murmuró bajo: «¡Ay, Jesús!». Ella se bañaba en la terma de Jesús. Amén. Por la radio a pilas de una mujer súpose que eran las seis y treinta de la mañana, mañana fría. La vieja pensó: «Brasil mejora la señalización de sus calles». Un tal Kissinger parecía mandar en el mundo.

«Nadie sabe dónde estoy», pensó Angela Pralini, y eso la asustaba un poco, ella era una fugitiva.

—Mi nombre es María Rita Alvarenga Chagas Souza Meló, Alvarenga Chagas era el apellido de mi padre —dijo, agregando una petición de

disculpas por tener que decir tantas palabras sólo para pronunciar su nombre —, *Chagas*[4] —añadió con modestia— eran las llagas de Cristo. Pero me puede llamar doña María Rita. ¿Y su nombre? Su gracia, ¿cuál es?

—Mi nombre es Angela Pralini. Voy a pasar seis meses en la hacienda de mis tías. ¿Y usted?

—¡Ah! Yo voy a la hacienda de mi hijo, me voy a quedar allí el resto de mi vida, mi hija me trajo hasta el tren y mi hijo me espera con el auto en la estación. Soy como un paquete que se entrega de mano en mano.

Los tíos de Angela no tenían hijos y la trataban como a una hija. Angela se acordó de la nota que dejó para Eduardo: «No me busques. Voy a desaparecer de tu vida para siempre. Te amo como nunca. Tu Angela no fue más tuya porque tú no quisiste».

Quedaron en silencio. Angela Pralini se entregó al ruido cadencioso del tren. Doña María Rita miró de nuevo su anillo de brillantes y perla en su dedo, alisó el camafeo de oro: «Soy vieja pero soy rica, más rica que todos aquí en el vagón. Soy rica, soy rica». Espió el reloj, más para ver la gruesa placa de oro que para ver la hora. «Soy muy rica, no soy una vieja cualquiera». Pero sabía, ah, sabía bien que era una viejita cualquiera, una viejita asustada por las menores cosas. Se acordó de sí misma, el día entero sola en su mecedora, sola con los criados, mientras la hija, *public relations*, pasaba el día fuera, no llegaba hasta las ocho de la noche, y ni siquiera le daba un beso. Se acordó ese día a las cinco de la mañana, todavía oscuro, hacía frío.

Después de la delicadeza del chico estaba extraordinariamente agitada y sonriente. Parecía más delgada. Cuando se reía, se revelaba como una de esas viejas llenas de dientes. La crueldad dislocada de los dientes. El chico ya se había alejado. Ella abría y cerraba los párpados. De pronto golpeó con los dedos la pierna de Angela, con extrema rapidez y suavidad:

—Hoy todos están verdaderamente, pero verdaderamente amables, qué gentileza, qué gentileza.

Ángela sonrió. La vieja permaneció sonriendo sin quitar los ojos profundos y vacíos de los ojos de la muchacha. Vamos, vamos, la fustigaban de todos lados, y ella espiaba para acá y para allá como si fuera a escoger. ¡Vamos, vamos!, la empujaban riendo de todos lados y ella se sacudía, sonriente, delicada.

—Qué amables son todos en este tren —dijo.

Súbitamente intentó recomponerse, carraspeó falsamente, se contuvo. Debía de ser difícil. Temía haber llegado a un punto donde no podía

interrumpirse. Se mantuvo en severidad y temor, cerró los labios sobre los innumerables dientes. Pero no podía engañar a nadie: su rostro tenía tal esperanza que perturbaba los ojos de quienes la veían. Ella ya no dependía de nadie: una vez que la habían tocado, podían irse, ahora, ella sola se irradiaba, magra, alta. Pero todavía quería decir algo y ya preparaba un gesto social de cabeza, llena de gracia previa. Ángela se preguntaba si ella sabría expresarse. Ella pareció pensar, pensar y encontrar con ternura un pensamiento ya todo hecho donde mal y mal podía acoger su sentimiento. Dijo con cuidado y sabiduría de anciana, como si precisara tomar ese aire para hablar como vieja:

—La juventud. La juventud amable.

Rió un poco fingidamente. «¿Iba a tener una crisis de nervios?», pensó Angela Pralini. Porque estaba tan maravillosa. Pero carraspeó otra vez con austeridad, dio unos golpecitos con las puntas de los dedos como si ordenara con urgencia a la orquesta una nueva partitura. Abrió el bolso, lo revisó hasta encontrar un diario grande y normal, fechado tres días atrás, observó Angela. Se puso a leer.

Angela había perdido siete kilos. En la hacienda iba a comer lo que nunca en la vida: tutu[5] de habas y repollo de Minas Gerais, para recuperar los preciosos kilos perdidos. Estaba tan delgada por intentar acompañar el raciocinio brillante e interrumpido de Eduardo: bebía café sin azúcar sin parar para mantenerse despierta. Angela Pralini tenía los senos muy bonitos, eran su punto fuerte. Tenía las orejas en punta y una boca bonita y redonda, besable. Los ojos con ojeras profundas. Ella aprovechaba el silbido aullante del tren para que fuese su propio grito. Era un berrido agudo, el suyo, sólo que vuelto hacia dentro. Era la mujer que bebía más whisky en el grupo de Eduardo. Aguantaba de seis a siete de una vez, manteniendo una lucidez de terror. En la hacienda iba a beber leche grasa de vaca. Una cosa unía a la vieja y a Ángela: ambas iban a ser recibidas con los brazos abiertos, pero una no sabía eso de la otra. Ángela se estremeció súbitamente: quién daría el último día de vermicida al cachorro. Ah, *Ulises*, pensó ella del perro, no te abandoné porque quisiera, lo que necesitaba era huir de Eduardo, antes que él me arruinase totalmente con su lucidez: lucidez que iluminaba demasiado y lo quemaba todo. Angela sabía que los tíos tenían remedio contra la picadura de cobra: pretendía entrar de lleno en la floresta espesa y verde, con botas altas y untada con remedio contra la picadura de mosquito. Como si saliera de la carretera Transamazónica, la exploradora. ¿Qué bichos encontraría? Era mejor llevar una espingarda, comida y agua. Y una brújula. Desde que descubrió —pero lo descubrió realmente con espanto— que iba a morir un

día, desde entonces no tuvo más miedo a la vida, y a causa de la muerte, tenía derechos totales: lo arriesgaba todo. Después de haber tenido dos uniones que habían terminado en nada, esta tercera que terminaba en amor-adoración, cortada por la fatalidad del deseo de sobrevivir. Eduardo la había transformado: le hizo volver los ojos hacia dentro. Pero ahora miraba hacia fuera. Veía a través de la ventana los senos de la tierra, en las montañas. ¡Existen pajaritos, Eduardo!, ¡existen nubes, Eduardo! Existe un mundo de caballos, yeguas y vacas, Eduardo, y cuando yo era una niña cabalgaba a la carrera en un caballo desnudo, sin silla. Y estoy huyendo de mi suicidio, Eduardo. Disculpa, Eduardo, pero no quiero morir. Quiero ser fresca y rara como una granada.

Y la vieja fingía que leía el periódico. Pero pensaba: su mundo era un suspiro. No quería que los otros la consideraran abandonada. Dios me dio salud para viajar, sólo. También soy buena de cabeza, no hablo sola y yo misma me baño todos los días. Olía a agua de rosas mustias y maceradas, era su perfume añejo y enmohecido. Tener un ritmo respiratorio, pensó Angela de la vieja, era la cosa más bella que quedó desde que doña María Rita naciera. Era la vida.

Doña María Rita pensaba: «cuando se hizo vieja comenzó a desaparecer para los otros, sólo la veían por casualidad. Ella ya era el futuro».

Ángela pensó: «creo que si encontrara la verdad, no podría pensarla. Sería impronunciable mentalmente».

La vieja siempre fue un poco vacía; bien, un poquito. ¿Muerte? Era raro, no formaba parte de los días. Y aun «no existir» no existía, era imposible no existir. No existir no cabía en nuestra vida diaria. La hija no era cariñosa. En compensación, el hijo era tan cariñoso, bonachón, medio gordo. La hija era seca, con sus besos rápidos, la *public relations*. La vieja tenía cierta holganza de vivir. La monotonía, sin embargo, era lo que la sostenía.

Eduardo escuchaba música con el pensamiento. Y *entendía* la disonancia de la música moderna, sólo sabía *entender*. Su inteligencia la ahogaba. «Tú eres una temperamental, Angela», le dijo una vez. ¿Y qué? ¿Qué mal había en eso? Soy lo que soy y no lo que piensas que soy. La prueba de quien soy es esta partida del tren. Mi prueba también es doña María Rita, ahí enfrente. ¿Prueba de qué? Sí. Ella ya tuvo plenitud. Cuando ella y Eduardo estaban tan apasionados uno por el otro que estando juntos en una cama, con las manos unidas, ella sentía la vida completa. Poca gente conocía la plenitud. Y, porque la plenitud es también una explosión, ella y Eduardo cobardemente pasaron a vivir «normalmente». Porque no se puede prolongar el éxtasis sin morir. Se

separaron por un motivo fútil casi inventado: no querían morir de pasión. La plenitud es una de las verdades encontradas. Pero el rompimiento necesario fue para ella una ablación, como ocurre a las mujeres a quienes les extraen el útero y los ovarios. Vacía por dentro.

Doña María Rita era tan antigua que en la casa de la hija estaban habituados a ella como a un mueble viejo. Ella no era novedad para nadie. Pero nunca le pasó por la cabeza que era una solitaria. Sólo que no tenía nada que hacer. Era un ocio forzado que en ciertos momentos se tornaba doloroso: no tenía nada que hacer en el mundo. Salvo vivir como un gato, como un cachorro. Su ideal era ser dama de compañía de alguna señora, pero eso ya no se usaba y además nadie la creería fuerte a los setenta y siete años, pensaría que era floja. No hacía nada, hacía sólo eso: ser vieja. A veces, se deprimía: pensaba que no servía para nada, no servía siquiera a Dios: doña María Rita no tenía infierno dentro de ella. ¿Por qué los viejos, aun los que no tiemblan, sugieren algo delicadamente trémulo? Doña María Rita tenía un temblor quebradizo de música de acordeón.

Pero cuando se trata de la vida, ¿quién nos ampara? Pues cada uno es uno. Y cada vida tiene que ser amparada por esa propia vida de cada uno. Cada uno de nosotros: es con lo que contamos. Como doña María Rita siempre fue una persona común, le parecía que morir no era cosa normal. Morir era sorprendente. Era como si ella no estuviera a la altura del acto de la muerte, pues nunca le había ocurrido basta ahora nada de extraordinario en la vida que justificara de pronto otro hecho extraordinario. Hablaba y hasta pensaba en la muerte, pero en el fondo era escéptica e incrédula. Pensaba que se moría cuando ocurría un accidente o alguien mataba a alguien. La vieja tenía poca experiencia. A veces tenía taquicardia: bacanal del corazón. Pero sólo eso, y le sucedía desde joven. En su primer beso, por ejemplo, el corazón se desgobernó. Y fue una cosa buena, en el límite con lo malo. Algo que recordaba su pasado, no como hechos sino como vida: una sensación de vegetación en sombra, hierbas, samambayas, culandrillos, frescor verde. Cuando sentía eso otra vez, sonreía. Una de las palabras más eruditas que usaba era «pintoresco». Era bueno. Era como oír el murmullo de una fuente y no saber dónde nacía.

Un diálogo que sostenía consigo misma:

—¿Estás haciendo algo?

—Sí, estoy: estoy siendo triste.

—¿No te molesta estar sola?

—No; pienso.

A veces no pensaba. A veces se quedaba sólo siendo. No necesitaba hacer. Ser era ya un hacer. Podía ser lentamente o un poco de prisa.

En el asiento de atrás, dos mujeres hablaban y hablaban sin parar. Sus voces constantes se fundían con el ruido de las ruedas del tren y de las vías.

Doña María Rita había esperado que la hija permaneciera en la plataforma del tren para decirle adiós, pero esto no sucedió. El tren inmóvil. Hasta que arrancó.

—Angela —dijo—, una mujer nunca dice la edad, por eso sólo puedo decirte que es mucha. Pero a ti (puedo tutearte, ¿verdad?) voy a hacerte una confidencia: tengo setenta y siete años.

—Yo tengo treinta y siete —dijo Angela Pralini.

Eran las siete de la mañana.

—Cuando era joven era muy mentirosa. Mentía muchísimo.

Después, como si se hubiera desencantado de la magia de la mentira, dejó de mentir.

Angela, mirando a la vieja doña María Rita, tuvo miedo de envejecer y de morir. Sostén mi mano, Eduardo, para no tener miedo de morir. Pero él no sostenía nada. Lo único que hacía era: pensar, pensar y pensar. Ah, Eduardo, ¡quiero la dulzura de Schumann! Su vida era una vida deshecha, evanescente. Le faltaba un hueso duro, áspero y fuerte, contra el cual nadie pudiera nada. ¿Quién sería ese hueso esencial? Para alejar esa sensación de enorme carencia, pensó: «¿cómo se las arreglaban en la Edad Media sin teléfono y sin avión? Misterio. Edad Media, yo te adoro y a tus nubes oscuras y cargadas que desembocaron en el Renacimiento luminoso y fresco».

En cuanto a la vieja, estaba ida. Miraba hacia la nada.

Angela se miró en el pequeño espejo del bolso. Me parezco a un desmayo. Cuidado con el abismo, le digo a aquella que se parece a un desmayo. Cuando me muera, voy a sentir tanta nostalgia de ti, Eduardo. La frase no resistía la lógica, sin embargo tenía en sí misma un imponderable sentido. Era como si ella quisiera expresar una cosa y expresara otra.

La vieja ya era el futuro. Parecía tener vergüenza. ¿Vergüenza de ser vieja? En algún punto de su vida debería con certeza haber habido un error, y el resultado era ese extraño estado de vida. Que sin embargo no la llevaba a la muerte. La muerte era siempre una sorpresa para quien moría. Tenía, a pesar de todo, el orgullo de no babear ni hacer pipí en la cama, como si esa forma de salud bravía hubiera sido meritoriamente el resultado de un acto de su voluntad. Sólo no era una dama, una señora de edad, por no tener arrogancia: era una viejita digna que de repente tomaba un aire asustadizo. Ella, bueno,

ella se elogiaba a sí misma, considerábase una vieja llena de precocidad como una niña precoz. Pero la verdadera intención de su vida, no la sabía.

Angela soñaba con la hacienda: allí se escuchaban gritos, latidos y aullidos, de noche. «Eduardo —pensó ella para él—, yo estaba cansada dé intentar ser lo que tú creías que soy. Tengo un lado malo (el más fuerte y el que predominaba ahora, el que había intentado esconder por ti), y en ese lado fuerte yo soy una vaca, soy una yegua libre que patea en el suelo, soy una mujer de la calle, soy vagabunda, y no una "letrada". Sé que soy inteligente y que a veces escondo eso para no ofender a los otros con mi inteligencia, y que soy una inconsciente. Huí de ti, Eduardo, porque tú me estabas matando con tu cabeza de genio que me obligaba casi a taparme los oídos con las manos y casi a gritar de horror y de cansancio. Y ahora me voy a quedar seis meses en la hacienda, tú no sabes dónde estaré, y todos los días tomaré un baño en el río mezclando con el barro mi propio barro. Soy vulgar, Eduardo, y tienes que saber que me gusta leer historias de folletín, mi amor, oh, mi amor, cómo te amo y cómo amo tus terribles maleficios, ah, cómo te adoro, soy tu esclava. Pero yo soy física, mi amor, yo soy física y tuve que esconder de ti la gloria de ser física. Y tú, que eres el mismo fulgor del raciocinio, entonces no sabía, eras alimentado por mí. Tú, superintelectual y brillante y dejando a todos admirados y boquiabiertos».

—Me parece —se dijo en voz baja la vieja—, me parece que esa joven bonita no tiene interés en conversar conmigo. No sé por qué, pero nadie conversa más conmigo. Aun cuando estoy junto a la gente, nadie parece pensar en mí. A fin de cuentas, no tengo la culpa de ser vieja. Pero no hago daño, y me hago compañía. Y también tengo a Nandino, mi hijo querido que me adora.

«¡El placer sufrido de rascarse!», pensó Angela. Yo, yo que no voy en esa dirección ni en la otra, ¡soy libre! Estoy quedando más saludable, tengo deseos de decir un desafuero en voz alta para asustar a todos. ¿La vieja no entendería? No sé, ella debe de haber parido varias veces. Yo no estoy de acuerdo en eso de que lo cierto es ser infeliz, Eduardo. Quiero gozar de todo y después morir y que me dañe, que me dañe, que me dañe. Sé bien que la vieja es capaz de ser infeliz sin saberlo. Pasividad. Y no entro en eso tampoco, nada de pasividad, quiero tomar un baño desnuda en el río barroso que se parece a mí, ¡desnuda y libre! ¡Viva! ¡Tres vivas! ¡Lo abandono todo! ¡Todo! Y así no soy abandonada, no quiero depender sino de unas tres personas, y el resto es: Buenos días, ¿todo bien? Todo bien. Edu, ¿sabes? Te abandono. Tú, en el fondo de tu intelectualismo, no vales la vida de un perro. Te abandono,

entonces. Y abandono el grupo falsamente intelectual que exigía de mí un vano y nervioso ejercicio continuo de inteligencia falsa y apresurada. Fue preciso que Dios me abandonara para que yo sintiera su presencia. Necesito matar a alguien dentro de mí. Tú arruinaste mi inteligencia con la tuya que es de genio. Y me obligaste a saber, a saber, a saber. Ah, Eduardo, no te preocupes, llevo conmigo los libros que tú me diste para «seguir un curso en casa», como querías. Estudiaré filosofía cerca del río, por el amor que te tengo.

Angela Pralini tenía pensamientos tan hondos que no había palabras para expresarlos. Era mentira decir que sólo se podía tener un pensamiento a la vez: tenía muchos pensamientos que se entrecruzaban y eran diferentes. Sin hablar del «subconsciente» que explota en mí, quiera o no quiera. «Soy una fuente», pensó Angela, pensando al mismo tiempo dónde habría puesto el pañuelo de cabeza, pensando si el cachorro habría tomado la leche que le había dejado, en las camisas de Eduardo, y su extremado agotamiento físico y mental. Y en la vieja doña María Rita. «Nunca voy a olvidar tu rostro, Eduardo». Era un rostro un poco asustado, asustado de su propia inteligencia. Él era un ingenuo. Y amaba sin saber que estaba amando. Iba a quedarse tonto cuando descubriera que ella se había ido, dejando al cachorro y a él. «Abandono por falta de nutrición», pensó. Al mismo tiempo pensaba en la vieja sentada enfrente. No era verdad que sólo se pensaba en una sola cosa. Era, por ejemplo, capaz de escribir un talón perfecto, sin un error, pensando en su vida. Que no era buena, pero, en definitiva, era suya. Suya otra vez. La coherencia, no la quiero más. La coherencia es mutilación. Quiero el desorden. Sólo adivino a través de una vehemente incoherencia. Para meditar saqué demasiadas cosas de mí y siento el vacío. Es en el vacío donde se pasa el tiempo. Ella que adoraba una buena playa, con sol, arena y sol. Él está abandonado, perdió el contacto con la tierra, con el cielo. Él ya no vive, existe. El aire entre ella y Eduardo Gomes era de emergencia. Ella se había transformado en una mujer urgente. Es que, para mantener despierta la urgencia, tomaba drogas excitantes que la adelgazaban cada vez más y le quitaban el hambre. Quiero comer, Eduardo, tengo hambre, Eduardo, hambre de mucha comida. ¡Soy orgánica!

«Conozca hoy el supertrén de mañana». *Selecciones del Reader's Digest* que ella a veces leía a escondidas de Eduardo. Era como las Selecciones que decían: conozca hoy el supertrén de mañana. Positivamente no estaba conociendo hoy. Pero Eduardo era el supertrén. Super todo. Ella conocía hoy el super de mañana. Y no lo soportaba. No soportaba el movimiento perpetuo.

Tú eres el desierto, y yo voy a Oceanía, a los mares del Sur, a la isla de Tahití. Aunque estén estragadas por los turistas. Tú no eres más que un turista, Eduardo. Voy hacia mi propia vida, Edu. Y digo como Fellini: en la oscuridad y en la ignorancia creo más. La vida que llevaba con Eduardo tenía olor a farmacia nueva recién pintada. Ella prefería el olor vivo del estiércol por más repugnante que fuera. Él era correcto como una pista de tenis. Además, practicaba el tenis para mantener la forma. En fin, él era un trasto que ella amaba y casi no amaba más. Estaba recobrando en el tren mismo su salud mental. Continuaba apasionada por Eduardo. Y él, sin saber, también lo estaba por ella. Yo que no consigo hacer nada bien, excepto las tortillas. Con una sola mano rompía huevos con una rapidez increíble, y los volcaba en la vasija sin derramar ni una gota. Eduardo moría de envidia de tanta elegancia y eficiencia. Él a veces daba charlas en las universidades y lo adoraban. Ella también asistía, ella también lo adoraba. ¿Cómo empezaba? «No me siento a gusto cuando veo algunas personas que se levantan cuando oyen anunciar que voy a hablar». Angela siempre tenía miedo de que la gente se retirara y lo dejaran solo.

La vieja, como si hubiera recibido una transmisión de pensamiento, pensaba: «que no me dejen sola. ¿Qué edad tengo? Ya ni lo sé».

Después, enseguida, vació su pensamiento. Y era tranquilamente nada. Mal existía. Era bueno así, muy bueno. Inmersiones en la nada.

Angela Pralini, para calmarse, se contó una historia muy calmante, muy tranquila: era una vez un hombre a quien le gustaban mucho las jabuticabas[6]. Entonces fue hacia un bosque donde había árboles cargados de protuberancias negras, lisas y lustrosas, que le caían en las manos blandamente y que de las manos le caían a los pies. Era tal la abundancia de jabuticabas que se daba el lujo de pisarlas. Y ellas hacían un ruidito muy gracioso. Hacían así: cloc-cloc-cloc, etc. Angela se calmó con el hombre de las jabuticabas. En la hacienda había jabuticabas y ella iba a hacer con los pies desnudos el cloc-cloc, suave y húmedo. Nunca sabía si debía o no tragar los carozos. ¿Quién le iba a contestar esa pregunta? Nadie. Sólo tal vez un hombre que, como *Ulises*, el perro, y contra Eduardo, respondiera: «*Mangia, bella, que ti fa bene*». Sabía un poquito de italiano pero nunca estaba segura de su sentido. Y después de lo que ese hombre dijera, ella tragaría los carozos. Otro árbol que le gustaba era uno cuyo nombre científico había olvidado pero que en la infancia todos habían conocido directamente, sin ciencia, era uno que en el Jardín Botánico de Río hacía un *cloc-cloc* séquito. ¿Ves? ¿Ves como estás renaciendo? Siete vidas de gato. El número siete la acompañaba, era su secreto, su fuerza. Se

sentía linda. No lo era. Pero se sentía. Se sentía también bondadosa. Con ternura hacia la vieja María Rita que se había puesto las gafas para leer el diario. Todo era vagaroso en la vieja María Rita. ¿Cerca del fin? Ay, cómo duele morir. En la vida se sufre más si se tiene algo en la mano: la inefable vida. Pero ¿y la pregunta sobre la muerte? Era preciso no tener miedo: ir hacia el frente, siempre.

Siempre.

Como el tren.

«Y en algún lugar existe una cosa escrita en el muro. Y es para mí, —pensó Angela—. De las llamas del Infierno llegará un telegrama fresco para mí. Y nunca más mi esperanza será decepcionada. Nunca. Nunca más».

La vieja era anónima como una gallina, como había dicho una tal Clarice hablando de una vieja desvergonzada, enamorada de Roberto Carlos. Esa Clarice incomodaba. Hacía gritar a la vieja: ¡tiene! ¡que! ¡haber! ¡una! ¡puerta! ¡de saliiiiida! y la había. Por ejemplo, la puerta de salida de esa vieja era el marido que volvería al día siguiente, eran personas conocidas, era su empleada, era la plegaria intensa y fructífera frente a la desesperación. Angela se dijo como si se mordiera rabiosamente: «tiene que haber una puerta de salida. Tanto para mí como para doña María Rita».

«Yo no puedo detener el tiempo —pensó María Rita Alvarenga Chagas Souza Meló—. Fracasé. Estoy vieja». Y fingió leer el diario sólo para recuperar la compostura.

«Quiero sombra —gimió Angela—, quiero sombra y anonimato».

La vieja pensó: «su hijo era tan bondadoso, tan cálido de corazón, tan cariñoso. La llamaba “madrecita”. Sí, tal vez pase el resto de mi vida en la hacienda, lejos de la *public relations* que no me necesita. Y mi vida será muy larga, a juzgar por mis padres y abuelos. Podía alcanzar, fácil, fácil, los cien años —pensó confortablemente—. Y morir de repente para no tener tiempo de sentir miedo». Persignóse discretamente y pidió a Dios una buena muerte.

Ulises, si tu cara fuera vista bajo el punto de vista humano, serías monstruoso y feo. Era lindo desde el punto de vista de perro. Era vigoroso como un caballo blanco y libre, sólo que era castaño suave, anaranjado, color de whisky. Pero su pelo es lindo como el de un enérgico y empinado caballo. Los músculos del pescuezo eran vigorosos y se podían tocar con manos de dedos sabios. *Ulises* era un hombre. Sin dejar de ser un perro. Era delicado como un hombre. Una mujer debe tratar bien al hombre.

El tren entrando en el campo: los grillos gritaban agudos y ásperos.

Eduardo, una vez, sin gracia, como quien se ve forzado a cumplir una función, le dio de regalo un gélido diamante. Ella hubiera preferido brillantes. En fin, suspiró ella, las cosas son como son. A veces, cuando miraba desde lo alto de su apartamento, tenía deseos de suicidarse. Ah, no por Eduardo, sino por una especie de fatal curiosidad. No se lo contaba a nadie, por miedo de influir en un suicida latente. Ella quería la vida, vida plana y plena, bonita, leyendo los artículos de *Selecciones*. Quería morir sólo a los noventa años, en medio de un acto de vida, sin sentir. El fantasma de la locura nos ronda. ¿Qué es lo que haces? Estoy esperando el futuro.

Cuando finalmente el tren se puso en movimiento, Angela Pralini encendió el cigarrillo en aleluya: tenía miedo de que cuando el tren partiera, no tuviera el coraje de irse y terminara por bajar del vagón. Pero ya estaban sujetos los amortiguadores y las ruedas daban repentinos sobresaltos. El tren marchaba. Y la vieja María Rita suspiraba: estaba más cerca del hijo amado. Con él podría ser madre, ella que era castrada por su hija.

Una vez que Ángela tuvo dolores menstruales, Eduardo intentó, sin mucha gracia, ser cariñoso. Y le dijo una cosa horrorosa: «estás enferma, ¿no?». Se ruborizaba de vergüenza.

El tren corría cuanto podía. El maquinista feliz: así era bueno, y pitaba a cada curva del camino. Era un largo y grueso silbido de tren en marcha, ganando terreno. La mañana era fresca y llena de hierbas altas y verdes. «Así, sí, vamos hacia delante», dijo el maquinista a la máquina. La máquina respondió con alegría.

La vieja era nada. Y miraba hacia el aire como se mira a Dios. Estaba hecha de Dios. Es decir: todo o nada. «La vieja —pensó Ángela—, era vulnerable. Vulnerable al amor, al amor de su hijo. La madre era franciscana, la hija polución».

«Dios —pensó Ángela—, si existes, ¡muéstrate! Porque llegó la hora. Es esta hora, este minuto y este segundo».

Y el resultado fue que tuvo que ocultar las lágrimas que le vinieron a los ojos. Dios de algún modo le respondía. Ella estaba satisfecha y se tragó un sollozo ahogado. Vivir dolía. Vivir era una herida abierta. Vivir es ser como mi cachorro. Ulises no tenía nada que ver con el Ulises de Joyce. Intenté leer Joyce pero no seguí porque era pesado, disculpa, Eduardo. Sé que es un pesado genial. Angela estaba amando a la vieja que era nada, la madre que le faltaba. Madre dulce, ingenua y sufriente. Su madre que murió cuando ella tenía nueve años. Aun enferma, pero viva, servía. Aun paralítica, servía.

Entre ella y Eduardo el aire tenía gusto de sábado. Y de pronto los dos eran raros, la rareza en el aire. Ellos se sentían raros, no formando parte de las mil personas que iban por la calle. Los dos a veces eran cómplices, tenían una vida secreta porque nadie los comprendía. Y también porque los raros son perseguidos por la gente que no tolera la insultante ofensa de los que se diferencian. Escondían su amor para no herir a los otros con la envidia. Para no herirlos con una estrella demasiado luminosa para los ojos.

Au, au, au, ladrará mi cachorro. Mi gran cachorro.

La vieja pensó: «soy una persona involuntaria». Tanto que, cuando reía —lo que no ocurría a menudo—, nadie sabía si reía o lloraba. Sí. Ella era involuntaria.

Mientras tanto, Angela Pralini se sentía efervescente como las gotitas de agua mineral Cachambú: de repente. Así: de repente. ¿De repente qué? Sólo de repente. Cero. Nada. Tenía treinta y siete años y pretendía a cada instante comenzar la vida. Como las gotitas efervescentes del agua Cachambú. Las siete letras de Pralini le daban fuerza. Las seis letras de Ángela la volvían anónima.

Con un largo silbido aullante, se llegaba a la pequeña estación donde Ángela Pralini descendería. Cogió su valija. En el espacio entre la gorra del empleado y la nariz de una joven, estaba la vieja durmiendo inflexible, con la cabeza tiesa bajo el sombrero de fieltro, una mano cerrada sobre el diario.

Ángela bajó del vagón.

Naturalmente, eso no tenía la menor importancia: hay personas que siempre se arrepienten, es un rasgo de ciertas naturalezas culpables. Pero la dejó perturbada la imagen de la vieja cuando despertara, la visión de su rostro espantado frente al banco vacío de Ángela. Al fin, nadie sabía si se había adormecido por confianza en ella.

Confianza en el mundo.

Seco estudio de caballos

DESPOJAMIENTO

El caballo está desnudo.

FALSA DOMESTICACIÓN

¿Qué es el caballo? Es la libertad tan indomable que se torna inútil aprisionarlo para que sirva al hombre: se deja domesticar, pero con unos simples movimientos de sacudida rebelde de cabeza —agitando las crines como una cabellera suelta— demuestra que su íntima naturaleza es siempre bravía y límpida y libre.

FORMA

La forma del caballo representa lo mejor del ser humano. Tengo un caballo dentro de mí que raramente se expresa. Pero cuando veo a otro caballo entonces el mío se expresa. Su forma habla.

DULZURA

¿Qué es lo que hace al caballo ser de brillante naturaleza? Es la dulzura de quien asumió la vida y su arco iris. Esa dulzura se objetiva en el pelo suave que deja adivinar los elásticos músculos ágiles y controlados.

LOS OJOS DEL CABALLO

Vi una vez un caballo ciego: la naturaleza se había equivocado. Era doloroso sentirlo inquieto, atento al menor rumor provocado por la brisa en las hierbas, con los nervios prontos a erizarse en un estremecimiento que le recorría el cuerpo alerta. ¿Qué es lo que el caballo ve a tal punto que no ver a su semejante lo vuelve perdido como de sí mismo? Es que cuando ve, ve fuera de sí lo que está dentro de sí. Es un animal que se expresa por la forma. Cuando ve montañas, césped, gente, cielo, domina hombres y su propia naturaleza.

SENSIBILIDAD

Todo caballo es salvaje y arisco cuando manos inseguras lo tocan.

ÉL Y YO

Intentando poner en frases mi más oculta y sutil sensación —y desobedeciendo mi necesidad exigente de veracidad—, yo diría: si pudiese haber escogido, me habría gustado nacer caballo. Pero —quién sabe— quizás el caballo no sienta el gran símbolo de vida libre que nosotros sentimos en él. ¿Debo concluir entonces que el caballo sería sobre todo para ser sentido por mí?

¿El caballo representa la animalidad bella y suelta del ser humano? ¿Lo mejor del caballo el ser humano ya lo tiene? Entonces abdico de ser un caballo y con gloría paso a mi humanidad. El caballo me indica lo que soy.

ADOLESCENCIA DE NIÑA-POTRO

Ya me relacioné de modo perfecto con el caballo. Me acuerdo de mí adolescente. De pie con la misma altivez del caballo y pasando la mano por su pelo lustroso. Por su agreste crin agresiva. Ya me sentía como si algo mío nos viese de lejos. Así: «La muchacha y el caballo».

EL ALARDE

En la hacienda el caballo blanco —rey de la naturaleza— lanzaba hacia lo alto de la suavidad del aire su largo relincho de esplendor.

EL CABALLO PELIGROSO

En el pueblecito del interior —que se convertiría un día en una pequeña ciudad— todavía reinaban los caballos como prominentes habitantes. Bajo la necesidad cada vez más urgente de transporte, levas de caballos habían invadido el lugar, y en los niños todavía salvajes nacía el secreto deseo de galopar. Un bayo joven dio una coz mortal a un niño que iba a montarlo. Y el lugar donde el niño audaz había muerto era mirado por la gente con una censura que en verdad no se sabía a quién dirigir.

Con las cestas de compras bajo el brazo, las mujeres se paraban a mirar. Un periódico se enteró del caso y se leía con cierto orgullo un artículo con el título de «El crimen del caballo». Era el crimen de uno de los hijos de la pequeña ciudad. El lugar entonces ya mezclaba a su olor de caballeriza la conciencia de la fuerza contenida en los caballos.

EN LA CALLE SECA DE SOL

Pero de pronto, en el silencio del sol de las dos de la tarde y casi nadie en las calles del suburbio, una pareja de caballos desembocó de una esquina. Por un momento se inmovilizó con las patas semierguidas. Fulgurando en las bocas como si no estuvieran amordazadas. Allí, como estatuas. Los pocos transeúntes que afrontaban el calor del sol miraban, mudos, separados, sin entender con palabras lo que veían. Entendían muy poco. Pasado el ofuscamiento de la aparición, los caballos curvaron el pescuezo, bajaron las patas y continuaron su camino. Había pasado el instante de deslumbramiento. Instante inmovilizado como por una máquina fotográfica que hubiera captado alguna cosa que nunca las palabras alcanzarían a decir.

EN LA PUESTA DE SOL

Ese día, cuando el sol ya se estaba poniendo, el oro se extendió por las nubes y por las piedras. Los rostros de los habitantes quedaron dorados como armaduras y así brillaban los cabellos sueltos. Fábricas empolvadas silbaban continuamente avisando el fin del día de trabajo, la rueda de un carro adquirió un nimbo dorado. En ese oro pálido la brisa tenía una ascensión de espada desenvainada. Porque era así que se erguía la estatua ecuestre de la plaza en la dulzura del ocaso.

EN LA MADRUGADA FRÍA

Podía verse el suave aliento húmedo, el aliento brillante y tranquilo que salía de las narinas trémulas extremadamente vivas y temblorosas de los caballos y yeguas en ciertas madrugadas frías.

EL MISTERIO DE LA NOCHE

Pero a la noche caballos liberados de las cargas y conducidos a campos de hierbas galopaban finos y sueltos en la oscuridad. Potros, rocines, alazanes, largas yeguas, cascos duros, ¡de pronto una cabeza fría y oscura de caballo! Los cascos golpeando, fauces espumantes erguidas en el aire con ira y un murmullo. Y a veces una larga respiración enfriaba las hierbas temblorosas. Entonces el bayo se adelantaba. Andaba de lado, la cabeza curvada hasta el pecho, cadencioso. Los otros asistían sin mirar. Oyendo el rumor de los caballos, yo adivinaba los cascos secos avanzando hasta detenerse en el punto más alto de la colina. Y la cabeza dominaba la pequeña ciudad, lanzando un largo relincho. El miedo me apresaba en las tinieblas del cuarto, el terror de un rey, yo quería responder con las encías al modelo del relincho. Con la envidia del deseo mi rostro adquiría la nobleza inquieta de una cabeza de caballo. Cansada, jubilosa, escuchando el trote sonámbulo. En cuanto saliera del cuarto mi forma iría cobrando volumen y purificándose, y, cuando llegara a la calle, ya podría galopar con patas sensibles, los cascos resbalando en los últimos tramos de la escalera de la casa. Desde la calle desierta yo miraría:

una esquina y otra. Y vería las cosas como un caballo las ve. Ése era mi deseo. Desde la casa yo intentaba al menos espiar la colina de hierbas donde en las tinieblas caballos sin nombre galopaban retornados al estado de caza y de guerra.

Los animales no abandonaban su vida secreta que se desarrollaba durante la noche. Y si en medio de la ronda salvaje aparecía un potro blanco, era un asombro en la oscuridad. Todos se detenían. El caballo prodigioso aparecía, era aparición. Se mostraba, erguido, un instante. Inmóviles, los animales aguardaban sin espiar.

Pero uno de ellos golpeaba el casco, y la breve patada quebraba la vigilia: fustigados, movíanse de pronto alegres, entrecruzándose sin jamás chocar y entre ellos se perdía el caballo blanco. Hasta que un relincho de súbita cólera los advertía: por un segundo, quedaban atentos, luego se esparcían de nuevo en otra composición de trote, el dorso sin montura, los cuellos bajos hasta que las fauces tocaban el pecho. Erizadas las crines. Ellos rítmicos, incultos.

La noche alta, mientras los hombres dormían, los encontraba inmóviles en las tinieblas. Estables y sin peso. Allí estaban ellos, invisibles, respirando. Aguardando con la inteligencia corta. Abajo, en la pequeña ciudad adormecida, un gallo volaba y se posaba al borde de una ventana. Las gallinas espiaban. Más allá de las vías del tren había un ratón dispuesto a huir. No tenía boca para hablar pero daba una señal que se manifestaba de espacio a espacio en la oscuridad. Ellos espiaban. Aquellos animales que tenían un ojo para ver de cada lado: nada necesitaba ser visto por ellos de frente, y ésa era la gran noche. Los flancos de una yegua recorridos por una rápida contracción. En los silencios de la noche la yegua abría los ojos como si estuviera rodeada por la eternidad. El potro más inquieto todavía erguía las crines en un sordo relincho. Al fin reinaba el silencio total.

Hasta que la frágil luminosidad de la madrugada los revelaba. Estaban separados, de pie sobre la colina. Exhaustos, frescos. Habían pasado a través de la oscuridad por el misterio de la naturaleza de los seres.

ESTUDIO DEL CABALLO DEMONÍACO

Nunca más descansaré porque robé el caballo de caza de un Rey. ¡Soy, ahora, peor que yo misma! Nunca más descansaré: robé el caballo de caza del Rey en el hechizado Sabath. Se adormeció un instante, el eco de un relincho me despertó. Era inútil intentar no ir. En la oscuridad de la noche el resollar

me estremeció. Finjo que duermo pero en el silencio el jinete respira. Todos los días será igual: ya al atardecer comienzo a ponerme melancólica y pensativa. Sé que el primer tambor en la montaña del mal hará la noche, sé que el tercero me envolverá en su tormenta. Al quinto tambor ya estaré con mi codicia de caballo fantasma. Hasta que de madrugada, los últimos tambores levísimos, me encontrarán sin saber cómo junto a un arroyo fresco, sin saber jamás lo que hice, al lado de la enorme y cansada cabeza del caballo.

Pero ¿cansada de qué? ¿Qué hicimos, yo y el caballo, nosotros, los que trotamos en el infierno de la alegría del vampiro? Él, el caballo del Rey, me llama. Resisto, en medio de una crisis de sudor, y no voy. Desde la última vez en que descendí de su silla de plata, era tan grande mi tristeza humana por haber sido lo que no tenía que ser, que juré que nunca más. El trote, empero, continúa en mí. Converso, arreglo la casa, sonrío, pero sé que el trote está en mí. Siento su falta hasta morir.

No, no puedo dejar de ir.

Y sé que de noche, cuando él me llame, iré. Quiero todavía que una vez más el caballo conduzca mi pensamiento. Fue con él que aprendí. Si es pensamiento esta hora entre latidos. Comienzo a entristecer porque sé cómo el ojo (oh, sin querer, no es culpa mía), cómo el ojo sin querer ya resplandece de perverso regocijo: sé que iré.

Cuando de noche él me llame, atrayéndome al infierno, iré. Desciendo como un gato por los tejados.

Nadie sabe, nadie ve. Sólo los perros ladran presintiendo lo sobrenatural.

Y me presento, en la oscuridad, al caballo que me espera, caballo de realeza, me presento muda y con fulgor. Obediente a la Bestia.

Detrás de nosotros corren cincuenta y tres flautas.

Al frente, un clarinete nos alumbra, a nosotros, los impúdicos cómplices del enigma. Y nada más me es dado saber.

De madrugada yo nos veré exhaustos junto al arroyo, sin saber qué crímenes cometimos hasta llegar a la inocente madrugada.

En mi boca y en sus patas la marca grande de la sangre. ¿Qué hemos inmolado?

De madrugada estaré de pie al lado del jinete ahora mudo, con el resto de las flautas todavía resbalando por los cabellos. Los primeros signos de una iglesia a lo lejos nos estremecen y nos ahuyentan, nos desvanecemos frente a la cruz.

La noche es a mi vida como el caballo diabólico, y ya soy la hechicera del horror. La noche es mi vida, anochece, la noche pecadoramente feliz es la

vida triste que es mi orgía: eh, roba, roba de mí al jinete porque de robo en robo hasta la madrugada yo ya robé para mí y para mi compañero fantástico, y de la madrugada ya hice un presentimiento de terror de demoníaca alegría malsana.

Líbrame, roba deprisa al jinete mientras es hora, mientras todavía no anochece, mientras es de día sin tinieblas, si es que todavía hay tiempo, pues al robar al jinete tuve que matar al Rey, y al asesinarlo robé la muerte del Rey. Y la alegría orgiástica de nuestro asesinato me consume de terrible placer. Roba deprisa el caballo peligroso del Rey, róbame antes de que la noche venga y me llame.

Donde estuviste de noche

Las historias no tienen desperdicio.

ALBERTO DINES

Lo desconocido envicia.

FUAZI ARAP

Sentado en el sofá con la boca llena de dientes, esperando la muerte.

RAÚL SEIXAS

Lo que voy a anunciar es tan nuevo que sospecho todos los hombres se convertirán en mis enemigos, a tal punto se enraízan en el mundo los prejuicios y las doctrinas, una vez aceptadas.

WILLIAM HARVEY

La noche era una posibilidad excepcional. En plena noche cerrada de un verano tórrido un gallo soltó su grito fuera de hora y una sola vez para anunciar el inicio de la subida por la montaña. La multitud, abajo, aguardaba en silencio.

Él-ella ya estaba presente en lo alto de la montaña, y Ella-él estaba personalizada en él y él estaba personalizado en ella. La mezcla andrógina creaba un ser tan terriblemente bello, tan horrorosamente sorprendente que los participantes no podían mirarlo de una sola vez: así como una persona va poco a poco habituándose a la oscuridad y lentamente discierne. Lentamente discernían a Ella-él y cuando Él-ella se les aparecía con una claridad que emanaba de Ella-él, los paralizados por la belleza iban a decir: «¡Ah, ah!». Era una exclamación que estaba permitida en el silencio de la noche. Miraban la asustadora belleza y su peligro. Pero ellos habían venido exactamente para sufrir el peligro.

Los pantanos se elevaban. Una estrella de enorme densidad los guiaba. Ellos eran el revés del Bien. Subían la montaña mezclando hombres, mujeres, duendes, gnomos y enanos, como dioses extintos. La campana de oro sonaba por los suicidas. Fuera de la estrella grande, ninguna estrella. Y no había mar. Lo que había desde lo alto de la montaña era oscuridad. Soplaba un viento noroeste. ¿Él-ella era un farol? La adoración de los malditos comenzaba.

Los hombres coleaban en el suelo como gruesos y blandos gusanos: subían. Lo arriesgaban todo, ya que fatalmente un día iban a morir, tal vez dentro de dos meses, tal vez siete años: quizá fuera esto lo que Él-ella pensaba dentro de ellos.

Mira al gato. Mira lo que el gato vio. Mira lo que el gato pensó. Mira lo que era. En fin, en fin, no había símbolo, la «cosa» era. La cosa orgiástica. Los que subían estaban al borde de la verdad. Nabucodonosor. Ellos parecían veinte nabucodonosores. Y en la noche se desquitaban. Ellos están esperándonos. Era una ausencia, el viaje fuera del tiempo.

Un perro daba carcajadas en la oscuridad. «Tengo miedo», dijo la niña. «¿Miedo de qué?», preguntó la madre. «De mi perro». «Pero si tú no tienes perro». «Tengo, sí». Pero después la niñita también carcajeó llorando, mezclando lágrimas de risa y de espanto.

Al fin llegaron, los malditos. Y miraban a aquella eterna Viuda, la gran Solitaria que fascinaba a todos, y los hombres y las mujeres no podían resistir y querían aproximarse a ella para amarla muriendo, pero ella con un gesto los mantenía a todos a distancia. Ellos querían amarla con un amor extraño que vibra en la muerte. No se inquietaban por amarla muriendo. El manto de Ella-él era de sufrido color rosa. Pero las mercenarias del sexo en festín intentaban imitarla en vano.

¿Qué hora sería? Nadie podía vivir en el tiempo, el tiempo era indirecto y por su propia naturaleza siempre inalcanzable. Ellos ya estaban con las articulaciones hinchadas, los dolores roncaban en los estómagos llenos de tierra y con los labios inflamados y hendidos subían la colina. Las tinieblas eran de un sonido bajo y oscuro como la nota más oscura de un violoncelo. Llegaron. El Mal-Aventurado, o Él-ella, frente a la adoración de los reyes y vasallos, brillaba como una iluminada águila gigantesca. El silencio pululaba de respiraciones ansiosas. La visión era de bocas entreabiertas por la sensualidad que casi los paralizaba de tan gruesa. Ellos se sentían a salvo del Gran Tedio.

La colina era de chatarra. Cuando Ella-él se detenía un instante, los hombres y mujeres, entregados a ellos mismos por un momento, decíanse asustados: yo no sé pensar. Pero Él-ella pensaba dentro de ellos.

Un mensajero mudo de clarinete agudo anunciaba la noticia. ¿Qué noticia? ¿La de la bestialidad? Quizá lo que ocurría era lo siguiente: a partir del mensajero cada uno de ellos comenzó a «sentirse», a sentirse a sí mismo. Y no había represión: ¡libres!

Entonces ellos comenzaron a balbucear para adentro, porque Ella-él era cáustica y no quería que se perturbaran los unos a los otros en su lenta metamorfosis. «Soy Jesús, soy judío», gritaba en silencio el judío pobre. Los anales de astronomía nunca registraron nada como este espectacular cometa, recientemente descubierto, su cola vaporosa se arrastrará durante millones de kilómetros en el espacio. Sin hablar del tiempo.

Un enano jorobado daba saltos como un sapo, de una encrucijada a otra (el lugar era de encrucijadas). De repente las estrellas aparecieron, y eran brillantes y diamantes en el cielo oscuro. Y el enano giboso daba saltos, los más altos que conseguía para alcanzar los brillantes que su codicia despertaba. «¡Cristales! ¡Cristales!», gritó él, con pensamientos que eran saltarines como los brincos.

La latencia pulsaba leve, ritmada, ininterrumpida. Todos eran todo en latencia. «No hay crimen que no hayamos cometido con el pensamiento»: Goethe. Una nueva y no auténtica historia brasileña era escrita en el extranjero. Además, los investigadores nacionales se quejaban de la falta de recursos para el trabajo.

La montaña era de origen volcánico. Y de repente el mar: la rabiosa rebeldía del Atlántico henchía sus oídos. Y el olor salado del mar los fecundaba y los multiplicaba en monstruitos.

¿El cuerpo humano puede volar? La levitación. Santa Teresa de Ávila: «Parecía que una gran fuerza me elevaba en el aire. Eso me provocaba un gran miedo». El enano levitaba por segundos, pero le gustaba y no tenía miedo.

—¿Cómo se llama? —dijo mudo el chico—. Para poder llamarla, para poder llamarla la vida entera. Yo gritaré su nombre.

—Yo no tengo nombre allá abajo. Aquí, tengo el nombre de Xantipa.

—¡Ah! ¡Quiero gritar Xantipa! ¡Xantipa! Mire, estoy gritando hacia dentro. ¿Y cuál es su nombre durante el día?

—Me parece que es…, es… Creo que María Luisa.

Y se estremeció como un caballo se eriza. Cayó exangüe en el suelo. Nadie asesinaba a nadie porque ya estaban asesinados. Nadie quería morir y nadie moría.

En cuanto a eso, delicada, delicada, Él-ella usaba un timbre. El color del timbre. Porque yo quiero vivir en abundancia y traicionaría al mejor amigo a cambio de más vida de la que se puede tener. Esa búsqueda, esa ambición. Ya despreciaba los preceptos de los sabios que aconsejan la moderación y la

pobreza del alma; la simplificación del alma, según mi propia experiencia, era la santa inocencia. Pero yo luchaba contra la tentación.

Sí. Sí: caer hasta la abyección. Ésa era la ambición de ellos. El sonido era el mensajero del silencio. Porque nadie podía dejarse poseer por Aquel-aquella-sin-nombre.

Ellos querían gozar de lo prohibido. Querían elogiar la vida y no querían el dolor que es necesario para vivir, para sentir y para amar. Ellos querían sentir la inmortalidad aterradora. Pues lo prohibido es siempre lo mejor. Al mismo tiempo, ellos no se preocupaban ante la posibilidad de caer en el enorme agujero de la muerte. Y la vida sólo les era preciosa cuando gritaban y gemían. Sentir la fuerza del odio era lo que más querían. «Yo me llamo pueblo», pensaban.

—¿Qué hago para ser un héroe? Porque en los templos sólo hay héroes.

Y en el silencio, de pronto su grito agudo, no se sabía si de amor o de mortal, el héroe oliendo a mirra, a incienso y a benjuí.

Él-ella cubría su desnudez con un manto bonito, pero parecido a una mortaja, mortaja púrpura, color bermejo-catedral. En noches sin luna Ella-él se transformaba en coruja. «Comerás a tu hermano —dijo ella en el pensamiento de los otros—, y en la hora salvaje habrá un eclipse de sol».

Para no traicionarse, ellos ignoraban que hoy era ayer y habría mañana. Soplaba en el aire una transparencia como ningún hombre había respirado antes. Pero ellos esparcían pimienta en polvo en los propios órganos genitales y se contorsionaban de ardor. Y de repente el odio. Ellos no se mataban los unos a los otros, pero sentían tan implacable odio que era como dardo lanzado al cuerpo. Y se regocijaban, enloquecidos por lo que sentían. El odio era un vómito que los libraba del vómito mayor, el vómito del alma.

Él-ella con las siete notas musicales conseguía el aullido. Así como con las mismas siete notas podría crear música sacra. Ellos oían dentro de ellos mismos el *do-re-mi-fa-sol-la-si*, el si suave y agudísimo. Ellos eran independientes y soberanos, a pesar de estar guiados por Él-ella. Rugiendo la muerte en los poros oscuros. Fuego, grito, color, vicio, cruz. Estoy vigilante en el mundo: de noche vivo y de día duermo, huyo. Yo, como olfato de perro, orgiástico.

En cuanto a ellos, cumplían los rituales que los fieles ejecutan sin entender los misterios. El ceremonial. Con un gesto leve Ella-él tocó a una niña fulminándola y todos dijeron: amén. La madre dio un aullido de lobo: estaba muerta, ella también.

Pero era para tener supersensaciones que se iba hasta allí. Y era una sensación tan secreta y tan profunda que el júbilo centelleaba en el aire. Ellos querían la fuerza superior que reina en el mundo a través de los siglos. ¿Tenían miedo? Nada sustituía la riqueza del silencioso pavor. Tener miedo era la maldita gloria de la oscuridad, silente como la Luna.

Poco a poco se habituaban a la oscuridad y a la Luna, antes escondida, muy redonda y pálida, que les suavizaba la subida. Era oscuro cuando uno por uno subían «la montaña», como llamaban a la colina un poco más elevada. Se apoyaban en el suelo para no caer, pisando ramas secas y ásperas, pisando cactos espinosos. Era un miedo irresistiblemente atrayente, preferían morir que abandonarlo. Él-ella era como la Amante. Pero si alguien osaba, por ambición, tocarla, era congelado en la posición en que estuviera.

Él-ella contóles, dentro de sus cerebros —y todos escucharon dentro de sí —, lo que le ocurría a una persona cuando no atendía al llamado de la noche: le ocurría que en la ceguera de la luz del día la persona vivía en carne abierta y con los ojos ofuscados por el pecado de la luz, vivía sin anestesia el terror de estar vivo. Nada hay que temer, cuando no se tiene miedo. Era la víspera del apocalipsis. ¿Quién era el rey de la Tierra? Si se abusa del poder que se ha conquistado, los maestros lo castigarán, Llenos de terror, de una feroz alegría, ellos bajaban y a carcajadas comían hierbas dañinas del suelo y las carcajadas rebosaban de oscuridades y de ecos de oscuridades. Un perfume sofocante de rosas henchía el peso del aire, rosas malditas en su fuerza de naturaleza demente, la misma naturaleza que inventaba las cobras y los ratones y perlas y niños, la naturaleza extravagante que ora era noche de tinieblas, ora el día de luz. Esta carne que se mueve sólo porque tiene espíritu.

De las bocas se deslizaba una saliva gruesa, amarga y untuosa, y ellos se orinaban sin sentirlo. Las mujeres que habían parido recientemente apretaban con violencia los propios senos y de las puntas una gruesa leche oscura manaba. Una mujer escupió con fuerza en la cara de un hombre y la saliva áspera se deslizó de la cara hasta la boca: ávidamente, se lamió los labios.

Todos estaban sueltos. La alegría era frenética. Ellos eran el harén de Él-ella. Habían caído finalmente en lo imposible. El misticismo era la forma más alta de la superstición.

El millonario gritaba: «¡Quiero el poder! ¡Poder! ¡Quiero que hasta los objetos obedezcan mis órdenes! Yo diré: ¡Muévete, objeto! Y él, por sí solo, se moverá».

La mujer vieja y desgreñada le dijo al millonario: «¿Quiere ver cómo no es millonario? Pues le diré: usted no es dueño del próximo segundo de vida,

usted puede morir sin saberlo. La muerte lo humillará». El millonario: «Yo quiero la verdad, ¡la verdad pura!».

La periodista estaba haciendo un reportaje magnífico sobre la vida cruda. Voy a ganar fama internacional, como la autora de El *exorcista*, que no leí para no dejarme influenciar. Estoy viendo en directo la vida cruda, la estoy viviendo.

Yo soy solitario, se dijo el masturbador.

Estoy en la espera, espera, nada jamás me sucede, ya desistí de esperar. Ellos bebían el amargo licor de hierbas ásperas.

—¡Yo soy un profeta! ¡Veo el más allá! —gritaba un muchacho.

El padre Joaquín Jesús Jacinto —todo con jota, porque a la madre le gustaba la letra jota.

Era el día treinta y uno de diciembre de 1973. El horario astronómico sería medido por los relojes atómicos, cuyo atraso es sólo de un segundo cada tres mil trescientos años.

A otro le dio por estornudar, un estornudo detrás de otro, sin parar. Pero le gustaba. La otra se llamaba J. B.

—¡Mi vida es una verdadera novela! —gritaba la escritora fracasada.

El éxtasis estaba reservado para Él-ella. Que de pronto sufrió la exaltación del cuerpo, largamente. Ella-él dijo: «¡Paren!». Porque se endemoniaba por sentir el gozo del Mal. A través de ella, todos gozaban: era la celebración de la Gran Ley. Los eunucos hacían una cosa que estaba prohibido mirar. Los otros, a través de Ella-él, recibían temblorosos las ondas del orgasmo, pero sólo las ondas porque no tenían fuerza de, sin destruirse, recibir todo. Las mujeres pintaban sus bocas de rojo como si fuese fruta aplastada por los afilados dientes.

Ella-él les contó lo que ocurría cuando no se iniciaba en la profetización de la noche. Estado de choc. Por ejemplo: la muchacha era rubia y como si no alcanzara con eso, era rosada por dentro y además, daltónica. Tanto que en su pequeño apartamento había una cruz verde sobre fondo rojo: ella confundía los dos colores. ¿Cómo es que comenzó su terror? Escuchando un disco, o el silencio reinante, o los pasos en el piso de arriba, y hela allí, aterrorizada. Con miedo al espejo que la refleja. De frente había un armario y tenía la impresión de que las ropas se movían en su interior. Poco a poco iba reduciendo el apartamento. Tenía miedo hasta de salir de la cama. Tenía la impresión de que iban a agarrarle el pie desde abajo de la cama. Era delgadísima. Su nombre era Psiu, nombre rojo. Tenía miedo de encender la luz en la oscuridad y de encontrar la fría lagartija que habitaba en ella. Sentía con aflicción los dedos

helados y blancos de la lagartija. Buscaba ávidamente en el periódico las páginas policiales, noticias de lo que estaba ocurriendo. Siempre le ocurrían cosas horribles a las personas como ella, que vivían solas y eran asaltadas por la noche. Tenía en la pared un cuadro que era de un hombre que la miraba bien a los ojos, vigilándola. Imaginaba que esa figura la seguía por todos los rincones de la casa. Tenía terror pánico a los ratones. Prefería morir a entrar en contacto con ellos. Pero oía sus gritos. Llegaba a sentir sus mordiscos en los pies. Despertaba siempre sobresaltada, sudando frío. Ella era un bicho arrinconado. Normalmente dialogaba consigo misma. Daba los pros y los contras y siempre quien perdía era ella. Su vida era una constante sustracción de sí misma. Todo eso porque no atendió a la llamada de la sirena.

Él-ella sólo mostraba el rostro de andrógina. Y de él se irradiaba tal ciego esplendor de locura que los otros gozaban la propia locura. Ella era el vaticinio y la disolución y ya nació tatuada. Todo el aire olía ahora a fatal jazmín y era tan fuerte que algunos vomitaban las propias entrañas. La Luna estaba plena en el cielo. Quince mil adolescentes esperaban para saber qué especie de hombre y mujer iban a ser.

Entonces Ella-él dijo:

—Comeré a tu hermano y habrá un eclipse total y el fin del mundo.

De vez en cuando se escuchaba un largo relincho, pero no se veía caballo alguno. Sólo se sabía que con siete notas musicales se hacían todas las músicas que existen y que existieron y que existirán. De Ella-él manaba un fuerte olor a jazmín marchito porque era noche de Luna llena. El sortilegio o la hechicería. Max Ernst, cuando niño, fue confundido con el Niño Jesús en una procesión. Después, provocaba escándalos artísticos. Tenía una pasión ilimitada por los hombres y una inmensa y poética libertad. Pero ¿por qué estoy hablando de eso? No lo sé. «No lo sé» es una respuesta óptima.

¿Qué hacía Thomas Edison, tan inventor y libre, en medio de aquellos que eran comandados por Él-ella?

«Garabatos —pensó el estudiante perfecto—, era la palabra más difícil de la lengua».

¡Escuchad! ¡Los ángeles anunciadores cantan!

El judío pobre gritaba mudo y nadie lo oyó, el mundo entero no oía. Él dijo: «tengo sed, sudor y lágrimas. Y para saciar mi sed bebo mi sudor y mis propias lágrimas saladas. ¡Y no como cerdo! ¡Sigo la Torah! ¡Pero alivíame, Jehová, por favor!».

Jubileu de Almeida escuchaba la radio a pilas, siempre. «El pastel más sabroso está hecho con Cremo-gema». Y después, anunciaba, de Strauss, un

vals que por increíble que pareciera se llamaba *El pensador libre*. Es cierto, existe, yo lo escuché. Jubileu era el dueño de La Mandolina de Oro, tienda de instrumentos musicales casi en quiebra, estaba loco por los valses de Strauss. Era viudo, él, quiero decir Jubileu. Su rival era El Clarín, también en la calle Gomes Freiré o Frei Caneca. Jubileu era también afinador de pianos. Todos, allí, estaban dispuestos a apasionarse. Sexo. Puro sexo. Ellos se frenaban. Rumania era un país peligroso: gitanos.

Faltaba petróleo en el mundo. Y, sin petróleo, faltaba comida. Carne, sobre todo. Y sin carne ellos se volvían terriblemente carnívoros.

«Aquí, Señor, encomiendo mi alma», dijo Cristóbal Colón al morir, vestido con el hábito franciscano. Él no comía carne. Se santificaba, Cristóbal Colón, el descubridor de olas, y que descubrió san Francisco de Asís. ¡Hete aquí! Él murió. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde? Por el amor de Dios, ¡responde!

De pronto, y suavemente, *fiat lux*.

Hubo una desbandada asustadiza, como de gorriones.

Tan veloz que parecía que se hubieran desvanecido.

Al mismo tiempo estaban ya echados en la cama para dormir, ya despiertos. Lo que existía era el silencio. Ellos no sabían de nada. Los ángeles de la guarda —que se habían tomado un descanso, ya que todos estaban sosegados en la cama— despertaban frescos, bostezando todavía, pero ya protegiendo a sus pupilos.

Madrugada: el huevo venía girando lentamente del horizonte al espacio. Era de mañana: una joven rubia, casada con un joven rico, da a luz un bebé negro. ¿Hijo del demonio de la noche? No se sabe. Apuros, vergüenza.

Jubileu de Almeida se despertó como pan dormido: tonto. Desde pequeño fue así. Encendió la radio y escuchó: «Zapatería Morena donde está prohibido vender caro». Iría allí, necesitaba zapatos. Jubileu era albino, negro acero con las cejas amarillas casi blancas. Cogió un huevo de la nevera. Y pensó: «si pudiera algún día oír *El pensador libre*, de Strauss, mi soledad estaría recompensada». Sólo había escuchado ese vals una vez, no recordaba cuándo.

El poderoso quería en su *breakfast* comer caviar danés a cucharadas, masticando con los dientes agudos las bolitas. Pertenecía al Rotary Club, a la Masonería y al Diners Club. Tenía el escrúpulo de no comer caviar ruso: era una manera de derrotar a la poderosa Rusia.

El judío pobre despierta y bebe agua del grifo, ansiosamente. Era la única agua que había en los fondos de la pensión baratísima donde vivía: una vez vio una cucaracha nadando en la comida. Las prostitutas que vivían allí protestaban.

El estudiante perfecto, que no sabía que era un tonto, pensó: «¿cuál era la palabra más difícil que existía?, ¿cuál era? ¿Una que significaba adornos, afeites, atavíos? Ah, sí, garabatos». Recordó la palabra para escribirla en el próximo examen.

Cuando comenzó a rayar el día todos estaban en la cama sin parar de bostezar. Cuando despertaban, uno era zapatero, otro estaba preso por estupro, una era ama de casa, dando órdenes a la cocinera, que nunca llegaba tarde, otro era banquero, otro era secretario, etc. Despertaban, pues, un poco cansados, satisfechos por la noche tan profunda de sueño. El sábado había pasado y hoy era domingo. Y muchos fueron a la misa celebrada por el padre Jacinto, que era el padre de moda: pero ninguno se confesó, ya que no tenían nada que confesar.

La escritora fracasada abrió su diario encuadernado en cuero rojo y comenzó a anotar: «Siete de julio de mil novecientos sesenta y cuatro. Yo, yo, yo, yo, yo, yo, yo. En esta bella mañana de sol de domingo, después de haber dormido muy mal, yo, a pesar de todo, aprecio las bellezas maravillosas de la Naturaleza-madre. No voy a la playa porque estoy demasiado gorda, y esto es una desgracia para quien aprecia tanto las olas verdes del mar. ¡Me rebelo! Pero no consigo hacer régimen: me muero de hambre. Me gusta vivir peligrosamente. Tu lengua viperina será cortada por la tijera de la complacencia».

De mañana: *Agnus Dei*. ¿Becerro de oro? Buitre.

El judío pobre: ¡líbrame del orgullo de ser judío!

La periodista de mañana, bien temprano, telefonea a su amiga:

—Claudia, discúlpame por telefonear un domingo a esta hora. Pero me desperté con una inspiración fabulosa: ¡voy a escribir un libro sobre la Magia Negra! No, no leí *El exorcista*, porque me dijeron que es mala literatura y no quiero que piensen que estoy en el mismo camino. ¿Lo has pensado? El ser humano siempre intentó comunicarse con lo sobrenatural, desde el Antiguo Egipto, con el secreto de las Pirámides, pasando por Grecia con sus dioses, pasando por Shakespeare en Hamlet. Pues yo voy también a ir por ese camino. Y, ¡por Dios!, voy a ganar esa apuesta.

En muchas casas de Río olía a café. Era domingo. Y el chico en la cama, lleno de sopor, todavía mal despierto, se dijo: «otro domingo de tedio». ¿Con qué había soñado? «Ya lo sé —respondióse—, si soñé, soñé con una mujer».

En fin, el aire era más claro. Y el día siempre comienza. El día bruto. La luz era maléfica: instaurábase el mal asombrado día diario. Una religión era necesaria: una religión que no tuviera miedo del mañana. Yo quiero ser

envidiado. Yo quiero el estupro, el robo, el infanticidio, el desafío mío es fuerte. Quiero oro y fama, despreciaba hasta el sexo: amaba de prisa y no sabía qué era el amor. Quiero el oro malo. Profanación. Voy a mi extremo. Después de la fiesta —¿qué fiesta? ¿nocturna?—, después de la fiesta, desolación.

Estaba también el observador que escribió esto en el cuaderno de notas: «El progreso y todos los fenómenos que lo rodean parecen participar íntimamente de esa ley de aceleración general, cósmica y centrífuga que arrastra a la civilización al "progreso máximo", a fin de que enseguida venga la caída. ¿Una caída ininterrumpida o una caída rápidamente contenida? Ahí está el problema: no podemos saber si esta sociedad se destruirá completamente o se conocerá sólo una interrupción brusca y después la marcha se retomará». Y después: «El Sol disminuiría sus efectos sobre la Tierra y provocaría el inicio de un nuevo período glacial que podría durar por lo menos diez mil años». Diez mil años era mucho tiempo y asustaba. Es lo que ocurre cuando alguien escoge, por miedo a la noche oscura, vivir en la superficial luz del día. Es que lo sobrenatural, divino o demoníaco, es una tentación desde el Egipto, pasando por la Edad Media, hasta las novelas baratas de misterio.

El carnicero, que ese día sólo trabajaba de las ocho a las once, abrió la carnicería, y se detuvo, embriagado de placer ante el olor de carnes y carnes crudas, crudas y sanguinolentas. Era lo único en que el día continuaba a la noche.

El padre Jacinto estaba de moda porque nadie como él erguía tan límpidamente el cáliz y bebía con sagrada unción y pureza, salvando a todos, la sangre de Jesús, que era el Bien. Con suma delicadeza en las manos pálidas, durante la ofrenda.

El panadero, como siempre, despertó a las cuatro y comenzó a hacer la masa del pan. ¿De noche amasa el Diablo?

Un ángel pintado por Fra Angélico, siglo quince, voceaba por los aires: era el clarín anunciador de la mañana. Los postes de la luz eléctrica todavía no habían sido apagados y lucían empalidecidos. Postes. La velocidad se come los postes cuando se anda en auto.

El masturbador de mañana: mi único amigo fiel es mi perro. Él no confiaba en nadie, especialmente, no confiaba en las mujeres.

La que bostezó la noche entera y dijo: «Te conjuro, ¡madre de santo[7]!», comenzó a restregarse los ojos y a bostezar. «Diablos», dijo.

El poderoso —que cuidaba orquídeas, dalias, camelias y lilas— hizo sonar impaciente la campana para llamar al mayordomo: quería que le trajera el ya atrasado *breakfast*. El mayordomo le adivinaba los pensamientos y sabía cuándo traerle los galgos daneses para que fueran rápidamente acariciados.

Aquella que de noche gritaba: «Estoy en espera, en espera», de mañana, despeinada, dijo a la leche que estaba en el cazo, al fuego:

—¡Te voy a dar, porquería! Quiero ver si te estropeas y si hierves en mi cara, mi vida es esperar. Es sabido que si desvío un instante la mirada de la leche, va a aprovecharse, la desgraciada, para hervir y volcarse. Como la muerte que viene cuando nadie la espera.

Ella esperó, esperó, y la leche no hervía. Entonces, apagó el gas.

En el cielo, un leve arco iris: era el anuncio. La mañana como una oveja blanca. Paloma blanca era la profecía. Pesebre. Secreto. La mañana preestablecida. *Ave María, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus et benedictas fructus ventris tai, Jesús. Sancta María, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus. Nunc et in hora mortis nostrae. Amen.*

El padre Jacinto elevó con las dos manos el cáliz de cristal que contenía la sangre escarlata de Cristo. El vino bueno. Y una flor nació. Una flor leve, rosada, con el perfume de Dios. Él-ella había desaparecido, hacía mucho, en el aire. La mañana era límpida como algo recién lavado.

AMÉN.

Los fieles distraídos hicieron la señal de la Cruz.

AMÉN.
DIOS.
FIN.

Epílogo:

Todo lo que escribí es verdad y existe. Existe una mente universal que me guió. ¿Dónde estuviste de noche? Nadie lo sabe. No intentes responder, por amor de Dios. No quiero saber la respuesta. Adiós. A-Dios.

La relación de la cosa

Esta cosa es más difícil de lo que cualquiera puede entender. Insista. No se desanime. Parecerá obvio. Pero es extremadamente difícil saber algo de ella. Pues envuelve el tiempo.

Nosotros dividimos el tiempo, cuando en realidad no es divisible. Siempre es inmutable. Pero nosotros necesitamos dividirlo. Y por eso surgió una cosa monstruosa: el reloj.

No voy a hablar de relojes. Sino sobre un determinado reloj. Mi juego es claro: digo lo que tengo que decir sin literatura. Esta relación es la antiliteratura de la cosa.

El reloj del que hablo es electrónico y tiene despertador. La marca es Sveglia, que quiere decir «despierta». Despierta para qué, Dios mío. Para el tiempo. Para la hora. Para el instante. Ese reloj no es mío. Pero me apoderé de su infernal alma tranquila.

No es de muñeca, está suelto, por tanto. Tiene dos centímetros y está de pie en la superficie de la mesa. Yo quería que se llamara Sveglia, tal cual. Pero la dueña del reloj quiere que se llame Horacio. Poco importa. Pues lo principal es que él es el tiempo.

Su mecanismo es muy simple. No tiene la complejidad de una persona, pero es más persona que muchas personas. ¿Es un superhombre? No, viene directamente del planeta Marte, a lo que parece. Si es de allí de donde viene, entonces un día volverá allí. Es tonto decir que no necesita cuerda, eso ya ocurre con otros relojes, como el mío de muñeca, es antichoque, puede mojarse a placer. Ésos son más que personas. Por lo menos, son de la Tierra. El Sveglia es de Dios. Fueron usados cerebros humanos divinos para captar lo que debía ser este reloj. Estoy escribiendo sobre él pero todavía no lo vi. Va a ser el Encuentro. Sveglia: despierta, mujer, despierta para ver lo que debe ser visto. Es importante estar despierta para ver. Pero también es importante dormir para soñar con la falta de tiempo. Sveglia es el Objeto, es la Cosa, con letra mayúscula. ¿Será que el Sveglia me ve? Ve, sí, como si yo fuese otro objeto. El reconoce que a veces hay personas que también vienen de Marte.

Están ocurriéndome cosas, desde que sé la existencia del Sveglia, que parecen un sueño. Despiértame, Sveglia, quiero ver la realidad. Pero es que la realidad parece un sueño. Estoy melancólica porque estoy feliz. No es paradójico. Después del acto del amor, ¿no viene una cierta melancolía? De la

plenitud. Estoy con deseos de llorar. Sveglia no llora. Además, él no tiene circunstancias. ¿Será que su energía tiene peso? Duerme, Sveglia, duerme un poco, yo no soporto la vigilia. Tú no paras de ser. Tú no sueñas. No se puede decir que tú «funcionas»: tú no eres funcionamiento, tú sólo eres.

Tú eres muy delgado. Y nada te acontece. Eres tú quien hace acontecer las cosas. Acontéceme, Sveglia, acontéceme. Estoy necesitando un determinado acontecimiento sobre el cual no puedo hablar. Y dame otra vez el deseo, que es el resorte de la vida animal. Yo no te quiero para mí. No me gusta sentirme vigilada. Y tú eres un ojo único abierto siempre como un ojo suelto en el espacio. Tú no me quieres mal, pero tampoco me quieres bien. ¿Será que yo también estoy quedando así, sin sentimiento de amor? ¿Soy una cosa? Sé que estoy con poca capacidad de amar. Mi capacidad de amar fue demasiado pisoteada, Dios mío. Sólo me queda un hilo de deseo. Yo *necesito* que éste se fortifique. Porque no es como tú piensas, que sólo la muerte importa. Vivir, cosa que tú no conoces, porque es pudrirse, vivir corrompiéndose importa mucho. Un vivir seco: un vivir esencial.

Si él se quebrara, ¿creería que murió? No, sería simplemente fuera de sí mismo. Pero tú tienes flaquezas, Sveglia. Yo supe por tu dueña que necesitas una capa de cuero para protegerte de la humedad. Supe, también, en secreto, que una vez te detuviste. La dueña no se asustó: te dio unos golpecitos muy simples y tú nunca más te paraste. Yo te entiendo, te perdono: tú viniste de Europa y necesitabas un mínimo de tiempo para aclimatarte, ¿no? ¿Quiere decir que tú también eres mortal, Sveglia? ¿Tú eres tiempo que para?

Yo oí al Sveglia, por teléfono, dar la alarma. Es como en el interior de las personas: uno se despierta de dentro hacia fuera. Parece que su electrónico-Dios se comunica con nuestro cerebro electrónico-Dios: el sonido es suave, sin la menor estridencia. Sveglia marcha como un caballo blanco suelto y sin silla.

Yo supe de un hombre que poseía un Sveglia y a quien aconteció Sveglia. Él caminaba con el hijo de diez años, de noche, y el hijo dijo: «Cuidado, papá, hay macumba[8] ahí». El padre retrocedió (¿no es que pisó de lleno en la vela encendida, apagándola?). No pareció haber ocurrido nada, lo que también es mucho de Sveglia. El hombre se fue a dormir. Cuando despertó vio que uno de sus pies estaba hinchado y negro. Llamó a los amigos médicos que no apreciaron ninguna señal de herida: el pie estaba intacto, sólo negro y muy hinchado, de aquella inflamación que deja la piel toda estirada. Los médicos llamaron a otros colegas. Y nueve médicos decidieron que era gangrena.

Tenían que amputar el pie. Lo marcaron para el día siguiente, a una hora exacta. El hombre se durmió.

Y tuvo un sueño terrible. Un caballo blanco quería agredirle y él huía como un loco. Todo eso pasaba en el Campo de Santana. El caballo blanco era lindo y enjaezado con plata. Pero no tuvo suerte. El caballo le golpeó el pie, pisándolo. En ese momento, el hombre despertó gritando. Pensaron que estaba nervioso, le explicaron que eso sucedía cuando se estaba cerca de una operación, le dieron un sedante, se durmió otra vez. Cuando despertó, miró hacia el pie. Gran sorpresa: el pie estaba blanco y del tamaño normal. Vinieron los nueve médicos y no lo supieron explicar. Ellos no conocían el enigma del Sveglia contra el cual sólo un caballo blanco puede luchar. No había motivo para hacer la operación. Sólo que no podía apoyarse en ese pie: flaqueaba. Era la marca del caballo de arreos de plata, de vela apagada, del Sveglia. Pero Sveglia quiso triunfar y ocurrió una cosa. La esposa de ese hombre, en perfecto estado de salud, en la mesa del comedor, comenzó a sentir fuertes dolores en los intestinos. Interrumpió la comida y se fue a echar en la cama. El marido, preocupadísimo, fue a verla. Estaba blanca, exangüe. Le tomó el pulso: no había. La única señal de vida era que su frente se perlaba de sudor. Llamaron al médico que dijo que podía ser un caso de catalepsia. El marido no se conformó. Le descubrió el vientre e hizo sobre él movimientos simples, como él mismo los había hecho cuando el Sveglia se paró, movimientos que no sabía explicar.

La mujer abrió los ojos. Estaba perfectamente bien de salud. Y continúa viva, que Dios la guarde.

Eso tiene que ver con el Sveglia. No sé cómo. Pero que tiene que ver, tiene. ¿Y el caballo blanco del Campo de Santana, que es plaza de pájaros, palomas y quatis[9]? Muy enjaezado, con adornos de plata, de crines altivas y erizadas. Corriendo rítmicamente contra el ritmo del Sveglia. Corriendo sin prisa.

Estoy en perfecta salud física y mental. Pero una noche estaba durmiendo profundamente y me oyeron decir en voz alta: ¡quiero tener un hijo con Sveglia!

Yo creo en el Sveglia. Él no cree en mí. Piensa que miento mucho. Y miento. En la Tierra se miente mucho.

Yo pasé cinco años sin engriparme: eso fue por el Sveglia. Y cuando me engripé, duró tres días. Después me quedó una tos seca. Pero el médico me recetó un antibiótico y me curé. El antibiótico es el Sveglia.

Ésta es una relación. El Sveglia no admite cuento o novela u otra cosa. Sólo permite transmisión. Mal admite que yo llame a esto relación. Lo llamo relato de misterio. Y hago lo posible porque sea un relato seco como el champán ultraseco. Pero a veces —pido disculpas— se moja. ¿Podría hablar con más dureza con relación al Sveglia?

No, él sólo es. Y en verdad, Sveglia no tiene nombre íntimo: conserva el anonimato. Además, Dios no tiene nombre: conserva el anonimato perfecto: no hay lengua que pronuncie su verdadero nombre.

Sveglia es estúpido: actúa clandestinamente, sin meditar. Voy a decir ahora algo muy grave que parecerá herejía: Dios es burro. Porque Él no entiende, no piensa, sólo es. Ciertamente, su estupidez se ejecuta a sí misma. Pero El comete muchos errores. Y sabe que los comete. Basta mirarnos a nosotros mismos, que somos un error grave. Basta ver el modo como nos organizamos en sociedad e intrínsecamente, de tú a tú. Pero hay un error que Él no comete: Él no muere.

Sveglia tampoco muere. Todavía no vi al Sveglia, como ya dije. Tal vez sea mojado verlo. Sobre todo, con relación a él. Pero la dueña no quiere que yo lo vea. Tiene celos. Los celos llegan a mojar, de tan húmedos. Además, nuestra Tierra corre el riesgo de mojarse de sentimientos. El gallo es Sveglia. El huevo es puro Sveglia. Pero sólo el huevo entero, completo, blanco, de cáscara seca, completamente oval. Por dentro de él hay vida; vida mojada. Pero comer la yema cruda es Sveglia.

¿Quieren ver qué es Sveglia? El fútbol. Pero Pelé, en cambio, no es. ¿Por qué? Imposible de explicar. Quizá porque no ha respetado el anonimato.

La discusión es Sveglia. Acabo de tener una con la dueña del reloj. Yo dije: «ya que tú no quieres dejarme ver el Sveglia, descríbeme sus discos». Entonces ella se puso furiosa —eso es Sveglia— y dijo que tenía muchos problemas —tener problemas no es Sveglia—. Entonces intenté calmarla y todo quedó bien. Mañana no la llamaré. La dejaré descansar.

Me parece que escribiré sobre el electrónico sin verlo jamás. Parece que tendrá que ser así. Es fatal.

Tengo sueño. ¿Estará permitido? Sé que voy a soñar con el Sveglia. El número está permitido. Aunque el seis no lo sea. Rarísimos poemas están permitidos. De novela, ni se puede hablar. Tuve una empleada por siete días, llamada Severina, y que había pasado hambre de niña. Le pregunté si estaba triste. Me dijo que no era alegre ni triste: era así, sólo. Ella era Sveglia. Pero yo no lo era y no pude soportar la ausencia de sentimiento.

Suecia es Sveglia.

Pero ahora me voy a dormir, aunque no debo soñar.

El agua, a pesar de ser mojada por excelencia, es Sveglia. Escribir es. Pero el estilo no es. Tener senos es. El órgano masculino es muy Sveglia. La bondad no es. Pero la no-bondad, el darse, es. Bondad no es lo opuesto a maldad.

¿Estaré escribiendo mojado? Me parece que sí. Mi sobrenombre es. Ya el primero es muy dulce, es para el amor. No tener ningún secreto —y, sin embargo, mantener el enigma— es Sveglia. En la puntuación, las reticencias no son. Si alguien llega a entender este mi irrevelado relato, ese alguien es. Parece que yo no soy yo, de tanto yo que soy. El Sol es, la Luna no. Mi cara es. Probablemente la suya también es. El whisky es. Y, por increíble que parezca, la Coca-cola es, pero la Pepsi-cola nunca fue. ¿Estoy haciendo propaganda gratis? Eso está mal, ¿sabes, Coca-cola?

Ser fiel es. El acto del amor contiene en sí una desesperación que es.

Ahora voy a contar una historia. Pero antes quiero decir que quien me contó esta historia fue una persona que, a pesar de ser bondadosísima, es Sveglia.

Ahora me estoy muriendo de cansancio. Sveglia —si uno no se cuida— mata.

La historia es la siguiente:

Sucede en una localidad llamada Coelho Neto, en Guanabara. La mujer de la historia era muy desgraciada porque tenía una herida en la pierna y la herida no cerraba. Trabajaba mucho y el marido era cartero. Ser cartero es Sveglia. Tenían muchos hijos. Y casi nada de comer. Pero ese cartero tomó sobre sí la responsabilidad de hacer feliz a su mujer. Ser feliz es Sveglia. Y el cartero resolvió la situación. Le mostró a una vecina que era estéril y sufría mucho por eso. No había modo de tener un hijo. Le enseñó a su mujer cómo era feliz por tener hijos. Y ella se volvió feliz, aun con la poca comida. Le enseñó también el cartero que otra vecina tenía hijos pero el marido bebía mucho y la golpeaba, a ella y también a los hijos. Mientras que él no bebía y nunca había golpeado a su mujer o a sus hijos. Lo que la hizo feliz.

Todas las noches ellos tenían pena de la vecina estéril y de la que era golpeada por el marido. Todas las noches ellos eran muy felices. Y ser feliz es Sveglia. Todas las noches.

Yo quería llegar a la página nueve en la máquina de escribir. El número nueve es casi inalcanzable. El número trece es Dios. La máquina de escribir es. El peligro de pasar a no ser más Sveglia es cuando se mezcla un poco con los sentimientos de la persona que está escribiendo.

Yo aborrecí el cigarrillo Cónsul, que es mentolado y dulce. En cambio, el cigarrillo Carlton es seco, es duro, es áspero, y sin complicidad con el fumador. Como cada cosa es y no es, no me molesta hacer propaganda gratis al Carlton. Pero, en cuanto a la Coca-cola, no perdono.

Quiero mandar este relato a la revista Senhor y quiero que me paguen muy bien.

Como usted es Sveglia, juzgue si mi cocinera, que cocina bien y canta el día entero, es.

Me parece que voy a encerrar este relato esencial para explicar los fenómenos enérgicos de la materia. Pero no sé qué hacer. Ah, me voy a vestir.

Hasta nunca más, Sveglia. El cielo es muy azul. Las olas blancas de espuma del mar son más que mar. (Ya me despedí del Sveglia, solamente continuaré hablando por vicio, tengan paciencia). El olor del mar mezcla masculino y femenino y nace en el aire un hijo que es.

La dueña del reloj me dijo hoy que él es el dueño de ella. Me dijo que él tiene unos agujeritos oscuros por donde sale el sonido suave como una ausencia de palabras, sonido de satén. Tiene un disco interior dorado. El disco exterior es plateado, casi sin color, como una aeronave en el espacio, metal volando. ¿La espera es o no es? No sé responder porque sufro de urgencia y quedo incapacitada de juzgar esta pregunta sin implicarme emocionalmente. No me gusta esperar.

Un cuarteto de música es muchísimo más que una sinfonía. La flauta es. El clave tiene un elemento de terror: los sonidos salen abiertos y quebradizos. Cosa de alma de otro mundo.

Sveglia, ¿cuándo me dejarás en paz? ¿Me vas a perseguir toda la vida, transformando la claridad en insomnio perenne? Ya te odio. Ya querría poder escribir una historia: un cuento o novela o una transmisión. ¿Cuál va a ser mi próximo paso en la literatura? Me parece que no escribiré más. Pero también es cierto que otras veces pensé que no escribiría más, y escribí. ¿Y qué he de escribir, Dios mío? ¿Me contaminé con la matemática del Sveglia y sólo sabré hacer relaciones?

Ahora voy a terminar este relato de misterio. Ocurre que estoy muy cansada. Voy a tomar un baño antes de salir y me perfumaré con un perfume que es un secreto mío. Sólo digo una cosa de él: es agreste y un poco áspero, con una dulzura escondida. Él es.

Adiós, Sveglia. Adiós para siempre jamás. Hay una parte de mí que tú ya mataste. Ya morí y me estoy pudriendo. Morir es.

Y ahora, ahora adiós.

El manifiesto de la ciudad

¿Por qué no intentar en este momento, que no es grave, mirar por la ventana? Éste es el puente. Éste el río. He ahí la Penitenciaría. Ahí está el reloj. Y Recife. Y el canal. ¿Dónde está la piedra que siento? La piedra que aplastó la ciudad. En la forma palpable de las cosas. Porque ésta es una ciudad realizada. Su último terremoto se pierde en la memoria. Extiendo la mano y sin tristeza recorro de lejos la piedra. Algo se endurece en la flecha de acero que indica el rumbo de Otra Ciudad.

Este momento no es grave. Aprovecho y miro por la ventana. He ahí una casa. Palpo tus escaleras, las que subí en Recife. Después, la pilastra corta. Estoy viéndolo todo extremadamente bien. Nada se me escapa. La ciudad trazada. Con qué ingeniosidad. Albañiles, carpinteros, ingenieros, santeros[10], artesanos (éstos contaron con la muerte). Estoy viendo cada vez más claro: ésta es la casa, la mía, el puente, el río, la Penitenciaría, los bloques cuadrados de edificios, la escalera vacía, la piedra.

Pero hete aquí que surge un Caballo. Es un caballo con cuatro patas y cascos duros de piedra, pescuezo potente, y cabeza de Caballo. He ahí un caballo.

Si ésta fue una palabra resonando en el suelo duro, ¿cuál es su sentido? Qué hueco es este corazón en el pecho de la ciudad. Busco, busco. Casas, calles, escalones, monumento, poste, tu industria.

Desde la más alta muralla, miro. Busco. Desde la más alta muralla no recibo ninguna señal. Desde aquí no veo, pues tu claridad es impenetrable. Desde aquí no veo, pero siento que algo está escrito a carbón en la pared. En una pared de esta ciudad.

LA ROSA BLANCA

Pétalo alto: qué extrema superficie. Catedral de vidrio, superficie de superficie, inalcanzable por la voz. En tu tallo dos voces, la tercera, la quinta y la nona se unen, niñas sabias abren bocas de mañana y entonan espíritu, espíritu, superficie, espíritu, superficie intocable de una rosa.

Extiendo la mano izquierda que es más delgada, mano oscura que luego recojo sonriendo de pudor. No te puedo tocar. Tu nuevo entendimiento de hielo y gloria mi rudo pensamiento quiere cantar.

Intento acordarme de memoria, entenderte como se ve la aurora, una silla, otra flor. No temas, no quiero poseerte. Me alzo hacia tu superficie que ya es perfume.

Me elevo hasta alcanzar mi propia apariencia. Empalidezco en esa región asustada y fina, casi alcanzo tu superficie divina…

En la caída ridícula las alas de un ángel quebré. No bajo la cabeza balbuceante: quiero al menos sufrir tu victoria con el sufrimiento angélico de tu armonía, de tu alegría. Pero me duele el corazón grosero como de amor por un hombre.

Y de las manos tan grandes sale la palabra avergonzada.

Las astucias de doña Frozina

—También, con ese dinero esmirriado…

Eso es lo que la viuda doña Frozina dice del montepío. Pero da para comprar Leche de Rosas y tomar verdaderos baños con el líquido lechoso. Dicen que su piel es espectacular. Usa desde joven el mismo producto y tiene olor de madre.

Es muy católica y vive en las iglesias. Todo eso oliendo a Leche de Rosas. Como una niña. Quedó viuda a los veintinueve años. Y desde entonces, nada de hombres. Viuda a la moda antigua. Severa. Sin escote y siempre con mangas largas.

—Doña Frozina, ¿cómo pudo arreglárselas sin un hombre? —me gustaría preguntarle.

La respuesta sería:

—Astucias, hija mía, astucias.

Dicen de ella: mucha gente joven no tiene su espíritu. Está en casa desde los setenta, la excelentísima señora doña Frozina. Es buena suegra y óptima abuela. Fue buena paridera. Y continuó fructificando. A mí me gustaría tener una conversación seria con doña Frozina.

—Doña Frozina, ¿usted tiene algo que ver con doña Flor y sus tres maridos[11]?

—¡Qué dice, amiga mía, qué pecado! Soy viuda virgen, hija mía.

Su marido se llamaba Epaminondas, y de apellido, Mozo.

Oiga, doña Frozina, hay nombres peores que el suyo. Conozco a una que se llama Flor de Lis, y como encontraron malo el nombre, le dieron un apellido peor: Minhora. Casi Manías[12]. ¿Y aquellos padres que llamaron a sus hijos Brasil, Argentina, Colombia, Bélgica y Francia? Por lo menos, usted escapó de ser un país. La señora y sus astucias. «Se gana poco —dice—, pero es divertido».

¿Divertido? ¿Entonces no conoce el dolor? ¿Fue evitando el dolor, por la vida? Sí, señora, con mis astucias lo fui evitando.

Doña Frozina no bebe coca-cola. Le parece demasiado moderno.

—¡Pero todo el mundo la bebe!

—¡Por Dios! Parece insecticida para cucarachas, Dios me libre y me guarde.

Pero si le encuentra gusto a insecticida es porque ya la probó.

Doña Frozina usa el nombre de Dios más de lo que debiera. No se debe usar el nombre de Dios en vano. Pero con ella no va, esa ley.

Y ella se agarra a los santos. Los santos ya están hartos de ella, de tanto que abusa. De «Nuestra Señora» ni hablar; la madre de Jesús no tiene sosiego. Y, como viene del norte, vive diciendo: «¡Virgen María!» a cada espanto. Y son muchos sus espantos de viuda ingenua.

Doña Frozina rezaba todas las noches. Hacía una oración para cada santo. Pero entonces ocurrió el desastre: se durmió en el medio.

—Doña Frozina, ¡qué horrible, dormirse en medio del rezo y dejar a los santos esperando!

Ella contestó con un gesto de la mano de despreocupación:

—Ah, hija, que cada uno coja el suyo.

Tuvo un sueño muy raro: soñó que veía al Cristo del Corcovado (¿dónde estaban los brazos abiertos?; estaban bien cruzados) y el Cristo estaba fastidiado, como si dijera: ustedes arréglense, yo estoy harto. Era un pecado, ese sueño.

Doña Frozina, llena de astucias. Quédese con su Leche de Rosas, *io me ne vado*. (¿Es así como se dice en italiano cuando alguien se quiere ir?).

Doña Frozina, excelentísima señora, quien está harta de usted soy yo. Adiós, pues. Me dormí en medio del rezo.

P. S. Busque en el diccionario lo que quiere decir maniganças[13]. Pero le adelanto el trabajo. MANIGANÇA: prestidigitación, maniobra misteriosa, artes de impostura. (Del *Pequeño Diccionario Brasileño de la Lengua portuguesa*).

Un detalle antes de acabar:

Doña Frozina, cuando era pequeña, allá, en Sergipe, comía agachada detrás de la puerta de la cocina. No se sabe por qué.

Es allí a donde voy.

Más allá de la oreja existe un sonido, la extremidad de la mirada un aspecto, las puntas de los dedos un objeto: es allí a donde voy.

La punta del lápiz el trazo.

Donde expira un pensamiento hay una idea, en el último suspiro de alegría otra alegría, en la punto de la espada la magia: es allí a donde voy.

En la punta del pie el salto.

Parece la historia de alguien que fue y no volvió: es allí a donde voy.

¿O no voy? Voy, sí. Y vuelvo para ver cómo están las cosas. Si continúan mágicas. ¿Realidad? Te espero. Es allí a donde voy.

En la punta de la palabra está la palabra. Quiero usar la palabra «tertulia», y no sé dónde ni cuándo. Al lado de la tertulia está la familia. Al lado de la familia estoy yo. Al lado de mí estoy yo. Es hacia mí adonde voy. Y de mí salgo para ver. ¿Ver qué? Ver lo que existe. Después de muerta es hacia la realidad adonde voy. Mientras tanto, lo que hay es un sueño. Sueño fatídico. Pero después, después todo es real. Y el alma libre busca un canto para acomodarse. Soy un yo que anuncia. No sé de qué estoy hablando. Estoy hablando de nada. Yo soy nada. Después de muerta me agrandaré y me esparciré, y alguien dirá con amor mi nombre.

Es hacia mi pobre nombre adonde voy.

Y de allá vuelvo para llamar al nombre del ser amado y de los hijos. Ellos me responderán. Al fin tendré una respuesta. ¿Qué respuesta? La del amor. Amor: yo os amo tanto. Yo amo el amor. El amor es rojo. Los celos son verdes. Mis ojos son verdes. Pero son verdes tan oscuros que en las fotografías salen negros. Mi secreto es tener los ojos verdes y que nadie lo sepa.

En la extremidad de mí estoy yo. Yo, implorante, yo, la que necesita, la que pide, la que llora, la que se lamenta. Pero la que canta. La que dice palabras. ¿Palabras al viento? Qué importa, los vientos las traen de nuevo y yo las poseo.

Yo al lado del viento. La colina de los vientos aullantes me llama. Voy, bruja que soy. Y me transmuto.

Oh, cachorro, ¿dónde está tu alma? ¿Está cerca de tu cuerpo? Yo estoy cerca de mi cuerpo. Y muero lentamente.

¿Qué estoy diciendo? Estoy diciendo amor. Y cerca del amor estamos nosotros.

El muerto en el mar de Urca

Yo estaba en el apartamento de doña Lourdes, costurera, probándome el vestido pintado por Olly, y doña Lourdes dijo: murió un hombre en el mar, mire a los bomberos. Miré y sólo vi el mar que debía de estar muy salado, mar azul, casas blancas. ¿Y el muerto?

El muerto en salmuera. «¡No quiero morir!», grité, muda dentro de mi vestido. El vestido es amarillo y azul. ¿Y yo? Muerta de calor, no muerta en el mar azul.

Voy a decir un secreto: mi vestido es lindo y no quiero morir. El viernes el vestido estará en casa, el sábado me lo pondré. Sin muerte, sólo mar azul. ¿Existen las nubes amarillas? Existen doradas. Yo no tengo historia. ¿El muerto la tiene? Tiene: fue a tomar un baño de mar a Urca, el bobo, y murió; ¿quién lo mandó? Yo tomo baños de mar con cuidado, no soy tonta, y sólo voy a Urca para probarme el vestido. Y tres blusas. Ella es minuciosa en la prueba. ¿Y el muerto? ¿Minuciosamente muerto?

Voy a contar una historia: era una vez un joven a quien le gustaban los baños de mar. Por eso, fue una mañana de jueves a Urca. En Urca, en las piedras de Urca, está lleno de ratones, por eso yo no voy. Pero el joven no les prestaba atención a los ratones. Ni los ratones le prestaban atención a él. Y había una mujer probándose un vestido y que llegó demasiado tarde: el joven ya estaba muerto. Salado. ¿Había pirañas en el mar? Hice como que no entendía. No entiendo la muerte. ¿Un joven muerto?

Muerto por bobo que era. Sólo se debe ir a Urca para probarse un vestido alegre. La mujer, que soy yo, sólo quiere alegría. Pero yo me inclino frente a la muerte. Que vendrá, vendrá, vendrá. ¿Cuándo? Ahí está, puede venir en cualquier momento. Pero yo, que estaba probándome un vestido al calor de la mañana, pedí una prueba a Dios. Y sentí una cosa intensísima, un perfume intenso a rosas. Entonces, tuve la prueba. Dos pruebas: de Dios y del vestido.

Sólo se debe morir de muerte natural, nunca por accidente, nunca por ahogo en el mar. Yo pido protección para los míos, que son muchos. Y la protección, estoy segura, vendrá.

Pero ¿y el joven? ¿Y su historia? Es posible que fuera estudiante. Nunca lo sabré. Me quedé sólo mirando el mar y el caserío. Doña Lourdes, imperturbable, preguntándome si ajustaba más la cintura. Yo le dije que sí,

que la cintura tiene que verse apretada. Pero estaba atónita. Atónita en mi vestido nuevo.

Silencio

Es tan vasto el silencio de la noche en la montaña. Y tan despoblado. En vano uno intenta trabajar para no oírlo, pensar rápidamente para disimularlo. O inventar un programa, frágil punto que mal nos une al súbitamente improbable día de mañana. Cómo superar esa paz que nos acecha. Silencio tan grande que la desesperación tiene vergüenza. Montañas tan altas que la desesperación tiene vergüenza. Los oídos se afilan, la cabeza se inclina, el cuerpo todo escucha: ningún rumor. Ningún gallo. Cómo estar al alcance de esa profunda meditación del silencio. De ese silencio sin memoria de palabras. Si es muerte, cómo alcanzarla.

Es un silencio que no duerme: es insomne; inmóvil, pero insomne; y sin fantasmas. Es terrible: sin ningún fantasma. Inútil querer probarlo con la posibilidad de una puerta que se abra crujiendo, de una cortina que se abra y diga algo. Está vacío y sin promesas. Si por lo menos se escuchara al viento. El viento es ira, la ira es vida. O nieve. La nieve es muda pero deja rastro, lo emblanquece todo, los niños ríen, los pasos resuenan y dejan huella. Hay una continuidad que es la vida. Pero este silencio no deja señales. No se puede hablar del silencio como se habla de la nieve. No se puede decir a nadie como se diría de la nieve: ¿oíste el silencio de esta noche? El que lo escuchó, no lo dice.

La noche desciende con las pequeñas alegrías de quien enciende lámparas, con el cansancio que tanto justifica el día. Los niños de Berna se duermen, se cierran las últimas puertas. Las calles brillan en las piedras del suelo y brillan ya vacías. Y al final se apagan las luces más distantes.

Pero este primer silencio todavía no es el silencio. Que espere, pues las hojas de los árboles todavía se acomodarán mejor, algún paso tardío tal vez se oiga con esperanza por las escaleras.

Pero hay un momento en que del cuerpo descansado se eleva el espíritu atento, y de la tierra, la luna alta. Entonces él, el silencio, aparece.

El corazón late al reconocerlo.

Se puede pensar rápidamente en el día que pasó. O en los amigos que pasaron y para siempre se perdieron. Pero es inútil huir: el silencio está ahí. Aun el sufrimiento peor, el de la amistad perdida, es sólo fuga. Pues si al principio el silencio parece aguardar una respuesta —cómo ardemos por ser llamados a responder—, pronto se descubre que de ti nada exige, quizá tan

sólo tu silencio. Cuántas horas se pierden en la oscuridad suponiendo que el silencio te juzga, como esperamos en vano ser juzgados por Dios. Surgen las justificaciones, trágicas justificaciones forzadas, humildes disculpas hasta la indignidad. Tan suave es para el ser humano mostrar al fin su indignidad y ser perdonado con la justificación de que es un ser humano humillado de nacimiento.

Hasta que se descubre que él ni siquiera quiere su indignidad. Él es el silencio.

Puede intentar engañársele, también. Se deja caer como por casualidad el libro de cabecera en el suelo. Pero, horror, el libro cae dentro del silencio y se pierde en la muda y quieta vorágine de éste. ¿Y si un pájaro enloquecido cantara? Esperanza inútil. El canto apenas atravesaría como una leve flauta el silencio.

Entonces, si se tiene valor, no se lucha más. Se entra en él, se va con él, nosotros los únicos fantasmas de una noche en Berna. Que entre. Que no espere el resto de la oscuridad delante de él, sólo él mismo. Será como si estuviéramos en un navío tan descomunalmente grande que ignoráramos estar en un navío. Y éste navegara tan largamente que ignoráramos que nos estamos moviendo. Más de eso, nadie puede. Vivir en la orla de la muerte y de las estrellas es una vibración más tensa de lo que las venas pueden soportar. No hay, siquiera, un hijo de astro y de mujer como intermediario piadoso. El corazón tiene que presentarse frente a la nada solito y solito latir alto en las tinieblas. Sólo se escucha en los oídos el propio corazón. Cuando éste se presenta completamente desnudo, no es comunicación, es sumisión. Además, nosotros no fuimos hechos sino para el pequeño silencio.

Si no se tiene valor, que no se entre. Que se espere el resto de la oscuridad ante el silencio, sólo los pies mojados por la espuma de algo que se expande dentro de nosotros. Que se espere. Un insoluble por otro. Uno al lado del otro, dos cosas que no se ven en la oscuridad. Que se espere. No el fin del silencio, sino la ayuda bendita de un tercer elemento, la luz de la aurora.

Después, nunca más se olvida. Es inútil intentar huir a otra ciudad. Porque cuando menos se lo espera, se puede reconocerlo de repente. Al atravesar la calle en medio de las bocinas de los autos. Entre una carcajada fantasmagórica y otra. Después de una palabra dicha. A veces, en el mismo corazón de la palabra. Los oídos se asombran, la mirada se desvanece: hélo ahí. Y desde entonces, él es fantasma.

Desvanecimiento

No es que fuéramos amigos desde hacía mucho tiempo. Nos conocimos sólo en el último año de la escuela. Desde ese momento, estábamos juntos a cualquier hora. Hacía tanto tiempo que los dos necesitábamos de un amigo que no había nada que no confiásemos el uno al otro. Llegamos a un punto de amistad tal, que no podíamos guardarnos un pensamiento: uno telefoneaba al otro, conveníamos enseguida una cita. Después de la conversación nos sentíamos tan contentos como si nos hubiésemos presentado a nosotros mismos. Ese estado de comunicación continua llegó a tal exaltación que el día en que nada teníamos que contarnos, buscábamos con aflicción un tema. Sólo que el tema tenía que ser grave, pues con cualquiera no podría ejercitarse la vehemencia de una sinceridad experimentada por primera vez.

Ya en ese tiempo aparecieron las primeras señales de perturbación entre nosotros. A veces uno telefoneaba, nos encontrábamos y no teníamos nada que decirnos. Éramos muy jóvenes y no sabíamos quedarnos callados. Al principio, cuando empezó a faltar tema, intentamos hablar de la gente. Pero bien sabíamos que ya estábamos adulterando el núcleo de la amistad. Intentar hablar de nuestras respectivas novias también estaba fuera de cuestión, pues un hombre no habla de sus amores. Tratamos de permanecer callados, pero nos inquietábamos, después de separarnos.

Mi soledad, al regreso de esos encuentros, era grande y árida. Llegué a leer libros sólo para poder hablar de ellos. Pero una amistad sincera quería la sinceridad más pura. En busca de ésta, comencé a sentirme vacío. Nuestros encuentros eran cada vez más decepcionantes. Mi sincera pobreza se revelaba lentamente. También él, yo lo sabía, llegaba al límite de sí mismo.

Fue cuando, habiéndose mi familia mudado a São Paulo, y viviendo él solo, pues su familia era de Piauí, lo convidé a vivir en nuestro apartamento, que quedaba bajo mi cuidado. Qué agitación en el alma. Radiantes, arrastrábamos nuestros libros y discos, preparábamos un ambiente perfecto para la amistad. Cuando todo estuvo listo, nos encontramos dentro de la casa, con los brazos caídos, mudos, llenos sólo de amistad.

Queríamos tanto salvarnos uno al otro. La amistad es materia de salvación.

Pero todos los problemas ya habían sido tocados, todas las posibilidades estudiadas. Teníamos sólo esa cosa que habíamos buscado sedientos hasta

entonces, y al fin encontrado: una amistad sincera. Único modo, lo sabíamos, y con qué amargura lo sabíamos, de salir de la soledad que un espíritu tiene en el cuerpo.

Pero qué sintética se nos revelaba la amistad. Como si quisiéramos esparcir en un largo discurso una verdad que una palabra agotaría. Nuestra amistad era tan insoluble como la suma de dos números: inútil intentar desenvolver por más de un instante la certeza de que dos y tres son cinco.

Intentamos organizar algunas fiestas en el apartamento, pero no sólo los vecinos protestaron, sino que además, no sirvió de nada.

Si al menos hubiéramos podido hacernos favores el uno al otro. Pero no había oportunidad, ni creíamos en una amistad que necesitara pruebas. Lo más que podíamos hacer era lo que hacíamos: saber que éramos amigos. Lo que no alcanzaba para llenar los días, sobre todo durante las largas vacaciones.

Comienza con esas vacaciones la verdadera aflicción.

Él, a quien yo nada podía dar, salvo mi sinceridad, él pasó a ser una acusación de mi pobreza. Además, la soledad de uno al lado de otro, escuchando música o leyendo, era mucho mayor que cuando estábamos solos. Y más que mayor, incómoda. No había paz. Cada uno se iba para su cuarto, con alivio de no tener que mirarnos.

Es verdad que hubo una pausa en el curso de los acontecimientos, una tregua que nos dio más esperanzas de las que en realidad había. Fue cuando mi amigo tuvo un pequeño problema con la Prefectura. No era grave, pero lo exageramos para usarlo mejor. Porque entonces ya habíamos caído en la facilidad de hacernos favores. Recorrí entusiasmado los despachos de los conocidos de mi familia buscando enchufes para mi amigo. Y cuando comenzó la etapa de sellar papeles, corrí por toda la ciudad: puedo decir en conciencia que no hubo firma reconocida que no pasara por mi mano.

En esa época nos encontrábamos a la noche en casa, exhaustos y animados: nos contábamos las hazañas del día, planeábamos los ataques siguientes. No profundizábamos mucho en lo que estaba ocurriendo, bastaba con que todo tuviera el sello de la amistad. Me pareció comprender por qué los novios se presentían, por qué el marido intenta dar comodidades a la esposa, y ésta le prepara afanada el alimento, por qué la madre exagera los cuidados del hijo. Fue entonces, cuando, con algún sacrificio, le regalé un pequeño broche de oro a la que hoy es mi esposa. Sólo mucho después iba a comprender que estar también es dar.

Concluida la cuestión con la Prefectura —todo sea dicho, con victoria nuestra—, continuamos uno al lado del otro, sin encontrar aquella palabra que cediera el alma. ¿Cediera el alma? Pero, a fin de cuentas, ¿quién quería ceder el alma? ¡Dónde vamos a parar!

Pero, al fin, ¿qué queríamos? Nada. Estábamos fatigados, desilusionados.

Con el pretexto de las vacaciones de mi familia, nos separamos. Además, él también iba a Piauí. Un apretón de manos conmovido fue nuestro adiós en el aeropuerto. Sabíamos que no nos íbamos a ver más, salvo por azar. Sabíamos más: que no queríamos volver a vernos. Y sabíamos también que éramos amigos. Amigos sinceros.

Una tarde plena

El saguino[14] es tan pequeño como un ratón, y del mismo color.

La mujer, después de sentarse en el autobús y de lanzar una mirada tranquila de propietaria sobre los asientos, ahogó un grito: a su lado, en la mano de un hombre gordo, estaba lo que parecía un ratón inquieto y que en verdad era un vivísimo saguino. Los primeros momentos de la mujer versus el saguino se consumieron en intentar sentir que no se trataba de un ratón disfrazado.

Cuando hubo llegado a eso, comenzaron momentos deliciosos e intensos: la observación del animal. Todo el autobús, además, no hacía otra cosa.

Pero era privilegio de la mujer estar al lado del personaje principal. Desde donde estaba podía, por ejemplo, reparar en la pequeñez de la lengua del saguino: un trazo de lápiz rojo.

Y estaban los dientes, también: casi se podían contar millares de dientes dentro de la raya de la boca, y cada pedacito menor que el otro, y más blanco. El saguino no cerró la boca ni un instante.

Los ojos eran redondos, hipertiroideos, combinando con un ligero prognatismo, y esa mezcla, que le daba un aire extrañamente impúdico, formaba una cara medio desvergonzada de niño de calle, de esos que están permanentemente resfriados y que al mismo tiempo chupan un caramelo y sorben la nariz.

Cuando el saguino dio un brinco sobre el cuello de la señora, ésta contuvo un *frisson*, y el placer escondido de haber sido elegida.

Pero los pasajeros la miraron con simpatía, aprobando el acontecimiento, y, un poco ruborizada, ella aceptó ser la tímida favorita. No lo acarició porque no sabía si ése era el gesto que debía hacer.

Y sin embargo, el animal sufría de la falta de cariño. En verdad su dueño, el hombre gordo, sentía por él un amor sólido y severo, de padre a hijo, de amo a mujer. Era un hombre que, sin una sonrisa, tenía el llamado corazón de oro. La expresión de su rostro era hasta trágica, como si él tuviera una misión. ¿La misión de amar? El saguino era su cachorro en la vida.

El autobús, en la brisa, como embanderado, avanzaba. El saguino comió un bizcocho. El saguino se rascó rápidamente la redonda oreja con la pierna fina de atrás. El saguino gritó. Se colgó de la ventana, y espió lo más

rápidamente que pudo, despertando en el autobús opuesto caras que se espantaban y que no tenían tiempo de averiguar lo que habían visto.

Mientras tanto, cerca de la mujer, una señora contó a otra señora que tenía un gato. Que el gato tenía actitudes amorosas, contó.

Fue en ese ambiente de familia feliz cuando un camión quiso adelantar al autobús, y casi ocurrió un accidente fatal. Hubo gritos. Todos saltaron deprisa. La mujer, retrasada, a punto de llegar tarde, cogió un taxi.

Sólo en el taxi se acordó de nuevo del saguino.

Y lamentó con una sonrisa sin gracia que, estando los días que corrían tan llenos de noticias en los diarios que no la concernían, los acontecimientos se distribuyeran tan mal, al punto de que un saguino y casi un accidente sucedieran al mismo tiempo.

«Apuesto —pensó— a que nada más me ocurrirá durante mucho tiempo, apuesto a que ahora voy a entrar en la época de las vacas flacas». Que era, en general, su tiempo.

Pero ese mismo día sucedieron otras cosas. Todas en la categoría de bienes declarables. Sólo que no eran comunicables. Esa mujer era, además, un poco silenciosa consigo misma y no se entendía muy bien a sí misma.

Pero así es. Y nunca se supo de un saguino que haya dejado de nacer, vivir y morir, sólo por no entenderse o no ser entendido.

De todos modos fue una tarde embanderada.

CARTA A ERICO VERÍSSIMO

No estoy de acuerdo con usted que dice: «Disculpen, pero no soy profundo».

Usted es profundamente humano; y ¿qué más se puede pedir de una persona? Usted tiene grandeza de espíritu. Un beso para usted, Erico.

Un caso complicado

Pues sí.

Cuyo padre era amante, con un alfiler de corbata, amante de la mujer del médico que había tratado a su hija, quiero decir, de la hija del amante, y todos lo sabían, y la mujer del médico colgaba una toalla blanca de la ventana, que quería decir que el amante podría entrar, o una toalla de color, y él no entraba.

Pero me estoy confundiendo toda y el caso es muy complicado; voy a ver si puedo desentrañarlo. Algunas cosas son inventadas. Pido disculpas porque además de contar los hechos yo también adivino y escribo lo que adivino. Yo adivino la realidad. Pero esta historia no es de mi cosecha. Es de la zafra de quien puede más que yo.

Pues la hija tuvo gangrena en la pierna y tuvieron que amputarla. Jandira tenía diecisiete años, era fogosa como un potro joven y de cabellos hermosos; tenía novio. Pero el novio vio la figura con muletas, muy alegre (alegría que él no vio que era patética), y tuvo la osadía de simplemente deshacer el noviazgo, que novia desfigurada no quería. Todos, hasta la sufrida madre de la muchacha, le imploraron al novio que fingiera amarla todavía, lo que no sería tan penoso —le dijeron— porque era a corto plazo: es que la novia tenía corto plazo de vida.

Y después de tres meses —como si cumpliera la promesa de no pesar en los débiles ideales del novio—, después de tres meses murió, linda, con los cabellos hermosos, inconsolable, con nostalgias del novio, y asustada con la muerte como niña que tiene miedo de la oscuridad: la muerte es muy oscura. O tal vez no, no sé cómo es, todavía no morí, y cuando haya muerto no lo sabré, quién sabe si es tan oscura. La muerte, quiero decir.

El novio era llamado por el apellido, Bastos, y al parecer vivía, todavía en tiempos en que la novia no había muerto, vivía con una mujer. Y con ésta continúo, para seguir contando.

Bien. Esa mujer un día tuvo celos. Y… —tan perfecta como Nelson Rodrigues, que no olvida los detalles crueles—. Pero ¿dónde estaba yo, que me perdí? Voy a empezar todo de nuevo, y en otra línea y párrafo aparte, para hacerlo mejor.

Bien. La mujer tuvo celos y mientras Bastos dormía deslizó agua hirviendo del pico de la caldera dentro del oído de él, que sólo tuvo tiempo de dar un grito antes de desmayarse, grito ése que podemos adivinar, por lo

horrible. Bastos fue llevado al hospital y permaneció entre la vida y la muerte, ésta en lucha feroz con aquélla.

La mujer celosa cumplió un año y poco más de condena. De donde salió para encontrarse —¡adivinen con quién!—, para encontrarse con Bastos. A esa altura, un Bastos muy venido a menos y, claro, sordo para siempre, él, que no perdonaba los defectos físicos.

¿Y qué sucedió? Pues que volvieron a vivir juntos, amor para siempre.

Entretanto la muchachita de diecisiete años había muerto hacía mucho tiempo, dejando recuerdos en la madre. Y si me acuerdo fuera de hora de la joven es por el amor que siento.

Ahí es cuando entra el padre de ella, como quien no quiere la cosa. Continuó siendo amante de la mujer del médico que había tratado a su hija con devoción. Hija, quiero decir, del amante. Y todos lo sabían, el médico y la madre de la ex novia. Me parece que me perdí de nuevo, está confuso, pero ¿qué puedo hacer?

El médico, que sabía que el padre de la joven era el amante de su mujer, cuidó mucho de la noviecita asustada con la oscuridad de la que hablé. La mujer del padre, por tanto madre de la ex novia, conocía las elegancias adulterinas del marido que usaba reloj de oro y un anillo que era una joya, alfiler de corbata de brillante; era un negociante próspero, como se dice, pues la gente respeta y halaga largamente a los ricos, a los triunfadores, ¿no es cierto? Él, el padre de la joven, vestido con traje verde y camisa color rosa, a rayas. ¿Cómo lo sé? Simplemente sabiéndolo, con la adivinación imaginadora. Lo sé, y punto.

No me puedo olvidar de un detalle. Es el siguiente: el amante tenía en la frente un dientecito de oro. Y olía a ajo, todo su aliento era puro ajo, y a la amante no le importaba, quería tener amante, con o sin olor a comida. ¿Cómo lo sé? Lo sé, y punto.

No sé qué destino tuvo esta gente, no tengo más noticias. ¿Se separaron? Pues es historia antigua, y quizás ya ocurrieron muertes.

Agrego un dato importante, y que, no sé por qué, explica el nacimiento maldito de toda la historia: esto ocurrió en Niteroi, con las tablas del muelle siempre húmedas y oscuras y sus barcas de vaivén. Niteroi es un lugar misterioso, de casas viejas, ennegrecidas. ¿Allí puede suceder lo del agua hirviendo en el oído del amante? No lo sé.

¿Y qué hacer con esta historia? Tampoco lo sé, la doy de regalo a quien la quiera, pues estoy harta de ella. A veces me aburro de la gente. Después pasa, y otra vez me siento curiosa y atenta.

Es sólo eso.

Tanta mansedumbre

Pues en la hora oscura, tal vez la más oscura, en pleno día, ocurrió esa cosa que no quiero siquiera intentar definir. En pleno día era noche, y esa cosa que no quiero todavía definir es una luz tranquila dentro de mí, y la llamaría alegría, alegría mansa. Estoy un poco desorientada como si me hubieran arrancado el corazón, y en lugar de él estuviera ahora la súbita ausencia, una ausencia casi palpable de lo que antes era un órgano bañado de oscuridad, de dolor. No estoy sintiendo nada. Pero es lo contrario del sopor. Es un modo más leve y más silencioso de existir.

Pero también estoy inquieta. Yo estaba organizada para consolarme de la angustia y del dolor. Pero cómo es que me arreglo con esa simple y tranquila alegría. Es que no estoy acostumbrada a no necesitar de mi propio consuelo. La palabra consuelo me llegó sin sentir, y no lo noté, y cuando fui a buscarla, ella se había transformado ya en carne y espíritu, ya no existía más como pensamiento.

Voy entonces a la ventana, está lloviendo mucho. Por hábito estoy buscando en la lluvia lo que en otro momento me serviría de consuelo. Pero no tengo dolor que consolar.

Ah, lo sé. Ahora estoy buscando en la lluvia una alegría tan grande que se torne aguda, y que me ponga en contacto con una agudeza que se parezca a la agudeza del dolor. Pero es una búsqueda inútil. Estoy frente a la ventana y sólo ocurre eso: veo con ojos benéficos la lluvia, y la lluvia me ve de acuerdo conmigo. Ambas estamos ocupadas en fluir. ¿Cuánto durará mi estado? Percibo que, con esta pregunta, estoy palpando mi pulso para sentir dónde está el latir dolorido de antes. Y veo que no está el latido de dolor.

Sólo eso: llueve y estoy mirando la lluvia. Qué simplicidad. Nunca creí que el mundo y yo llegáramos a este punto de acuerdo. La lluvia cae no porque me necesite, y yo la miro no porque necesite de ella. Pero nosotras estamos tan juntas como el agua de lluvia está ligada a la lluvia. Y no estoy agradeciendo nada. Si, después de nacer, no hubiera tomado involuntaria y forzadamente el camino que tomé, yo habría sido siempre lo que realmente estoy siendo: una campesina que está en un campo donde llueve. Sin siquiera dar las gracias a Dios o a la naturaleza. La lluvia tampoco da las gracias. No hay nada que agradecer por haberse transformado en otra. Soy una mujer, soy una persona, soy una atención, soy un cuerpo mirando por la ventana. Del

mismo modo, la lluvia no está agradecida por no ser una piedra. Ella es la lluvia. Tal vez sea eso lo que se podría llamar estar vivo. No es más que esto, sólo esto: vivo. Y sólo vivo de una alegría mansa.

Las aguas del mar

Ahí está él, el mar, la más ininteligible de las existencias no humanas. Y aquí está la mujer, de pie en la playa, el más ininteligible de los seres vivos. Como el ser humano hizo un día una pregunta sobre sí mismo, volviéndose el más ininteligible de los seres vivos. Ella y el mar.

Sólo podría haber un encuentro de sus misterios si uno se entregara al otro: la entrega de dos mundos incognoscibles hecha con la confianza con que se entregan dos comprensiones.

Ella mira el mar, es lo que puede hacer. Y su mirada está limitada por la línea del horizonte, es decir, por su incapacidad humana de ver la curvatura de la Tierra.

Son las seis de la mañana. Sólo un perro suelto vaga por la playa, un perro negro. ¿Por qué un perro resulta tan libre? Porque él es el misterio vivo que no se indaga. La mujer vacila porque va a entrar.

Su cuerpo se consuela con su propia exigüidad en relación con la vastedad del mar porque es la exigüidad del cuerpo lo que le permite mantenerse caliente y es esa exigüidad que la vuelve pobre y libre, con su parte de libertad de perro en las arenas. Ese cuerpo entrará en el ilimitado frío que sin rabia ruge en el silencio de las seis. La mujer no lo sabe, pero está realizando una hazaña. Con la playa vacía a esa hora de la mañana, ella no tiene el ejemplo de otros seres humanos que transforman la entrada en el mar en simple juego liviano de vivir. Ella está sola. El mar salado no está solo porque es salado y grande, y eso es una realización. A esa hora ella se conoce menos todavía de lo que conoce el mar. Su hazaña es, sin conocerse, entretanto, proseguir. Es fatal no conocerse, y no conocerse exige valor.

Va entrando. El agua salada está tan fría que le eriza en ritual las piernas. Pero una alegría fatal —y la alegría es una fatalidad— ya la posee, aunque todavía no se le ocurra sonreír. Por el contrario, está muy seria. El olor es de una marejada atontadora que la despierta de sus más adormecidos sueños seculares. Y ahora ella está alerta, aun sin pensar. La mujer es ahora compacta y leve y aguda; se abre camino en la gelidez que, líquida, se opone a ella, mientras la deja entrar, como en el amor, en que la oposición puede ser una petición.

El camino lento aumenta su valor secreto. Y de repente ella se deja cubrir por la primera ola. La sal, el yodo, todo líquido, la dejan por un instante ciega,

escurriéndose (espantada, de pie, fertilizada).

Ahora el frío se convierte en hielo. Avanzando, ella abre el mar por el medio. Ya no precisa valor, ahora ya es antigua en el ritual. Baja la cabeza dentro del brillo del mar, y retira una cabellera que sale escurriéndose sobre los ojos salados que arden. Brinca con la mano en el agua, pausada, los cabellos al sol, casi inmediatamente endurecidos por la sal. Con la concha de las manos hace lo que siempre hace en el mar, y con la altivez de 1 os que nunca dan explicaciones ni a ellos mismos: con la concha de las manos llenas de agua, bebe en grandes sorbos, buenos.

Era eso lo que le faltaba: el mar por dentro como el líquido espeso de un hombre. Ahora ella está toda igual a sí misma. La garganta alimentada se contrae por la sal, los ojos enrojecen por el sol, las olas suaves la golpean y retroceden, pues ella es una muralla compacta.

Se sumerge de nuevo, de nuevo bebe, más agua, ahora sin ansiedad, pues no precisa más. Ella es la amante que sabe que lo tendrá todo, otra vez. El sol se abre más y la eriza, al secarla, ella se sumerge de nuevo; está cada vez menos ansiosa y menos aguda. Ahora sabe lo que quiere. Quiere quedar de pie, parada en el mar. Así queda, pues. Como contra los costados de un navío, el agua bate, vuelve, bate. La mujer no recibe transmisiones. No precisa comunicación.

Después camina dentro del agua, de regreso a la playa. No está caminando sobre las aguas —ah, nunca haría eso después de que hace miles de años ya alguien caminara sobre las aguas—, pero nadie le puede quitar eso: caminar dentro de las aguas. A veces el mar le opone resistencia, empujándola con fuerza hacia atrás, pero entonces la proa de la mujer avanza un poco más dura y áspera.

Y ahora pisa en la arena. Sabe que está brillante de agua, y de sal, y de sol. Aunque lo olvide dentro de unos minutos, nunca podrá perder todo eso. Y sabe de algún modo oscuro que sus cabellos escurridos son de náufrago. Porque sabe que ha corrido un riesgo. Un riesgo tan antiguo como el ser humano.

Tempestad de almas

Ah, si lo hubiera sabido, no nacía, ah, si lo hubiera sabido, no nacía. La locura es vecina de la más cruel sensatez. Devoro la locura porque ella me alucina calmosamente. El anillo que tú me diste era de vidrio y se quebró y el amor no terminó, pero, en lugar de él, el odio de los que aman. La silla es un objeto. Inútil mientras la miro. Dime, por favor, qué hora es, para que yo sepa que estoy viviendo en esta hora. La creatividad es desencadenada por un germen y yo no tengo hoy ese germen, pero tengo incipiente la locura que en sí misma es creación válida. Nada más tengo que ver con la validez de las cosas. Estoy libre o perdida. Voy a contarles un secreto: la vida es mortal. Mantenemos ese secreto en mutismo cada uno frente a sí mismo porque conviene, si no, sería volver cada instante mortal. El objeto silla siempre me interesó. Miro ésta que es antigua, comprada en un anticuario, y estilo imperio; no se podría imaginar mayor simplicidad de líneas, contrastando con el asiento de fieltro rojo. Amo a los objetos en la medida en que ellos no me aman. Pero si no comprendo lo que escribo no es mi culpa. Tengo que hablar, pues hablar salva. Pero no tengo una sola palabra que decir. Las palabras ya dichas me amordazan la boca. ¿Qué es lo que una persona le dice a otra? Además del «Hola, ¿qué tal?». Si tuvieran la locura de la franqueza, ¿qué se dirían las personas, unas a otras? Y lo peor sería lo que se diría una persona a sí misma, pero sería la salvación, aunque la franqueza esté determinada por el nivel consciente y el terror de la franqueza venga de la parte que está en el vastísimo inconsciente que me liga al mundo y a la creadora inconsciencia del mundo. Hoy es día de mucha estrella en el cielo, por lo menos así promete esta tarde triste que una palabra humana salvaría.

Abro bien los ojos, y no cambia: sólo veo. Pero el secreto, no lo veo ni lo siento. La victrola está rota y vivir sin música es traicionar la condición humana que está rodeada de música. Además, la música es una abstracción del pensamiento, hablo de Bach, de Vivaldi, de Haendel. Sólo puedo escribir si estoy libre, y libre de censura, si no, sucumbo. Miro la silla estilo imperio y entonces es como si ella también me hubiera mirado y visto. El futuro es mío en tanto vivo. En el futuro se va a tener más tiempo de vivir, y de paso, escribir. En el futuro: si lo llego a saber, yo no hubiera nacido. Marli de Oliveira, yo no te escribo cartas porque sólo sé ser íntima. Además, sólo sé ser íntima en todas las circunstancias, por eso, soy muy callada. Todo lo que

nunca se hizo, ¿se hará un día? El futuro de la tecnología amenaza destruir todo lo que es humano en el hombre, pero la tecnología no alcanza a la locura, y en ella es donde lo humano del hombre se refugia. Veo las flores en el jarrón: son flores del campo, nacidas sin ser plantadas, son lindas y amarillas. Pero mi cocinera dice: qué flores tan feas. Sólo porque es difícil comprender y amar lo que es espontáneo y franciscano. Entender lo difícil no es mérito, pero amar lo fácil de amar es un gran paso en la escala humana. Cuántas mentiras estoy obligada a decir. Pero me gustaría no estar obligada a mentir conmigo misma. Si no, ¿qué me queda? La verdad es el residuo final de todas las cosas, y en mi inconsciente está la verdad que es la misma del mundo. La Luna está, como diría Paul Eluard, *éclatante de silence*. Hoy no sé si vamos a tener Luna visible, pues ya es tarde y no la veo en el cielo. Lina vez miré de noche el cielo, con la cabeza echada para atrás, y me quedé tonta de tantas estrellas que se ven en el campo, pues el cielo del campo es limpio. No hay lógica, si se piensa un poco, en la ilogicidad perfectamente equilibrada de la naturaleza. De la naturaleza humana también. Qué sería del mundo, del cosmos, si el hombre no existiera. Si yo pudiera escribir siempre así, como estoy escribiendo ahora, estaría en plena tempestad del cerebro, que es lo que significa *brainstorm*. ¿Quién habrá inventado la silla? Alguien con amor a sí mismo. Inventó, entonces, una mayor comodidad para su cuerpo. Después los siglos se sucedieron y nadie más prestó realmente atención a una silla, pues usarla es casi automático. Es preciso tener valor para hacer un *brainstorm*: nunca se sabe lo que puede venir a asustarnos. El monstruo sagrado murió: en su lugar nació una niña que estaba sola. Bien sé que tengo que parar, no por causa de falta de palabras, sino porque estas cosas, y sobre todo las que sólo pensé escribir, no suelen publicarse en periódicos.

Vida al natural

Pues en el río había algo como el fuego del hogar. Y cuando ella advirtió que, además del frío, llovía en los árboles, no podía creer que tanto le fuese dado. Y el acuerdo del mundo con aquello que ella ni siquiera sabía que precisaba como el pan. Llovía, llovía. El fuego encendido guiñaba hacia ella y hacia él. Él, el hombre, se ocupaba de aquello que ella ni siquiera agradecía; él atizaba el fuego, lo cual era su deber de nacimiento. Y ella, que siempre estaba inquieta, haciendo cosas y experimentando, curiosa, ella no se acordaba de atizar el fuego: no era su papel, pues tenía a su hombre para eso. No siendo doncella, el hombre tenía que cumplir su misión. Lo más que ella hacía era instigarlo, a veces: «Aquel leño —decía—, aquél todavía no encendió». Y él, un instante antes de que ella acabara la frase que lo advertía, él ya había notado el leño, era su hombre, ya estaba atizando el leño. No le daba órdenes, porque era la mujer de un hombre que perdería su estado, si ella le daba órdenes. La otra mano de él, libre, está al alcance de ella. Ella lo sabe, y no la coge. Quiere la mano de él, sabe que la quiere, y no la coge. Tiene exactamente lo que necesita: poder tener.

Ah, y decir que esto va a acabar, que por sí mismo no puede durar. No, ella no se está refiriendo al fuego, se refiere a lo que siente. Lo que siente nunca dura, lo que siente siempre acaba, y puede no volver nunca. Se encarniza entonces sobre el momento, se traga el fuego, y el fuego dulce arde, arde, flamea. Entonces, ella, que sabe que todo va a acabar, coge la mano libre del hombre, y la enlaza con la suya, ella dulce arde, arde, flamea.

Clarice Lispector nació en Ucrania en 1925; poco después, su familia emigró a Brasil. Su obra —novelas y, sobre todo, relatos breves— supuso uno de los primeros acercamientos de la literatura brasileña a las corrientes narrativas contemporáneas. Su primera novela, Cerca del corazón salvaje (1944), ya obtuvo el reconocimiento de la crítica y los lectores de su país. Narradora personal y poseedora de un estilo tan propio como depurado, en 1976 fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura brasileño. Murió en 1977.

Notas

[1] Los cuentos «Las aguas del mundo». (*Felicidad clandestina*) y «Las aguas del mar». (*Silencio*) —en realidad son el mismo cuento que Clarice incluyó con diferente título en ambos volúmenes, las diferencias son debidas únicamente a la traducción— son otro ejemplo de este procedimiento. Ambos tienen también su origen común en *Aprendizaje* o *El libro de los placeres*. Por este criterio, decidimos mantener la doble presencia en esta edición. <<

[2] Muchachita. (*N. del T.*). <<

[3] Hombres que suelen actuar en grupo, en distintas faenas, no siempre legales. (*N. del T.*). <<

[4] Juego de palabras entre el apellido y la acepción de la palabra, «llagas». (*N. del T.*). <<

[5] Especie de guiso. (*N. del T.*). <<

[6] Árbol frutal de Brasil. (*N. del T.*). <<

[7] En el original, *mae de santo*, sacerdotisa de los cultos fetichistas afro-brasileños. (*N. del T.*). <<

[8] Maleficio. (*N. del T.*). <<

[9] Pájaro de Brasil. (*N. del T.*). <<

[10] Vendedores ambulantes de imágenes de santos. (*N. del T.*). <<

[11] Doña Flor y sus tres mandos es el título de una novela de Jorge Amado. (*N. del T.*). <<

[12] En el original, *minhoca*, de pronunciación parecida a Minhora. (*N. del T.*).
<<

[13] Éste es el título del cuento en brasileño: *As maniganças de Dona Frozina*. (*N. del T.*). <<

[14] Especie de mono. (*N. del T.*). <<